

ST
10
ION

7

QUINET

EL
CRISTIANISMO
LA REVOLUCION
FRANCOISA

BT738

.F7

Qu5

R. C.



1020024907

270
2.

EL CRISTIANISMO

Y LA

REVOLUCION FRANCESA

POR

EDGARD QUINET

TRADUCIDO

POR SIRO GARCÍA DEL MAZO

Jefe de Trabajos Estadísticos en esta provincia
y redactor de *La Revista de Tribunales*.



SEVILLA.

Administracion de la Biblio-
teca Científico-Literaria,
Lerena, 8.

MADRID.

Librería de Victoriano
Suarez,
Jacometrezo, 72.

1879.

85842

38357

Rev. L. R. Cámara,
San Juan Bautista, Nov. 11 de 1892

12. N.º.
1. 50.

BT 738

. FF

QvS

Todos los derechos reservados.



ADVERTENCIA.

Las ediciones de esta obra se han agotado hace mucho tiempo, tanto en Francia como en el extranjero. Reaparece hoy tal como fué publicada en 1845. Lo que decía entonces en el Colegio de Francia, lo digo, lo afirmo, lo repito ahora con mayor certidumbre todavía.

No tenemos otro medio de comprobar nuestras ideas que la propia experiencia. Cuando todo ha cambiado en torno nuestro en el espectáculo del mundo, si las verdades filosóficas á que nos elevamos en tiempos muy diferentes de los actuales sobreviven al cambio, si se ostentan con luz mas viva, con mayor evidencia, ¿qué debemos pensar? Que esas verdades tienen vida independiente de la movilidad de los asuntos humanos.

Un escritor tiene el derecho de desear dos cosas: que sus principios sean realizados, ó al

RICARDO CARRERAS
FONDOS

menos confirmados por los hechos. El primero de estos deseos no ha sido cumplido para mí: el segundo lo he visto plenamente satisfecho.

El que vé desplomarse en torno suyo todas las cosas en medio de las cuales se desenvolvió su pensamiento, no debe acusar al destino si las nociones que tenia del mundo moral, léjos de oscurecerse, surgen con nueva claridad.

Vivía por estas ideas: brillan con mayor autoridad: ¿le corresponde quejarse? Aun le queda la esperanza de que muchos que rechazaban en sus lábios una enseñanza abstracta, se rendirán á la enseñanza de la vida.

Bruselas, 10 de Enero de 1857.

EDGARD QUINET.



FONDO
RIGARDO COVARUBIAS

A. M. J. MICHELET

Faltaría á este libro algo importante, en mi concepto, si no se lo dedicase, á Vd. mi amigo, mi hermano de corazón y de pensamiento. ¿Porqué casualidad se explica que desde el primer momento en que nos conocimos, juntos ó separados, no hayamos cesado de pensar, de creer, á veces de imaginar las mismas cosas, sin necesidad de ponernos de acuerdo? Este hecho ha sido siempre para nosotros la confirmación de la verdad: hace veinte años (1) el mismo combate nos reúne; es el combate eterno que sólo concluirá en Dios.

Sabe Vd. como yo que esta obra pertenece á un plan, cuyas partes precedentes son: el Gé-

(1) Hoy hace ya treinta y uno. 1857.

nio de las Religiones, el *Ensayo sobre la vida de Jesus*, nuestro libro de los *Jesuitas*, el *Ultramontanismo*. En este curso no interrumpido he tratado de la Revelacion y de la Naturaleza, de las tradiciones del Asia oriental y occidental, de los Vedas y de las castas, de las religiones de la India, de la China, de Persia, de Egipto, de Fenicia, y del Politeismo griego y romano. He estudiado á través de sus principales variaciones, el mosaismo, el cristianismo de los apóstoles, el cisma griego, el islamismo, el papado de la Edad-media, la reforma, la sociedad de Jesus, las relaciones de la Revolucion francesa y del Catolicismo: por manera que todas estas obras, diferentes por su forma, pero semejantes por el fin, tienden á componer la historia universal de las revoluciones religiosas y sociales.

Si en esta marcha hácia un fin de léjos apercibido, he acabado por encontrar, como Vd. adversarios ardientes, no han ejercido ninguna influencia sobre el carácter y naturaleza de mis ideas, así como tampoco la han ejercido sobre las de Vd. Me he aplicado á seguir inmutablemente el proyecto que habia formado cuando no contaba con un sólo enemigo. Resuelto á no desviarme de mi objeto ante las dificultades que surgiesen, no las he

combatido sino en tanto se relacionaban con esa gran polémica que todo siglo sostiene con los precedentes. Sin ningun ódio hácia las personas, estimo que la oposicion me ha sido útil cuando no ha degenerado en violencia. Para vencer las contradicciones sistemáticas me ha sido forzoso velar más atentamente sobre mí mismo, no aventurar nada que no fuese por mi parte una conviccion profunda, rodearme de pruebas, de evidencia, apasionarme únicamente por la verdad, seguro de que todo lo demás, artificios de lenguaje, belleza de estilo, fútiles adornos, habia de serme inexorablemente disputado.

Si hubiese escrito para una academia, en el fondo del retiro, sin que ningun enemigo expiase mis palabras, habria dicho lo mismo, pero tal vez no lo hubiese templado lo bastante en lo más íntimo de mi corazón: habria podido entretenerme en adornar lo que debe presentarse desnudo. En vez de que, obligado á hablar todos los dias, en público, en frente de enemigos declarados, estoy cierto de que esa especie de prueba moral é inmediata me ha contenido siempre en lo que constituye, en rigor, el nervio de mi asunto.

En nuestras costumbres modernas, el autor recluido en su biblioteca, corre el riesgo

de darse la razón con excesiva facilidad; (1) esta voluptuosidad le enerva. Necesitanse en nuestro oficio, el más peligroso de todos, momentos de lucha desesperada, para la fortaleza y pureza del pensamiento. Agradezco, pues, al cielo, que me haya libertado de una voluptuosidad temible. Cuando las enemistades se han pronunciado, léjos de experimentar ningun resentimiento, he aceptado voluntariamente la ocasión de luchar conmigo mismo y progresar en la verdad, por la precisión de escudarme con ella. ¡Tiempos estraños aquellos en que toda elevación moral se considera fácilmente como un principio de sedición!

Al trazar estas palabras, de antemano sé amigo mio, que expreso su propio pensamiento. El testimonio de nuestra amistad me

(1) Entre los escritores y obras en que me apoyo, me contentaré con citar aquí algunos que pertenecen á la literatura moderna del Mediodía de Europa: Zurita, Sarpi, Bellarmino, Loyola, Ribadeneira, Pallavicini, Paruta, Ferrante, Molina, Savonarola, Santa Teresa, Acquaviva, Maquiavelo, Galileo, Vico, Quevedo, Arcipreste de Hita, Cartas de Cristóbal Colon, de Hernand Cortés, Campanella, Ercilla, Cabrera, Filicaja, Platina, Gregorio Leti, Giannone, Muratori, Venturi, Beccaria, Sacro Arsenale, Quintana, Llorente, el Cardenal Pecci, Mont, etc., etc.

ha parecido siempre la mejor prueba de nuestra enseñanza. Si este libro convence á alguien, desearé que diga: «Hé ahí dos hombres ocupados constantemente en lo mismo, y cuya amistad se ha estrechado sin cesar hasta la muerte.»

E. Quinet.

París, Julio, 1845.

EL CRISTIANISMO Y LA REVOLUCION FRANCESA

CONFERENCIA PRIMERA

INTRODUCCION

Dos sistemas: un Dios muerto: un Dios vivo.—Principio de la crítica literaria.—Relaciones entre la literatura y las instituciones religiosas.—Por que es estéril la Revolucion de España.—Armonía de la servidumbre religiosa y la servidumbre política.—Escuela de los nuevos guelfos en Italia.—Ideal de libertad fundado en la censura.—Los dos Papas del siglo XIX.—Roma y Rusia.—Del hambre moral en un pueblo.

SEÑORES:

Comienza para nosotros un nuevo año que reclama tambien un espíritu nuevo. Existe una condicion particular para la persona que desempeña estas cátedras, y es que su audito-

rio se rejuvenece y renueva constantemente. En las demás asambleas, el tiempo pesa igualmente sobre el que habla y los que le escuchan. Se vive y envejece á la par. Aquí, por el contrario, los días sólo se acumulan sobre una cabeza. La juventud, la edad madura, la ancianidad, se suceden en el orador. En cambio, de vuestro lado, la primavera del año reverdece á cada estacion, y con ella la curiosidad del espíritu, la audacia del pensamiento, la esperanza, permanecen lo que eran. En una palabra, la vida que se desliza para mí, es inagotable para vosotros. Cuando yo no exista, vuestra juventud será la misma que hoy. Como auditorio que se renueva de año en año, de generacion en generacion, no perecereis.

Esta suerte sería muy desigual si, mientras vosotros gozáis de un presente eterno, el tiempo que se hunde tras mis pasos fuera perdido para mí. Me es grato creer que las palabras que he pronunciado no han muerto; que el alma que he procurado difundir vive todavía, aunque solo sea en pequeño número de vosotros. Y tan sólo de esta manera puede establecerse la continuidad de la enseñanza, que es la imagen de la misma vida. Están léjos de aquí, dispersos segun las mi-

ras de la Providencia, aquellos en medio de los cuales comencé en Lyon el curso de mis ideas que prosigo ahora: otros les han reemplazado, los que á su vez han desaparecido. Hoy soy nuevo para muchos, y sin embargo, debo suponer que me conoceis y que, á pesar del trascurso de los años, queda aquí un espíritu que guarda al menos un recuerdo de mi pensamiento. De otra manera ¿cuál sería mi tarea? Rehacer lo que ya he hecho; repetir lo que ya he dicho; girar en un círculo sin salida.

He considerado siempre á este auditorio como un ser moral que conserva la memoria, y me permite así avanzar cada año un paso mas en el camino de la verdad. De una parte, lo que hay de permanente en la palabra sincera germina en algunos espíritus que representan para nosotros los años trascurridos; de otra, oyentes nuevos que acaban de entrar en la vida reclaman con impaciencia una nueva base en la enseñanza. Dejemos, pues, la antigua ribera, los antiguos asuntos; aspiraremos con esta generacion nueva á una nueva generacion de hechos y de ideas: sobre todo elevemos y engrandezcamos cada vez mas nuestro pensamiento.

Este método es el de la naturaleza. La ola

corre y refleja otro cielo: la antigua sávia circula en plantas rejuvenecidas; ¿permanecerá inmóvil el espíritu humano? Si así fuese, caeríamos por bajo de la naturaleza muerta. No sé si hemos hecho algo, mas lo cuento como nada al lado de lo que tenemos que hacer; no nos entretengamos en volver á empezar. En vez de regocijarnos en nuestra obra comun como en un peculio reunido, tomemos por divisa la frase de un gran pensador americano: *Lo antiguo está hecho por los esclavos.*

Todos los hechos, todos los sistemas religiosos, políticos, filosóficos, morales, literarios que agitan hoy al mundo, se reducen necesariamente á dos. Piénsase en uno de ellos que, á partir de cierto momento, todo terminó en la naturaleza y en el espíritu, que la Biblia se ha cerrado, que la eternidad no le añadirá ni una sola página, que el espíritu de Dios no se pasea ya en el infinito, que algunos siglos han usurpado toda la sabiduría, toda la grandeza de la raza humana, y que no resta sino imitarlos; en una palabra, que la tierra desheredada, huérfana, es un sepulcro divino en que cada generacion escribe á su vez con su sangre y con sus lágrimas el epitafio de un mundo.

Piensan otros, por el contrario, que cada

dia, cada instante encierra una creacion, que el sol que ha brillado en el Génesis se levanta sobre nuestras cabezas con su esplendor immaculado, que si algunos hombres se cansan, Dios no se desalienta como ellos, que no cerró en la Edad-media las puertas de su Iglesia, que no le fatiga el volver las páginas del libro de la vida, que no está perpétuamente sentado, inmóvil sobre el escabel de David, sino que se pasea entre sus criaturas, evocando á cada momento por su nombre, cosas, hechos, pueblos, generaciones nuevas.

Sin entrar hoy en el fondo de estos sistemas de desaliento y de esperanza, preguntaré tan sólo ¿si todo se ha acabado, si la accion divina se ha detenido, porque llama esta generacion nueva á las puertas de la vida? ¿Por qué ha salido de la nada? ¿Dónde estaba hace ménos de veinte años? ¿Qué viene á hacer aquí? ¿Qué pide? ¿Se cree que llega sin mision, sin vocacion? En mi concepto, quien la considerase con atencion vería que lleva sobre su frente la huella de un pensamiento que surge con ella por vez primera en el mundo.

¡Que los recién-venidos nos digan si están cansados de los años que no han vivido! ¡Qué importa que la antigüedad, la edad-media, el feudalismo, los tiempos modernos, Napoleon,

las invasiones de 1814 y 1815, hayan precedido á su nacimiento! ¿El fardo, de los tiempos pasados les impide entrar con la cabeza alta en la vida? ¿Porqué correría la sangre ménos velozmente en sus venas que en tiempo de la caballería, ó de Luis XIV, ó de los ejércitos de la República? Todas las generaciones anteriores han cumplido su obra; tambien ellos tienen la suya, cuyo tipo sagrado llevan en sí mismos. A su llegada á la tierra dícenles los viejos: «Haced lo que nosotros; el mundo es viejo: Roma, Byzancio, Egipto pesan sobre vuestras frentes. La Iglesia de Gregorio VII ha tapiado sus puertas: todo está consumado: venis muy tarde á la vida; no conocemos sino un Dios muerto; sentaos con nosotros en la tumba eterna.»

Pero ellos, por el contrario, sintiendo la impulsión aun reciente de Aquel que les envía, dán un mentís interior á ese pretendido cansancio del espíritu creador. El instante en que se despiertan á la vida del alma, de la inteligencia, es tan fecundo, tan sagrado como lo haya sido en cualquiera otra época: contiene el mismo infinito que nuestros padres no han agotado ni disminuido. ¡Escuchad en vosotros! El despertar del alma está hoy tan lleno de porvenir como pudo estarlo en el prin-

cipio de las cosas. La tierra no se cansa de moverse ni la sávia de subir. ¿Porqué el espíritu del hombre se habria cansado de investigar, de amar, de pensar y de adorar? Aunque las generaciones al pasar hayan bebido en la copa de la vida, ésta no ha disminuido su caudal. Todo hombre que viene al mundo nace para ser rey, no siervo del pasado.

¡Ah! si la Historia acumulándose sobre nuestro Occidente, si esta erudicion que pesa sobre nuestra Europa, si la lectura y el estudio de lo que ha sido imaginado, ejecutado en épocas anteriores, debiera dispensarnos de obrar, de pensar y de ser á nuestra vez, si aceptásemos esa herencia, como un hijo de familia que descansa en las acciones de sus antepasados, creería que toda esa ciencia era tan sólo un don engañoso y empozoñado, puesto que su primer efecto sería dispensarnos de vivir, creería que el Mediodía particularmente acabaría por sepultarse bajo un fardo de ritos, de formas, de libros, de recuerdos inmóviles. Pero mirando las cosas de más cerca, veo cómo el individuo puede llevar en sí la historia del género humano sin sentirse abrumado.

Los naturalistas han dicho que el hombre físico atraviesa ántes de nacer la escala de las formas de la vida, hasta que adquiere, por de-

cirlo así, conciencia de la naturaleza entera. Acontece lo mismo al hombre moral: pasa á través de todas las formas, de todas las épocas de la historia; y la obra maestra de su educación, que sólo termina en la muerte, es representar en esta ascension de vida la humanidad acumulada y desenvuelta en su espíritu. Hay una edad en que reproduce rasgo por rasgo, sobre las rodillas de su madre, la humanidad oriental, soñando en Dios: hay otra en que el ardor de la adolescencia recuerda la Grecia: despues, con la madurez aparece en él el hombre moderno. A medida que reúne en sí mismo esos rayos divinos, diseminados en la constitución del género humano, á través del tiempo, más poderosa va siendo su vida.

Figuraos un hombre que en las diferentes épocas de su vida haya sentido la grandeza de la naturaleza como Moisés en el Oreb, tenido el amor desinteresado de la gloria como un artista griego, amado á su pais como un romano y á la humanidad como un cristiano, sentido el entusiasmo de la fé como Juana de Arco y el de la razon como Mirabeau, y que sin detenerse en ninguno de estos escalones del pasado prosiga desenvolviendo en sí la sávia del espíritu: este hombre, verdadero

espejo de la humanidad, podria esclamar al morir: *he vivido*.

Si deseamos conformar nuestra conducta á estas ideas ¿qué asunto elegiremos para las explicaciones del presente año? No debemos elegirlo; es menester que nos sea impuesto por la naturaleza de las cosas; es decir, que sea de un lado mas vasto que los ya desenvueltos, y que de otro, se ligue mas íntimamente al génio de las sociedades que debemos representar aquí.

Bajo este punto de vista mi situacion es especial. La cátedra que desempeño es nueva; nadie me ha precedido en ella, de lo que resulta que mi deber es ante todo echar sus fundamentos. No me basta haber hablado aisladamente del espíritu de ciertos pueblos, de Italia, de España, de Grecia, haber removido los nombres y las obras de Dante, de Maquiavelo, de Camoens, del Tasso, de Jordano Bruno, de Campanella; es necesario aun mostrar el lazo, el alma comun á esos pueblos y esos hombres, establecer la relacion del Mediodía con Francia, con el Norte y señalar la condicion y la mision de la Europa meridional en el mundo moderno. Ahora, nada de esto es posible si nos condenamos á flotar siempre en la superficie de las cosas, si no abrazamos de

una vez, en una misma mirada, las revoluciones religiosas, de las que son simple consecuencia las instituciones políticas, la literatura y las artes. Estas revoluciones religiosas, estas tormentas que en ciertas épocas estallan en el dogma y amenazan al principio trastornarlo todo, son el espíritu de vida que vuelve á soplar sobre la mar estancada. El hombre que se ha construido su albergue retrocede ante la tempestad: sus cabellos se erizan de pavor; pero poco á poco, el abismo se cierra, la cólera cede. Del seno del dogma engrandecido sale una creación, es decir, una época nueva: un nuevo *fiat lux* ha sido pronunciado: poemas, instituciones, otro ideal, surgen súbitamente de esta erupción del espíritu.

Cuando he hablado de Homero y de Platon me ha parecido indispensable remontarme á la mitología, ¿cómo al hablar de los legisladores, de los poetas, de los historiadores cristianos podría abstenerme de hablar del cristianismo? Vedadme el estudio de la Iglesia, en su más alta acepción, y el alma de mi objeto desaparece. ¿Qué quereis que os diga de Italia sin el papado, de Calderon sin el catolicismo, de la filosofía española sin Luis de Granada y Santa Teresa, de América sin los dominicos, de la Alhambra sin el islamismo, de Bizancio

sin la religion griega, de las instituciones de Alfonso sin los concilios, de Felipe II sin la reforma, del Oriente sin Mahoma, del mundo sin el Evangelio? En los años anteriores hemos tratado del jesuitismo; despues, de un sistema más vasto, del ultramontanismo. Hoy, á impulsos de la naturaleza misma de las cosas, nuestro asunto se engrandece todavía más. Hablaremos de las revoluciones religiosas en su relacion con la civilización y la literatura del Mediodía en particular, y de Francia en general.

Quiero ver en su sublime inocencia la Iglesia primitiva y compararla con lo que despues ha sido: quiero contemplar de cerca ese ideal que se levanta en la cuna de las sociedades modernas y medir hasta qué punto lo ha realizado cada pueblo en sus empresas y pensamientos escritos; porque cada pueblo cristiano es, al nacer, un apóstol que trae su misión particular. Todos caminan sembrando la palabra, muchos acaban por el martirio.

¿Cómo el obispo de Roma se ha convertido en jefe de la Iglesia? ¿Porqué fases pasó ese poder extraordinario que ha sido por tanto tiempo el alma del Mediodía? ¿Cómo fué aceptada y más tarde destruida esa dictadura de la monarquía del espíritu? ¿Porqué la Iglesia

griega se separó tan pronto y qué destinos preparó esta excision á la Grecia moderna y á Rusia? Por otra parte, quiero ver como nace del judaismo y de una herejía cristiana la potencia del Coran. El choque, y frecuentemente la mezcla del islamismo y del catolicismo nos mostrarán á España en su lengua, en sus leyes, en su política: recordaré que he leído sus poetas en el Alcázar de Sevilla y en el Generalife de Granada; me detendré con alegría en esta Arabia cristiana. Pero no conoceríamos el Mediodía si no le opusiéramos el Norte. El gran divorcio de ámbos estalla en la reforma; España é Italia nos serán entonces explicadas por sus opuestas, Alemania é Inglaterra. Seguiremos así el gran oleaje de las cosas divinas y de las revoluciones religiosas hasta la Revolucion francesa, que es el resúmen y el coronamiento de todas las precedentes: llegaremos, en fin, á nosotros mismos, é inquiriremos si no hay indicios de reconciliacion en el género humano despues de tantas discordias divinas. Tales son reunidas en breves palabras las cosas en que nos hemos de ocupar: constituyen, por decirlo así, las ideas que nutren á la humanidad moderna.

No os espanteis de la grandeza de estos asuntos; son más sencillos cuanto más gran-

diosos. Acepto su estudio con placer, pensando que han de ayudar á nuestra educacion. Dejemos, despojémonos de las pequeñas preocupaciones, entremos en su exámen sin hiel, como hombres libres de ódios que no buscan, que no piden nada sino el yugo de la verdad.

Antes de engolfarnos en este vasto pasado, echemos una mirada sobre el sistema actual de los pueblos del Mediodía de Europa. ¿Qué hace España? Lo que más me ha pasmado al recorrerla es convencerme de que en medio de una revolucion que debia cambiarlo todo, la antigua intolerancia religiosa subsiste inalterable en la ley; la intolerancia de la edad-media sigue siendo la religion del nuevo Estado. Se han mudado los nombres, se han derribado las murallas, se ha castigado á las piedras, pero nada ha cambiado en el espíritu del dogma en que descansa la España moderna. Aun hoy, á la hora presente, nadie puede hablar de religion en un artículo de periódico sin el permiso del clero. ¿Y qué sucede? Se ha creído poder destruir la servidumbre política respetando la servidumbre religiosa, pero la primera proviene necesariamente de la segunda.

¿Se há visto nunca semejante espectáculo? ¡Lánzase un pueblo temerariamente en el por-

venir; amenaza renovarlo todo, y comienza por negarse el libre exámen en el preámbulo de sus nuevas instituciones! De aquí que en ese caos y apesar de su brio heróico, no encuentre una idea, un pensamiento con el que pueda, al mismo tiempo que salvarse, ayudar al género humano. España posee hoy poetas de brillante fantasía, pero espera aun que le sea permitido pensar. ¡Dolores infecundos! ¡Sangre vertida que sólo produce lágrimas! Agítase en el vacío, gira en los estrechos límites de un dogma inmovil sin poder descubrir una salida, y recae siempre en la misma consecuencia, en el antiguo despotismo político, sombra inseparable del despotismo espiritual. Allí donde el sacerdote puede decir á un pueblo entero: dame tu espíritu sin exámen; el príncipe, con lógica inflexible, dice tambien: dame tu libertad sin cortapisas.

Por otro lado, ¿qué pasa en Italia? Desde Dante hasta Hugo Fóscolo, el espíritu ha protestado allí contra sus ligaduras: la historia de la filosofía italiana es la historia del heroísmo de la inteligencia. Hoy gran número de escritores, sin empeñar nuevos combates, cansados de buscar nuevos ideales, se refugian en el seno de Roma: el pueblo se pasma de la precipitada retirada de estos

hombres; no comprende ni una palabra de las esperanzas que contienen sus libros, Prométese en ellos á los italianos la corona del mundo, si quieren ser el pueblo sacerdotal por excelencia, es decir, si se remontan por amor al progreso hasta las costas de la India. Pero en esos libros no es el génio de la esperanza sino el del desaliento el que habla: hay un no sé qué de incompleto en el sueño de la filosofía de estos nuevos Güelfos: es el sueño de la filosofía encerrado en el Spielberg y siéntense en él las huellas, no de las cadenas, pero si de las ideas austriacas. El mas liberal, el mas audaz de esos espíritus funda su constitucion ultramontana, su quimera de libertad, ¿en qué? en la censura.

Ilusiones de las ruinas en espíritus engañados por el espejismo del pasado! Italia se busca hoy en el fantasma de Gregorio VII, como en la Edad-media se buscaba en el fantasma de César. Los Gíbelinos no han resucitado á César; los nuevos Güelfos no resucitarán á Gregorio VII. Es preciso despertarse de ese sueño de mil años; y si hay alguna salvacion, buscarla en lo que es, no en lo que fué; en el menor corazon que late, mas bien que en la tumba de César, de Pompeyo ó de Hildebrando.

Contemplo el espíritu del Norte y el del Mediodía semi-dominados por dos teocracias, por dos papados de formas diversas: uno antiguo que trata de renacer y que tiene su foco en Roma; otro nuevo que se prepara en silencio y tiene su centro en Petesburgo. En su principio, la autoridad espiritual y la temporal están identificadas, puesto que el papa y el emperador se confunden en el soberano de Rusia. De un lado, hay un anciano al que se quiere volver la ambición y la esperanza perdidas: al rumor de los himnos de la Edad-media aguarda aún que el mundo se le someta. De otro, está el papa eslavo, soldado y sacerdote, que de pie sobre la frente de su clero, creando é imponiendo liturgias, entregando un pueblo entero á sus autos de fé, codicia también, en nombre del espíritu, la supremacía universal.

¿Porqué reaparecen estas dos figuras del absolutismo espiritual? ¿Porqué nos asedian el Mediodía y el Norte, uno con su pasado, otro con su porvenir? ¿Porqué se levantan en torno nuestro esas inmensas, esas colosales ambiciones? ¿Porqué piden los muertos la herencia intelectual y libre de los vivos? Urge decirlo, porque no vivimos una vida bastante poderosa; porque parecemos languide-

cer de corazón y de alma; porque no hacemos todo lo que deberíamos de hacer; porque no somos ni como individuos ni como pueblos todo lo que podríamos ser, porque no llevamos ni á suficiente altura ni con bastante audacia la bandera del espíritu.

Se vé de léjos palidecer bajo un soplo nefasto el génio de Francia; créese entónces en el Norte y el Mediodía que todo se ha concluido, y herederos extraños se levantan para arrebatar, durante la noche, la corona de la civilización á la frente de Francia adormecida.

¿Cuántas veces no se ha dicho y repetido que nada tenemos que temer del Norte, porque el Norte es pobre y nosotros somos ricos? Pero la Providencia nos ha dirigido una gran advertencia, abriendo á esa Rusia que se creía tan miserable, tan incapaz de mantener un ejército, minas de oro en el Ural, más ricas que las minas del Perú. No es, pues, nuestro dinero lo que podrá salvarnos ni fortalecernos, ni mantenernos árbitros entre el Norte y el Mediodía. No arriesguemos el porvenir á cara ó cruz en una jugada de Bolsa entre el Papa y el Emperador. Nada ha cambiado para nosotros; lo que nos hará ganar hoy la partida es lo que nos la hizo ganar ayer: nuestro pensamiento, nuestra vida moral, nuestra li-

bertad, nuestra esperanza en el porvenir, nuestra alma francesa. Bebed en esta fuente, que es más profunda y más rica que los pozos del Ural.

Ciertamente se inspiran en móviles levantados los que, compadecidos de las enfermedades y de la miseria física del mayor número, procuran satisfacer el hambre del cuerpo. Cada día se vé nacer un nuevo sistema á esto encaminado, y he aquí uno de los rasgos más nobles de nuestro tiempo. Aquellos á quienes la piedad dejaría dormir tranquilos, se despiertan á media noche por espíritu de precaucion, porque todos saben que cuando el grito del hambre surge del fondo de un pueblo, es señal de un gran cambio en los Estados. Pero el hambre del alma, el hambre del espíritu, ¿no es terrible? ¡Ah! cuando comienza á trabajar á una nacion, es tambien cosa que debiera quitar el sueño.

Francia está muy acostumbrada á la grandeza para mendigar en la calle su vida moral. Ningun grito sale de las entrañas de este pueblo que marcha con la cabeza erguida, y sin embargo, juro que tiene hambre, hambre de pan del alma, porque hace mucho tiempo no ha sido nutrida de verdad, de lealtad, de esperanzas, de honor, de simpatias y de esa pu-

ra gloria que calma ó engaña su sed. No basta tener piedad del cuerpo: tambien el espíritu concluirá por clamar si todos se conciertan para dejarle morir.

Cuando la tribuna era una gran enseñanza moral y política, distribuida á Francia y al mundo, no habia necesidad de decir estas cosas; pero los tiempos han cambiado, y es preciso que se digan en alguna parte.

Bajo el punto de vista filosófico, toda la cuestion consiste en saber lo que se aguarda, lo que se reclama, lo que se espera de Francia. Si se estima que este pais nada tiene que hacer en el mundo sino atesorar en su vejez, reproducir por el derecho divino del oro las desigualdades del pasado, arrojar la Revolucion como moneda falsa; entonces es justo, es prudente, es lógico imponer á esta Francia humillada la humillacion de la razon humana. Si nos arrepentimos de la Revolucion, es preciso declarar al espíritu humano revolucionario y faccioso: á tal resultado tal teoría. Pero si se piensa, por el contrario, que Francia debe proseguir y extender su obra, que debe tarde ó temprano levantar la cabeza, que su mision no ha concluido, que ha de reconciliar algun dia el espíritu del Norte y el del Mediodia: entonces precisa tambien pro-

seguir, no volver á empezar, la vida espiritual, esperar en la energía del alma, creer en una nueva era de la inteligencia, buscar, todos á la vez, otras fuentes morales.

No ignoro que la sociedad que os rodea cree difícilmente en la esperanza, en el porvenir: os desanima á cada paso; os contradice: quisiera, comunicándoos su vejez prematura, arrebatáros el derecho de vivir. Resistid este primer combate; en él debéis fortaleceros. Sois la fuente nueva; no dejéis que pierda su limpidez al primer contacto. ¡Ah! si cada uno de vosotros supiese lo que en sí mismo posee, los siglos, la sangre vertida en las batallas, el valor, la luz, el génio, las verdades que se han necesitado para formar y templar en su seno su alma francesa, no la entregaría fácilmente prisionera en el primer conflicto. Los que os preceden al ménos tienen alguna razon para querer detenerse, han visto grandes cosas, la Revolucion, el Imperio, y su esperanza está satisfecha. Pero, nosotros, señores, nosotros, casi todos, ¿qué hemos visto? Tres días de Julio. ¡Ah! Tres días de verdad en una vida humana, son bien poca cosa. (1)

(1) La situación de Europa ha cambiado por completo desde la época en que Quinet daba estas confe-

CONFERENCIA II.

DE LA TÁCTICA PARLAMENTARIA EN MATERIA DE RELIGION Y FILOSOFÍA.

Objeciones preliminares.—De la táctica en materia de religion y de filosofia.—Un peligro para el espíritu francés.—Los hábitos parlamentarios aplicados á los asuntos del espíritu.—Condiciones impuestas al eclecticismo por sus orígenes.—Falsa capitulacion que propone entre la ciencia y la fé.—*Se necesita una religion para el pueblo*.—Los privilegiados de la luz, los proletarios de las tinieblas.—El fin del mundo moral.—Algo se muere.—El ideal doctrinario.

En el camino que entramos es inevitable encontrar nuevos adversarios: servirán para señalar nuestros progresos. Tarde ó temprano debemos reunir en contra nuestra, casi igualmente, á

rencias. España, estableciendo definitivamente la libertad religiosa, ha roto las ligaduras que la esclavizaban al pasado. Italia renunció á esperar del Papado

seguir, no volver á empezar, la vida espiritual, esperar en la energía del alma, creer en una nueva éra de la inteligencia, buscar, todos á la vez, otras fuentes morales.

No ignoro que la sociedad que os rodea cree difícilmente en la esperanza, en el porvenir: os desanima á cada paso; os contradice: quisiera, comunicándoos su vejez prematura, arrebatáros el derecho de vivir. Resistid este primer combate; en él debeis fortaleceros. Sois la fuente nueva; no dejéis que pierda su limpidez al primer contacto. ¡Ah! si cada uno de vosotros supiese lo que en sí mismo posee, los siglos, la sangre vertida en las batallas, el valor, la luz, el génio, las verdades que se han necesitado para formar y templar en su seno su alma francesa, no la entregaría fácilmente prisionera en el primer conflicto. Los que os preceden al ménos tienen alguna razon para querer detenerse, han visto grandes cosas, la Revolucion, el Imperio, y su esperanza está satisfecha. Pero, nosotros, señores, nosotros, casi todos, ¿qué hemos visto? Tres días de Julio. ¡Ah! Tres días de verdad en una vida humana, son bien poca cosa. (1)

(1) La situación de Europa ha cambiado por completo desde la época en que Quinet daba estas confe-

CONFERENCIA II.

DE LA TÁCTICA PARLAMENTARIA EN MATERIA DE RELIGION Y FILOSOFÍA.

Objeciones preliminares.—De la táctica en materia de religion y de filosofia.—Un peligro para el espíritu francés.—Los hábitos parlamentarios aplicados á los asuntos del espíritu.—Condiciones impuestas al eclecticismo por sus orígenes.—Falsa capitulacion que propone entre la ciencia y la fé.—*Se necesita una religion para el pueblo*.—Los privilegiados de la luz, los proletarios de las tinieblas.—El fin del mundo moral.—Algo se muere.—El ideal doctrinario.

En el camino que entramos es inevitable encontrar nuevos adversarios: servirán para señalar nuestros progresos. Tarde ó temprano debemos reunir en contra nuestra, casi igualmente, á

rencias. España, estableciendo definitivamente la libertad religiosa, ha roto las ligaduras que la esclavizaban al pasado. Italia renunció á esperar del Papado

los que quieren la inmovilidad en la fé ó en la ciencia, en la Iglesia ó en la filosofía. Sin pasmaros ni quejaros de ello, á poca atencion que hayais prestado estos últimos años ya habreis oido, una voz que, tomando diferentes acentos en bocas distintas, repite cierto número de objeciones, cuyo sentido equivale al siguiente: «Deteneos; las cuestiones son pavorosas: nos falta valor. Vuestra línea es muy recta: no usais de ninguna táctica, de ninguna estratagema. Imprudentes que llevais prácticamente la filosofía al corazon de las dificultades de nuestro tiempo, no considerando que la filosofía no puede seguiros en ese camino, pues debe reducirse á subsistir en el centro de una fórmula, sin penetrar en el alma de los pueblos, de las generaciones. Hasta aquí nos hemos contentado con renegar de vosotros. Dad un paso más hácia la verdad, y lanzaremos á la vez el entredicho filosófico por todas nuestras bocas.» Esta voz no es la de ningun individuo de

su unidad y su libertad, y si hoy goza de una y otra, lo debe al poder civil y al planteamiento sincero del régimen representativo. Por último, el eclecticismo, que despues de un período de esplendor redujo el pensamiento, la ciencia y la política en Francia al estado de postacion de que Quinet, Michelet y tantos otros querian levantar con su elocuencia el espíritu de la juventud, está desacreditado tiempo hace, tanto en el terreno de los principios como en el de las aplicaciones prácticas. (N. del T.)

nuestra época. Es la voz de un sistema, el grito del eclecticismo.

Para que todo el mundo quede en su lugar en este asunto, debemos explicarnos desde el primer momento sobre nuestras relaciones con estas doctrinas y las objeciones que de ellas se deducen contra nosotros. Tiéndese el eclecticismo hace algunos años bajo nuestros pasos, como un lazo. Detengámonos para desatarlo, y marcharemos más seguramente cuando hayamos descubierto la celada.

Cuanto más pienso en ello, más me persuado de que el peligro mayor para el espíritu francés, consiste en pretender que se aplique á las cuestiones inmortales en que nos ocupamos la táctica, las habilidades subterráneas que constituyen cada vez en mayor escala la regla de las Asambleas políticas de nuestro tiempo. Allí, para obtener el triunfo de una semana, la verdad de un dia, fingen entenderse cuando en secreto sólo procuran suplantarse; fórmanse coaliciones de ódios: renuncia uno á la mitad de su creencia: abandona otro la suya por completo: frecuentemente la alianza se consume en el vacío.

Este arte de ligar las voluntades sin poseer las convicciones puede ser resultado de las instituciones nuevas. ¿Qué sucedería si generalizándose poco á poco este ejemplo en las costumbres de los pueblos modernos, se aplicase á los asuntos del espíritu y de la pura inteligencia? Caeríamos muy por bajo de Byzancio. A medida

que la táctica, la estratagema, la habilidad negativa, amenazan absorberlo todo, por otra parte, el filósofo, el pensador moderno, aquel que aspira á este nombre, debe mostrar más veracidad, ménos ambages que sus precusores, ménos velos, más inflexibilidad en lo verdadero. Sí, salvemos de los lazos de las falsas treguas, de la vergüenza de vanas y mentirosas reticencias, la santa política de las ideas: si esta sucumbe, todo está perdido; si se mantiene recta y firme, todo se salva y repara.

Pero diciendo francamente la verdad ¿no perderéis aliados que habriais tenido ocultándola con disfraces? Y ¿qué importa? ¿Teneis miedo de no ser bastante numerosos? Las verdades vivientes que buscamos, que sentimos, no se obtienen de la reticencia, de la complacencia de los espíritus, como una bola blanca ó negra que puede ocultarse en el hueco de la mano. Surjen con esplendor del fondo del alma: es imposible no ser responsables de ellas. Siendo veraces ante todo, seremos suficientemente hábiles. Si es necesario, prefiero estar sólo aquí, con mi conciencia, á tener toda la complacencia del mundo de mi parte, albergando en lo interior un espíritu dividido.

Nadie puede dar un paso en la vida moral sin tropezar en la resistencia de la doctrina que le precede. No avanzamos sino á condicion de mostrar que poseemos bastante ánimo, bastante vida moral, para franquear el obstáculo. Cuando el eclecticismo nació, encontró enfrente la filo-

sófia de la sensacion: es justo que á nuestra vez hallemos en el eclecticismo el obstáculo que quiere cerrarnos el camino. Agregad á esto una razon particular, deducida de los orígenes de esta doctrina; y es que, por su desgracia y aunque por ello no pueda dirigirsele un reproche, el eclecticismo fué desde el primer momento una capitulacion. La fatalidad quiere que date de las calamidades y del espíritu de 1815. Esta fecha presidirá su destino hasta el fin. Quizás fué necesaria esa capitulacion del espíritu filosófico de Francia bajo las horcas caudinas de Europa. No lo examino ahora; pero es innegable que dicho carácter se ha impreso de tal modo en la doctrina de que hablamos, que constituye, por decirlo así, toda su alma. Capitulacion, al principio, con la filosofía escocesa y alemana: el génio espontáneo de Francia desaparece en ella casi por completo. Capitulacion despues en la política: identificase con la restauracion y enciérrase en la Carta de 1814 como en un absoluto inmutable. Capitulacion, en seguida, con todo el pasado de la filosofía. Cédese, por decirlo así, todo el derecho del presente á pensar por su cuenta. Por último, en nuestros dias, capitulacion con la Iglesia, tal como ella es: se está muy léjos de querer inmiscuirse en el exámen de sus tradiciones: sin pensar un momento en pedirle razon de la herencia de vida, se quiere tan sólo vivir en paz, en una inmovilidad semejante á la suya: hábitase cerca de ella, á su sombra, y se dice: «que la

paz sea contigo y conmigo.» Así, de capitulación en capitulación, esa doctrina que ha respondido al carácter de una época, es hoy prisionera: por cualquier lado que mire, ve todas las salidas cerradas: todo lo que puede hacer, es invitarnos á imitarla, alojándonos como ella en el mismo recinto murado.

Pero, sabedlo, es regla de derecho militar no atender, no atemperarse á ninguna orden, á ningun uso, á ningun acto que parta de un cuerpo prisionero de guerra: entregando las armas ha perdido el derecho de hacerse oír. Ahora, la doctrina que desde hace dos años nos aconseja rendirnos, es prisionera de la Iglesia y del mundo. Libres, despedamos, de cualquier parte que vengan, ligadas las manos, á esos mensajeros de cautividad.

Es, en efecto, engañarse del todo el intentar retener las nuevas generaciones bajo la bandera blanca de la filosofía de la restauración. ¡Siempre capitular, aún en esas libres regiones del ideal, con el primer adversario que se presente! ¡Siempre transigir! Y todo ¿porqué? ¿Quién puede obligarnos á firmar un tratado con lo que creemos ó falso, ó sofisticado ó estéril? ¡No vivir nunca sino de concesiones, de cálculos, aún en el mundo interior, en el fondo de la conciencia, en ese abismo de verdad, de libertad que se llama espíritu! ¿Quién nos impondría estas cadenas? Si han existido para otros, se han roto para nosotros, puesto que no aceptamos su herencia.

Bastante es que los hechos cumplidos, que las concesiones pesen sobre el mundo político. No los sancionemos en el mundo moral. Nuestro rey en la monarquía de la inteligencia, aquel ante quien debemos encorvarnos aquí es la *verdadera verdad*, la bondad sin mezcla, sin complacencias; SINON, NON. ¿Quién nos habla de diplomacia en la guerra santa de los principios? Nuestra diplomacia es, en efecto, completamente nueva. En este libre reino del espíritu, cada uno ha roto ya en sí mismo, con el error, su tratado de 1815.

Ha largo tiempo que aquellos que quieren impedir el desenvolvimiento del mundo religioso, saben que conducir al hombre á una transacción, ó á una capitulación, es desarmarle para siempre. Esta historia es tan vieja como el mundo. Abrid el Evangelio. En el momento en que Cristo va á comenzar su misión, el espíritu del pasado se le aparece en el desierto; no le pide más que una cosa, casi nada: abatir su rostro sobre la tierra, capitular con las doctrinas antiguas, reconocer al pasado por rey, aunque sólo sea por un momento. ¿Qué era esto? Una prudente transacción, un sábio eclecticismo con los sacerdocios establecidos; sin duda era poca cosa abatir un instante el espíritu hasta la tierra, y sin embargo, al consentir esta capitulación el Cristianismo abdicaba: nunca jamás hubiera levantado la cabeza. No dudo que, merced á tanta prudencia para con las doctrinas oficiales,

el hijo de María no hubiera sido gobernador, prefecto, intendente de alguna villa de Judea, pero tened asimismo por seguro que ni nosotros; ni yó, ni nadie, habria oido hablar nunca de Jesucristo de Nazareth.

Ahora, lo que fué mostrado al Cristo en el comienzo de su mision se aparece á cada hombre, en el fondo de su conciencia, en el momento en que quiere elegir su destino: este fenómeno es en nuestros dias mas sorprendente que en ninguna otra época. Apenas entráis en la vida, es decir, en vuestra mision, cuando el espíritu del pasado, el espíritu que teme el porvenir, revistiendo mil formas diversas, murmura en el dintel del mundo moral que se entreabre ante vosotros, la misma fórmula secular: ¿qué te cuesta?; abate un momento tu corazon y tu rostro. No elevés tanto tu ideal religioso y filosófico. Transige, capitula, durante un minuto siquiera, en ese momento fatal en que construyes en tu corazon tu plan de vida. Si eres filósofo, cesa de pensar, y te haré académico; si eres sacerdote, deja el Evangelio, aprende la sabiduría de los políticos, y serás obispo; si eres soldado, entrégame por un instante, por un solo instante, tu espada, toma un alma egoísta, y te hago general. Y bien, no; no capitularemos ni con tan bellas condiciones. Cuanto mayor sea el desorden en la sociedad civil, tanto mas debemos en el imperio del alma que aquí habitamos, mantener nuestro pensamiento firme y desinteresado. En medio de

esta mezcla de intereses mercenarios, es menester al menos que la bandera del espíritu se conserve absolutamente limpia de mancha. Las transacciones pusilánimes se harán en otra parte, en la vida real; no podemos impedirlo. Mas aquí, en el mundo del alma, no podemos adorar, sino lo que es adorable; no lisongear, no coronar sino lo que es divino. Es muy posible que así no seáis nunca ni gobernadores, ni intendentes de vuestro pueblo, pero sereis los hijos de Dios; sereis los hombres de la verdad: dignidad que es aun la mas rara sobre la tierra.

Háse expuesto hace veinte años como perecen los dogmas. Observad lo que pasa á vuestra vista, vereis los síntomas de una doctrina, de una escuela cuando va á morir. Espectáculo extraño é instructivo el de una filosofía cuando ha perdido la fé en sí misma. ¡Cómo se retira poco á poco de todas las cuestiones vitales! ¡Cómo le asusta el movimiento! ¡Qué temor á la lucha! ¡Qué circunspeccion, que temperamento de viejo! Si por casualidad apercibe una fórmula, aun vacía, va silenciosamente á su encuentro y se envuelve en su sudario. ¿Es acaso esa potencia, ora benéfica, ora terrible, que con el nombre de filosofía tenía fama de quebrantar el mundo á su placer? Que aquellos que la temieron otras veces, la miren, y se sonreiran viendo en lo que se ha convertido. Pretende ser prudente en adelante: no ignorais lo que en el dia se entiende por esa palabra. Bastante

tiempo ha dado impulso al mundo político y real: quiere, sin embargo, regularse por él; es decir, seguirle de léjos si aun avanza, detenerse si se fatiga, morir si desfallece: destino de una sombra que se obstina en subsistir cuando ha perdido su razon de ser.

La prueba mas palmaria de la decadencia de lo que es preciso llamar el ideal doctrinario, el eclecticismo, es que no osa mirar á la Iglesia de frente. Siente el vacío bajo sus plantas, y comprende que no se halla en estado de aceptar la discusion de las cuestiones en que la vida y la muerte estan empeñadas. De aquí su primera necesidad; la de acusarnos de plantear problemas demasiado grandes, de tocar á los misterios, de atraer sobre nosotros peligros de que no quiere participar, porque no ignora que contrariamos una paz falsa, que en nada se parece á la tregua de Dios. De aquí, en segundo lugar, que ya declare que el momento de pensar no ha llegado todavía, ya apadrine al Creador, poniendo bajo la proteccion humana los cielos del Evangelio. Con mas frecuencia, en fin, para zanjar de plano toda dificultad, establece que su filosofía nada tiene que ver con la religion; pues son estos dos mundos perfectamente distintos, que no pueden confundirse. Imaginanse de este modo dos potencias oficiales que no tendrian entre sí sino relaciones diplomáticas; una especie de etiqueta respetuosa, consideraciones, silencio, todo lo que exige la política exterior, algo

como una ficcion parlamentaria, en que la Iglesia y la filosofía se comprometerian cada una por su parte á desempeñar su papel; pero por lo demás, ni un acento que revelase el alma, ni una cuestion de donde saltase luz imprevista, ni un esfuerzo para alcanzar, unos y otros, pensamientos mas elevados en que la reconciliacion pueda al menos, ser una esperanza.

¡Ah! ¿qué acabo de decir? ¡Esa tregua de que hablan es la guerra de los muertos que eternamente cobocados cada uno en su tumba, no tendrian eternamente nada que comunicarse, nada que hacer, nada que intentar para unirse en un pensamiento viviente! ¿Comprendeis por un momento ese silencio sin fin que dejaría al filósofo y al sacerdote en su tumba de hielo, sin esperanza de aproximarse alguna vez? Por mi parte, ved aquí lo que me pasa: esa ficcion constitucional, introduciéndose hasta en el último repliegue del corazon del hombre, me espanta como la vision de una mentira eterna.

Guardad para vosotros vuestro sistema de tregua: yo prefiero cien veces los ataques á sin tregua, las violencias, los raptos habituales de mis adversarios. En esos movimientos de la passion, reconozco al ménos al hombre, hecho como yó, que tiene como yó un alma, un corazon, lleno hoy de ódio, pero que, tal vez mañana ó dentro de un siglo (¿quién sabe?), convertirá este ódio en amistad. Por el contrario, en ese sistema de ficcion, en ese silencio de diplomáticos, en ese ar-

reglo de cancillería en medio de las cosas eternas, en ese lenguaje de protocolo aplicado á lo que arranca lágrimas más ardientes á los vivos, no encuentro, no, al hombre semejante á mí; busco un hermano, irritado, colérico, importa poco, un hombre al fin, y encuentro una fórmula petrificada. Rechazo esa paz ficticia, firmada en la nada; la rechazo igualmente por el honor de la Iglesia y por el honor de la filosofía.

¡Qué! ¡La filosofía, el amor á la verdad, no tienen nada que ver en lo que, en mi cualidad de hombre, me atañe y me interesa casi exclusivamente, es decir, en esos dogmas, esos misterios, esos cultos, ese mundo religioso, que me rodean y prometen la vida! ¡Haré de la inteligencia mi instrumento, mi profesión, á condición de no aplicarla nunca á aquello que, repito, si tengo entrañas de hombre, debe hablarme más alto que todo lo demás! ¿Desde cuándo ha descendido la filosofía á tanta humildad y terror? ¿Tiene miedo de que las bóvedas de las catedrales se hundan sobre ella? Cuando creía en sí misma, se sentía con fuerzas bastantes para reparar todo lo que quebrantaba. Si hubiese sido presa de este temor hace tres siglos, estaríamos aun en la escolástica de Pedro Lombardo. ¿Dónde está, en el mundo moderno, el pensador que no haya entrado en el abismo de Pascal? ¿Temió Malebranche remover el Cristianismo en sus *Meditaciones*, Leibnitz en su *Teodisea*, Spinoza en su *Teología*, Rousseau en su *Vicario Saboyano*, Kant en su tratado de *Re-*

ligion, Schellin, Hegel, Schleiermacher, todos, en fin, en su doctrina?

Planteando cuestiones cuya solución no puede aplazarse más tiempo, el pensamiento ha contraído una deuda con el mundo. Se ha comprometido implícitamente á devolver al hombre bajo una forma superior todo lo que ha parecido quitarle. Ha prometido no reposar hasta satisfacer el hambre excitada por él mismo. Y sin embargo, cuando la curiosidad, el deseo, la sed, el hambre moral os asedian y el alma pide su pasto, declarais que es necesario aplazar estas cuestiones, porque acaba de apercibirse que son peligrosas, inoportunas, porque no se creía que el mundo las tomase tan en serio. ¡Peligrosas! sí, lo son! y más peligrosas de lo que vosotros mismos imagináis. ¡Inoportunas! Se agravan sin intervaló desde hace tres siglos. ¿A qué, pues, ese pánico completamente nuevo? ¿A qué ese grito de *sálvese el que pueda* lanzado en el mundo de la inteligencia? Se ha contraído, he dicho, una deuda del alma hácia la sociedad moderna, y cuando llega el momento de saldar cuentas, se propone simplemente que nos paguemos de fórmulas y palabras. ¿Qué es esto, por última vez? Urge decirlo, precisa llamar las cosas por su nombre: se nos propone la bancarota moral y espiritual.

Sí, todo se liga y se encadena. En cada orden de cosas, en el estudio de la naturaleza, en las matemáticas mismas, ninguna filosofía es fecun-

da sino á condicion de mostrar cierto heroismo (*mens heróica*). Desde que la Iglesia se apropia la prudencia del mundo, los filósofos deben sostener la locura de Cruz. Quiero decir con esto que ninguna filosofía, ningun criterio es fecundo y potente en la investigacion de la verdad, sino avanza sin inquietarse de si esto ó aquello agrada ó no á los que reinan en la tierra, al presente, sobre la opinion; de si le siguen pocos ó muchos; de si tiene de su parte las simpatías ó la enemistad del mundo. En una palabra, en el áspero camino que recorreremos, cualquiera que mire atrás para contar sus amigos, pierde incontinentemente su fuerza; queda convertido en estatua. No nos entretengamos en averiguar si estamos ó no de acuerdo con la Carta de 1814, con tal ó cual institucion, sea que nos agrade, sea que nos contrarie. La política que aqui tenemos que practicar es la política sagrada que impulsa á todos los pueblos desde hace diez y ocho siglos: dicha política nada tiene que ver con cálculos mezquinos: busquemos la Carta eterna: si las convenciones interesadas, humanas, parecen contrariarla al principio, estad ciertos de que tarde ó temprano la obedecerán.

En el fondo, trátase de dos criterios esencialmente distintos. Rota y desorientada el alma de Francia bajo la Restauracion, la filosofía doctrinaria se vió forzada á decir: aliaos con el pasado; estudiad todo lo que han pensado la antigüedad y la edad-media; desapareced, en cuanto sea

posible, bajo esta erudicion. Traducid, amoldaos á la línea trazada por los siglos; despues, aun os quedará ántes de morir un dia, una hora para pensar á vuestra vez; pero esto es lo menos importante. Nosotros, por el contrario, partimos de una idea opuesta: creemos que ha vuelto á encontrarse el alma de Francia, y en su virtud, si respetamos y veneramos la antigüedad, no respetamos menos el espíritu viviente que cada uno trae consigo al mundo. Nos empeñamos en hallar en nosotros mismos ese hombre interior, que seguramente poseemos. Emancipad vuestro sentido moral de la esclavitud de los tiempos, de la imitacion de lo que ha sido. Apoyaos, no en lo que otros han hecho, sino en lo que teneis la mision de hacer. No traduzcais, producid. Soplad en esa inmensa arcilla que las edades han depositado en torno vuestro, y encontraos á vosotros mismos.

Si llegais así á descubrirnos en vuestro espíritu nativo, á pensar lo justo, lo recto, lo grande, no os inquieteis nimiamente por lo demás; estareis de sobra de acuerdo con Diógenes Laercio, Olympiodoro, con Guillermo de Campeaux ó Scott Erigenes. Mostradnos tan solo en su ingenuidad primitiva el alma que Dios os ha dado. ¡Os repito la frase de Sidnay: «Mira en tu corazon, y escríbel!» Hecho esto, no temais desconcertar la erudicion de la Providencia, ni las ordenanzas del tiempo; ellas se amoldarán naturalmente á vosotros, vosotros á ellas.

Llego á la gran objecion que las encierra todas, porque contiene en sí el espíritu del sistema, la llave de la posicion. ¡Cuántas veces la habeis oido en el espacio de algunos años! Hela aquí, francamente expresada. «¿A dónde van esos temerarios? Guardemos nuestras fórmulas para nosotros; repitámoslas durante la eternidad: bastan para inteligencias elevadas como las nuestras. Pero no todos pueden llegar á nuestra altura, y no tenemos la obligacion de ayudarlos á subir. Síguense de aquí que se necesita una religion para el pueblo. Es una mania suya que se debe satisfacer. Es al mismo tiempo un freno. ¿Quereis romperlo? ¿Quién detendrá luego al corcel?» Tal es la última palabra del sistema: se nos cree abrumados cuando ha sido pronunciada.

Se necesita una religion, un Dios positivo para el pueblo. ¿Qué sería si esta objecion perjudicase únicamente á los que la hacen? Créese perdernos con estas palabras, y al contrario, estas palabras constituyen nuestra mejor defensa. Por que, en fin, son terribles para los que así se colocan á un lado y relegan al otro á casi todo el género humano, admitiendo para sí no sé que fórmulas, que esplendor, que Dios de privilegio, y para los demás, para el espíritu de las muchedumbres, la noche sin término, sin fondo, sin límites, un Dios inerte, el yugo de un misterio eternamente inmóvil. Es cosa seria, pensadlo bien, declarar que pretenden reservar para sí

una luz siempre creciente y que el resto del mundo, esclavo de las necesidades del cuerpo, esté aun atado para mayor garantía á una cadena invisible que no ha de relajarse nunca. Para los dichosos un Dios de luz; para los miserables un Dios de tinieblas. ¿He entendido bien? ¿Ha salido, en efecto, este pensamiento de nuestro tiempo? Esto se llama arrojar, encerrar, sellar al mayor número en el fondo del abismo por el tiempo y por la eternidad.

Es necesario, repetís en voz baja, *una religion para el pueblo*. Ciertamente, no nos decís nada de nuevo, porque tambien nosotros somos *pueblo*, y lo único que nos distingue de vosotros es que no pretendemos ser otra cosa. Si penetramos en la tradicion de la Iglesia, si no nos detienen las dificultades, si abrimos los libros santos con espíritu de exámen é indagacion, no es por entretenimiento. Nos espantaría semejante audacia. No, si nos aproximamos á las cosas sagradas, si penetramos en la sombra temible y nos mantenemos en ella, es precisamente porque somos pueblo, de corazon y de alma, y queremos, no sólo una fórmula para sepultarnos en ella, sino la vida, la realidad, la verdad activa para renovarnos. Decid, si os agrada, que tenemos la imbecilidad del pueblo, que creemos aun con él en la posibilidad de algo grande, nuevo, poderoso, puro bajo el sol. No os lo prohibimos. Decid tambien que nuestro método en nada se asemeja al de la escuela, que nuestro lenguaje no es el de la es-

cuela, que rebajamos la filosofía haciéndole hablar como á todo el mundo: os daremos las gracias.

Se necesita una religion para el pueblo: estas palabras son las más formidables que se han oido en quince años, porque son la clave de la teoría, en virtud de la cual se establecerian definitivamente los privilegiados de la luz y los proletarios de las tinieblas. Admitid por un momento el progreso continuo del espíritu en unos, la inmovilidad de la creencia en otros, y la unidad social está rota. Francia se divide en dos pueblos irreconciliables, eternamente separados por un abismo que se ahonda eternamente entre ellos. La obra del Cristianismo está destruida.

¿En tales circunstancias, qué hacemos aquí segun nuestras débiles fuerzas? Oponernos con todo nuestro poder á esta excision impía. Crear para unos una filosofía religiosa, para otros una religion que se desenvuelva, para todos el movimiento continuo del mismo espíritu de creacion, á fin de que estos y aquellos puedan entenderse, tocarse, aproximarse incesantemente, encontrarse y unirse, al fin, en el progreso de la vida. Llamamos á la puerta de la Iglesia, para que lo que se denomina con indignidad el Dios del pueblo no permanezca inmóvil en su cruz de madera, sino que se despierte en el dogma, se engrandezca en los corazones, no se deje superar por el Dios de los ricos y de los filósofos, y logremos así que la antigua igualdad no sea herida en su raiz. Hé aquí mi pensamiento: no tengo que

ocultarlo: que se lo condene, que se lo elogie, ¿qué importa?, lo poseeis por completo.

Notad bien que, aunque en sentido inverso, ocurre hoy algo parecido á lo que se vió en la Edad-media. En cierto momento corrió el rumor por la tierra de que el mundo de los cuerpos iba á acabarse. Imaginábanse ya muchos que la sávia empezaba á detenerse en el tejido de las plantas: se contaba que el sol palidecia en el Oriente, que los pájaros de mal agüero eran los únicos que cruzaban el espacio, y que habian visto á los rios agotarse en sus manantiales. Roma publicaba, y era cierto, que en sus alrededores crecia la yerba, que la marisma se extendia, que la fiebre asolaba la campiña: se habia visto manar en los Alpes Cotianos una fuente de sangre. A esta noticia de la desaparicion próxima del mundo de la materia, vendíanse, mientras conservaban algun precio, el campo, la casa, el patrimonio temporal, y se corria al sepulcro de Jerusalem.

En nuestros dias hay tambien profetas de noticias fúnebres; pero estas han cambiado de objeto. Circula el rumor de que el mundo, no yá el de la materia, sino el del espíritu, el del alma, toca á su término; que apenas le resta un instante de vida. Circula este rumor de boca en boca; se acrece. Muchos refieren que han visto signos, que la luz moral se extingue, que la sávia del espíritu se entorpece para no volver á reanimarse, que las fuentes más profundas del co-

razon están secas, que no hay que aguardar ni esperar nada del mundo interior, que mañana ó al día siguiente todo habrá perdido su precio. Aproxímase el fin del mundo moral. *Apropinquante mundi fine*. ¡Es el antiguo grito de espanto! Al oírlo, gran parte se apresura á enagenar, no su campo, pero sí su alma, su conciencia, su patrimonio espiritual, mientras esto se estima en algo; y busca, para encerrarse en ella, alguna tumba más vacía que la de Jerusalen. Pero esta noticia es falsa. El pánico pasará ahora como pasó en la Edad-media: el sol del espíritu se levantará mañana sobre el mundo como se levantó ayer, y caldeará el suelo moral. La fuente de las ideas seguirá surgiendo, sin empobrecerse, del seno de Dios; engañáranse los nuevos milenarios como se engañaron los antiguos. Tan sólo temo que despues de haber vendido su patrimonio moral, si algun día quieren rescatarlo, no sea demasiado tarde.

Concluyamos: es cierto que todos esos rumores de muerte moral tienen un fundamento sério: algo desfallece en medio de nosotros: esto es indudable; se deduce de todo lo que precede. Sepúltase una filosofía á nuestra vista. ¿No lo veis? Despues de haber prestado servicios inmensos, que nadie piensa negar, el eclecticismo cede á la ley que mina todas las cosas; se retirá: la filosofía doctrinaria se muere; podemos añadir, ha muerto; porque no soy yo quien lo dice, es ella misma, declarando que nada tiene que hacer en-

medio de las nuevas cuestiones que asedian al mundo. Con esta declaracion, confiesa abiertamente que abandona la vida.

El momento presente es grave para mí; esta abdicacion, esta desaparicion de una gran escuela es el hecho mas importante que hemos hasta ahora encontrado, registrado en nuestra enseñanza. Hémos aquí en adelante solo con nosotros mismos, es decir, con la Francia nueva. El espíritu se remonta á otra época. Salimos de las fórmulas; entramos en la vida. La ola de la Restauracion ha llegado hasta aquí. Se detiene, nos deja. La filosoffa de la Restauracion ha muerto; cede su plaza á la filosoffa de la Revolucion.

Aunque esté acostumbrado á hacer esfuerzos sobre mí mismo, nunca nada me ha costado tanto como las palabras que acabo de pronunciar. No es fácil separarse así de una escuela gloriosa que en su tiempo ha alentado una generacion, que á nosotros mismos nos ha conmovido y despertado: no, no se dice adios á esos recuerdos punzantes sin cierto desgarramiento interior. No seamos ingratos. Recordad aquellos brillantes dias. ¿Porqué han cesado? ¿Qué elocuencia, qué poder, frecuentemente que independencia! Y hoy, es necesario que me separe en público de esa comunión filosófica, únicamente porque quiere permanecer inmóvil: debo separarme de esa escuela, de ese pensamiento que en mis mejores años ha hecho latir mi corazón. ¿Es necesario? Sí, es necesario. Tal es la vida: no se

propaga ni avanza sino á este precio; lo que es triste para mí, pero necesario para vosotros.

Algunas personas estimarán tal vez que habria hecho mejor en disimular este cisma de la filosofía. Más ¿para qué hombre reflexivo era un misterio? ¿Se habia descuidado una sólo ocasion de hacerlo aparecer, cuando se trataba de declararse contra nosotros? Por otra parte, el choque de doctrinas es testimonio de vida. Callándome más tiempo me ahorra sin duda algunos enemigos más; pero, por Dios, abandonemos de una vez para siempre esa habilidad vulgar en los asuntos del espíritu: persuadámonos de que sólo la verdad es inexpugnable. Dejadme una posicion franca, y me atrevo á confesar que nada temo en el mundo: colocadme, por el contrario en una falsa, y ya no me conozco, no puedo respirar.

El año anterior decia que entreveía en vuestro espíritu un gérmen del porvenir: hoy avanzo más, afirmo que aquel que no se apercibe de que una nueva generacion de ideas, una nueva ola moral golpea la antigua ribera, está ciego del corazon y del alma. Aun cuando tantos enemigos como se conciertan acabasen por arrojarme de esta cátedra, sería muy tarde; el espíritu que me impulsa á hablar ha pasado á vosotros: á ¡Dios gracias, no puede ninguna potencia del mundo deshacerlos como á esta tabla de encina.

CONFERENCIA III

LA IGLESIA EN EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Un Cristianismo antes de Cristo.—Grecia bautizada por Platon.—La Iglesia primitiva en el espíritu de Jesucristo.—La existencia de Jesus negada por el doctor Strauss.—Dos caracteres del Evangelio.—El nuevo FIAT LUX del mundo moderno—Sentimiento de esperanza en el Evangelio.—¿Qué esperamos hoy?—Primera division entre los apóstoles.—Como se resuelve.—Imágen de la unidad futura.—Iglesia de San Pedro.—Iglesia de San Pablo.—Liturgia católica.—¿Porqué se ha detenido?—Los funerales de un mundo.—La monarquía del espíritu.—¿Es ésta una monarquía HOLGAZANA?—De los blasones espirituales.—Las memorias de Luis XVI.—El testamento de una época.

Hay dos clases de fé en el mundo: nace una del desaliento, otra de la esperanza: encuéntranse hombres que despues de haber sido atraídos y engañados por diferentes teorías, no habiendo encontrado inmediatamente lo que esperaban, adoptan el partido de no indagar nada en adelante y recaen por desfallecimiento en el pasado: su creencia es una especie de desesperacion. Cansados de desear, se asen á la muerte con frio

propaga ni avanza sino á este precio; lo que es triste para mí, pero necesario para vosotros.

Algunas personas estimarán tal vez que habria hecho mejor en disimular este cisma de la filosofía. Más ¿para qué hombre reflexivo era un misterio? ¿Se habia descuidado una sólo ocasion de hacerlo aparecer, cuando se trataba de declararse contra nosotros? Por otra parte, el choque de doctrinas es testimonio de vida. Callándome más tiempo me ahorra sin duda algunos enemigos más; pero, por Dios, abandonemos de una vez para siempre esa habilidad vulgar en los asuntos del espíritu: persuadámonos de que sólo la verdad es inexpugnable. Dejadme una posicion franca, y me atrevo á confesar que nada temo en el mundo: colocadme, por el contrario en una falsa, y ya no me conozco, no puedo respirar.

El año anterior decia que entreveía en vuestro espíritu un gérmen del porvenir: hoy avanzo más, afirmo que aquel que no se apercibe de que una nueva generacion de ideas, una nueva ola moral golpea la antigua ribera, está ciego del corazon y del alma. Aun cuando tantos enemigos como se conciertan acabasen por arrojarme de esta cátedra, sería muy tarde; el espíritu que me impulsa á hablar ha pasado á vosotros: á ¡Dios gracias, no puede ninguna potencia del mundo deshacerlos como á esta tabla de encina.

CONFERENCIA III

LA IGLESIA EN EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Un Cristianismo antes de Cristo.—Grecia bautizada por Platon.—La Iglesia primitiva en el espíritu de Jesucristo.—La existencia de Jesus negada por el doctor Strauss.—Dos caracteres del Evangelio.—El nuevo FIAT LUX del mundo moderno—Sentimiento de esperanza en el Evangelio.—¿Qué esperamos hoy?—Primera division entre los apóstoles.—Como se resuelve.—Imágen de la unidad futura.—Iglesia de San Pedro.—Iglesia de San Pablo.—Liturgia católica.—¿Porqué se ha detenido?—Los funerales de un mundo.—La monarquía del espíritu.—¿Es ésta una monarquía HOLGAZANA?—De los blasones espirituales.—Las memorias de Luis XVI.—El testamento de una época.

Hay dos clases de fé en el mundo: nace una del desaliento, otra de la esperanza: encuéntranse hombres que despues de haber sido atraídos y engañados por diferentes teorías, no habiendo encontrado inmediatamente lo que esperaban, adoptan el partido de no indagar nada en adelante y recaen por desfallecimiento en el pasado: su creencia es una especie de desesperacion. Cansados de desear, se asen á la muerte con frio

encarnizamiento. Otros, por el contrario, aun antes de poseer la verdad están seguros de encontrarla; se lanzan á ella con fuerza suprema; ligados todavía al error, su palabra, su vida, su alma, son fecundas.

Poco antes de que Jesucristo apareciese en la tierra, estas dos clases de fé existian en el mundo pagano: unos, de sistema en sistema, de esperanza en esperanza recaian en la antigua comunión pagana: otros hacian esfuerzos sobrehumanos para arrancar al politeismo lo que este no contenia. Por todas partes se sentia ese hambre del alma de que hablabamos anteriormente: ¡cuántas tentativas para torturar, exprimir los símbolos paganos, á fin de encontrar en ellos un nuevo ideal! Desde el tiempo de Esquilo y de Sófoles, el alma es víctima de sed desconocida: en este trabajo del alma óyense salir palabras extrañas de boca de los poetas, palabras que contradicen toda la civilizacion antigua. *Prometeo*, los coros de las *Suplicantes*, *Antigona*, son fragmentos de esa gran profecía que no se encierra en ningun pueblo, adivinos que no saben lo que anuncian. Por otra parte, las escuelas de filosofía hacen correr de boca en boca la idea del Verbo de Dios: esta palabra de Platon vuela de Atenas á Alejandría, á Antioquía: no es solamente Isais ó Daniel, es la humanidad quien profetiza. Antes de que Cristo se muestre, se respira un Cristianismo precursor. Judea es bautizada por S. Juan en el Jordan; Grecia es bau-

tizada por Platon. Pero ¿qué es esto? ¡Un bautismo en el torrente! ¡Un bautismo de ideas! Un deseo, una esperanza que pasa como la onda, una doctrina mas añadida á otras doctrinas, un sofisma quizás, una sombra, si la vida, si el eterno viviente no se encarna en ella.

En tanto que estas ideas bajo una forma vaga, trabajaban al mundo antiguo próximo á abismarse en una abstraccion sin salida, veo á un maestro seguido de doce pescadores, en uno de los lugares mas retirados del mundo. No enseña en medio de los libros, sino en el templo, en la plaza pública, á la entrada de las poblaciones, en lo alto de los montes, ante la naturaleza entera á quien toma por testigo, Pertenece al pueblo mas desgraciado de la tierra, y hace una promesa infinita en nombre de ese mismo dolor secular; su enseñanza no está tan sólo en su palabra, brilla en la menor de sus acciones ¿Qué escuela, qué templo podría encerrar su doctrina? No enseña como todos los que le han precedido un sistema en particular, sino la vida misma; y no se limita á enseñarla, tambien la comunica. Antes, los reveladores mostraban á Dios en el Orbe, en la inmensidad de los mares, en todo lo inaccesible: él, por el contrario, lo muestra encarnado en el hombre. Infunde lo divino que palpita en el centro de los cielos, en el espíritu hecho carne: revela lo que nadie conocia, la potencia infinita del alma.

En ciertos momentos reúnese la fuerza

moral de un pueblo en un hombre que lo personifica: en aquel instante todo el poder moral del género humano se concentra en Jesucristo. Lleno el espíritu de pensamientos divinos, ¡como no habría sentido y proclamado al hijo de Dios!

¿Dónde estaba á la sazón la Iglesia? ¿Qué forma tenía en el espíritu de su autor? Buscando únicamente la verdad, se reconoce que el objeto constante de Jesús es dilatar las almas, desmenuzarlas de las formas, resucitar los corazones libertándolos de los fardos artificiales que los oprimen. El milagro continuo que opera es retrotraer, volver á encontrar la vida bajo los muros blanqueados del viejo culto. ¿Qué son para él, el templo, la liturgia, el sábado? El templo está en el jardín de las olivas, en el camino, en la casa del Centurion, en la barca de Galilea, donde quiera que se escucha su palabra. La liturgia es el movimiento de la vida, el viage, el pájaro que se procura su sustento, el grano que cae en el surco, el encuentro de un extranjero, la hospitalidad aceptada, la conversacion de los amigos. ¡El sábado! No lo conoce, cuando es un obstáculo á obras nuevas.

¿Qué es todo esto? ¡Helo aquí! La tierra estaba cargada de usos, de ritos, de símbolos antiguos. El pasado, extendiéndose siempre, usurpaba su lugar al porvenir. Añadidos los templos á los templos, los usos á los usos, los libros á los libros, no quedaba, por decirlo así, en la religion

espacio para el alma humana. Álzase entonces una voz; y bien pronto el menor suspiro del hombre consuma mas milagros que todos los templos, que todos los libros litúrgicos, que todas las murallas de mármol y de oro. Ya no basta leer el libro de la ley y de los profetas: es necesario ser un libro viviente, una Biblia activa, una profecía visible. Es decir, que el ideal de la Iglesia en el espíritu de su autor es el movimiento de la vida espiritual. El que se detenga, el que se duerma en el templo, en medio del incienso, cesa de pertenecer á su comunión: el que vele con el espíritu y el corazón, aunque sea samaritano, está con él.

Un sábio alemán de mérito incontestable, el doctor Strauss, ha expuesto sobre la misión de Jesús un sistema nacido para excitar el estupor de Europa. Según él, Jesús se habría constantemente ocupado en calcar su vida en las profecías del Antiguo Testamento; cada uno de sus actos le habría sido impuesto por un texto; no habría hecho en cierto modo sino repetir el pasado. Tanto vale borrar del mundo la vida y la persona de Jesús, para no dejar en su lugar sino un sistema de erudición. Cuando se vió á esta gran figura próxima á desaparecer de la historia, hubo en nuestros tiempos un estremecimiento, una fermentación extraordinaria, una inmensa controversia, en la que apercibiése que nuestro clero había perdido la preeminencia, pues no tuvo una sola palabra que decir en la

cuestion que conmovia y quebrantaba al Norte. Seguía atacando á Voltaire, mientras el cuerpo de Jesus le era arrebatado durante la noche sin que lo echase de ver. En Alemania, los mas impacientes no tardaron en creer que la crítica del doctor Strauss no iba bastante léjos, y se dieron prisa á destruir el simulacro de Cristo que habia dejado subsistir en la Cruz. Todo se desvaneció en una nada mas vacía cien veces que la del baron Holbach y la da Helvecio. Muchos, por el contrario, llenos de terror, cerraron su libro; cesaron de pensar, y en el temor de no ser bastante cristianos, se hicieron gnósticos y visionarios. Heridos con sus propias armas, retrocedian á la fé por el espanto. Tal es en la actualidad el estado de la controversia.

Por mi parte, si dando de lado la multitud de libros que he leído á este propósito, supongo por un momento que no he oido hablar nunca del Evangelio y que este libro cae en mis manos por primera vez, hay dos cosas que me sorprenderán inmediatamente, y son, la personalidad del Cristo y la esperanza que constituye el fondo de su doctrina. En todos los libros del Oriente antiguo siento la vida universal y cómo la pulsación de la gran alma del universo. El alma fria, impersonal, incomunicable de la naturaleza se exhala por boca de los dioses, en las obras de los antiguos sacerdotes. Pero aquí ¡qué diferencia! Ya no veo el desierto infinito en su vacía sublimidad; distingo en las huellas del Hombre divino

en la arena inmaculada, que alguien ha pasado por allí.

No soy juguete de los libros, de los sistemas, de ese mismo instinto, verdadero ó falso que me impulsa á lo que hay de más universal. A través de dieciocho siglos, reconozco, oigo, no el murmullo de la escuela alejandrina, sino el movimiento del gran corazón infinito que se abre y habla por los lábios del hombre, en el lenguaje del hombre. Añadid libros á libros, textos á textos; podreis componer una doctrina, pero no surgirá de ella una personalidad, ¿Qué me importa que San Mateo, San Lucas, San Juan no estén de acuerdo en todos los detalles? ¿Es la misma en todos la persona de Cristo? ¿El acento, la sangre que circula y refluye en mis venas, el alma que me habla y entra en mi alma es en todos la misma? Hé aquí lo que me interesa. No conocemos lo bastante el poder eléctrico de una mirada, de una palabra, de un gesto. Creemos que todo se hace con fórmulas, con doctrinas, con sistemas, olvidando que muy frecuentemente la vida habla en los ojos ántes que se manifieste la doctrina.

Jesus nada ha enseñado todavía; pero ya ha elegido sus discípulos, y éstos le siguen. ¡Hé aquí lo que más sorprende á algunos pensadores! ¡Cómo! un maestro que cuenta con sus discípulos y discípulos que cuentan con su maestro, sin que ninguna doctrina haya sido dada y recibida en prenda! Sí, y esta manera de fundar la Iglesia es

el título más sublime del Evangelio. ¡Recordad el comienzo! Jesús, avanzando por el borde del mar, encuentra algunos pescadores; les dice: seguidme. Éstos, dejando sus redes, le siguen hasta la Cruz. ¿Dónde ha brillado en tan alto grado el espíritu de espontaneidad y de creación? No son, pues, teorías, es una persona quien habla. Los primeros discípulos no piden ninguna aclaración: la vida, el poder del maestro ha pasado á ellos con la rapidez del *Fiat lux*. Avanzan silenciosamente: va con ellos un nuevo mundo.

¡Impulso, arrebató del entusiasmo, no trabajo del catecúmeno! A la primera palabra su alma se ha dilatado hasta lo infinito. Avanzan; llevan en sí la Roma de los mártires, Byzancio, el mundo moderno. á nosotros mismos que estamos aquí.

Primer momento de la Iglesia en el espíritu de su autor, entusiasmo, inspiración, espontaneidad, movimiento para dejar la antigua ribera. ¿Porqué de tantas Iglesias como creen representar á Jesu-Cristo, ninguna nos dice ya: sígueme, *sequere me*? Nuestros oídos no se han endurecido; no pedimos sino marchar, dejar nuestras redes en el viejo Oceano. Mas para que nosotros sigamos, es menester que alguien nos preceda. Que alguien pronuncie, pues, de nuevo, en nombre de todas las Iglesias dispersas y errantes, la palabra sagrada, sígueme, *sequere me*, y de cualquiera parte que esa voz salga, sea del Vaticano, sea de lo alto de un trono, sea del fondo del corazón de un pueblo, no digo toda la

cristiandad, toda la humanidad preparada á este grito reconocerá en él la palabra del porvenir; seguirá inmediatamente á su guía, sin recoger las redes, sin mirar atrás. Otro carácter de esta primera Iglesia en el espíritu de Jesu-Cristo es mantener el alma en una esperanza continua. Ninguna escena se repite: todos los instantes son nuevos en esta liturgia viviente. Los patriarcas, Moisés, los profetas, las generaciones extinguidas, no usurpan nada á los vivos: no pesan, con todo su pasado, más que las almas de algunos hombres de Galilea. Salomón mismo cede al lirio primaveral cogido por el apóstol. Para arrancar el mundo á la seducción del pasado magestuoso de Moisés y de los patriarcas, Jesús convida al espíritu á un amanecer siempre nuevo; echa en el fondo del porvenir un iman poderoso que no permite á nadie volver la cabeza. Se le sigue, porque á cada instante se abre y engrandece el abismo de vida. Al principio es un signo mudo, después el signo se convierte en una palabra, una parábola, un misterio; más tarde la parábola se explica, pero comienza otra más profunda y el alma sigue, sigue siempre al alcance del maestro; se desearía colgarse del borde de su túnica en este camino de vida. Cuando se ha dado el primer paso, cuando se empieza á gustar su doctrina y se cree poseerla, anuncia su muerte. Entónces la esperanza vuelve á comenzar, el porvenir torna á mostrarse, el maestro crece cien codos; ni un instante de reposo con-

cede al alma que le sigue: despues de su muerte se espera su resurreccion; despues de su resurreccion su magestad trasfigurada en el Tabor. Hé aquí hasta donde conduce él mismo á la Iglesia.

Y ahora, ¿qué esperamos? ¿Qué se nos ofrece para impulsarnos hácia adelante en el camino del alma? Se nos conduce al pasado; se nos muestra al Cristo azotado, humillado, crucificado; se toma por undécima vez el camino de la pasion, repitiendo al pueblo, al hombre, al género humano: lleva tu cruz. Pero mi cruz, la he llevado yá en la edad media y dejé atrás mi calvario: hay para los que esperan un Cristo del que no me hablais, es el que debe brillar en las nubes, lleno de magestad y de gloria. ¿Cuándo vendrá? ¿Porqué no me decís nada de este coronamiento? Os contentais con manteneros, con conservaros tales como habeis sido; no aguardais nada en el mundo, porque el apogeo de vuestro poder se ha colmado. ¿Esperais que los cielos se abran pare mostrar el reino del hijo de Dios? No, porque sabeis que no se abrirán. Habeis desechado esta esperanza material: no son los cielos visibles los que han de abrirse, es el cielo interior, el alma, el espíritu.

Que aquel que tenga un corazon lo abra á la esperanza, y la magestad divina se ostentará en él. ¡Pensadores, no cerreis vuestros pechos! ¡Iglesia católica, Iglesia protestante, Iglesia griega, basta de discordias y de cólera! En vez de aislaros como fortalezas cerradas, hosti-

les unas á otras, comunicaos todas en una unidad mas grande. ¡Iglesia de piedra, abre, ensancha tus puertas! ¡Iglesia viviente, dilata tu inteligencia, tu dogma! En vez de la corona de espinas que ciñó el pasado, la magestad, el triunfo, la paz brillarán en el espíritu del Hijo del hombre: ninguno de nosotros os preguntará de nuevo, ¿cuándo vendrá?

Despues de la muerte de Jesus empieza una época nueva para la Iglesia primitiva. Los apóstoles se dispersan; ninguno se acuerda de llevar, en su mision, ni la madera de la cruz ni la corona de espinas ni la túnica del maestro: ¿qué han de hacer de esos testimonios que sólo hablan á los sentidos?

En circunstancias imprevistas cada uno se aconseja de su voz interior: el mismo espíritu los impele por cien caminos distintos. De pronto, aparece un gérmen de disension: estalla la primera discordia en este ideal de paz: es menester ver como la unidad se restablece, porque debe considerársela como la imágen de la unidad futura.

Apenas salidos de Jerusalem, los apóstoles se encuentran entre dos mundos: el mundo judío considerado como ortodoxo, y el resto del universo. ¿Qué conducta seguir para reunirlos? Es la misma cuestion planteada todavia bajo nombres diferentes. Piensan unos, y San Pedro está de su parte, que no puede haber comunion con las naciones extranjeras, si no se someten primera-

mente á la ley judáica, á los ritos y á la circuncision de Abraham. Era esto obligar al mundo entero á pasar por la puerta estrecha de Judea; era negar el movimiento del espíritu en todo el universo, fuera de Jerusalem; era constreñir al género humano á empezar la emigracion de los judíos; era escribir en la arena del desierto: sin esto no habia posibilidad de salvacion.

En esta primera Asamblea, hay otros, y San Pablo está entre ellos, que declaran que la comunion se verifica por el espíritu nuevo, no por los ritos de Jacob y de los patriarcas: que desde luego, sin pasar por el templo de Jerusalem, se puede entrar en la vida y la unidad. De estos dos sentimientos que contenian todo el destino del mundo ¿cuál prevaleció en el primer cónclave? El Cristianismo más vasto, más universal de San Pablo triunfa aquel dia del Cristianismo y la liturgia lapidaria de San Pedro. Decidióse bajo el espíritu del porvenir que la Iglesia de Judea no entorpecería la obra de la Iglesia universal, que los ritos del pasado no son sino cosa secundaria, que la primera y en rigor la única es la vida del espíritu. Así, la primera division de la Iglesia naciente se resuelve por la libertad. El alma estaba aun muy excitada para que la detuviese ninguna dificultad deliturgia. Los apóstoles se dispersan otra vez dando cada uno su forma á la palabra, creando San Pablo ritos nuevos en pueblos nuevos, espiritualizando San Pedro los ritos antiguos en pueblos antiguos, con-

ciliando todos la unidad del espíritu con la libertad de las formas.

¿En qué se ha convertido este ideal al cabo de diez y ocho siglos? ¿Qué idea se tiene hoy de la futura unidad del mundo religioso? Se está persuadido por regla general, de que la Iglesia mas antigua debe absorber á todas las demás. Tiénese la imágen de una unidad puramente material. Seguramente es grande pensar que, á tal hora, se pronunciará la misma palabra en toda la tierra; se hará el mismo signo; resonará el mismo acento en el ruido de las campanas; se leerá la misma página, se cantará el mismo salmo. No he olvidado la impresion que recibia, cuando viajando de poblacion en poblacion, entrando en las Iglesias árabes, góticas, griegas, latinas, de España, de Alemania, de las Cícladas, de las ciudades de Italia, oia por todas partes la misma lengua, y esas sencillas palabras *por los siglos de los siglos* que giraban y resonaban en el vacío: parecíame que la misma voz me seguia de edad en edad, de lugar en lugar, desde el fondo del pasado, y que asistia á los oficios de un pueblo muerto.

¿Es esto, en efecto, el último grado de la grandeza religiosa? No es tal vez la sublimidad de la muerte, mas bien que la sublimidad de la vida? Estoy persuadido de que sin esa unidad exterior puede alcanzarse la unidad de espíritu, que se concilie con la espontaneidad de los pueblos. ¿Nó son todos estos vasos sagrados

hechos por el divino alfarero para adornar el templo eterno? La Iglesia de la Edad-media sólo comprendió el canto al unison, aquel en que todas las voces se desvanecen en una sola. Pero un arte superior ha revelado otra armonía más alta, más santa, aquella en la cual cada voz conserva su tono y su acento en la armonía general. Porque no admitir, pues, que por una liturgia superior, cada pueblo conservará su voz en medio de la armonía de todos en la vasta Iglesia universal, de la cual las Iglesias particulares no son sino la piedra angular, en el gran coro de la humanidad?

Roma dice hoy como San Pedro á todo lo que le es extraño: Habla mi lengua, sigue mi rito, entra por mi puerta en la region de la vida! Pero San Pedro se arrepintió de esta doctrina estrecha, cediendo ante S. Pablo que ensanchó el camino en toda la extension del espíritu. Diez y ocho siglos han pasado por esta puerta, y no la han obstruido ¿Seremos nosotros quiénes la dejen tapiar?

Si quereis ver como se concilian la autoridad y la libertad, seguid un momento á San Pablo. Siéntese este aprisionado en la antigua Judea: la sombra del viejo templo pesa sobre él: no respira con holgura sino en medio de pueblos extraños, cuando en las riberas del Asia y de Europa abraza al género humano. Lleva consigo las palabras del maestro; pero que independencia! ¡qué audacia de interpretacion! Ved como la

Iglesia nueva se levanta, se desenvuelve, de hora en hora crece en su alma. ¿Dónde se detendrá en medio del infinito? Experimenta como unos celos sublimes. La vecindad de los demás apóstoles le embaraza; necesita, como el águila, horizontes sólo para él; en su desprecio por el pasado quiere almas nuevas, poblaciones nuevas en que la palabra no haya germinado todavía; y comunica esta independencia, esta espontaneidad á sus Iglesias.

Hasta entónces sólo han aparecido en la liturgia Cristo y los apóstoles; en adelante figura en ella un elemento nuevo. Es el pueblo reunido que, inspirado á su vez, se levanta, se agita, habla, se estremece: el poder del Apóstol se ha comunicado á las masas. No permanecen estas inertes; inventan, crean por sí mismas oraciones, cantos, himnos; entra en la liturgia el grito de las entrañas de la multitud. El apóstol llama en sus escritos á Corinto, Atenas, Tesalónica, Efeso; cimbálos sonoros, responden estas terminando el pensamiento de San Pablo: la Iglesia renovando su bautismo todos los dias crece á la vez en el alma del Apóstol y en el alma del género humano: hé aquí el verdadero ideal de la liturgia y de la Iglesia vivientes. Ahora pregunto: ¿vémos algo parecido á ese espíritu ó que, aproximándosele tan sólo, muestre que se vive con arreglo á tal modelo? ¿En dónde están las aspiraciones, los acentos de la humanidad moderna en los ritos y la liturgia de nues-

tro tiempo? ¿Fecunda, renueva la Iglesia sus prácticas en el Eterno viviente? ¿Ha muerto el corazón del pueblo, ó es que no sabeis hacerlo vibrar? Veo representadas las épocas de los patriarcas, de los mártires, de los doctores, como si el mundo hubiera debido detenerse en ellas. Pero ha continuado viviendo, aunque los ritos nada me digan de lo que ha seguido. Si la Iglesia es la representación visible de la Providencia ¿porqué no refleja sino ese gran pasado, ya tan léjos de mí? La liturgia se ha petrificado, pero Dios no se agota en uno ni en otro siglo. ¿Porqué no se expresa en un rito nuevo algun impulso, algun movimiento de la humanidad nueva? Repítense las antiguas oraciones ¿es que el alma no exhala otras? Cada siglo ¿no tiene su pan cotidiano que reclamar, y aquel en que vivimos más tal vez que ningun otro? Admiro la representación de los antiguos tiempos bajo ceremonias magestuosas; más, sin embargo, quisiera sentir el latido de un corazón vivo en el fondo de esos siglos que no me conocen. Como nada me habla de lo que la vida me ha mostrado, paréceme que asisto en medio de ceremonias sublimes á los funerales de un mundo. Mas se me dirá que esto es exigir de la Iglesia una inspiración permanente, una juventud siempre nueva, una vida imperecedera? en efecto, yo así lo entiendo. ¿Quién ha podido pretender nunca que el reino del espíritu y del alma pueda convertirse en una monarquía *holgazana*? En las monarquías temporales no basta

decir: he hecho otras veces grandes cosas; soy el hijo de Clodoveo, de San Luis; porque contentándose con esto, no ejecutando por sí mismo acciones gloriosas, no asimilándose todo lo grande que su siglo encierra, el pasado más brillante del mundo no salva una corona.

¡Con cuánto mayor motivo no sucede lo mismo en la monarquía del alma, en esas dinastías espirituales que quieren reinar siempre! Les bastará decir, soy hijo de Elías y de David? He consumado otras veces milagros; he descifrado enigmas; he escrito con lenguas de fuego las obras de los santos Padres? ¿No son estos bastantes trabajos, bastante grandeza para que la legitimidad me sea reconocida de siglo en siglo? No, no es bastante, porque vivimos y queremos obras vivientes. Las dinastías religiosas no se salvan ostentando escudos y blasones espirituales á la vista del mundo. No pedimos nuevos milagros para el cuerpo; pedimos solamente milagros de inteligencia y de alma. La providencia ha sembrado en nuestro siglo nuevas parábolas que no entendemos; explicadlas.

En presencia de dificultades nuevas tenemos necesidad de nuevos doctores: para conservar el trono del espíritu, es necesario adquirir diariamente por el espíritu el derecho divino de reinar sobre nosotros. En otro caso, las Revoluciones comienzan, y las mitras se rompen como los centros.

Luis XVI era el jefe de la mayor monarquía

del mundo: personificaba el viejo orden temporal; tenia el mas bello blason de la tierra: era justo, amaba el bien, y á pesar de todo cayó: él mismo, escribiendo sus Memorias, ha explicado dia por dia la caida del antiguo mundo político. En ese manuscrito en que se respira el vacío mas extraño que pueda imaginarse, en ese testamento de una época, hay una palabra escrita al lado de cada fecha y que la resume. Volved la página: reaparece la misma palabra. Domingo, *nada*; Lunes, *nada*; Mártes, *nada*. Y así pasan las semanas y los meses y los años de este reinado. ¡La fatal palabra está escrita el dia mismo de la toma de la Bastilla! El antiguo orden político cayó, porque todos los dias, en vez de ser y de obrar, escribia en el libro de la vida, *nada, nada, nada*, y el mundo quería ser y hacer alguna cosa. ¡Cómo, pues, no sería cosa más espantosa y más trágica, que en medio de los esfuerzos que nos quebrantan interiormente, el poder espiritual, cesando de obrar por el pensamiento, se contentase con querer escribir en el libro sagrado, al lado de cada siglo, de cada abismo, *nada, nada, nada!* Sobrevendría una revolucion inmensa; porque nosotros tampoco nos saciamos de esa nutricion de vida como nuestros padres y como sus padres, porque creemos en un Dios eternamente insaciable de grandeza, de luz y de espíritu.

CONFERENCIA IV.

EL CRISTIANISMO SIN ROMA.

El dogma cristiano se desenvuelve sin Roma.—Primera forma del papado: un derecho de procedimiento.—Principio de los concilios.—El voto en la ciudad divina.—Los Padres de la Iglesia: como entendieron las relaciones de la Iglesia y de la filosofía.—Arrianismo.—Atanasio.—Contradiccion entre la Iglesia primitiva y la Iglesia moderna.—La declaracion de los derechos de Dios, del clero, del hombre.—Un catolicismo pagano ántes del Evangelio. La Iglesia: lazo entre la raza romana y la raza germánica.—El cristianismo legítima la mision de los bárbaros.—¿Es la época más creyente la más propia para las artes? La Iglesia en la soledad.—La sociedad se renueva en el desierto.

La Iglesia primitiva está fundada: Jesus la ha legado á los apóstoles, quienes la difunden por el mundo y mueren. ¿Cómo se prosigue esta historia? ¿Quién se encargará de desenvolver la herencia de los apóstoles? En el momento supremo en que se produce la doctrina, en que se engendra el dogma, lo que mas resalta es la ausencia, mejor dicho, la nada del papado.

del mundo: personificaba el viejo orden temporal; tenia el mas bello blason de la tierra: era justo, amaba el bien, y á pesar de todo cayó: él mismo, escribiendo sus Memorias, ha explicado dia por dia la caida del antiguo mundo político. En ese manuscrito en que se respira el vacío mas extraño que pueda imaginarse, en ese testamento de una época, hay una palabra escrita al lado de cada fecha y que la resume. Volved la página: reaparece la misma palabra. Domingo, *nada*; Lunes, *nada*; Mártes, *nada*. Y así pasan las semanas y los meses y los años de este reinado. ¡La fatal palabra está escrita el dia mismo de la toma de la Bastilla! El antiguo orden político cayó, porque todos los dias, en vez de ser y de obrar, escribia en el libro de la vida, *nada, nada, nada*, y el mundo quería ser y hacer alguna cosa. ¡Cómo, pues, no sería cosa más espantosa y más trágica, que en medio de los esfuerzos que nos quebrantan interiormente, el poder espiritual, cesando de obrar por el pensamiento, se contentase con querer escribir en el libro sagrado, al lado de cada siglo, de cada abismo, *nada, nada, nada!* Sobrevendría una revolucion inmensa; porque nosotros tampoco nos saciamos de esa nutricion de vida como nuestros padres y como sus padres, porque creemos en un Dios eternamente insaciable de grandeza, de luz y de espíritu.

CONFERENCIA IV.

EL CRISTIANISMO SIN ROMA.

El dogma cristiano se desenvuelve sin Roma.—Primera forma del papado: un derecho de procedimiento.—Principio de los concilios.—El voto en la ciudad divina.—Los Padres de la Iglesia: como entendieron las relaciones de la Iglesia y de la filosofía.—Arrianismo.—Atanasio.—Contradiccion entre la Iglesia primitiva y la Iglesia moderna.—La declaracion de los derechos de Dios, del clero, del hombre.—Un catolicismo pagano ántes del Evangelio. La Iglesia: lazo entre la raza romana y la raza germánica.—El cristianismo legítima la mision de los bárbaros.—¿Es la época más creyente la más propia para las artes? La Iglesia en la soledad.—La sociedad se renueva en el desierto.

La Iglesia primitiva está fundada: Jesus la ha legado á los apóstoles, quienes la difunden por el mundo y mueren. ¿Cómo se prosigue esta historia? ¿Quién se encargará de desenvolver la herencia de los apóstoles? En el momento supremo en que se produce la doctrina, en que se engendra el dogma, lo que mas resalta es la ausencia, mejor dicho, la nada del papado.

No sé como no se ha notado esta impotencia absoluta de Roma, mientras se trata de crear la vida espiritual. Inmensas cuestiones se han planteado en el cristianismo naciente. Por todas partes se piensa, se discute, se escribe, se combate por el espíritu, en Grecia, en Africa, en Asia. Simples diáconos dan de repente direccion al mundo: el alma radia en todas las poblaciones: Nicea, Laodicea, Alejandría, simples ciudades, las arenas mismas de los desiertos hablan; sólo Roma guarda silencio, tan sólo ella deja de llevar su piedra á la ciudad espiritual que se desenvuelve de hora en hora. Es preciso descender hasta el siglo cuarto para encontrar un grande hombre en la Santa Sede. Hasta entónces, las doctrinas, los sistemas pasan ante el papado sin que este dé señales de vida. No es él quien condena las heregías, no es quien forma el dogma, no es quien convoca y preside los concilios, ¿Qué hace, pues? Espera; no produce la vida, la recibe; léjos de engendrar el mundo religioso, apenas si le sigue.

Tan pronto como parece concluido este gran trabajo del alma, cuando las inteligencias mas vastas y profundas se han agotado desenvolviendo el espíritu del cristianismo, cuando ya únicamente resta reinar, se vé al obispo de Roma colocarse en la cumbre de esas obras de vida, como si fuera su principio y su fuente. Aprópíase para su dominio particular conquistas que no ha hecho; se instituye rey del dogma, al cual,

por decirlo así no ha concurrido; otros han pensado por él, pero él se ceñirá la corona del espíritu.

Si observais los orígenes auténticos de ese poder, os asombrareis de la lentitud é incertidumbre de sus progresos. Roma misma tardó mucho en creer en sus nuevos destinos: el oceano en que se ha querido sumergirlo todo, no fué por espacio de cuatrocientos años sino un arroyo oculto bajo ruinas. Llego hasta el concilio de Cartago, en 419, sin encontrar indicio auténtico de ninguna distincion efectiva de la Santa Sede. En este concilio un sacerdote latino, Aurelio, pide que los obispos condenados en lo que podriamos llamar primera instancia, tengan el derecho de apelar ante el obispo de Roma, para lo que se apoya en una decision del concilio de Sárdica. Otro miembro de la Asamblea, Alpyo, obispo de Tagasto, se levanta y declara que en los textos conocidos no se vé nada parecido á esta decision. Así, en el siglo V, un derecho disputado de apelacion, en materia de disciplina, he aquí todo lo que señala la primacia de Roma. Trascurren algunos siglos; déjase dormir esta reclamacion; despues reaparece. Pero el proceso ha adquirido proporciones colosales. La cuestion de procedimiento se cambia en un derecho de supremacia universal. Aurelio se convierte en Gregorio VII.

¿Si los papas no fueron los continuadores inmediatos de los Apóstoles, ¿qué institucion de-

se envolvió la Iglesia en su origen? Los concilios. Puede decirse que en el establecimiento de estas asambleas se resume todo el espíritu de la revolución cristiana. Es una idea que jamás había ocurrido á la antigüedad pagana el reunir á hombres de diversos puntos de la tierra, para deliberar y votar acerca de la creencia, para constituir y desenvolver el espíritu divino por mayoría de votos. Los hombres se reunían ántes en el Areópago y el Foro para tratar de los asuntos humanos: se habrían quedado estupefactos, si alguien les hubiese propuesto deliberar acerca de lo que era ó no era Júpiter, votar por escrutinio, en conchas, la preeminencia ó destronamiento de Saturno, la eternidad ó no eternidad de los infiernos y de los cielos. Hubieran considerado como una impiedad el querer establecer en la tierra el consejo de los dioses olímpicos. Por otra parte, ¿á que creer otra cosa que lo que creían sus padres? Recibían la tradición, no la creaban.

En el establecimiento de los concilios se parte, por el contrario, de la idea de que el alma de Dios se ha unido al alma del hombre: todos saben que, al reunirse, pueden brotar de su conciencia milagros de luz. Tienen fé en el alma que resplandece en todas las almas; creen percibir las lenguas de fuego que descienden con el Espíritu sobre su frente. Decretan con tranquilidad los misterios, como si vivieran en Dios.

En nuestros días, nos cautivan las discusio-

nes de las asambleas políticas; seguiríamos por hábito sus incidentes, aunque supiéramos que en el fondo de sus debates no hay ningun principio vital, y que podría estarse discutiendo un siglo sin obtener ningun resultado para nosotros ó para el mundo. ¿Qué diremos de aquellas asambleas que traían á su barra el cielo y la tierra? La mayoría y la minoría se disputaban, en Dios, la sustancia misma del porvenir; decretaban, no leyes particulares, sino las ideas y los dogmas segun los que debía modelarse el mundo. Terribles luchas se empeñaban y proseguían hasta en el fondo mismo de los desiertos. Nunca el espíritu humano mostró audacia mas maravillosa que en el momento en que su humildad era mayor. La eternidad, Dios, el pasado, el porvenir del mundo, la vida, la muerte, la creación, cualquiera que fuese la grandeza de los asuntos discutidos, todo terminaba al fin con estas simples palabras: *os place á todos? — Nos place: Placetne hoc omnibus? — Placet.*

¿Quién decreta así á su capricho las cosas de lo alto? ¿Son los hijos de Dios? Son los hombres, y nosotros, nosotros tambien somos hombres. No perdamos el derecho divino de alzar nuestra voz en la deliberación siempre pendiente de los asuntos eternos. Cada siglo tiene su cuestión que le pertenece; y aunque se hayan cerrado tiempo há las puertas del concilio, éste continúa: donde quiera que se reúnan hombres de buena voluntad

reaparecen las cuestiones con las lenguas de fuego. Consultaos á vosotros mismos: la Iglesia no pregunta ya en alta voz por boca del notario: *¿Os place á todos? Placetne hoc omnibus?* pero el espíritu os lo pregunta. Antes de morir, debéis responderle. Vuestro voto interior os dá el derecho de ciudadanía, de soberanía en la ciudad divina.

A pesar de todo, los concilios no habrían bastado para desenvolver el dogma, si no hubieran sido preparados ó conducidos por los hombres á quienes se llama con razon *Padres de la Iglesia*. Hoy, el clero, y á veces los filósofos, nos aconseja creer en Dios como los niños: los Padres de la Iglesia son de la opinion contraria, quieren creer en Dios como los hombres: hé aquí por qué se asimilan todo lo que hay de vivo y de inmortal en la filosofía antigua. Profundízanla hasta el punto de que la sencillez de los apóstoles y de los evangelistas desaparece por completo. No rigiendo ninguna autoridad las riendas de su espíritu, lánzase con impetuosidad extraordinaria al fondo de los misterios. Esta libertad, causa de la fecundidad de los primeros siglos, deja á cada uno su figura particular. ¡Qué diferencia, cuántos grados en esa mezcla de audacia y de humildad, desde la gravedad y precisión de San Ireneo, la violencia y fiereza de Tertuliano, la tolerancia enciclopedista de San Clemente de Alejandría, el Deísmo apénas convertido de Lactancio, la magestad sábia de Ata-

nasio, la sutileza profunda de San Agustin, precursor de la Edad-media, hasta el brío de Orígenes que tiende la mano al siglo diez y nueve! En el fondo, sin embargo, les inspira el mismo pensamiento. Conciliar al Cristo de Judea con la verdad manifestada en el resto del mundo al espíritu humano.

Repítese que el cristianismo naciente fué la ruina de la filosofía. ¡Decid mas bien que fué su apoteosis: (1)

La sabiduría, el verbo de la antigüedad, purificado de templo en templo, de escuela en escuela, se identifica con la persona de Jesucristo: abrázase la abstraccion del filósofo y el entusiasmo del pescador de Galilea: pónense de acuerdo la cabeza y el corazón del género humano: he aquí la primera obra de los Padres de la Iglesia.

No creais que todo habia concluido porque Jesucristo hubiese aparecido en la tierra. Todo, por el contrario, estaba por hacer. El espíritu humano, deslumbrado al principio, trataba de reconocerse. Aun entre aquellos que habian oido

(1) El término mismo de *filosofía* es en algunos Padres griegos como una palabra sagrada que lleva en sí la virtud suprema de la inteligencia, de la inspiración del Espíritu Santo. *Filosofémos, pues, acerca de todas las cosas*, dice S. Juan Crisóstomo. (Hom XI.) *Filosofémos en paz*, repite S. Gregorio Nacianzeno (Epist.)

la palabra de Jesus y que vivian del Evangelio, debia plantearse la siguiente cuestion: ¿Quién se ha aparecido en Judea? ¿Quién es Jesus? ¿Es una apariencia, una realidad, un fantasma divino? El se reconoció muchas veces inferior á su Padre. ¿El hijo de Dios es Dios mismo? Todas estas cuestiones no podian ménos de precipitarse inmediatamente sobre el mundo.

¿Qué recursos no buscó el espíritu humano, al principio, aun entre los mismos fieles para sustraerse á la divinidad de Jesucristo! Mas de una Iglesia empieza por considerarle como un fantasma de ideas. Hay momentos en que, de tantas sectas, no puede verse claramente cual prevalecerá. La que ántes ensaya conciliar el paganismo y el Cristianismo es la de los Gnósticos: respiranse en ella las tinieblas profundas de los templos de Egipto: en su primera sorpresa, este paganismo recién convertido no niega ningun hecho del Antiguo ni del nuevo Testamento, pero los interpreta todos por una abstraccion sin límites, por manera que los misterios de Egipto renacen de cada versículo del Evangelio: los Dioses impenetrables de los templos de Tébas, Horo y la Noche Ator, parecen hablar aun por boca de Jesus de Nazareth. Dicese que un resto del mismo génio inspira aun hoy á Sebelliny en el fondo de Alemania, ese Egipto moderno. Pero en el comienzo del Cristianismo el mundo tenia necesidad, ante todo, de vida, de realidad, de fecundidad. ¿Qué habria hecho de aquellos abismos de abstracciones?

El monumento canónico que siguió á la predicacion de los Apóstoles, tiene algunos de los caracteres de esta primera heregia: es el Apocalipsis. El mundo se vió sorprendido, trastornado en su antigua creencia, como San Pablo en el camino de Damasco. La primera palabra de la Iglesia naciente es incoherente; sueño de la humanidad despues del bautismo. Todos los objetos de la vispera, los dioses, los toros mugientes del Africa, los ídolos, las poblaciones antidilivianas, reaparecen, se empujan en ese sueño del espíritu adormecido, en la primera noche del Cristianismo. ¿Quién puede asistir sin espanto á ese sueño, á ese delirio sublime, á esa locura divina de la Iglesia? ¿Quién no teme por un momento que el equilibrio de la inteligencia no se haya roto para siempre, que la humanidad herida en la cabeza no se despierte nunca de esa languidez del espíritu? Quizás algunos gefes de la cristiandad puedan soportar ese estado permanente de éxtasis, ó interpreten de edad en edad el sueño de la misma; pero ¿cómo salvarán al fin su razon los pueblos, las muchedumbres, si el Apocalipsis llega á ser el tono único del porvenir? Este brebaje es muy fuerte para el espíritu del hombre. Imaginaos por un instante que los siglos entran unos despues de otros y cada vez mas profundamente en esa vision, que no beben sino en esa copa, que no se alumbran sino con la luz del sueño de Patmos. Contemplo poco á poco á la humanidad agitándose, marchando con los ojos cerrados, co-

mo una visionaria, como una sonámbula, en un sueño perpétuo; pero esto no debe ser, es preciso despertar y no soñar, aunque sea en Dios. Así, apenas señaló el sueño del Apocalipsis el primer momento de extásis de la nueva humanidad, despertóse esta en medio de las disensiones solemnes de los Padres de la Iglesia.

Comparando á los Padres con los evangelistas, vereis el trabajo que se ha cumplido en el intervalo que los separa.

Los discípulos del Evangelio no saben precisamente lo que deben pensar de Jesus; su sabiduría, su poder les abruma; propiamente hablando ignoran quien es; el nombre que le dán muestra su incertidumbre; se contentan con llamarle *Maestro*. ¡Cuánto, por el contrario, no se ha engrandecido esta figura en el espíritu de los Ireneos, de los Atanasios, de los Orígenes! El maestro de las orillas del lago de Galilea llega en ellos á la bóveda de los cielos, á la profundidad de los infiernos. En rigor, los Padres de la Iglesia no hacen otra cosa que recorrer en todos sentidos el mundo de la inteligencia para extender la idea del Dios vivo, y desplegando su espíritu y su alma parecen desplegar al mismo Dios. Aseméjanse á ese santo de la leyenda que toma en sus brazos al Cristo niño á la orilla del rio, le siente crecer y le deposita gigante en la otra orilla, ¿Qué concluiremos de aquí? Tan solo una cosa. Que tambien nosotros llevamos en nuestros brazos, como todas las generaciones, un gran desconocido, y

que es necesario franquear con él el torrente, no creyendo con demasiada anticipacion que hemos encontrado ya el límite de Dios.

Hacia fines del siglo III el paganismo cede; los martirios cesan; el emperador se somete al Cristo: entonces comienza la gran dificultad: el Cristo ha vencido, los cristianos se dividen.

No se negaba ya que el mundo pertenecía al Evangelio; faltaba saber únicamente quien era ese Cristo al cual se sometía. La mitad del mundo declaraba que el culto antiguo habia caído legítimamente, que ninguna compasion merecia el pasado, que el universo aceptaba á Cristo: que este poseia la verdad, la fuerza, el porvenir, pero que sin embargo, no podia decidirse á identificarlo absolutamente con Dios mismo: que, puesto que era su hijo, no era de toda eternidad, que le reconocia haber servido de instrumento para la creacion, en una palabra, que estaba pronto á otorgárselo todo, excepto la verdadera divinidad. Así hablaba el Arrianismo que fué por mucho tiempo otra verdadera cristiandad enfrente de la de los Padres.

Es fácil ver que esta doctrina puso á la Iglesia en mayor peligro que todos los verdugos del mundo. Salvábase igualmente del escepticismo de los paganos y de los misterios de los entusiastas. Jesus no era ni Dios ni hombre. Era una especie de semi-Dios, que presidia el mundo, desde el comienzo de los tiempos. Esta Iglesia (faltó poco para que pudiera llamársela la Iglesia uni-

versal) bautizaba en nombre del Padre increado, del Hijo creado y del Espíritu que santifica. Tuvo sus concilios, la Santa Sede se sometió á ella por un momento, la mayor parte de los emperadores se declararon de su lado, y se pudo creer que el mundo entero recibiría su bautismo. Pero, reflexionando, comprendereis que no bastaba para renovar la tierra. ¿Qué era en el fondo el arrianismo, sino una transacción, un justo medio entre el paganismo y el Evangelio? El paganismo renunciaba á sus ídolos, y recibía la mitad del nuevo Dios; el Evangelio renunciaba á su primer misterio, y recibía el Dios mortal de los paganos. Concesión prudente que acaso conviniera á los jefes de la sociedad antigua, pero que no satisfacía ni con mucho la sed de prodigios que abrasaba á los hombres nuevos. El espíritu tenía necesidad de renovarse en los misterios, estaba muy embebido en ellos para poder ó querer retroceder. Todo ó nada: tal es la consigna de las épocas sagradas. Según la palabra de un Padre, (1) «la transacción más prudente no es sino un pensamiento envuelto en lodo.»

En el momento supremo en que para Cristo-Dios se trata de ser ó no ser, no volvais los ojos á Roma. Yá lo he dicho: ninguna palabra poderosa, decisiva, sale de Roma mientras dura

(1) Atanasio.

este proceso. Cállase, como San Pedro á la puerta de Caifás cuando entregan á Cristo al gran sacerdote. Hasta le niega por dos veces ántes que el gallo haya cantado: la primera por boca del papa Liberio; la segunda, por la de su legado Hosio. (1) Es necesario, sin embargo, que alguien se levante para sostener la causa de Cristo, se levanta Atanasio.

Cuando abris aquellas páginas escritas en el destierro, bajo la tienda, en el sitio más impene-trable del desierto, lejos de toda compañía, comprendéis que la Iglesia amenazada se refugia en un gran corazón para concentrar en él sus fuerzas. Sin duda alguna la inminencia del peligro, el quebrantamiento de las columnas de la Iglesia ántes de su terminación, tantos gritos como parten de los pueblos, tantos peligros, tantos ódios, un ejército entero enviado para buscar y perseguir al escritor, imprimieran movimientos terribles, apocalípticos, á esa voz que va á clamar en el desierto. Pero el momento es muy grave, no ha habido otro parecido en el cristianismo; urge dejar la elocuencia y apresurarse á vencer.

¿Cuáles creéis que son los argumentos de que Atanasio se sirve para levantar y salvar la Divinidad de Jesús? ¿Sus obras, sus milagros, su muerte, que J. J. Rousseau decía ser la de un Dios? En manera alguna. Del primer vuelo se eleva más alto, se remonta como á un Sinaí meta-

(1) Lapsus Liberii; lapsus Hosii.

físico, á la cumbre de las ideas de Platon. Refugiado en la cima de todas las verdades descubiertas por la antigüedad, desafia, interroga al mundo por mitad arriano. Su pensamiento, que casi siempre se concilia con la serena magestad del desierto, se produce á veces con vehemencia, como si desde aquellas rocas hablase á la multitud. Parece que se oye como los ecos de las soledades, propagados á lo léjos con estrépito por todas las poblaciones cristianas.

Cristo es la sabiduría de Dios. Ahora, la sabiduría ¿no es eterna como él, inmutable como él, innata como él? ¿Pueden ser desiguales los tres términos de la Trinidad de Platon? ¿Puede suponerse en el Creador un Dios fatigado que tenga necesidad de darse un hijo para terminar su obra? Hé aquí la altura á que se coloca, en la misma soledad que engendrará mas tarde el arrianismo de Mahoma. Considerando su doctrina en este momento de peligro, se ve que une en ella el cristianismo á la filosofía, y los desenvuelve ambos igualmente. El Moisés cristiano desciende despues de su montaña, llevando en medio del pueblo que corre á su encuentro, el dogma de la Trinidad oriental renovada en el espíritu de vida.

Cuando contemplo con que autoridad escriben en la arena estos grandes hombres pensamientos tan vastos como los cielos, con que poder se asimilan las ideas anteriores, como las arrastran en su corriente de vida, como se fortale-

cen siempre con la verdadera fuerza, y paso de pronto á pensar en los pequeños medios que emplean hoy los que creen sucederles, en el pavor que les causan los progresos de la inteligencia, me pregunto si son ambos el mismo cristianismo, la misma religion, cuando el procedimiento es tan distinto, y me espanto de la decadencia de una institucion que para ser algo necesita ser eterna. Los arrianos querian encerrar á Cristo en las formas del culto de los héroes, y ponian en esto un gran empeño; Atanasio lo eleva, por el contrario, sobre la misma filosofía, allí donde el espíritu humano no habia llegado aún. ¿Se comprenderá este lenguaje? Los Padres iban delante del mundo: la Iglesia, en cambio, va detrás. Pero no dejamos atrás sino á los muertos, y seria tiempo de que alguien entrase en el desierto, y sobre la cima de todas las nuevas verdades salvase la cruz por segunda vez.

En fin, he aquí reunido el concilio de Nicea que va á decidirlo todo. Treientos diez y ocho obispos estan presentes, Constantino asiste á él; el alma de Atanasio le llena. Se ha dicho frecuentemente que aquel dia se agitó la tierra por una sílaba; pero aquella sílaba era un Dios. No valia la pena de la discusion Cristo de más ó de ménos en el mundo?

Fué esta solemne, aunque la libertad no fuera completa, puesto que la minoría se vió constantemente amenazada por el emperador y al fin tuvo que desdecirse. Dicha minoría se en-

cerraba y replegaba en una multitud de sofismas. Buscáronse fuera del Evangelio, en el tecnicismo filosófico, las palabras mas precisas para huir de toda incertidumbre. Los pescadores del lago de Galilea no hubieran comprendido aquella profesion de fé; Platon la hubiese entendido. Fué aquel el tratado de paz entre el Evangelio y la filosofía antigua, firmado en las alturas mas elevadas del espíritu. Declárase á Cristo de la misma sustancia que su Padre, es decir, Dios como él. Con esto quedó dicho todo. La nueva humanidad, aun incierta, tuvo su *Credo*, su Carta divina, sin poseer tal vez aun todas sus consecuencias. El trabajo de los tres primeros siglos se resumió en una palabra: el Dios-hombre fué declarado Dios irrevocablemente. ¡No hay motivo de asombro en que por esta palabra que contenia un mundo hayan combatido tantos génios!

Hace quince siglos que sucedió lo que narramos, y es sin duda alguna un espectáculo sublime el ver como llegan y pasan unas en pos de otras las generaciones humanas, repitiendo de una manera inmutable los términos del Credo de Nicea. ¿Pero en el trabajo, en la sustancia de esos quince siglos no ha habido tambien alguna palabra que pueda ser añadida á la antigua profesion de fé? Los santos mismos han pensado que sí.

En el fondo, el Credo se ha desenvuelto de continuo. El concilio de Nicea decretó lo que puede llamarse la declaracion de los derechos de

Dios; toda la Edad-media trabajó en la declaracion de los derechos de la Iglesia; en fin, los tiempos modernos han añadido, en la Asamblea constituyente, al antiguo Credo la declaracion de los derechos del género humano. Estas profesiones de fé, formuladas en distintas épocas, parecen contradecirse y entrechocarse, aunque hayan nacido unas de otras. ¿Quién las conciliará? ¿Quién reunirá en un espíritu, en un símbolo nuevo, esos fragmentos de la legislacion divina y humana? He aquí el trabajo que en la actualidad divide y oprime al mundo. Cuando se quiere acusar al espíritu de nuestro tiempo, no se olvida compararle con la época de la decadencia del mundo pagano. Pero basta una consideracion para trastornar tan fortuita analogía: la sociedad antigua llega á su último momento sin saberlo, va á morir y no lo presiente. En ninguna parte encontrareis en ella el duelo, la queja, el lamento que preceden á la caída. Reunid todos los poetas que asisten á ese instante supremo de una civilizacion, hallareis la imagen de la paz, la satisfaccion del presente. En Teócrito, Bion, Mosco, Luciano, Longo, el mundo griego muere sonriendo. Nunca les ocurre el inquietarse por la ruina de sus creencias. No habiéndoles mostrado todavía la historia la caída de una sociedad, no comprenden que una civilizacion pueda desaparecer de la tierra. Asisten corporalmente, no en espíritu, á la agonía del mundo antiguo. En vez de re-

coger las quejas, de marcar las pulsaciones cuando cada momento significa un siglo, buscan en la imitación homérica una vida ficticia. Ha desaparecido la antigua sociedad, y cantan todavía la edad de Saturno.

¿Quién no vé que el espíritu de nuestro tiempo se inclina al extremo contrario?

Afecta vestirse anticipadamente de luto, envaneciéndose de sus propios funerales. ¿Si hay un principio de dolor en el mundo moderno, no ha sido exhalado casi con fruición? Las lamentaciones han llegado á veces á enervar la inteligencia. Este dolor fecundo que se conoce y se aguija todos los días, es precisamente lo contrario de aquella decadencia estéril que se ignoraba y cubría de mirto.

Cuando apareció el Evangelio, el mundo antiguo iba por sí mismo hácia un catolicismo pagano. Reuniendo todos los dioses, todas las creencias de la tierra, Roma tendía ántes que el cristianismo á un ensayo de papado. Su Panteon era el Vaticano de la mitología. Pontífice de la tierra, el Emperador personificaba la universalidad de la Iglesia pagana: el papa solo necesitó sentarse en su lugar y seguir la corriente de las cosas, para personificar la universalidad del espíritu cristiano.

Por otra parte, la alianza entre la Iglesia y los bárbaros era natural, puesto que los unía un lazo comun en el combate contra la sociedad antigua. A medida que los bárbaros se aproxima-

maban, el cristianismo les explicaba su misión de cólera. ¿Cómo habían de resistir á una creencia que saludaba en ellos á los ejecutores de la justicia de Dios? Sus depredaciones recibían un carácter sagrado. No eran ya hordas sin vocación. Convertíanse en misioneros de las venganzas celestes: habían sido anunciados por los profetas: su título de nobleza se remontaba á las amenazas del Antiguo Testamento. Isaias justificaba á Alarico.

¿Qué era, de otro lado, la religión de la raza germánica para luchar con el cristianismo? En medio de un invierno eterno, bajo la encina sagrada, los dioses de la cabellera de nieve recibían su fuerza del alma del Norte. Apenas descendían á las Galias, á Italia, á España, bajo el cielo de estas comarcas todo contrariaba, desmentía la ficción. No recordando nada el mundo por ellos representado, su alma de bruma se disipaba al primer soplo; ántes que el Evangelio, hablara, la naturaleza entera los refuta á cada paso. Así se explica la caída instantánea del paganismo en el mediodía de Europa, y su resistencia obstinada en el Norte. Fueron necesarias ocho campañas de Carlomagno para bautizar, al otro lado del Elba, á los mismos que una jornada convertía al sur de los Pirineos y de los Alpes.

Tan pronto como con el cristianismo entra en el mundo un alma nueva, debe creerse que el entusiasmo divino va á manifestarse en maravillas de imaginación y de poesía. Pero no es

asi. La religion está ya formada, cuando el arte nuevo apenas se muestra en germen. De tal modo es falso que la fé mas obediente sea la mas propia para las artes. Los poetas cristianos de los primeros siglos, Prudencio, Paulino de Nola, celebran académicamente la era nueva, con el acento artificial de Horacio y de Virgilio. Tendrian la sinceridad del mártir, carecen de la del poeta; los santos vuelven á ser paganos desde que se proponen deliberadamente ser autores. Muy cerca del nuevo ideal para contemplarle frente á frente, tocaban á Cristo, mas no se atrevian á mirarle: ¿cómo hubieran podido pintarle? El verdadero himno armonioso de un San Paulino de Nola es su vida. Sus odas cristianas son puramente virgilianas. ¿Cuántos poemas se han escrito entónces en el fondo del corazon que no subieron nunca á los lábios! Cán- ticos mudos, ayes del alma que habla á Dios, himnos que sólo han oido los leones. La obra maestra y el resúmen de todo esto fué la liturgia de la Iglesia, epopeya viviente, obra anónima de la cristiandad entera.

Es un hecho sorprendente en las primeras épocas del cristianismo la sed de soledad, mientras se trabaja en la constitucion del dogma. Cuando la vieja sociedad se disuelve, nada tienen que decirse los hombres. Sin embargo, no es el ódio á la sociedad lo que les impulsa fuera de las poblaciones, á las arenas del desierto; por el contrario, á medida que la soledad moral au-

menta en las poblaciones, en Alejandría, Byzancio, Atenas, los hombres van al desierto para recomenzar la sociedad, renovando su alianza con Dios. Apercíbense de que la vida no está donde acostumbraba á estar, en las instituciones, en el Areópago, en el Foro, en el hogar doméstico; por amor á la verdadera vida huyen del mundo que no es sino su sombra. Se alejan, como pájaros que presenten las tempestades. Van á construir la nueva ciudad en lugares y segun un plan que ninguna invasion de bárbaros podrá destruir.

En tiempo de San Basilio, de San Jerónimo, de San Agustin, quedaba aún un resto de Areópago y de Foro. Parodiábanse todavía aquí y allí las grandes cosas de Roma y Atenas. El mundo antiguo se ataviaba, jugaba á los vivos en las leyes, en los discursos, en una sombra de Senado. ¿Cómo los hombres nuevos que llegaban de Tagasto ó de Iliria, atraidos por la magestad de los nombres, no habian de quedarse estupefactos al principio, no habian de indignarse despues, cuando en vez de cosas reales solo hallaban una ficcion, un engaño? Huian espantados en medio de las rocas, allí donde los hombres nunca habian puesto la planta. Caian de rodillas, y en el más pequeño insecto que se procuraba el pasto, obra verdadera del Dios verdadero, encontraban más verdad, más naturalidad que en Roma y en Atenas bajo su máscara teatral. El menor murmullo del agua era un discurso verídico para oidos fatigados de los sofismas de Byzancio.

El hombre se separaba del hombre, es verdad; y nunca, sin embargo, estuvo ménos sólo, porque iba á conversar con Dios. Cada uno toma un camino particular en la soledad; pero la soledad está poblada: todos tienen el mismo compañero y se ocupan en idéntico pensamiento. Si los cuerpos no se ven, los espíritus se tocan: están incomparablemente más cerca que cuando juntos discutan en la plaza pública, sin poder reconciliarse. Separados en apariencia, viven en comun en la misma idea. De este desierto no hay más que un paso al tipo y renovación de la sociedad moderna, fundada á la vez en el individuo y la asociación.

En nuestros días se observa también algo parecido: corremos al principio á la sociedad creyendo encontrar un foco de vida en cada uno de sus institutos. Por desgracia, la vida no está donde la buscamos: la pedimos á la Iglesia, y la Iglesia no nos la da; á las Asambleas políticas, y no nos responden; á la familia, y frecuentemente nos deja huérfanos. La ficción nos envuelve poco á poco. Aspiramos á la verdad, y á nuestra vez encontramos una máscara. Buscamos una ciudad mejor, y bien pronto se abre otra Bizancio con sus sofismas y nos encierra en sus murallas de errores.

¿A dónde huiremos, pues? No se trata de huir al desierto ni de volver á las soledades. Entremos con sinceridad en nosotros mismos. El hombre volverá á encontrar, en estas arenas vivientes, la huella de los pasos del Dios perdido.

CONFERENCIA V.

DE LA CIUDAD DE DIOS Y DE LA CIUDAD DEL HOMBRE.

Relación de los dogmas cristianos y de las instituciones sociales.—Como la historia universal se deriva de los dogmas.—Como estos son la ciudad de las ideas en la filosofía de la historia.—Los concilios, asambleas constituyentes de la Edad-media.—Porqué la Iglesia y los gobiernos representan el Cristianismo como una Carta y una verdad de ultra-tumba.—Del milagro en el mundo moderno.—Que Cristo se encarna hace diez y ocho siglos en el derecho cristiano.—Después de la pasión en la Edad-media, la resurrección en la era de la Revolución francesa.—La Iglesia era la piedra que encerraba al espíritu en el sepulcro.—Porqué el dogma de la fraternidad humana se inscribió tan tarde en el derecho civil y político.—San Agustín, legislador de la Edad-media.—Feudalismo eterno en los cielos, tipo del feudalismo temporal en la tierra.—De los señores soberanos del cielo, de los siervos del infierno.—La organización de la Edad-media existía en idea antes de ser realizada por los bárbaros.—De la ciudad de Dios.—De la ciudad del hombre.—¿Quién marchará delante de los nuevos bárbaros? ¿No hay ya pueblo de Dios?

Concibo una obra de la que no existe aun una línea, y que consistiría en establecer las relaciones del dogma cristiano con las formas políticas y sociales del mundo moderno.

El hombre se separaba del hombre, es verdad; y nunca, sin embargo, estuvo ménos sólo, porque iba á conversar con Dios. Cada uno toma un camino particular en la soledad; pero la soledad está poblada: todos tienen el mismo compañero y se ocupan en idéntico pensamiento. Si los cuerpos no se ven, los espíritus se tocan: están incomparablemente más cerca que cuando juntos disculian en la plaza pública, sin poder reconciliarse. Separados en apariencia, viven en comun en la misma idea. De este desierto no hay más que un paso al tipo y renovacion de la sociedad moderna, fundada á la vez en el individuo y la asociacion.

En nuestros dias se observa tambien algo parecido: corremos al principio á la sociedad creyendo encontrar un foco de vida en cada uno de sus institutos. Por desgracia, la vida no está donde la buscamos: la pedimos á la Iglesia, y la Iglesia no nos la da; á las Asambleas políticas, y no nos responden; á la familia, y frecuentemente nos deja huérfanos. La ficcion nos envuelve poco á poco. Aspiramos á la verdad, y á nuestra vez encontramos una máscara. Buscamos una ciudad mejor, y bien pronto se abre otra Byzancio con sus sofismas y nos encierra en sus murallas de errores.

¿A dónde huiremos, pues? No se trata de huir al desierto ni de volver á las soledades. Entremos con sinceridad en nosotros mismos. El hombre volverá á encontrar, en estas arenas vivientes, la huella de los pasos del Dios perdido.

CONFERENCIA V.

DE LA CIUDAD DE DIOS Y DE LA CIUDAD DEL HOMBRE.

Relacion de los dogmas cristianos y de las instituciones sociales.—Como la historia universal se deriva de los dogmas.—Como estos son la ciudad de las ideas en la filosofía de la historia.—Los concilios, asambleas constituyentes de la Edad-media.—Porqué la Iglesia y los gobiernos representan el Cristianismo como una Carta y una verdad de ultra-tumba.—Del milagro en el mundo moderno.—Que Cristo se encarna hace diez y ocho siglos en el derecho cristiano.—Después de la pasión en la Edad-media, la resurrección en la era de la Revolución francesa.—La iglesia era la piedra que encerraba al espíritu en el sepulcro.—Porqué el dogma de la fraternidad humana se inscribió tan tarde en el derecho civil y político.—San Agustín, legislador de la Edad-media.—Feudalismo eterno en los cielos, tipo del feudalismo temporal en la tierra.—De los señores soberanos del cielo, de los siervos del infierno.—La organización de la Edad-media existía en idea antes de ser realizada por los bárbaros.—De la ciudad de Dios.—De la ciudad del hombre.—¿Quién marchará delante de los nuevos bárbaros? ¿No hay ya pueblo de Dios?

Concibo una obra de la que no existe aun una línea, y que consistiría en establecer las relaciones del dogma cristiano con las formas políticas y sociales del mundo moderno.

Algunos han mostrado las relaciones necesarias entre los sistemas de filosofía y las diversas formas de gobierno desde la antigüedad; han establecido una ley de analogía entre la escolástica y el feudalismo, la filosofía de Descartes y la monarquía moderna, el eclecticismo y la Carta de la restauración. Falta ver como cada nueva fase del dogma se ha reflejado en la historia y en la sociedad.

Los pensadores se contentan casi siempre con decir que, no siendo el cristianismo una institución humana, no puede realizarse en las demás instituciones; que tan sólo al aproximarse la revolución francesa ocúpase el hombre en encarnar la ley divina en la ley humana. Por mi parte, pienso que todo lo que decide el dogma se realiza tarde ó temprano en los hechos; que el trabajo del cristianismo en los cuatro primeros siglos es el ideal, el plan, según el cual se desevolvieron los siglos posteriores; creo firmemente que aquel que conociera en sus detalles la formación del dogma, conocería en su espíritu la formación de la historia civil y política. La humanidad moderna está hecha, como la antigua, á imagen de Dios. No hay nada en este ideal supremo que no debamos pretender realizar algún día en las instituciones y las leyes. Vamos á explicarlo por un ejemplo.

Reconocida la divinidad de Jesús por el concilio de Nicea, preséntase una nueva cuestión, y todo el mundo se preocupa de ella en los siglos

cuarto y quinto. ¿Qué problema mantiene á la tierra en suspenso? Os parecerá una sutileza, y sin embargo, el porvenir social de diez siglos está en ella. Preguntad á los diáconos, á los obispos, á los pueblos cristianos de Bizancio, de Calcedonia, á los catecúmenos del desierto, que idea ocupa y turba su espíritu. No es la aproximación de los bárbaros, no; la amenaza de la catástrofe no les desvela; tan absortos están en la necesidad de sacar las últimas consecuencias de la lógica cristiana. Si Jesús es Dios-Hombre, dice el espíritu humano ¿hay en él una doble naturaleza, una doble voluntad, divina una, humana otra? No olvidéis que todo el universo se estremece con el temor de los Bárbaros. Cada día dan estos un nuevo paso: óyense ya sus clamores; y no obstante, la humanidad cristiana no puede apartar su atención de las cuestiones que acaban de suscitarse; rehusa escuchar cualquier otro rumor; pronuncia ántes que nadie, dirigiéndose al mundo esta frase de la convención: «perezca el universo más bien que un principio.» Los Padres escriben en la soledad; los concilios se reúnen al fragor de la tierra quebrantada; al fin, el mundo occidental decide que hay en el Cristo dos voluntades, dos naturalezas, que la primera es de Dios y la segunda de hombre. Ya era tiempo: un momento después los Bárbaros cierran toda discusión.

No carece, creo, de grandeza esa persistencia del espíritu humano en seguir la lógica de

las ideas divinas en medio del trastorno de los Estados. Es preciso presumir que los hombres que, bajo el ariete, se obstinaban en resolver estas cuestiones, presentian al ménos que importancia tendrían en el porvenir. Al principio estais tentados á creer que no han añadido sino un nuevo rasgo, una nueva idea á la figura de Jesus; pero esta idea, encarnándose en la historia, impulsa durante mil años todo el mundo social.

En efecto, tan pronto como el concilio ha reconocido dos naturalezas, dos voluntades en el Dios cristiano, ocurre que el mundo social, formándose segun este plan, se divide en dos voluntades, en dos naturalezas; una divina, la Iglesia, otra humana, el Estado. Hé aquí cambiada profundamente la constitucion de la sociedad por la nueva declaracion que en un principio parecia estéril. ¿Qué es la Edad-media sino la aplicacion social de este dogma? Penetrad en su espíritu; toda la historia civil y política se desarrolla á vuestra vista.

Cesa la antigüedad el día en que se rompe la unidad del emperador y del pontífice. Surgen del corazon del género humano dos voluntades, dos naturalezas que se convierten en sus móviles. Llámase segun los tiempos, Roma y Constantinopla, la Iglesia y el Estado, el Papa y el Emperador, Leon y Atila, Gregorio VII y Enrique IV, Pio VII y Napoleon. En los primeros siglos se entienden ámbas voluntades, como en la infancia de Cristo; no forman propiamente sino una sola; no

se las distingue. Más tarde desgárrase el alma del género humano como la de Cristo en el jardin de las olivas: es una agonía que dura siglos. El Imperio cae de rodillas en el oncenno ante el Papa de la Edad-media; dice «¡Padre mio, alejad de mí este cáliz!» Pero ¡ay! sólo un momento se separa el cáliz de los lábios del género humano. Aun reaparece hoy mismo; y la division profunda, instituida en el origen, continúa manifestándose todavía en el momento en que hablo, en los asuntos civiles y políticos de todos los pueblos que la han admitido en el principio de su religion.

Estas pocas palabras bastan para mostrar los dogmas bajo un nuevo aspecto. ¿Cómo no sorprenderse de la lógica soberana que establece, en el origen del mundo moderno, cierto número de ideas divinas, que son bien pronto la sustancia y la ley de los acontecimientos y de las revoluciones políticas? Explicase ordinariamente la Edad-media, el feudalismo, por la llegada de los bárbaros: éstos no influyen, sin embargo, sino como causa secundaria: está la verdadera en los dogmas, moldes profundos en que se funden los pueblos nuevos. En tal sentido, los concilios de los cuatro primeros siglos son las Asambleas constituyentes del mundo moderno. Cada una de sus decisiones imprime un movimiento particular á la tierra: parece al principio que no regulan sino una política sagrada; pero sus decisiones divinas tradúcense en la tierra en hechos, en leyes, en formacion de Estados, en sucesion de razas.

Cesad, pues, de buscar en la escuela el plan ideal según el cual se construye la sociedad viviente. La ciudad de las ideas que domina y regula el mundo político y social de los modernos es en sí misma una realidad; vive en los dogmas: hé aquí la verdadera y más alta filosofía de la historia.

Es sin duda muy cómodo para los gobiernos y el clero mostrar siempre en el Evangelio y la Iglesia primitiva un ideal tan sublime que no debe ejercer ninguna influencia en los asuntos terrestres y la política del mundo. En los tiempos modernos, los gefes del Estado político y de la Iglesia se habian entendido para decir, por mil bocas, á los pueblos: «el Evangelio es un excelente libro, una obra divina. Se realizará cuando murais: ántes de esto, hareis mal en exigir de nosotros que hagamos entrar sus doctrinas en nuestra política; hojeadlo, pensando en la tumba que está cerca de vosotros. Entre tanto, no entorpezcais con esta santa utopia á los hombres que rigen el mundo.»

¡Por espacio de cuanto tiempo no han puesto las muchedumbres todas sus esperanzas en el juicio final, que se demoraba de siglo en siglo; Leían con paciencia el libro de las promesas, pensando que quizás ántes de que la página se volviese, la muerte iba á realizar lo que rehusaba la vida. Pero la muerte no ha venido tan pronto como se esperaba; y en este intervalo, apesar de los hombres que lo creían imposible, el dogma cristiano descendía poco á poco en la polí-

tica universal. La humanidad estupefacta ha acabado por reconocer que Cristo se encarna de siglo en siglo en la historia. Ahora, lo que se realizaba sin que nadie tuviese conciencia de ello, debe cumplirse en adelante con el concurso y la libertad del género humano: tal es el signo y el carácter de la época en que entramos. Los pueblos no se contentan con oír el Evangelio, como un murmullo precursor de la ciudad de los muertos: quieren realizarlo conscientemente en la vida social. Han comprendido que de todas las religiones de la tierra, no debe el cristianismo ser la única que permanezca siempre en estado de utopia. Trabajan silenciosamente y sin tregua en acercar la sociedad á su ideal, camino completamente nuevo en que sólo Dios sabe donde se detendrán.

¡Cómo! el paganismo realizó todas sus promesas; acabó por hacer á los hombres de Roma, de Atenas semejantes á sus dioses; fundó en la tierra una sociedad regida por las mismas leyes, las mismas formas que la sociedad del Olympo; puso la corona de Cibeles en la frente de las reinas, de Cleopatra, de Semiramis; se resumió en esencia en un Código pagano; no se detuvo, sino al terminar su obra: y el cristianismo, por el contrario, reducido á ser una utopia, una quimera eterna para los vivos, no llegaría á ser una realidad sino para los muertos! ¡Confesaría su impotencia para hacer entrar su levadura de justicia, de verdad en las

cosas, en las instituciones humanas! ¡No podría establecer un derecho cristiano!

No, no debe ser así. Puesto que ha principiado, es forzoso que concluya, El derecho ideal, la legislación sagrada que envuelve en los repliegues de la letra, todo lo que contiene de espíritu, de vida, debe tarde ó temprano, bajo una forma ú otra, penetrar en las legislaciones positivas. El mundo no descansará hasta que lo consiga. Cierto que esta es una tarea inmensa para los nuevos gobiernos, pero también sería muy cómodo para ellos no otorgar nunca sino derechos, justicia, una Carta, una verdad de ultratumba. Ni se engañará ya ni se entretendrá al género humano con una ordenanza, una bula, con la cual haya de alimentarse por espacio de siglos. Le habeis nutrido durante mil ochocientos años con el ideal de otra sociedad: es muy tarde para estirpar este ideal del fondo de su alma. No suspenderá su curso ninguna ley, ninguna pena. Le habeis mostrado una ley de emancipación, y quiere practicarla: le habeis enseñado un abismo de justicia, y quiere sumirse en él antes de morir. ¿Quién lo impedirá? ¿Acaso la Iglesia?

¿Porqué, pues, aconsejarnos siempre esperar la realización del cristianismo en la tumba? Se tiene miedo de desheredar á los muertos? ¿Porqué aguardar? Los días son largos, cuando trascurren en el error.

Parece que descansando en gran parte el

Evangelio y la Iglesia primitiva en el milagro, era imposible que esta idea reapareciese y se realizase en la sociedad moderna; no obstante, ha podido producirse en ella, puesto que es lícito afirmar que la sociedad descansa en el sentimiento de la omnipotencia del espíritu, enfrente de la naturaleza. Si un pagano resucitase entre nosotros, no es dudoso que nuestro mundo entero, nuestra historia, nuestra ciencia, nuestra vida le parecerían un milagro continuo. La Iglesia ha cesado de operar milagros, pero la humanidad, y Francia en particular, los han hecho en su lugar; es decir, han creído que el sentimiento y la voluntad podían mandar á la naturaleza desencadenada.

Hace hoy justamente un año que pasé delante del puerto de Palos, de donde partió Cristóbal Colon. Seguid conmigo con la vista ese punto negro que avanza en el Océano. Traza una línea recta, inflexible; no se rige ni por la tierra ni por el cielo; obedece al pensamiento de un hombre, y este hombre ve anticipadamente en el fondo de su espíritu la ribera desconocida que le espera. Sin desviarse, la atormenta por el camino más corto, con la regularidad de un planeta. Ningun hombre de la antigüedad pagana hubiera tenido esta fé tranquila en la potencia del espíritu. ¿Qué es esto? ¿Qué universo es ese que á la evocación de un creyente surge del fondo de la creación? ¿No puede ser puesto este hecho al lado de más de

un prodigio de la leyenda? ¡Cuántos milagros que la tierra no conoce! Estamos rodeados de maravillas que trasforman en torno nuestro el mundo material, y todas proceden de un momento, mejor dicho, de un acto de fé en la omnipotencia del alma sobre el mundo. En el órden moral, cuantos pueblos enfermos, hace un siglo, han abandonado el lecho á esta sola palabra, libertad! ¡Durante cuantos años de Revolution no se mantuvieron Francia y los ejércitos con cinco panes que multiplicaban el entusiasmo y la religion de la buena causa! No ha pasado el tiempo de los milagros, aunque no se consumen en el seno de la Iglesia. Si hay pueblos muertos, el mundo no tendrá que aguardar á los últimos dias del Apocalipsis para verlos renacer.

Así, la sociedad cristiana se realiza en el mundo desde que el Evangelio apareció. Al principio, sólo nos sorprende un fenómeno, y es que la idea que parecía deber brillar ántes que las demás, la de igualdad, la de fraternidad, sea por el contrario la última en penetrar en la vida social. Los dogmas abstractos son ley del mundo, y el sentimiento que más se adhiere al corazón del hombre queda encerrado en los libros santos, sin aplicacion alguna. Cuando por vez primera brilla en el Evangelio el dogma de la fraternidad, os decis involuntariamente que los pueblos van á exhalar un grito de alegría; que los esclavos, los manumitidos, la inmensa plebe del mundo an-

tiguo, ván por comun acuerdo á erguir la cabeza, reclamando sin perder momento que la servidumbre cese, que la emancipacion divina sea una verdad: creéis que por sí mismos van á arrojar su fardo y á ocupar en la ciudad el rango que les concede la ley suprema; pero léjos de esto, la palabra mágica de igualdad, de fraternidad, no parece ser entendida de los pueblos; la repiten maquinalmente sin comprenderla, sin darle fé. No se le ocurre á nadie la idea de que las franquicias del Evangelio puedan tomar carta de naturaleza en el derecho positivo. El esclavo convertido en siervo se cree bastante dichoso. En ese instante de sorpresa de la antigüedad, ninguna conmocion, ningun esfuerzo de parte de la multitud para borrar los estigmas de la desigualdad social. A principios del siglo VII, los habitantes de las costas de Italia venden sus hijos para pagar los impuestos. Causa asombro y espanto ver cuantos siglos son necesarios para que el hombre se separe de la gleba, y empiece á persuadirse de que lo escrito en el libro puede escribirse en la vida.

Aguardando de la consumacion de los siglos, toda la Edad-media se acuesta en el sepulcro; espera la trompeta del Angel. Algunas veces, sin duda, en este lapso de tiempo, hay horas luminosas en el momento de la emancipacion de los municipios, del renacimiento, de la reforma, en las cuales el hombre se despierta sobresaltado y se estremece: ha sentido que lleva en su alma el

mundo del Evangelio, y que bajo el Sol, en la tierra, puede establecer el reinado de la justicia. Pero esos fulgores rápidos se desvanecen, bien pronto la Iglesia le desengaña de su utopia. El Cristianismo queda, pues, sepultado en las tumbas hasta la hora de la Revolucion francesa, en que puede decirse que resucita, que toma un cuerpo, que se deja, por vez primera, tocar, palpar por las manos de los incrédulos en las instituciones y en el derecho viviente. Salido del sepulcro, el Cristianismo que aparece en la vida social lleva aun las señales de los clavos y de la cruz de la Edad-media; poned el dedo en la llaga abierta por la lanza de las épocas de opresion y de guerra, y en esta marca podeis reconocerle. Los pueblos, llamándose hermanos, empiezan á ver, como los discípulos de Emaús, que el Espíritu se sienta entre ellos, á la mesa de los vivos. ¡Cosa pasmosa! cuándo la revolucion francesa se encuentra en las leyes, frente á frente con ese gran Cristo emancipador, se aparta de la Iglesia que en pocos años se quebranta por su propio esfuerzo. La Iglesia habia llegado á ser la piedra que encerraba el espíritu en el sepulcro. Era necesario que esta piedra fuese separada por un momento: el ángel de Francia la levanta; el espíritu se manifiesta.

Apesar de todo, el cristianismo no hubiese tardado tanto tiempo en brillar en las revoluciones políticas, sin un dogma del que nada he hablado todavia: me refiero á la *predestina-*

cion. Cuando los cuatro primeros siglos dieron por acabada su obra, concluyendo de determinar la idea del Dios cristiano, el hombre terminó, en medio de esta sublimidad continúa, por recaer en sí mismo y preguntarse lo que era, lo que podia, lo que venia á ser en esta revolucion de la vida divina. Con esa lógica extraordinaria de que hablaba más arriba, los concilios que no habian tratado sino de Dios en los cuatro primeros siglos sólo se ocupan en el hombre durante el quinto. Lo que á este inquietaba era su libertad moral: ¿la habia salvado ó perdido? He aquí lo que queria saber ántes de cerrar la discusion que duraba ya quinientos años.

San Agustin fué quien contestó á esta pregunta. Sabeis cómo rehusa la libertad al hombre, cómo establece una desigualdad irremediable en Dios mismo, cómo impone á unos la fatalidad del cielo y á otros la fatalidad y la gleba del infierno, llegando á decir que para los últimos la oracion misma se trueca en crimen; cómo, en una palabra, funda en el dogma una especie de feudalismo eterno de señores soberanos de la vida y siervos señoriales de la muerte. Este gran doctor fué verdaderamente el legislador de la vida social de la Edad-media. Antes de que los jefes bárbaros llegaran y la conquista encorbase á nadie hácia el terruño, instituye en Dios todas las desigualdades sociales que aparecerán despues marcadas con el sello sagrado; establece al pie de Cristo dos

condiciones eterna é irrevocablemente distantes entre sí en toda la extension de los cielos, sin que el mérito sirva para nada; reconoce, sanciona la desigualdad de Jacob y de Esaú. Ya pueden venir los bárbaros. Su único trabajo se reduce á realizar esa sociedad ideal que el gran doctor hace gravitar sobre su espíritu: los vencedores, los recién-venidos arrebataran por sorpresa el derecho de primogenitura á los pueblos antiguos. En este feudalismo divino se modelará el feudalismo civil y político que todos conocemos.

Así se comprende la larga paciencia del mundo bajo el yugo de la desigualdad de condiciones. Puesto que hay desigualdad en el cielo, ¿cómo no la habría en la tierra? ¿Porqué unos no estaran inmutablemente predestinados á gozar de la vida presente, puesto que otros estaran inmutablemente predestinados á gozar de la vida futura? ¿Á qué pretender quebrantar los torreones, los castillos? Descansan sin duda en la roca inmutable de la voluntad divina. Algunos, sin méritos propios, por la voluntad de Dios, ocupan el trono invisible. ¿Porqué otros tambien, sin hacer nada, no han de ocupar por derecho divino los tronos visibles? Un corto número de elegidos en el cielo: un corto número de elegidos en la tierra. No dudeis de que estas ideas se hayan asociado frecuentemente en los espíritus, y que no sea esta una de las razones porque el principio de la desigualdad social ha persistido por tanto tiempo sin contradiccion,

aun en medio de las revoluciones religiosas.

San Agustin, representando el antiguo espíritu romano, cierra la libre discusion de las ideas; funda la autoridad; sella con triple sello el gran libro de los Padres de la Iglesia ¡Solemne hora! El trabajo del dogma está acabado mucho tiempo ha. Todo lo que el espíritu tenia que hacer está consumado por siglos; todo está escrito, resuelto como el testamento de una época que va á morir: el ideal está trazado: es preciso para realizarlo que se quebrante el mundo de accion. En efecto, apenas deja San Agustin la pluma, los bárbaros llaman á la puerta; levantado el plano de la sociedad futura, vienen á construirla.

Al ver á esos obreros extraños que comienzan por derribarlo todo, el mundo antiguo prorrumpe en un grito: *es la falta de los cristianos*, dicen; ¡los antiguos Dioses se vengan! En este último momento del mundo que se derrumba, San Agustin, como casi todos los demás Padres de la Iglesia latina, tiene necesidad de fortalecer su espíritu. La gran Roma de la antigüedad que parecia inespugnable, ha sido tomada y saqueada. ¿Porqué? Explícase fácilmente esta condenacion de la vieja sociedad por los errores y crímenes del paganismo: pero San Agustin no se satisface con dicha razon; quiere que el mundo se regocije de esta ruina; en vez de la ciudad derruida edificada por los hombres, muestra otra ciudad del alma que crece en el mundo invisible. ¡Diré lo que

más me sorprende en ese consuelo que San Agustín prodiga á la tierra? Pues es que no se entreve en él el menor presentimiento de las cosas y siglos futuros. El hijo de Mónica no imagina siquiera que esa ciudad de los espíritus podría construirse en los siglos que iban á sucederse. Admite que la ciudad de Dios fué edificada en la tierra por el pueblo hebreo, y que despues de este, convirtiósese en un abismo en que nada sobrenada; no descubre esa sociedad de los santos, de los doctores que le tienden los brazos desde el fondo de la Edad-media; no encuentra palabras para contestar anticipadamente á los himnos y á los cánticos que se preparan en el porvenir, bajo los arcos de las Catedrales, hundidas aun en las entrañas de las rocas. No ve á lo léjos esa Iglesia visible que se eleva y se realiza en el alma del género humano. Todo esto lo busca, lo espera en la sola comunión de los muertos; y al fragor de la ciudad que los bárbaros derriban, no dice, no piensa, no espera que otra cualquiera pueda construirse aquí, segun el plan de la ciudad de Dios.

Nosotros, nosotros tambien vivimos en tiempos en que se dice que nuevos Bárbaros amenazan á la vieja sociedad. Hélos, se dice, ya en los umbrales, piden entrar. Sabeis que se denomina así á las muchedumbres iliteratas, desnudas, miserables, que han conservado en efecto la sávia de la barbarie y que constituyen casi todo el género humano. Nos asedian ya de todos los la-

dos por el hambre, por el dolor, por todas las necesidades del cuerpo y las del alma. La invasión se acerca. ¿Qué haremos? ¿Quién se pondrá enfrente de los nuevos bárbaros, como un nuevo San Leon?

¿Diremos que el mundo vá á acabarse? No; diremos que vá á empezar una época nueva, que ántes de que nos sorprendan los que llaman á la puerta, es menester preparar un nuevo espíritu, abrir el libro sellado de las grandes discusiones, trabajar todavía en la perfección del Cristianismo. ¿Esperaremos tranquilamente, cruzados de brazos, el juicio final? Pero ya ha empezado, ya ha sonado la trompeta. Todo lo que pertenece al mundo antiguo está juzgado: se borra, desaparece, pasa como una sombra en el momento en que cree recobrar su existencia. ¿Diremos aún á los nuevos bárbaros que hay dos ciudades inconciliables, que les abandonaremos una y nos guardaremos la otra? Pero esta división es precisamente lo que ha traído las cosas al estado en que hoy se encuentran.

Cuando la ciudad terrestre no era más que la ciudad del hombre, era muy estrecha: la violencia, apoderándose de ella, se enseñoreaba como soberana, y la mayor parte necesitaba acampar léjos de su recinto, fuera del derecho, en los desiertos sin nombre. ¿Qué falta hacer por lo tanto? Hélo aquí: Establecer la tregua entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, reunir las ámbas en el mismo principio, ensanchar la se-

gunda enarbolando en ella la ley y el derecho de la primera; y ¿qué es esto sino reconocer que también en esta vida podemos construir una casa de justicia, de verdad, de libertad, bastante grande para albergarnos á todos?

¿Nó sentís en vosotros mismos, en momentos proféticos, arrebatos de esperanza como si os apoderaseis de algo palpable? No son vanas quimeras; tarde ó temprano tomarán un cuerpo. Instinto precursor del nuevo derecho son el grito ahogado de los siglos futuros que harán lo que nosotros nos contentamos con decir. Roma pagana, con sus circos, es durante la Edad-media la ciudad santa, la ciudad de Dios. Es forzoso extender esta por todo el universo; es forzoso que se levante donde quiera que el hombre habite.

Oyendo el lenguaje actual de la Iglesia, se diría que pretender realizar en parte, en esta vida, el cristianismo en las instituciones, es defraudar y despojar á los muertos. ¡Cómo si se corriera riesgo de empobrecer á la tumba usando ya aquí del dinero del Evangelio! ¡Cómo si fuera necesario empequeñecer la tierra para ensanchar el cielo! ¿Qué quitáis á vuestra inmortalidad empezando á vivir desde el día en que habeis nacido? ¿Se teme abreviar la eternidad, haciendo datar desde este instante la era de vida? No absorberemos nunca hasta tal punto en la sociedad visible la eterna justicia, que no quede de esta lo bastante para alimentar eter-

namente á los muertos. Fundar aquí una ley viviente en que estos puedan reconocer el mismo soplo que los sostiene más allá del sepulcro, es romper nuestra comunión con ellos? Yo estimaba, por el contrario, que era realizarla.

San Agustín y después de él Bossuet, reconocen que la ciudad de Dios fué edificada en el mundo por el pueblo hebreo; admiten aun que siguió ensachándose visiblemente con los primeros pueblos cristianos: pero desde este momento, extiéndese el silencio sobre ella, no se la vuelve á mencionar, parece que se ha hundido y está oculta bajo las zarzas. Nuestra misión y la de los hombres que nos sucedan será mostrar que el pueblo de Dios no estuvo todo sólo en Judea, que vive también entre nosotros; que la ciudad de Dios no está en ruinas, que continúa creciendo en medio de nosotros y por nosotros, amasada con nuestra sangre, nuestros sudores, frecuentemente con nuestras lágrimas.

CONFERENCIA VI.

EL PAPA.

Todo papa debe ser un santo; condicion fundamental del papado.—¿Llena la Santa Sede ésta condicion?—La desigualdad de espíritu entre Roma y los Bárbaros, una de las causas de la supremacia espiritual del papado.—La Iglesia ha cambiado de formas, como los gobiernos temporales.—La ambicion de Gregorio VII no es bastante grande para nuestra edad.—¿Porqué?—Gregorio VII hace nacer de un crimen ó de un fraude to los los poderes políticos.—Su verdadera grandeza.—Gregorio VII, antecesor de la Revolucion francesa.—Terrorismo moral.—Un noventa y tres espiritual.—Principios idénticos de la Santa Sede en el siglo XI y de la Convencion: que los emperadores y los reyes son vasallos del espíritu. El derecho de anatema es inherente á la constitucion del mundo cristiano.—¿Quién fulmina el anatema en el mundo moderno?

Hay un milagro por excelencia; consiste en la aparicion de una idea nueva en el mundo: basta ser hombre para haber asistido á este prodigio, puesto que no hay nadie á quien no sea dado descubrir alguno de los detalles infinitos de la verdad. En el momento en que nuestro es-

píritu languidece nos asalta un pensamiento: ¿dónde estaba hace un instante esa idea que aun no había aparecido en la tierra? ¿De qué cielo ha caído? Nos molestaríamos inútilmente en averiguarlo; la sentimos, la poseemos é ignoramos siempre el camino que ha seguido, igualmente incapaces para anticiparla que para alejarla de nosotros. Esa influencia espontánea de lo verdadero señala la presencia de Dios en el espíritu: y lo que sucede al individuo, acontece con el mundo. Tal pueblo se despierta sobresaltado por una idea que sus padres no han conocido: se levanta, se siente renovado por la efusion de un pensamiento surgido de los desconocidos abismos de la inteligencia. Cuanto más henchida está una nación de estas ideas espontáneas, que caen del cielo, como una lluvia de justicia, más sagrada es su historia.

En medio de este milagro perpétuo, miro una institucion, el papado, que, sóla, en el aislamiento, asentándose fuera del tiempo, se lisonjea de no haber adquirido ni perdido nada con los años, de haber pensado siempre sobre todo lo que piensa hoy, de no haber experimentado nunca la explosion instantánea de una idea virgen, ni conocido ninguna de esas revoluciones que transfiguran á un individuo, á un pueblo. Seamos imparciales hasta la prodigalidad; seamos más liberales con el papado que lo es él para consigo mismo, mostrando que también ha vivido, que se ha trasformado, que se ha desenvuelto,

que ha corrido en sus venas la sangre de los vivos, que la llama espontánea del espíritu ha brillado durante siglos en su frente sin arrugas, que, en una palabra, no ha sido siempre el viejo centenario del Vaticano moderno.

Mr. de Maistre, con el tono imperativo que le distingue, cree resolverlo todo cuando dice: «Si hay algo evidente para la razon lo mismo que para la fé, es que la Iglesia universal es una monarquía.» Que tal haya llegado á ser, y la más absoluta de todas, no es, en efecto, dudoso. Pero ¿era ántes, ha sido siempre lo que es ahora? Atribuir á los papas de los primeros siglos la supremacia espiritual de la Roma moderna equivale á dar al reinado de Chilperico las formas y el poder de Luis XIV.

¿En dónde estaba esa dictadura del papado en los cuatro primeros siglos, cuando el pensamiento del Cristianismo se desenvolvía en los concilios, en todas partes menos en Roma, cuando Antioquía, Alejandría, Constantinopla eran alternativamente la capital del dogma, cuando pertenecía al pueblo la eleccion de los sacerdotes, de los obispos, cuando en su primer latido la vida religiosa brotaba espontáneamente del fondo de la antigüedad regenerada? Si alguien hubiese anunciado á aquellas asambleas, á aquellos *comunes* que tenían un gefe absoluto, un rey espiritual en el obispo de Roma, no hubieran comprendido semejante pretension. Sentíanse muy cerca del Dios cristiano para abandonar á

un hombre, cualquiera que fuese, el derecho de reinar en su lugar. ¿Cuál era, pues, el gobierno de la Iglesia primitiva? O se abusa de las palabras, ó es preciso reconocer en ella una gran democracia, una gran república de Estados confederados: los concilios representaban las antiguas asambleas del pueblo: los obispos eran los magistrados electivos de aquella república sagrada. Esta República tenia todos los inconvenientes de la vida, puesto que á la vez que fertilizaba el dogma, dejaba ancho campo á la variedad de opiniones: de aquí la multitud de herejías que señalan la fecundidad espiritual de aquella época. De cuando en cuando se pronuncia con respeto el nombre del obispo de Roma, pero no existe ningun indicio de obediencia particular. He aquí la primera forma de gobierno en la Iglesia.

En vez de un origen tan modesto, los historiadores os muestran al papado ocupando desde el principio un trono inmutable. Quieren ofuscar el espíritu con el espectáculo de una institucion que escapando á la ley del progreso, escaparía tambien á la ley de la decadencia. Elevan fuera del tiempo, en una ruina de Roma, la imagen de la eternidad visible; pero á poco que os acerqueis á esa imagen, advertireis que el tiempo, á quien debe su nacimiento, trabaja tambien por cambiarla: primer descubrimiento que os sorprende y os conduce á pensar que esa institucion, por extraordinaria que se la supon-

ga, puede tener al cabo el mismo fin que las demás.

He mostrado que interin se realiza la formacion del dogma, Roma carece de preponderancia; encontraba por todas partes maestros ó rivales cuando se trataba de pensar. Pero cuando se halla concluido el trabajo del espíritu, cuando no hay necesidad de producir, sino de conservar, no de crear, sino de recordar, comienza la mision del papado: entra éste en una época en que la autoridad va á sus manos por la fuerza misma de las cosas. Nadie reside en Roma sin sentirse superior á sí mismo. Aunque pertenecierais á la condicion más humilde, seriais allí, á cada paso que diéseis, el centro viviente de un mundo, el rey de un pasado sin límites. ¡Qué no será, pues, de una institucion arrojada en ese mundo! Tomará por sí misma la forma de esta inmensidad.

Sin la invasion de los bárbaros nunca habria conseguido el papado enseñorearse tan fácilmente del mundo. Si la sociedad antigua no se hubiera trasformado, habria habido mucha igualdad intelectual para que ningun lugar se atribuyera un poder soberano sobre los otros. Jamás Grecia hubiera cedido á Italia. Pero entre los bárbaros y Roma era tan prodigiosa la diferencia de espíritu, que debia á la larga legitimar todas las pretensiones de la última. Cuando las invasiones lo trastornaron todo, hubo un punto que, conservándose luminoso, sirvió para

rehacer el mundo. En esa época ve el papado dilatarse sus horizontes, y no hay nada tan bello como contemplar en aquel momento un poder al que todo cede sin emplear ningún esfuerzo violento. Conténtase con negar al patriarca de Constantinopla el título de obispo universal, pero aun no se lo atribuye á sí mismo. En la ruina de los antiguos elementos de sociabilidad, sobrenada como un arca de alianza: edad de fuerza, de modestia, admirablemente personificada por Gregorio I. Es este quien cierra lo que llamaré de buen grado la época de santidad del papado. Las obras morales de San Gregorio tienen poco brillo y aun ménos originalidad; pero en medio de las violencias merovingias es imposible no ser tocado de veneración hácia tanta placidez. Sin declarar abiertamente su ambición, los papas sienten que el porvenir les pertenece, que no necesitan hacer nada para precipitarlo. Resplandece en su lenguaje, en sus epístolas, en sus homilias, cierta alegría interior, cierta serenidad extraordinaria; ellos solos parecen sonreír cuando el resto del mundo se anega en sangre; habitan una región infinitamente superior á aquella en que se desgarró la sociedad política y civil; reinan y merecen reinar.

Volved la página; el cuadro cambia por completo. ¿Dónde está la Iglesia en los siglos noveno y décimo? Parece hundida para siempre. Después de resistir á la barbarie, déjase invadir por ella. En el primer choque pierde lo más pu-

ro de su pensamiento. Educa á los francos y vándalos, pero se abate á su nivel: establécese una igualdad espantosa entre el sacerdote y el lego. Trocando el candor de los tiempos primitivos por la astucia de la barbarie, la Iglesia se forja en silencio falsos títulos, falsas donaciones, una legislación falsa, cuyo secreto no será reconocido hasta seis siglos después; piérdese la superioridad moral y se la reemplaza con decretos fraudulentos. Enfrente de esa Iglesia mistificadora, los reyes cabelludos que se habían prosternado, se hierguen con espantosa ironía. ¡Fenómeno extraño ese sarcasmo del siglo noveno en boca de un rey anglo-sajón! En la Santa Sede se ven representados todos los desórdenes con tal audacia que solo los cronistas de la Edad-media pueden referirlos.

Prescindamos de esos papas, Juan XII, Juan XIII, Benito VII, Juan XV, verdaderos Heliozábalos de la Santa Sede. Hijos de papas, hijos adulterinos, ponen el papado á subasta; entregan las cruces de oro, los cálices de Cristo á sus concubinas, y ordenan á los diáconos en las cuadras de sus caballos. ¿En qué se ha convertido la Santa Iglesia de Roma? Las mugeres romanas, según el dicho de un testigo contemporáneo, no se atrevían á entrar allí temiendo los vicios y la impudicia de los soberanos pontífices. El emperador se ve obligado á acercarse desde las fronteras de la barbarie, para restablecer alguna dignidad en semejante caos.

¿Por qué es necesario repetir estas cosas? ¿Es para aprovecharse de tantas miserias? Por el contrario, es para mostrar el poderoso resorte oculto en esa institucion, puesto que cuando se la cree manchada, deshonrada para siempre, es cuando alcanza su más alto grado de esplendor. Acabamos de dejarla en el lodo, vamos á encontrarla en el cielo. Abandonamos las saturnales del papado en el siglo X, y nos hallamos enfrente de las austeridades de Gregorio VII.

Para levantar instantáneamente á la Iglesia, caida en el fango, este héroe, Gregorio VII, necesitaba un gran principio que legitimase todo lo que queria intentar; y no puede ménos de causar extrañeza el que nadie, en el clero, diga nada de ese primer fundamento de su autoridad: se reivindicán todas su pretensiones, excepto la única que dá á las demás una sancion irresistible. No ignoraba yo que debia de haber en aquella grande alma un sentimiento, una idea particular que le sirviera de palanca para remover el mundo. Buscando esta palanca, la he encontrado, y en verdad, el descubrimiento no era difícil, puesto que él mismo expresa cual es en su lenguaje lapidario. Es inmensa la autoridad que pidió para sí mismo y sus sucesores: ser rey del pensamiento, trasladar como le pluguiese la autoridad, las coronas, la propiedad, y esto sin admitir oposicion ni réplica. Y sin embargo, me comprometo á reconocer ese poder inmenso y á desistir de toda discusion, si la Santa Sede cum-

ple sin intervalo la condicion establecida por Gregorio VII. «Todo papa, dice, debe ser un santo.» *Quod romanus pontifex efficitur omnino sanctus.* ¿Cómo no han visto los filósofos esta idea en el fondo del alma de Gregorio VII? Todo su sistema se deriva de ella.

En efecto, el espíritu mismo de la Santa Sede supone en el que la ocupa, la necesidad de la perfeccion moral. No es una monarquía como cualquiera otra, que fundada por los hombres, lleva en la frente sus debilidades. Si quereis que reconozca sin exámen la representacion permanente de la divinidad en la Santa Sede, si quereis legitimar en todos los instantes de su duracion una institucion tan extraordinaria, es necesario, como lo decreta Gregorio VII, que me mostreis sin interrupcion en el trono de Dios una sancion igualmente extraordinaria, una *dinastia de santos, omnino santus*: con esta condicion, á este precio, el mundo aceptará lo que se le quiere imponer. Para ejercer la omnipotencia moral en la tierra, no basta que otros, en tiempos anteriores, hayan sido sublimes, es necesario que veamos brillar igual aureola en torno de vuestra frente, y como pedís una sumision no interrumpida del espíritu, es preciso que se ejerza por vosotros mismos esa autoridad no interrumpida de un alma viviente. No me digais que Gregorio, Leon, Urbano, Inocencio y tantos otros, á quienes al ménos pedís prestados los nombres, fueron santos, hace mil años; es

menester que hoy tambien lo seais vosotros, para que todo el mundo moral caiga sin oposicion de rodillas á vuestras plantas.

Esta idea no es tan sólo el fondo del alma de Gregorio VII; es tambien la que presidió al establecimiento de la Santa Sede, y le dió, en su origen, la fuerza de producirse y vigorizarse. Leed los nombres de los cincuenta primeros papas, es decir de los que sostienen el edificio; son todos santos, héroes del mundo moral. Con esto veis que compromiso contrajo el papado y á que título le aceptó la tierra en sus comienzos. El principio del contrato social entre la Santa Sede y el mundo es la santidad. Suprimidla, toda sancion desaparece. ¿Porqué despues de cincuenta nombres la lista parece como agotada? No concedo un solo momento de desfallecimiento ni de reposo á una institucion que debe eternamente representar á Dios; porque dígase lo que se quiera, nunca el mundo consentirá facilmente que el Vicario de Cristo pueda ser un loco, un libertino, ó siquiera un alma vulgar. Podemos ver sin protesta hombres vulgares y criminales en los tronos humanos; los entregamos al juicio de la posteridad y esto mismo responde á la debilidad de nuestra naturaleza. Pero en la Santa Sede es otra cosa; no comprendemos en ella sino á los santos y á los héroes del género humano. Direis que soy muy exigente, ¿pero nó lo sois mucho más vosotros que pretendéis ocupar sin hacer nada el trono mismo de Dios?

Bajo cierto punto de vista, Gregorio VII es el Napoleon de la Iglesia: llevó á cabo el 18 brumario del catolicismo, nueva revolucion en el gobierno espiritual que pretende no experimentar ninguna. La democracia de la Iglesia primitiva habia sido reemplazada por el feudalismo de los obispos; rómpese el poder de estos barones de la Iglesia en las manos del monje Hildebrando, y queda un poder único, absoluto, infalible. Gregorio VII tiene, como Napoleon, sus Asambleas mudas, sombra de las antiguas deliberaciones. Hay la misma diferencia entre los concilios de Nicea y los de Roma que entre la Constituyente y el Cuerpo legislativo.

Cuando se leen las epístolas de aquel gran emperador de la Iglesia, se ve que su gran corazon se desgarraba de continuo por la situacion de la cristiandad y por los obstáculos terribles que encontraba para su reforma en los señores del clero. Quebrantando la soberanía de los barones espirituales, volvió á entrar en la antigua igualdad de la Iglesia primitiva; esto hizo su victoria legítima y posible. ¡Cuántas veces no acaeció que en los momentos de peligro, el gran pueblo de la Iglesia tornaba los ojos á Gregorio VII, como si este hubiera absorbido en sí toda la cristiandad! De igual suerte, el mundo creia ver en Napoleon la imágen viva de la democracia: el capuchon de estameña cubrió al usurpador de la Iglesia, como el re-

dingote gris al usurpador de la Revolucion. Pero ¿quién sería hoy tan obstinado que pretendiese eternizar el absolutismo de San Pedro sin el alma y las cartas de Gregorio VII? Sería mas fácil eternizar el Imperio sin Marengo y el Emperador.

Ved, por otra parte, que fin tuvo aquel grande hombre, y porque, legítima en su tiempo, su ambicion no es bastante grande para los nuestros. Estudiando los escritos de Gregorio VII, llegareis al resultado de que si pensó de vez en cuando en las miserias de los pueblos, se contentó con asegurar los derechos y la libertad del sacerdote. Trazar en la humanidad, en medio de la obra continua de la violencia, un círculo de llamas en que la fuerza ciega no penetrase nunca; hacer del sacerdocio una raza sagrada, un pueblo de elejidos, un refugio inmune, una condicion independiente al abrigo de las pasiones de los reyes, de los príncipes, de los barones: el orgullo de esta idea asombraba al siglo oncenno; se necesitó un corazon de fuego y de bronce para llegar hasta ella. A los ojos de Gregorio VII, la sociedad, la humanidad real es la Iglesia; el ciudadano es el sacerdote; lo demas es una sombra. He aquí porque no reclama nada, propiamente hablando, sino la constitucion de los derechos, la libertad del hombre de Iglesia. Hiérguese sobre la cumbre del edificio social, tal como lo comprende, y su divisa que contiene todo su sistema, es la siguien-

te: no toqueis á mis sacercotes, á mis Cristos. *Nolite tangere Cristos meos*. A vece añade: el que los toca, toca á la pupila de mis ojos: *qui vos tangit, tangit pupilam oculi mei*. Todas sus empresas tienen por resultado establecer garantías absolutas en provecho de esa sociedad particular que se llama el clero; es preciso que los poderosos de la tierra sepan lo que es un sacerdote, *cuanti vos estis*; lo que puede, *quid potestis*; y que el mundo se someta á su voluntad.

¡Espectáculo nuevo el de un alma que sangra en secreto á cada herida del sacerdote en toda la extension de la cristiandad! Del fondo de Hungría ó de Inglaterra, la inquietud, la queja, la angustia, el menor suspiro del hombre de Iglesia va á resonar en el corazon de Gregorio VII. Apesar de esto, si se pregunta á la Iglesia porque este sistema es ineficaz, porque el mundo no quiere volver á él, crée que acusamos á Gregorio VII de exceso de ambicion, cuando, por el contrario, su pensamiento no nos parece bastante grande.

El más humilde de nosotros es hoy más ambicioso que Hildebrando; porque lo que este pedía para sus sacerdotes como un privilegio, lo reclamamos nosotros para todos como un derecho. Queremos que no tan sólo el diácono ó el obispo, sino toda creatura humana, y la mujer lo mismo que el hombre, esté rodeada de un círculo sagrado que no pueda franquear la violencia

de los príncipes y reyes en lo temporal ni en lo espiritual. Queremos que la casa, la propiedad, se hallen guardadas de toda ofensa por un arcángel, como el monasterio de la Edad-media, y llamamos á esto las garantías de la libertad individual. No toqueis á mis Cristos, *nolite tangere Cristos meos*, aplicamos estas palabras á toda persona moral: Gregorio VII sentia la sociedad viviente en el clero; nosotros en toda la humanidad: Gregorio VII no reclamaba sino la libertad de la Iglesia *pro libertate Ecclesiae*, y nosotros reclamamos en nuestro espíritu la libertad del mundo. He aquí porque á la vez que admiramos á Gregorio VII, no podemos retroceder hasta él.

Quizás os asombrareis si digo que Gregorio VII, el hombre de Dios, *vir Dei*, es un antecesor de la Revolucion francesa; sin embargo, bajo ciertas relaciones, esto es evidente. En su lucha con los poderes políticos, en sus instrucciones á sus soldados espirituales, especie de proclamas que preceden á la batalla, no da á las monarquías de la tierra otro origen que la violencia, el crimen, el engaño. ¿Quién no sabe, dice á sus obispos, (1) que la autoridad de los reyes y de los jefes de los Estados proviene de que, ignorantes de Dios, entregados al orgullo, á la codicia sin freno, han pretendido con auxilio del príncipe del mal dominar á sus iguales, es decir, á los

(1) Epist. ad Herimannum episcopum.

hombres, por la insolencia, las rapiñas, la perfidia, los homicidios, casi, en fin, mediante todo linaje de crímenes? Son estas, palabra por palabra, las expresiones de que se servia el tercer Estado, en el ardor de su primera etapa, en el 89, y más tarde los Montañeses, marchando al asalto de la monarquía absoluta. La semejanza en los términos es tan extraordinaria que se diría que han pasado literalmente de las bulas del siglo XI el alma de la Convencion. Es cierto, efectivamente, que queriendo quebrantar la sociedad láica por la sociedad espiritual, Gregorio VII imprimió el primer movimiento revolucionario al mundo.

Un biógrafo contemporáneo, un pobre monje, interrúmpese refiriendo los anatemas del papa, la miseria del emperador arrodillado, descalzo, en camisa, al pié de las ventanas del pontífice, y se formula esta cuestion profética. ¿Quién sabe! ¿acaso se engañan el papa y el emperador, la Iglesia y el Estado? *Quid ergo! numquid errat uterque?* Ejemplo raro, casi único de como se siembran y se forman las revoluciones humanas. No es al principio sino una pregunta, una opinion tímida, un gérmen extraviado por la tempestad en el fondo del alma de un solitario. Los muros de la celda guardan este pensamiento imprudente que muere con el monje; pero pasan los siglos, y llega un momento en que todo el mundo repite á la vez la misma pregunta. ¿Se engañarán acaso la Iglesia y la Monar-

quía? *Numquid errat uterque?* Una voz anónima, que es la voz de un gran pueblo, contesta: Sí. Entónces la época iniciada oscuramente en el pensamiento de un monje, brilla y se consuma en la Asamblea constituyente y en la Convencion.

Remontándose de un sólo vuelo al espíritu del cristianismo primitivo, Gregorio VII sintió que llevaba en sí la conciencia de la Edad-media: de esto era consecuencia natural el entredicho, la excomunion que arrancaba á los emperadores sus Estados. En el mundo cristiano, los poderes políticos están fundados en el espíritu: es preciso que haya en alguna parte una autoridad superior que los quite y que los dé en nombre del pensamiento. Agrádame ver á ese grande hombre, con los ojos fijos en la monarquía espiritual, ejerciendo un terror moral sobre las monarquías políticas á medida que se separan de su ideal. Cuando el alma de los pueblos estaba adormecida, cuando hallábanse separados unos de otros por barreras infranqueables, urgía que una persona moral fuese la conciencia viva del mundo del espíritu. En este momento de organizacion bárbara, la conciencia de cada pueblo está, por decirlo así, fuera de sí misma, pero al ménos existe en alguna parte, vive en el Vaticano. Mientras que el paisano se halla inclinado hácia la gleba y el campesino ocupado por completo en su miseria presente, hay en la tierra un hombre, que con mirada de águila discernirne, sigue los proyectos del emperador, del rey,

de los nobles, del obispo; á veces advierte á los reyes, porque sabe lo que pasa en el fondo de su espíritu. Con esa luz del alma vé á través del espesor de las murallas, de los torreones, de las iglesias; agita, blande sobre el mundo el espanto de la muerte espiritual que frecuentemente conduce á la muerte física.

Ningun libro da idea exacta de ese sistema ni de ese hombre: imaginaos un terrorismo moral, un 93 espiritual que mantiene el anatema constantemente suspendido sobre las almas de los sospechosos. Puede decirse que el cadalso de los revolucionarios moderdos es poca cosa en comparacion de la excomunion que lanzaba al hombre fuera del gremio de la humanidad y de Dios, en este mundo y en el otro. Abriase un abismo en que el más bravo no sabia á donde agarrarse: retirábase de él la tierra y el cielo: tan sólo el infierno subsistía. Así, mientras no es raro ver que los hombres corran con alegría hácia el cadalso, no se habla de nadie que haya podido sostener hasta el fin, sin temblar, el entredicho de Gregorio VII. Segun las leyendas, la llama de los arcángeles se encendía sobre su cabeza.

Lo que caracteriza á ese génio completamente nuevo en el mundo, es que, quitando las coronas á los reyes, no duda ni un momento del derecho que le asiste para despojarlos. Su pueblo, á quien falta la vida moral, no cree como él en ese privilegio del alma: Gregorio VII

se queja de la cobardía de sus obispos, semejantes, dice, á perros que no osan ladrar delante del lobo.

¿De dónde proviene la fuerza de Gregorio VII? De esa idea, verdadera en sí, que en el mundo moderno, la autoridad descansa en la conciencia; que las coronas, los cetros, la nobleza, los feudos, son propiedad del espíritu; que únicamente al espíritu pertenece arrebatarse las coronas, confirmar ó destituir á los duques, reyes, emperadores y demás señores de la tierra. Mas no bastaba que Gregorio VII llevase en sí esta idea esencialmente revolucionaria; era menester que se sintiese personalmente con el derecho de ejercerla: ahora bien, tenía ese derecho por la santidad del corazón y el heroísmo del espíritu. Sabía, sentía que habitaba un mundo mejor que la sociedad de su tiempo. Sin vacilar, extrae de su conciencia una de esas cóleras de Dios, *iram Dei*, uno de esos rayos de fuego que todo el mundo conocía; lánzalo á la frente de los reyes, y todo se extremece: el golpe caía de lo alto: el mundo de la fuerza buscaba su título en la inteligencia. Apoyábase Hildebrando en el derecho del pensamiento, en cuyo sentido puede decirse que se anticipó al porvenir. Estableció el derecho cristiano por fundamento del derecho político, he aquí su grandeza. Se había hablado anteriormente del celibato del clero, se había intentado abatir el feudalismo episcopal; pero constituir al espí-

ritu como soberano y á todos los demás poderes como vasallos suyos, es decir, empezar á realizar en el mundo político la ciudad del Evangelio, nadie lo había imaginado todavía.

¿Queréis saber porqué desde el fin de la Edad-media no oís hablar de entredichos lanzados á la frente de los jefes de las sociedades modernas? ¿Nó hay desde hace tres siglos emperadores rebeldes ó heréticos, malos reyes, gobiernos inferiores á su misión? ¿Y quién, sin embargo, ha oído decir que ningún papa haya quitado de hecho, á nadie el cetro ó la corona desde la Edad-media? Se cree que si el alma de Gregorio VII viviese aun en alguna parte, si siquiera se conservase de ella una sombra, una chispa, ¿cómo el entredicho del fuego, el de la sal y del agua no hubiera pedido cuenta de Polonia al emperador de Rusia, de Irlanda al gobierno inglés, y de tantos torrentes de sangre á la monarquía de España? La iglesia se obstina en continuar creyendo en el principio de Gregorio VII; pero ya no se siente en su interior con el derecho moral de desposeer á los fuertes. No está bastante segura de representar la conciencia del Universo, para encargarse espontáneamente de las represalias de la Providencia, con la seguridad de que su juicio será ejecutado. La palabra de vida y de muerte vacila y tiembla en los labios del papa moderno, no vibra en el corazón del atleta de Dios, *Athleta Dei*, como una flecha que mata, no parte ya de la cumbre del

mundo moral. Sin confesarlo, el papado comienza á apercibirse de que el poder de pronunciar juicios inapelables sobre imperios y dinastías ha pasado á otras manos, y que ya no le pertenece.

Desde el sueño en que la Iglesia cayó á fines de la Edad-media ¿qué ha sucedido? Que los jefes de los Estados políticos se han aprovechado de ese decaimiento del espíritu para establecer su legitimidad sobre la violencia, la conquista. El hecho se convirtió por todas partes en derecho. Entonces, contrariamente á la idea de Gregorio VII, consideróse todo principado temporal como sagrado é inalienable. La teoría del derecho divino adherido á cada corona, data de la decadencia de la Iglesia. Haber poseído un momento la corona pareció una razon divina para poseerla siempre. Cuando la Iglesia hubo perdido la fuerza de desposeer á las dinastías, naturalmente todo hijo de rey ó de príncipe se creyó señor de su herencia por toda la eternidad. El poder que en nombre de Dios habia ejercido el derecho de dar y quitar el imperio, la propiedad, la nobleza, las tierras, renunciaba á esta autoridad. Los pueblos, los reyes, los emperadores, desembarazados de su único temor, miraron en torno suyo; no vieron que nada reemplazase á la autoridad moral que los dominaba; estimaron que ningun anatema podria alcanzarles, y establecióse sin contradiccion la época de la monarquía absoluta. Cesando de ser vasallos de Dios, los soberanos creyeron que eran propietarios inalienables de

los pueblos y coronas. Pero Dios debia atajarlos por un camino en que no pensaban.

En efecto, el derecho de anatema es inherente á la constitucion del mundo cristiano, no puede desaparecer de él. Escrito en el fondo de todas las nuevas constituciones, es idéntico al grito de la conciencia. Desde que el pasado se despojó de él en realidad, era inevitable que la conciencia moral se manifestase bajo otra forma.

Estas pocas palabras encierran la necesidad y el espíritu de todos las revoluciones modernas: desde que el papado no tiene el valor de pronunciar la excomunion política y el destronamiento de los soberanos, los pueblos se han visto obligados á hacerlo en su lugar. ¿Qué son todas las Revoluciones de los tres últimos siglos sino un anatema salido del fondo de la conciencia de la humanidad? Inglaterra, América, Francia, España, Grecia, han lanzado cada una á su vez una de esas palabras de fuego que otras veces no salian sino del alma de Gregorio VII. Unas despues de otras, estas sociedades han comprendido lo que habia presentido el primero, á saber, que las dinastías, los imperios, las monarquías, las noblezas, los principados, los ducados, los marquesados y los condados, *imperia, regna, principatus, ducatus, marquis, comitatus*, no son sino feudos del espíritu, y que el espíritu, retirándose de ellos, suprime todos sus títulos.

En cada una de estas revoluciones, después del grito lanzado por la conciencia pública, vese á los antiguos poderes absolutos condenados por una fuerza sobrehumana, despojarse por sí mismos, descender de las alturas, y venir descalzos y con la cabeza baja á pasar los tres días de prueba, de rodillas, bajo las ventanas de las naciones nuevas, como el emperador Enrique IV bajo las ventanas de Gregorio VII. Apenas ha salido el anatema de una boca, cuando todas lo repiten, y el que es objeto de él, aunque esté rodeado de un ejército, siente que toda su fuerza se vuelve en contra suya; se le niega el pan y el agua. ¿No lo habeis visto hace quince años? ¿Tengo necesidad de decir más? Ya sabeis si es pesada sobre la cabeza de un príncipe la excomunion salida de la boca de un pueblo.

Así, por un lado, mientras la Iglesia condujo al mundo, su gobierno experimentó las revoluciones de la vida: democracia, aristocracia, monarquía, atravesó diferentes fases. Por otro lado, el poder de atar y de desatar los imperios ha pasado de una mano á otra, y estos cambios se han verificado para que el plan del cristianismo entre cada vez más profundamente en el mundo político y real. Seguramente la revolución francesa no pensaba cumplir engrandeciéndola la idea de Gregorio VII; y sin embargo, no hizo otra cosa cuando establecía un derecho superior á la posesion secular de la autoridad, de la nobleza, de la corona. El régimen del terror

que el gran Pontífice impuso á la Edad-media, pudo muy bien volverse por un momento contra sus designios, impidiéndole realizarlos en la forma que él queria darles, pero el principio de su política sagrada no ha dejado de crecer y de levantarse en la conciencia del mundo moderno. Sucede lo mismo con ese terror que se une al nombre de la revolucion francesa. Sus anatemas sangrientos han podido hacer que retroceda de espanto una parte del mundo; pero esto no impedirá que el derecho del Evangelio, reservado la principio al sacerdote, extendido más tarde al género humano, se consuma un día bajo forma que no ha sido dado prever ni al papa del siglo oncenno ni á la Revolucion del siglo diez y nueve.

CONFERENCIA VII.

EL MAHOMETISMO.

Orígenes del mahometismo.—Nace el día en que el catolicismo se detiene.—La unidad de Dios manifestada por tres veces en el desierto.—El Coran y la Biblia.—Allah cumple las amenazas de Jehova.—El islamismo explicado por la arquitectura árabe.—La mezquita.—La Alhambra.—Espíritu de terror.—El Oriente antiguo, espanto del Oriente moderno.—El Coran, un monólogo de Dios.—¿En qué difiere el islamismo del cristianismo; realizase instantáneamente en las instituciones políticas?—La propiedad.—La mujer.—El esclavo.—¿Cuál fué la misión de Mahoma?—¿Porqué la sociedad de Mahoma permanece inmóvil?—Impotencia del catolicismo para concluir la guerra del Coran y del Evangelio.—Francia y Argelia.

En el momento en que el papado, hácia el tiempo de Gregorio el Grande, apoderándose de la dictadura espiritual, cierra autoritariamente la discusión de las ideas y de los dogmas, parece que es completa la victoria del catolicismo. Las nuevas naciones han aceptado, sin exámen, el yugo del catolicismo; el paganismo ha muerto. ¿De dónde ha de partir en adelante el peligro

ó siquiera la resistencia? Escápase á la mas sagaz penetracion. El jefe de la cristiandad debió creer llegados los tiempos de la unidad universal. Fué aquel un hermoso dia para la Iglesia y para el mundo.

Alegría prematura; porque no bien pareció terminado el dogma é interrumpido el movimiento del espíritu, la mitad del mundo rompe la alianza. Ideas que se creia bastaba condenar como muertas, sin necesidad de nuevas discusiones, se levantan de pronto enfrente de la cristiandad, con gran asombro del Occidente, formando en el mahometismo una religion rival. El papado se apresuró á cerrar demasiado pronto el círculo de las cosas religiosas: la mitad del mundo no tenia en él cabida. El dia mismo en que el espíritu, en Occidente, quiere reposar en el pasado, sin añadirle nada, aparece el islamismo; se habia puesto el sello en las escrituras declarando que ningun poder las aumentaria en una línea; por única respuesta, una raza humana busca un nuevo libro y lo encuentra en el Coran.

Abandonemos por un momento la acusacion de fraude, de engaño; por sí sola no bastará á explicar nunca el milagro de esos pueblos que, dispersos desde su origen en el desierto, se reunen instantáneamente, como si hubieran oido la trompeta del ángel Gabriel. Eran al principio un puñado, una tribu; en algunos años serán un mundo, que va á caer sobre otro mundo,

¿Por qué poder fué resucitada esa raza que se creia extinguida desde el tiempo de los patriarcas?

Por la autoridad de un libro que, poseia y realidad, á la vez, precipita á todos los miembros de la tribu, de la nacion, en un éxtasis moral semejante al del hombre á quien fué inspirado. Algunos versículos, algunos himnos, hélo aquí todo; pero cada uno de esos versículos refleja una accion; cada uno de esos himnos desciende de los cielos que habita el alma de la raza árabe. Remontémonos á ese primer momento de donde surgió el destino del Oriente moderno. Considerad la situacion actual del Oriente: Asia acosada de todos lados por pueblos misioneros; Francia imponiéndose una santa mision en Argel; nunca fué tan necesario como hoy el penetrar imparcialmente en el espíritu y en el alma del Coran.

Un gran hecho domina á todos los demás. Por tres veces la misma raza de hombres anuncia al mundo la ciudad de Dios en el judaismo, el cristianismo, el mahometismo. Bajo el punto de vista humano, Moisés, Jesus, Mahoma, son de la misma familia. Y como si la alianza por la sangre no fuera bastante clara, observad, os ruego, que por tres veces la idea de la unidad pura de Dios se revela, resplandece en el mismo lugar, en el mismo desierto de Arabia ó de Siria; allí donde la naturaleza se ha abolido á sí misma, En medio de aquellas

soledades eternamente vacías, el pensamiento de Dios no se muestra al hombre bajo ninguna imágen, puesto que faltan todas igualmente. Ni fuentes, ni ríos que adorar; ningún bosque sagrado que oculte el misterio. Sin dejar huella en la arena, sólo el espíritu visita y recorre el desierto, en medio del silencio del universo consternado.

Mientras que en todas partes se fabrica el mundo Dioses visibles que puede oír y palpar, las ciudades del desierto, Jerusalen y la Meca, permanecen fieles al espíritu eternamente solitario. Jehovah, Allah, sin otra compañía que su sombra, sin morada fija, con la palabra de fuego, llevan ambos sobre su frente el sello, ó por mejor decir, el temperamento del desierto.

Si el Dios de Mahoma es en su principio el Dios de Moisés, si uno y otro tienen impreso el mismo sello; sin embargo, ya aperebireis en lo que difieren. Jehovah es el Dios de los Hebreos; ha elegido un pueblo privilegiado entre todos; trata de destruir, no de convertir á los demás. Donquiera se detiene, hace en torno suyo un desierto social: su pueblo era muy débil para darle el imperio del mundo; se contenta con separarle de los infieles, vive en el aislamiento. Bastante milagro es el conservarse á los pies de los colosos de Caldea, de Egipto, de Pérsia. Espera con paciencia el porvenir.

Muy distinta es la política de Jehovah renovada por Mahoma. En primer lugar no es ya el

Dios de ningún pueblo en particular: su afección no se limita á una tribu ni á una raza. Es ya el Dios del género humano. Por otra parte, ¡ved cuánto ha cambiado la tierra en torno suyo! Anteriormente se veía abrumado por los imperios idólatras que le rodeaban; ahora esas cadenas han caído. Persia, Caldea, Egipto no le asedian, no le estrechan: las barreras que le cercaban se han desplomado por su propio peso. ¿Qué resulta de estos enormes cambios? Que si en la antigüedad estaba reducido á defenderse, en adelante puede atacar. Aislábase en la ley de Moisés, se difunde al exterior en el islamismo. Largo tiempo contenida en los muros de Jerusalen, su cólera se desborda por toda el Asia: pronuncia el entredicho, no solamente sobre el país de Canaan, sino sobre todo el Oriente. Allah va á cumplir la larga amenaza de Jehovah.

Tal es el lazo del judaismo y del islamismo; de lo que resulta que la condición de la nueva revelación es la conquista. Es necesario purificar por la santa cólera de la espada la tierra largo tiempo manchada con las impurezas del pasado: es imposible penetrar en el carácter del mahometismo, si no lo referis á la ley de Moisés; porque lleva en su seno las iras, las amenazas, toda la herencia de cólera de los profetas. Así su revelación estalla en el grito de las batallas; su paraíso está á la sombra de las espadas; toma sus parábolas del movimiento de los combates; por sacerdocio tiene la cimitarra; su libro de la ley

es la proclamacion del Dios de los ejércitos.

Si quereis contemplar en la piedra y el mármol el verdadero pensamiento del islamismo, fijad los ojos conmigo en una Mezquita: elijo la de Córdoba, porque la he visitado con detenimiento y porque, construida en la época de esplendor del mahometismo, no hay otra que sea imágen tan fiel del Coran. Los altos muros coronados de almenas y torres militares son la defensa propia de una fortaleza; es la casa de Sevahot, de la divinidad de las batallas. Por encima de la ciudadela sagrada elévase el minarete, llevando á las nubes la centinela de Dios. Aproximaos á ella, ¡qué portico tan erizado! Las almenas y troneras de esas torres de defensa estan construidas por ángeles de cólera; armados de su carcax color de fuego, aguzan en silencio sus flechas de oro. Todo es amenazador como la víspera de un combate eterno. Pero atreveos á franquear esa puerta misteriosa; penetrad en el recinto y en la intimidad de Allah: ¡qué cambio! ¡qué dulzura! ¡qué oasis de innumerables columnas! Os estraviais en ese bosque de palmeras de troncos de mármol. Al ver esas bóvedas que se lanzan unas sobre otras sin apoyo, diriais que sus piedras no se mantienen inmóviles hace siglos sino por el poder de la palabra y el milagro del Coran. Nuestras catedrales fundadas sobre un mismo pensamiento en lo exterior y en lo interior, tienen la sublimidad de la armonia; por dentro y por fuera su fisonomía es la misma. Pe-

ro hay tambien una magestad soberana en esa brusca transicion de los recuerdos de las batallas á la paz inmutable de los bosques celestes; parece que despues de haber pasado bajo la bóveda de espadas os encontrais en el jardin de Allah.

Diré de la Alhambra algo parecido. Este monumento que despierta tantos sueños os pasma por el mismo contraste. Levantad los ojos hácia la cumbre de esas altas colinas: esas torres macizas, esos bastiones enormes sin ningun ornamento, esas ciudadelas erizadas, severas, que nada alegre, ¿son acaso el palacio encantado de donde se exhalan los perfumes de tantos poetas?

No veo otra cosa, repito, que la faz irritada del génio de la guerra. Pero al atravesar esa puerta medio oculta, la mudanza no es menos instantánea que en la mezquita: los muros esmaltados de flores de los oasis, las fuentes saltando á cada paso, esa arquitectura que, por decirlo así, teje en torno vuestro la morada de los sueños, las palabras de *felicidad, felicidad, felicidad*, escritas y bordadas en las paredes al lado de estas, *solo Dios es vencedor*, esa soledad embalsamada, ese murmullo perpétuo del agua, esos pabellones, esos *tocadores* que se abren sobre jardines de limoneros y de naranjos, de vez en cuando un rumor que sube de Granada como un recuerdo de la tierra; todo este tesoro de delicias que roba á los ojos el Dios celoso del Oriente, como la perla en su nácar, ¿no es la imágen

realizada del paraiso del Islam? Es al ménos la del paraiso del Coran. Como la Alhambra, tiene la frente de soldado, el corazon de ángel, oculta sus promesas y su cielo detrás de una barrera de amenazas y de muerte.

Representaos el sentimiento de espanto elevado á su colmo, consagrado por las tradiciones de la Biblia, persiguiendo á los vivos como á los muertos, á los ángeles como á los hombres, convirtiéndose para siempre en el principio no sólo de la tierra, sino del universo entero, y concebireis como el horror del juicio final está pintado en el Coran con rasgos tan vivos que dejan muy atrás las invenciones del Dante y de Miguel-Angel. Encontrais allí, en la realidad misma, ese estremecimiento, ese crugir de dientes de que habla la Biblia. El dia irrevocable se aproxima; la hora se acerca, he aquí las palabras que más frecuentemente resuenan. Los cabellos de los niños blanquean de espanto; los cielos se hienden de pavor. Pero en ese mundo de terrores hay envuelto un mundo de delicias: los bienaventurados, al borde de las fuentes, aperciben de léjos á los condenados: los extásis de los santos se avivan con la vista del infierno: voluptuosidad que confina con el suplicio. Hasta en medio de la alegría de los ángeles se desliza un resto de espanto. En la Alhambra, la sala del asesinato de los Abencerrages con sus grandes manchas de sangre, linda con las bóvedas embalsamadas de la sultana querida Linda-Raja: mezcla que constituye

el fondo de toda la vida musulmana. Después, toda la tierra es tomada por testigo y hay juramentos de cólera como no podía conocerlos el antiguo testamento: «Juro por las tempestades; juro por las nubes preñadas del rayo, por los caballos rápidos, por el monte Sinaí, por el libro inspirado, por el templo visitado, por la mar espumosa, que el castigo se acerca, que está encima.»

¿Sabeis además de que argumento formidable se servía el profeta? Recurría á una prueba visible que faltaba en gran parte al Occidente; mostraba (1) á los pueblos del Oriente moderno las ciudades arruinadas del Oriente antiguo, las ciudades sin nombre, las de las grandes columnas, cuyos pueblos habian sido lapidados por los ángeles. También ellas habian rehusado oír al profeta, y habian sido arrebatadas por los vientos como ramas de palmera, ó mezcladas como la paja seca á la arcilla. Confesemos que este lenguaje era elocuente en la vecindad de las ruinas de Babilonia, de Persépolis, de Tiro, cuando Mahoma podía añadir: ¿No habeis, pues, recorrido el país? ¿No lo habeis visto con vuestros propios ojos? Esas sociedades, esas naciones se decian unas á otras viendo á la nube alzarse sobre sus valles: «Es una nube, nos trae la lluvia. ¡No, es la tempestad! os trae el castigo.» (2)

(1) Coran, VII, 30, XIX, 97, XXII, 44. LXI, 14, etc

(2) Coran, XLVI-23.

De este modo, la naturaleza consternada del desierto lleva el sello del temor y dá por sí misma testimonio del islamismo. Los esqueletos de las antiguas sociedades, desparramados en la arena, se hierguen y hablan por el profeta presente. Mahoma espanta al mundo moderno á la vista del mundo antiguo; hace de esas ruinas misteriosas, de esas ciudades sepultadas en el fondo de los lagos, otros tantos séres que asedian á los vivos; por lo que se explica la maravilla de que un inmenso terror se haya apoderado de los pueblos en presencia de aquellas vastas moradas desiertas, que abrian en cierto modo la primera escena del juicio final. ¿Dónde estaban los que las habian habitado? Creíase oír ya el rumor de la cadena de setenta codos que los sujetaban á Satan. De aquí el sentimiento de premura, de precipitación, que es uno de los rasgos mas salientes del Coran. Puesto que los signos son tan elocuentes, tan palpables, no hay que detenerse en discurrir ni buscar el dogma, es necesario obrar. Las antiguas murallas se desploman, va á sonar la trompeta. Volviendo contra el Oriente todo su pasado para amedrantarlo ¿es raro que los pueblos se hayan lanzado apresuradamente á sus caballos para demorar la hora funesta? Si miraban atrás, veían el aspecto de los pueblos muertos arastrados por los cabellos en el camino del infierno, y acelebán su carrera.

Olvidad por un momento con el siglo XIX el cristianismo mismo. No veáis en torno vuestro

sino el desierto que, por todas partes, en las ruinas, eriza de pavor; que mensajeros rápidos os traen uno despues de otro los juramentos de cólera del Dios nuevo; figuraos que estais, no reunidos en ciudades, en que podeis interrogaros, consultaros, instruirsos recíprocamente, sino diseminados en vastas soledades, y que recibis en ellas, aisladamente, la misma noticia del último dia que se aproxima ¿estais seguros de que vuestro corazon, vuestro espíritu, no acabaría por conmoverse?

El mismo espíritu pasa del libro de los musulmanes á su historia, y explica la diferencia que hay entre las invasiones de los Bárbaros y las de los Arabes. Los Bárbaros se empujan unos á otros durante cinco ó seis siglos: ávidos de poseer una tierra que sólo á ellos pertenece, se detienen donde la encuentran, se establecen y arraigan en ella. Pero las invasiones orientales tienen un carácter distinto. Dios impulsa y espolea sus caballos. ¡La hora apremia, el dia se aproxima! grito de espanto que mañana y tarde repite el Coran. Es preciso franquear montes y rios sin detenerse en parte alguna, correr de Pérsia á los Pirineos, de los Pirineos á la India, y poner toda la tierra ántes del dia irrevocable bajo la autoridad de Allah. Por eso la historia árabe se consume en una jornada.

No basta decir que la unidad de Dios constituye el fondo del Coran; se trata de ver que especie de sublimidad le presta esta doctrina apli-

cada en todo su rigor. Su primera consecuencia es que el profeta, el mediador, desaparece, para no dejar hablar sino á Dios. De ahí el tono, la expresion única que distingue al Coran de todos los libros religiosos del mundo; es verdaderamente un monólogo de Dios.

Si abro la Biblia, el Evangelio ó las Epístolas hallo siempre las palabras de Jehovah ó de Cristo referidas por un hombre, un relato. Siempre un hombre entre Dios y yo, decia Rousseau. Por el contrario, en el Coran, el discurso celeste no pasa por ningun órgano intermedio; se ostenta en lo infinito: Dios conversa en la soledad y discute consigo mismo, se pregunta, se contesta, comenta desde lo alto de las nubes sus antiguas Escrituras, formúlase en su desierto las objeciones de los incrédulos, no las resuelve, las reúne, las recoge como una venganza. Se regocija anticipadamente representándose el último dia. Soliloquio que sin ser nunca interrumpido por la voz de una criatura, tiene al mundo por eco. «Gritaremos al infierno ¿estás lleno? Y él responderá; No; hay todavía impios.» Este monólogo fermenta asi en los cielos como una tormenta que pesa sobre toda la superficie de la tierra, sin dirigirse á un lugar, á un pueblo, á un hombre más bien que á otro. A veces hay en él una familiaridad sublime, «De qué conversan? [De la gran noticia, del dia inevitable, de la Resurreccion.]»

Lo creeriais el hálito jadeante del desierto.

La tempestad se pasea rugiente sobre el mundo. Todos los puntos estan amenazados; ninguno señalado ni herido todavia. Al fin, el discurso que todo lo envolvia, se detiene, estalla, descarga la cólera divina sobre un hombre, una ciudad, la Meca, Medina, alguna veces el profeta mismo. Cuanto mas tiempo ha estado suspendida la palabra, mas terrible es el golpe. Y no es esta una rareza del Coran, es el espíritu de cada una de sus palabras sin excepcion. Tantos capítulos (tiene más de ciento), tantos monólogos de Allah. Todo el universo se calla y se oculta bajo la arena; el profeta mismo enmudece; la raza árabe que pasa por el desierto se detiene y oye ese discurso, mezclado de interrogaciones y de pausas, rodando con estrépito sobre su cabeza. La humanidad sorprende por casualidad, en medió de las soledades el secreto del Eterno. He aquí la originalidad y lo sublime del libro de Mahoma.

En lo que acabo dedecir estan implícitamente contenidas las relaciones del profeta con Dios. Mahoma recibe el mandato sin provocarlo. No es el hijo, es el esclavo de Allah. Si *el libro de la evidencia*, como se llama al Coran, hubiese contenido relatos, se habria podido negarlos; doctrinas, parábolas, habrian sido discutidas. Pero no se discuten, se obedecen en medio de la pelea de las cosas humanas, órdenes precisas, mandatos militares. Era esto cortar por lo sano el principio de la discusion. El profe-

ta nuevo no vé ya á Dios frente á frente, ni en la zarza ardiendo, ni en el humo del holocausto, como los enviados de la antigua ley. Una voz interior le despierta en el silencio de la noche, y él la repite al pueblo; frecuentemente es sólo una palabra; ¡Habla! ¡Diles! ¡Adviérteles! ¡Preguntas! Tal es, en general, el preámbulo de la Revelación.

Cuando se considera que en tiempo de Mahoma el Asia occidental, ya trabajada por el cristianismo, desechaba por sí misma sus antiguas creencias, que el sentimiento de la unidad de Dios volvía á entrar por todas partes en el mundo, que era este el grito de todas las cosas, no parece ciertamente imposible que Mahoma, asediado, oprimido mas que nadie por este instinto, creyera sinceramente ser el eco de la palabra inarticulada que constituía el fondo de los acontecimientos y de toda la historia contemporánea. No es mas que un poeta, decían las tribus incrédulas, y no se engañaban; pero la poesía era entónces la verdad misma. No inventaba caprichosamente sus rapsodias sagradas como Homero, era mas bien de la familia de esos rápsodas orientales, indios, como Valmiki por ejemplo, que escribían sus epopeyas bajo el dictado inmediato de Dios. Mas tarde, la política se mezcló evidentemente á su mision. Mas, que haya habido un momento en que la inspiracion poética y la revelacion de lo alto se hayan confundido sinceramente en su espíritu, he

aquí una cosa de la que no puedo dudar. Un poema, una epopeya interior, interpretada literalmente al principio por el mismo autor y que se convierte por esta causa en un culto; en una religion, tal es en su origen el espíritu del islamismo.

Necesita el hombre un instante de verdad, una palanca real hasta para trasladar un grano de arena. ¡Qué no será para remover un mundo!

El destino de la raza árabe, esas victorias de la fé, esos milagros de la espada, esas conquistas instantáneas, esos cinco ó seis siglos de grandeza, ese mundo espléndido que se extiende de la Pérsia á la Arabia, á España, todo esto vivió un momento en gérmen en el corazon del profeta. La historia del Oriente moderno con todas sus vicisitudes, no es sino la gran alma del profeta, desplegada como una bandera de siglo en siglo.

Voltaire en su tragedia no vió más que al político, lo que es comenzar el drama por donde realmente concluye. Faltaría una tragedia más séria que escribir si se mostrase á Mahoma en el momento supremo de la inspiracion, vacilante entre la poesía y la fé, víctima de su propio pensamiento que no conoce aún, ignorando si la voz que oye en el desierto es la suya ó el eco del Dios de Moisés en las rocas del Sinaí, si es el grito de un hombre ó el grito del Eterno, si, en una palabra, es un profeta ó nada más que un poeta. Drama terrible del que la historia no ha conser-

vado rastro alguno. Quizás esa lucha llenó los cuarenta primeros años oscuros de la vida de Mahoma. Tan pronto como comienza su vida pública, la tragedia se interrumpe. Sea que empuñe el combate como una oración, sea que predique en la cátedra de la Meca, no se ve en él la huella de ninguno de los combates interiores que quebrantan hasta el último día al profeta del Norte, á Lutero. Ni un segundo de contradicción, de desfallecimiento, de incertidumbre. La poesía es ya verdad, acción. No tolerando la discusión á los demás, empieza por vedársela á sí mismo.

Bajo el solo punto de vista político, es fácil de marcar la diferencia entre el cristianismo de la edad-media y el islamismo. El primero aplaza sus promesas para despues de la muerte; el segundo quiere encarnar sus doctrinas sin perder momento en la constitucion de la sociedad civil y temporal. Mirad un instante el Oriente moderno despues de Mahoma. Tan pronto como la unidad de Dios ha sucedido á las castas de Dioses desiguales que formaban el ideal social del Asia antigua, tan pronto como la revolución religiosa se ha consumado en el dogma, ¡qué cambio no apercibís en la tierra! A donde quiera que el islamismo se extiende, desaparecen las castas; queda abolida esta institucion de derecho indígena, indestructible en el Asia. El ideal y su realizacion, sucesos separados en Occidente por diez y ocho siglos, periodos señalados entre nos-

otros por el cristianismo y la revolucion francesa, coexisten en Oriente.

Mahoma es á la vez la cabeza y el brazo, el Cristo y el Napoleon del Oriente moderno; establece el nuevo dogma religioso, y lo realiza incontinenti en el mundo social.

Ved, en el siglo sexto, desde Pérsia hasta las fronteras de España, esas enormes desigualdades sociales, restos de un pasado ignominioso; esas naciones sentadas unas encima de otras como otras tantas cariátides; esas distinciones inmemoriales de labradores, de artesanos, de soldados; esas clasificaciones desesperantes en que la desgracia engendra eternamente la desgracia; ese edificio de servidumbre en que sólo el sacerdote está emancipado; todo desaparece en una jornada ante la cimitarra del Dios nivelador. Mientras que en Occidente las desigualdades pesan sobre toda la Edad-media, en Oriente el ejército de los creyentes forma una sociedad de hermanos. El ejército es el pueblo; todo soldado es sacerdote del Dios de las batallas.

No trateis ya de averiguar porqué fueron tan rápidas las conquistas del islamismo. ¿Quién hubiera querido ó podido resistir á la autoridad del dogma nuevo y á la aplicacion inmediata que de él se hacia? Consecuente consigo mismo, el islamismo conmenzaba por ofrecer la igualdad de los derechos sociales á los pueblos convertidos. Como el Dios de la unidad es el Dios de la igualdad, ofrecia á toda la tierra entrar sin combate,

sin discusion, en la comunión de la espada. Nunca se habia visto un ideal que se realizara tan pronto. La manumision civil seguia en el acto á la manumision voluntaria de la idolatría; el soldado-sacerdote llevaba consigo á la par que un nuevo libro, un nuevo derecho social.

Es innegable que no puede comprenderse el Oriente moderno si no se tiene en cuenta esa supresion del tiempo, esa simultaneidad fulminante de la idea y del hecho, esa identidad de la religion y la política, ese relámpago que ilumina á la vez el cielo y la tierra, la Iglesia y el Estado. Los viajeros se asombran de la indiferencia apática de los orientales acerca de las cosas que nos atañen; he podido observar por mí mismo en circunstancias graves cuán poco les preocupa el rumor de nuestros asuntos. Pero recordad que el Oriente ha reunido en un momento lo que nosotros hemos esparcido á través de los siglos, que ha vivido en un dia la vida de mil años, que ha tenido á la vez su Mesías y su contrato social, la predicacion de los Apóstoles y su Revolucion del 89, su concilio de Nicea y su batalla de Arcole, su Iglesia primitiva y su Asamblea constituyente. Los hombres que se han visto sorprendidos al mismo tiempo por esta doble revelacion, en lo espiritual y en lo temporal, y como acosados de todas partes por esta intervencion de Allah en la Iglesia y en el Estado, tienen algun derecho á sentir escasa curiosidad por nuestras agitacion ordinarias; viendo en su pasado un momen-

to único en la tierra, desdeñan todo lo demás.

No advertimos que observan con mucha razon que en nuestro Occidente la Iglesia dice una cosa y el Estado otra; pero creed que sólo en esto debemos buscar la causa principal de nuestra impotencia para asociarlos á nosotros. Esa division les parece una inferioridad de nuestra raza; es el flaco del mundo cristiano. Los mahometanos han alcanzado ántes que nosotros la unidad religiosa y social; les ofrecemos descender de ella para entrar en la contradiccion. ¿Cómo aceptarían el cambio? Es imposible.

Esta simple idea nos permite mostrar con una sólo palabra la única cuestion del islamismo aun no planteada. Les atacamos con nuestros misioneros. ¡Esfuerzo completamente inútil! Los orientales saben como nosotros que tenemos doctrinas, teorías, ideas, un Evangelio. Lo que preguntan es la razon de que no hagamos nada con tan bellas teorías. En tanto que nos contentemos con enseñarles un libro, no volverán siquiera la cabeza de nuestro lado; comenzarán tan sólo á conmoverse si alguna vez saben que ese ideal, ese libro se ha realizado en la vida, en la Constitucion de un pueblo, y que el Coran del Occidente se aplica como el del Oriente; porque entónces habrán perdido realmente la ventaja que creen tener sobre nosotros. ¿Es la mision de un oscuro predicador reconciliar el mahometismo con la gran sociedad cristiana? No; necesitase el milagro de un pueblo,

de una sociedad que muestre la armonía del ideal religioso y del derecho social, de la Iglesia y del Estado en un espíritu superior al del Corán.

El islamismo realizó antes que nadie el principio de la igualdad. Réstanos ver lo que hizo de la institución de la propiedad. ¿Qué resultará si se conquista el mundo á fin de tornarlo á su dueño legítimo? Que la tierra ocupada por la victoria pertenecerá á Dios; que el hombre sólo tendrá el uso y usufructo de la misma. El mahometismo no retrocede ánte esta consecuencia; y si penetrais en el fondo del derecho oriental, sin dejaros engañar por las apariencias y las usurpaciones, hallareis el hecho extraordinario que empieza á descubrirse y que cada día se pone más en claro (1), de que las tierras conquistadas por los musulmanes no han sido, en su origen, divididas ni sorteadas como entre los francos y los bárbaros de Occidente. Han sido la propiedad inalienable, de quién? De Allah, del Vivo, del Eterno.

¡Qué luz no arroja este hecho sobre la historia y la condición de las personas en el Oriente moderno! No encontráis aquí realmente grandes propietarios; los que se adornan con este título que no se les podía otorgar, puesto que á

(1) *De la organización territorial de los países musulmanes*, por el Doctor Worms.—*Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Tom. V.

nadie pertenecía el hacerlo, son únicamente depositarios, detentadores de las tierras del Eterno. Por esto me explico una cosa verdaderamente incomprensible de otra manera, cual es la movilidad extraordinaria, la incertidumbre de la propiedad en la sociedad mahometana; el visir, el delegado de Dios, priva á cualquiera de la propiedad cuando le agrada, de rico lo convierte en pobre; estos caprichos, no de la fortuna, sino del Jefe del gobierno, constituyen, por decirlo así, el fondo de las instituciones.

El pachá de Egipto acaba de desposeer á sus súbditos; es una arbitrariedad, direis, una confiscación. Conformes; pero cuando una arbitrariedad dura mil años sin oposición, descansa en un fundamento inquebrantable. Acabáis de ver cual es este fundamento; perteneciendo la tierra á Dios, al hombre solo le corresponde el usufructo, sin el derecho de trasmisión. El Califa que le despoja de su dominio, no hace sino tornar á Allah lo que no ha dejado de ser de Allah.

Apesar de esta lógica rigurosa, hay dos puntos en que el islamismo ha cedido ánte la tradición del antiguo Oriente. La muger y el esclavo fueron un grave entorpecimiento para Mahoma; y no es que no cambiara profundamente la constitución de la familia patriarcal; tanto la alteró que, por decirlo así, la destruyó. Como yá no hay en la tierra pueblos elegidos, no hay en el Estado familias privilegiadas. En la sucesión,

(1) nada de derecho de primogenitura, la igualdad entre todos los miembros, el principio de nuestro Código Civil, aplicado en todo su rigor desde el siglo VII. Todas las razas humanas se pierden en el gran pueblo de Allah; todas las familias en la gran familia musulmana.

¿Cuál es la condicion de las mugeres en medio de esta revolucion? Mahoma comienza por desheredarlas en el dogma; Allah no tiene padres, hijos, familia alguna; por vez primera, huérfanas las mugeres, carecen de madres en el cielo. No hay en el cielo del islamismo ninguna vírgen, ninguna *madona* que les sirva á la vez de proteccion y de ideal. Nada más extraño que la violencia con que Mahoma rechaza la imágen de los ángeles con rasgos de muger; evidentemente quiere extirpar la idea del sexo en su teodicea. Despues de pensar mucho en ello, me persuado de que esa inflexibilidad del reformador obedeció á una idea preconcebida; procede de la naturaleza misma de la idolatría que tenía que combatir. No olvideis que realizaba su revolucion religiosa en el lugar, en la raza humana en que la naturaleza habia sido casi siempre divinizada bajo la forma de muger. ¿No vivia entre los vestigios por todas partes renacientes de la gran Diosa Astarté, Alilah, que embriagaba la tierra desde Babilonia hasta Fenicia? ¿No era allí don-

(1) Ganz, *Erbrecht*, Tom. II, pág. 175.

de un rey judio habia casado á Jehovah con Astarté? Para impedir esta alianza impia extirpando en su raiz el principio siempre renaciente de la idolatría indígena, Mahoma rechaza obstinadamente en la constitucion de su Dios todo rasgo femenino.

En los lugares mismos en que con Semíramis, Artemisa, Cleópatra, Athalia, Zenobia habian reinado las mugeres tantas veces Mahoma las destrona en el dogma, siendo tambien destronadas en el Estado; les priva á la vez de su derecho de soberanía en el cielo y en la tierra.

En cuanto al esclavo, procede de otro modo. No cohibida por el sistema, la ley de Mahoma recobra su equidad natural. El esclavo no es yá la cosa sin nombre que constituia la comunidad antigua. Con tal de que sea creyente, entra en las sociedad, tiene participacion en todo, en la familia, en el Estado, en el Gobierno mismo. Tal era esclavo ayer que hoy es general, emir, bey, sultan. En estas rápidas trasformaciones descansa en parte la poesia de las *Mil y una noches*. Y si quereis una prueba más elocuente que lo dicho, recordad de que modo estuvo gobernado el Egipto desde la Edad-media hasta la expedicion de Napoleon. Por nutridos que esteis del espíritu de igualdad, no imaginareis nada parecido. El Egipto estaba gobernado por los Mamelucos, es decir, por esclavos comprados en los mercados de Circasia. Nadie entraba en esa clase privilegiada sin haber pasado por la dignidad de la esclavitud. Era

esta su título de nobleza. Así había en el mundo un gobierno regularmente instituido en el cual el mando pertenecía á una dinastía de esclavos, y ese gobierno duró siglos.

¿Imagináis nada mas radicalmente contrario al antiguo Oriente y al principio de las castas? El Dios del islamismo no ha emancipado al esclavo; lo ha conservado, lo ha adoptado, lo ha desposado, y ha concluido por coronarlo.

Tan simple como su doctrina, la mision de Mahoma es cerrar para siempre al Asia la vuelta al culto de la naturaleza. Coloca la cimitarra entre el antiguo Oriente y el Oriente moderno; nadie regresará vivo al pasado: tal es su primera ley. El cristianismo, apartándose de su sencillez primitiva, se habia convertido en una doctrina muy compleja para no desnaturalizarse en el espíritu de los Orientales. Así, del siglo quinto al sexto, el Asia torturando constantemente la significacion de la mayor parte de los símbolos católicos, los interpreta en el sentido de su paganismo indígena. El Oriente bautizado amenaza retroceder casi en el acto á su antiguo sistema, al cual tan solo da un nombre nuevo. Mahoma ve el peligro, y liberta para siempre al mundo de ese panteísmo materialista que renacia en todas partes bajo la forma de las herejías del cristianismo asiático.

Obra como un hombre que, amenazado por el incendio en medio del templo, derriba apresuradamente los muros, los perístilos, á fin de salvar

al ménos el santuario. Corta por lo vivo en la tradicion universal; arroja á manos llenas las creencias para conservar una sola; encarnízase en las demás con una especie de furor, y el punto fundamental que salva está tan bien elejido que nadie podrá disputárselo en adelante. Despues de esta obra terrible, lanza al Asia desconcertada, fuera de su temperamento, de su historia, en un camino opuesto al que habia seguido hasta allí. Trasplantada, por decirlo así, busca en vano el antiguo sendero. El profeta la ha arrancado á sus fundamentos; conduciéndola de nuevo al desierto, la ha como extraviado en el amplio seno de Allah. Pertenécele ciegamente en adelante; despues de haber borrado en ella la memoria del pasado, solo él puede guiarla, y (olvidaba este detalle) su reforma es tan radical desde el principio que, en cierto modo, hace imposible toda modificacion; el Moisés árabe es tambien su Mesías.

Aplicad estas ideas á la política, y vereis surgir inmediatamente de ellas la inmutabilidad de la sociedad musulmana. Ordinariamente se busca la causa de esta invariabilidad en la doctrina de la fatalidad y de la resignacion, como si la fatalidad hubiera privado á los griegos antiguos de la facultad de obrar; como si este principio, en el período de su mayor fuerza, hubiera impedido á los árabes correr de un extremo á otro de la tierra; como, finalmente, si la resignacion á la voluntad divina no fuera tambien en parte

dogma del Cristianismo. La verdad es que la fuerza del Islam está encerrada por completo en su primera época; lanzada fuera del tiempo, no tardó en agotarse, porque no se renovó por la tradición.

Comparad el mahometismo á las demás religiones. Viven estas en el tiempo, se desenvuelven con los años, se trasforman y, engrandeciéndose siempre, engrandecen á la par á la sociedad. La más inmóvil en apariencia, la ley de Moisés, ¿no fué también sellada por su autor que no se desenvolviera de siglo en siglo, como una esperanza, como una herencia aumentada por los levitas y los profetas, y este movimiento interior del alma religiosa se comunicaba á la sociedad civil y política? Sucede lo mismo con el cristianismo; su libro fundamental, el Evangelio, es explicado, interpretado por las epístolas; las epístolas por los Padres de la Iglesia, por los Concilios, por la Iglesia, por los Doctores, por la Reforma que reanima al mismo catolicismo; y esa pulsación interior, ese gran corazón de Cristo que no cesa de latir, difunde una vida siempre nueva en el cuerpo social.

Pero en el islamismo no ocurre nada parecido. La tradición religiosa permanece invariable: está íntegra, desde su origen, en las páginas del Corán. Luchas, angustias, esperanzas de las generaciones nuevas, todo pasa sin añadir una palabra á la Revelación. Las generaciones se suceden inútilmente unas para otras, puesto

que la experiencia religiosa queda perdida; las oraciones de los siglos no se acumulan á otras oraciones; ningún profeta es esperado. Por la energía nativa de su dogma, la civilización oriental brota espontáneamente en una inspiración lírica, en una oda, en un himno del profeta, desde las fronteras de la India hasta las de Francia. Pero agotada la fuente del islamismo, sus consecuencias sociales cesan pronto. Todo lo que ha podido hacer ha sido guardar las posiciones conquistadas. Hoy esa sociedad inmóvil patentiza el destino de un dogma que no ha recibido ninguna idea hace doce siglos. ¿Cómo volver la vida á ese dogma exhausto bajo la arena? Algunos anuncian la venida de un Lutero musulmán. ¿Se ha pensado bien en ello? ¿Puede el Oriente rejuvenecerse por sí mismo? ¿Qué reformaría el protestantismo musulmán? ¿La Iglesia? No hay Iglesia. ¿La gerarquía? No hay gerarquía. ¿La tradición sacerdotal? No hay tradición del clero. ¿En dónde está la Roma del Islamismo? ¿Es la Meca ó Medina? Veo en Medina la tumba del profeta, pero no veo el Vaticano. Es tal, pues, la condición de esa religión, que al primer golpe de vista parece no poder desenvolverse sin dejar de ser lo que es, ni reformarse profundamente sin desaparecer; la grandeza de Mahoma es haber usurpado y devorado anticipadamente todas las revoluciones del porvenir bajo el punto de vista árabe.

Por otra parte ¿quién llevará á Oriente el

principio de la vida nueva de Occidente? ¿Quién nos reconciliará con la mitad del mundo civilizado? ¿Será la Iglesia romana quien termine la guerra entre el Evangelio y el Coran? ¿Serán los hombres de la Edad-media? ¿Si al ménos viviesen todavía! Pero ¿porqué hemos de esperar que nuestro clero, sin inspirarse en un nuevo espíritu, haga hoy lo que no puedo cumplir en el apogeo de la fé de las cruzadas? El milagro de la toga de Trévesis hará lo que no consumó el milagro de la voz de San Bernardo? Roma misma no cree llegar á ser señora de la Meca, y sin embargo, urge que la alianza se renueve; la tierra y el cielo trabajan para conseguirlo.

Explíquese porqué la opinion ha mantenido á Francia en Argelia, apesar de todas las voluntades contrarias. ¿Quién puede decir si esto es casualidad ó más bien presentimiento? ¿Porqué tanta paciencia en no recóger hasta el presente sino sudores y sangre? ¿Hay al fin de esta mision otra cosa que arena? Conquista extraña que llama poco á poco, pero incesantemente, al conquistador al fondo del desierto. Puesto que un instinto secreto la lleva á él, que Francia prosiga sin temor en su conquista de arena en esos desiertos en que Moisés, Cristo, Mahoma encontraron por tres veces la vida del Universo. Quizás tambien ella verá surgir alguna enseñanza eterna de la hendidura de las rocas. Quién jurará que no halle al fin alguna gran ley escrita en las piedras de un nuevo Sinai? Un pueblo pro-

feta que va delante de los demás á la fuente de toda inspiracion religiosa y social, hé aquí lo que vemos. No hace Francia mas que aparecer en el pórtico de las mezquitas, y ya se explica el enigma de esa tradicion popular árabe que quiere que Cristo transfigurado sea el último Califa del Islamismo.

CONFERENCIA VIII.

EL CORAN Y EL EVANGELIO.

La Iglesia católica adopta en las Cruzadas el principio del islamismo, el exterminio.—Que Cristo no ha combatido á Mahoma.—Cómo puede juzgarse de si una guerra se hace con espíritu cristiano.—Las guerras de la Revolucion francesa comparadas con las Cruzadas. ¿Cuáles son más cristianas?—El catolicismo y el islamismo en Europa.—Mision de España.—Desposa á pesar suyo el génio árabe en la religion.—¿Qué se deduce de la impotencia del catolicismo para reconciliarse con el Oriente?—Napoleon en Egipto.—En dónde está el secreto del poder futuro de Europa sobre Asia.

Comentando el islamismo nos hemos embebido en el espíritu árabe; para adquirir el derecho de hablar de los destinos de una raza de hombres, es necesario poder vivir de su vida, por un instante al ménos; hemos debido hablar como si nos oyese el alma musulmana. La Iglesia de la Edad-media no cesó de poner frente á frente á Europa y Asia; estas dos mitades del mundo no se conocen aun sino por el ódio que se inspiran. ¿No es tiempo yá, despues de tantos rencores,

de que ensayemos un principio de reconciliacion con enemigos de mil doscientos años?

Repítese de continuo que el Evangelio y el Coran están en lucha desde las Cruzadas; nada, en rigor, es ménos exacto. ¿Qué solucion dió la Iglesia á ese divorcio de dos grandes razas humanas? El exterminio. (1) ¿Es esta una palabra del Evangelio?

No parece que Roma haya entrevisto otro recurso. Oid los terribles gritos de guerra del papado en tiempo de Urbano II, de Pascual II; os sorprenderá la semejanza extraordinaria en el lenguaje de las dos religiones rivales. El génio del ódio ha pasado del Coran al Papa. El mismo deseo de combate, de venganza; en una y otra habla el Dios del Antiguo Testamento; pero el del Nuevo ¿dónde está? Cada una de esas bélicas proclamas de la Santa Sede, empapadas en sangre, *purpurati sanguine*, parece una página arrancada del libro de cólera de Mahoma. En medio de esos gritos de combate ¿dónde está la magnanimidad despues de la victoria? ¿Dónde la dulzura, dónde el amor cristiano que se insinua hasta en el ódio? No pidais á las proclamas de los papas estos sentimientos nuevos; la huella misma de estos se ha borrado de ellas. El móvil de la guerra sagrada es el mismo entre los cru-

(1) Hæreticos, bona fide pro viribus exterminare (Conc. Arel.)

zados y entre los mahometanos; la absolucion de todos los crímenes.

Basta decir que en esa gran lucha entre dos mundos, la Iglesia, colocándose en el terreno de su adversario, en el del Antiguo Testamento, descende de las alturas del Evangelio y pierde su superioridad con su inviolabilidad; empuña las mismas armas que se le oponen; no se sirve de las que forja el nuevo espíritu. Hierde con cólera musulmana; y en este arrebatado de ira, ni un momento de dulzura, de enternecimiento, de simpatía para su adversario. Le aborrece con ódio bíblico; no le domina. Si Jehovah es su aliado, también lo es del islamismo. Animados del mismo génio, obedeciendo á idénticas pasiones, el catolicismo de la Edad-media y el islamismo eran en absoluto impotentes el uno contra el otro; la posición tomada por la Iglesia era mala en sí, puesto que oponía al Oriente el Dios antiguo, implacable, que llevaba el mismo Oriente en su seno; las batallas estériles no producían mas que sangre. Entre fuerzas de igual naturaleza sólo el espíritu de Cristo habría decidido la victoria; pero este espíritu ¿dónde, cuando se opuso al Coran?

Tan impotente ha sido el cristianismo por el ódio como poderoso por el amor. En la Iglesia primitiva veo frecuentemente á los bárbaros cautivos de la súplica de un solitario. Un sentimiento sobrehumano los subyuga, y los nuevos señores del Occidente parecen conquistarlos todo

para cederlo todo. En los siglos once y doce, por el contrario, apodéranse de la Iglesia instintos guerreros, cúbrese con una coraza, provéese de las maldiciones de la antigua ley. Rivalizando en furor con el Coran hace rodar ríos de hierro; y tanta saña, tantas amenazas no alcanzan á ponerla en posesion de la tumba de su Dios. El Cristo del Gólgota no ha querido deber su emancipacion al ódio.

¿Qué medio espiritual empleó la Iglesia, en realidad, para dominar al islamismo? ¿Qué libro oponía á ese libro completamente nuevo salido de los cielos del profeta? No se combatía la sencillez del Coran con la sencillez del Evangelio. Por el contrario, á los hombres á quienes exaltaba hasta el delirio la unidad absoluta de Dios, les presentaba la Iglesia de la Edad-media un caos de doctrinas, un cúmulo de tradiciones, de ritos, de liturgias. Si sólo Cristo hubiese hablado, tal vez habrían comprendido su lenguaje; porque ellos mismos se creían llamados á realizar su obra, pero el espíritu de Jesus sepultado bajo las formas de la tradicion de Occidente no decia nada á los hombres del desierto. La Iglesia colosal les ocultaba á Jesus de Galilea; cuanto mayor número de doctrinas acumulaba, mas impotente era contra ellos. Simplicidad, de una parte, sutileza y confusion, de otra; así las cosas, cada dia se creaban nuevas dificultades. No habia otro medio que des- truirse reciprocamente sin discucion; de modo

que despues de tantas guerras en que la Iglesia ha sido á veces vencida por el islamismo no es paradógico decir que el espíritu de Cristo no ha combatido aun realmente á Mahoma ¿Queréis saber cuando una guerra es emprendida con espíritu verdaderamente cristiano? Hay un medio infalible para ello: ver si la guerra aprovecha á los mismos enemigos.

Para librar una batalla bajo el inmaculado estandarte del espíritu, es preciso que cada herida lleve consigo su curacion, y que la concordia, la alianza de las razas humanas nazca del choque. Juzgad con este criterio el espíritu religioso de las guerras de la Edad-media entre el catolicismo y el islamismo. ¿Qué ventajas han reportado á la sociedad musulmana? ¿Qué nuevo principio de grandeza han hecho penetrar en su corazon con el hierro de las batallas? Veo perfectamente como en Oriente se disminuyen los pueblos, se ensancha el desierto; busco en vano las ideas evangélicas que germinan en ese suelo empapado en sangre. La ocupacion de la espada hizo olvidar la siembra de la palabra. ¿Penetró el alma cristiana con los cruzados por las grandes brechas abiertas en Oriente? En manera alguna. Cuando Europa y Asia, fatigadas de su mútua impotencia para vencerse, se detienen, hay derecho á preguntar donde está el tratado de alianza; pero no existe. Las dos Iglesias, católica y mahometana, permanecen en el mismo sitio, exhaustas, desalentadas, careciendo de

fuerzas hasta para aborrecerse, sin conservar la esperanza de poder anonadarse.

Agregad que la duda comienza á trabajar desde este momento el corazón del catolicismo. Los pueblos habían abandonado sus hogares en la persuasión de que la Iglesia, con sólo mostrarse, disiparía el Dios de Mahoma. Se iba al encuentro de un milagro más que en busca de una batalla. Los niños mismos desharían con una mirada los ejércitos musulmanes. Pero en el camino á cuyo término se veía el exterminio de una raza de hombres, se olvidaba lo esencial, la causa de los prodigios del cristianismo, el amor á aquellos á quienes se iba á combatir. Cuando llegados enfrente del sepulcro nadie vió salir de él á los ángeles guardianes, ni conmoverse la tierra, sino que por el contrario fué necesario retirarse poco á poco ante el Islam, invadió el espíritu de los cruzados un primer sentimiento de asombro. Los que regresaron eran yá otros. Era este el primer fracaso del catolicismo. En adelante, perdido el prestigio de la inviolabilidad, la Iglesia, á quien no se había osado mirar de frente, será examinada; despiértase la sospecha, una vez demostrados por ella misma su impotencia y sus límites. El mundo empieza á entrever que la Iglesia no ha combatido con las puras armas de Cristo; desde este día hasta la reforma no se interrumpe su decadencia.

Hace medio siglo salieron de Francia otras

cruzadas, viéndose en ellas precisamente por vez primera el carácter que no encuentro en las de la Edad-media: hombres que corren á las armas sin ningún odio hácia los pueblos que se les opone. ¿Es el exterminio de sus enemigos lo que buscan esos primeros cruzados de la república? Es la emancipación, la elevación moral de sus adversarios; quieren reconciliarse con ellos en un principio más alto que el del pasado. He aquí la grandeza de esas primeras y santas guerras de la Revolución francesa. ¡Entusiasmo puro y verdaderamente cristiano por la alianza de los pueblos! ¡Combates desesperados sin la menor levadura de las antiguas iras bíblicas! ¿El voluntario, repitamos la palabra, el cruzado, del año III, del año IV, del año V, odiaba hasta la execración á Italia, á España, á Alemania? Amaba á sus enemigos, llevaba consigo una idea y una espada; en la noche que seguía al combate predicaba su creencia en el hogar doméstico, quería vencer para hacer partícipes á los demás de su patrimonio moral. Así, los dos ejércitos, aun húmedos de sangre, lloran en los funerales de Marceau en ambas orillas del Rhin.

Franquead nuestras fronteras, entrad en las cabañas de los campesinos extranjeros, encontrareis en ellas el recuerdo aun vivo de aquellos hombres que por enemigos que fuesen llevaban consigo el nuevo espíritu de alianza: se os dirá el día, la hora en que llegaron, la palabra que repitieron y que ha germinado en una familia,

en una aldea, en una ciudad. En cambio del pedazo de pan que se les daba, cada uno enseñaba á su huésped una idea, un sentimiento nuevo, una revolucion religiosa y social. ¿Quiénes, en vuestro concepto eran más cristianos, los cruzados del siglo oncenno, que en una noche saqueaban y asolaban á Constantinopla, Antioquía, Jerusalem, ó los cruzados de Hoche, de Kleber, de Marcceau, de Desaix, de Joubert, que en la rica Italia, en el hermoso valle del Rhin, olvidaban el vino y los manjares por enseñar á los niños el nombre de la República francesa? ¿Dónde estaba el Evangelio guerrero? ¿Bajo la coraza de los señores feudales, que querian detenerse en cualquier lugar para formarse un principado, ó bajo el uniforme azul de los hombres de Sambre y Meuse y del ejército de Italia?

Para aclarar más la idea, observad las consecuencias. Terminadas las guerras de la Edad-media, Europa y el Oriente quedan enemigos, su ódio se ha aumentado. Por el contrario, tan pronto como las grandes guerras del 93 á 1813 tocan á su término, el pensamiento de Francia penetra íntegro hasta en la menor cabaña; la amistad de los pueblos que ántes no existia, nace y se forma en esa lucha de medio siglo. Cada herida que se infieren las naciones aprovecha al que la recibe: no hay combates estériles, la espada siembra y labra el mundo de grandes ideas, exhala Francia su alma en todos los campos de batalla; no bien hace una herida

derrama en ella su espíritu para cerrarla. Abandona al prisionero la mejor parte del botin, un pensamiento, una idea que germina en su sangre.

¡Guerra completamente nueva que casi siempre aprovecha más al vencido que al vencedor! Es Austria quien se aprovecha de Rivoli; Egipto, de Heliopolis: Roma, de Marengo; Baviera, de Hohenlinden; España, de Somo-Sierra; Prusia, de Jena; Rusia, de la Moscowa.

Y para acabar de dar á estas guerras un carácter que nunca tuvieron las Cruzadas, es necesario aún añadir que todos esos pueblos jadeantes que regresan á sus hogares, traen de los campos de batalla un mismo nombre, una misma figura, en torno de la cual se agrupan buscando el porvenir; fórjanse todos un mismo héroe, Napoleón. De tantos ódios aparentes, del polvo de tantos combates, levántase esa figura como la representacion viva de la alianza en el pensamiento de Francia. Cada uno de esos pueblos, y en cada pueblo cada uno de sus individuos, alberga silenciosamente bajo su techo la misma imagen; la considera y la interpreta á su manera. El árabe de Aboukir, el italiano católico, el alemán protestante, el slavo, el griego moderno, se elevan hácia el mismo héroe, de suerte que las cien batallas que forman la corona del siglo diez y nueve, conducen por todos lados á la union de los enemigos, á la alianza de las Iglesias, á la reconciliacion, es decir, al cumplimiento del cris-

tianismo. Nada semejante puede decirse de las Cruzadas de la Edad-media.

Hay un país que parecia más llamado que ningun otro á iniciar la alianza entre la sociedad cristiana y la sociedad musulmana. Al ver las juntas en España durante ochocientos años ¿quién no hubiera creído que estaban allí una al lado de otra para aprender á asociarse? Pero tambien aquí fué el exterminio la única ley que se estableció entre ámbas. En vano el islamismo, rechazado de siglo en siglo, de region en region, de Toledo á Córdoba, de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Granada, concluye por aislarse en algunas crestas inhabitadas: no pedia ya sino asociarse á España por el trabajo roturando las comarcas desiertas. Esa tierra misma, mitad Africa, mitad Europa, esos desfiladeros salvajes, esas rocas salpicadas de matorrales, esos paisajes de Siria que envuelven la vega de Granada, esa imitacion, ese recuerdo del desierto á las puertas mismas de las poblaciones, ¿no anunciaban un sitio creado para celebrar la reconciliacion de las razas de Ismael y de Jacob? Apesar de tantos signos, el pueblo español no quiso admitir nunca la idea de la alianza, declaró que el catolicismo y el islamismo no pueden respirar el mismo aire. Con orgullo bíblico prefirió dejar estéril una parte de su territorio á verlo cultivado en provecho suyo por los hijos sometidos del Islan, no queriendo á los Orientales ni por amigos ni por súbditos. Buscó hasta en medio de las nie-

ves de Sierra Nevada algunos restos de las antiguas tribus para arrojarlas al mar.

El año anterior asistí á la fiesta con que Andalucía celebra la fuga del rey Boabdil; al oír la campana de la Alhambra que desde la víspera comunicaba su alegría á toda la vega; al ver la muchedumbre que acudiendo de todos lados cubria las montañas y al ruido de los instrumentos se desbordaba en las galerías de los reyes moros, saltando de entusiasmo en el patio de la Cautiva, en la sala de los Abencerrages, bajo las bóvedas del Generalife, parecíame que databa de ayer la fuga de los moros, que la Alhambra era entrada á saco y que los gritos, los cantos, la embriaguez del alma eran un nuevo desafío arrojado desde el fondo del palacio árabe al génio aún amenazador del islamismo.

Porque la originalidad de España consiste en que con su santo horror al génio árabe, no puede separarse de él: le ha expulsado hace tres siglos, y él está aún de pié y vivo en su corazon; le ódia, y circula en sus venas. Aborrece á Mahoma, y su Dios tal como se lo ha forjado, tiene todas las pasiones, todos los rencores del Dios del Coran. Detesta á la Arabia, y la Arabia se adhiere á sus flancos como una túnica.

Tal es, pues, la condicion de ese pueblo, durante ocho siglos; odiar siempre el génio que imita y se asimila á su pesar. Si el pueblo español abre los lábios, desde su primer palabra sentís que ha mezclado el verbo de Africa y el

verbo de Europa: el alma de Oriente y el alma de Occidente se han desposado en la lengua española, que es á la vez un eco de Roma y un eco de la Meca. Si quiere elevar una iglesia á Cristo, une en Sevilla la catedral gótica al minarete árabe; si se penetra en el santuario, se vén, entre las reliquias, cabezas que parecen recién cortadas, como se encuentran en el desierto, en un campo de batalla. ¿No es este el rito de una comunión africana? Si celebra una fiesta cristiana, lánzase los toros al circo, con las banderillas de los moros. Si trata de convertir el nuevo mundo al Evangelio, pide su cimitarra al islamismo para decapitar de un solo golpe toda la raza americana. En fin, en la poesía es donde principalmente se consume esa alianza involuntaria. En el momento en que Calderon reanima todas las iras de España contra el islamismo y se cree el más cristiano de los poetas, entrégase á un misticismo parecido al de los poetas persas, árabes. Canta á Cristo con violencia musulmana. ¿No es evidente que en sus autos sacramentales está más cerca del génio del Coran que del génio del Evangelio? Tan cierto es que el carácter de España es desposar á pesar suyo el génio del Oriente y revolverse incesantemente contra estas nupcias odiosas. Primer boceto de alianza entre la imaginación y el sueño; pero es necesario que otros terminen el boceto, y el sueño se consume en la realidad.

Resulta de lo dicho que á la Iglesia de la edad-

media le fueron dados doce siglos para cortar las dificultades del islamismo y fué impotente para resolverlas, no habiendo sabido ni exterminar ni atraerse el mundo árabe. Sin embargo, el Occidente y el Oriente proseguían en sus luchas un mismo fin; uno y otro buscaban con igual violencia la unidad prometida por los profetas, que es el fundamento de su doble ley. Además les movía el mismo resorte moral, el terror. Que mire á Mahoma ó á Gregorio VII, veo siempre el mismo temor del último día, el mismo espanto precipitando á un mundo contra el otro; se batían porque creen inmediato su fin; un ángel de terror les impulsa al mismo choque; la misma fuerza se encuentra paralizada por su contraria.

De esta impotencia de la Iglesia de la edad-media para fundar la alianza de las razas humanas es preciso deducir una enseñanza; no es posible escapar á ella; surge por sí-misma: consiste en la necesidad de renunciar á las promesas de la Biblia ó á la política de la Iglesia, incapaz de cumplirlas. No se pueden conservar ambas cosas; esto es evidente; pero, ¿cuál de ellas abandonaremos? El antiguo testamento que señala anticipadamente el tratado de paz, ó la Iglesia que fatigada de las Cruzadas es impotente lo mismo para la paz que para la guerra? Lo repito una vez más; tal es sinceramente expuesta la situación.

Me es imposible vacilar, porque los momentos tienen una grandeza que no ha sido superada en diez y ocho siglos. La primera explosión del

cristianismo reconcilió la raza germánica y la raza romana, dándoles la misma conciencia; trátase hoy de reconciliar dos mundos más separados todavía; el mundo árabe, persa, indio con Europa.

En el fondo, esta obra sagrada habla al géneo de todos los pueblos del Occidente; por esta razon el campesino de Moscow quiere llegar á Constantinopla, Inglaterra está en Pondichery, ayer fuimos á Egipto y hoy estamos en Argelia. En esta vasta cita parece que los tres pueblos mencionados van, como los reyes magos, en busca de un gran desconocido, de la cuna de un derecho nuevo que deba acallar todas las disidencias. ¿Quién verá primeramente la estrella? El que se eleve ántes que los otros sobre el ideal del pasado. El terror católico fué impotente contra el terror musulman; el infierno de Occidente rodó sobre el infierno de Oriente, y ámbos se desarmaron recíprocamente. Despues de tantas batallas, falta aún asediar al islamismo con el principio que no posee. No basta combatir desde lo alto de la Iglesia católica; es preciso luchar desde lo alto del espíritu cristiano. ¿Quién sabe de lo que es capaz en Asia Cristo, reapareciendo de repente y en realidad en el desierto, en el espíritu, en la ley y en las acciones de un gran pueblo?

Napoleon, refiriendo la expedicion á Egipto, se detiene en un hecho que explica en parte su poder sobre la imaginacion oriental. Un dia que estaba rodeado del divan de los grandes jeques, le

participan que los árabes acababan de matar á un pastor y de robar su rebaño: se indigna y envia trescientos caballos para castigar á los culpables. Asombrado de esta simpatía hácia un extranjero y del gran número de hombres que se molestaban por causa de un miserable, un jeque exclamó: «Es que ese pastor era pariente tuyo para que montes de tal modo en cólera?» «Sí, respondió Napoleon, todos los que mando son hijos míos.» «¡Ah, dijo el jeque prosternándose, hablas como el profeta!» Hé aquí un corto instante en que el géneo del Islan fué subyugado por el géneo del Evangelio. ¿Cuál fué la causa de que los hombres del desierto se plegarán en aquel momento ante el representante de Europa? Una palabra verdaderamente religiosa realizada por un bravo poderoso. Si Napoleon se hubiese contentado con disertar acerca de la caridad y de la solidaridad predicadas por los apóstoles, no hubiese enseñado nada á los orientales; pero este pensamiento del Evangelio brillando espontáneamente en una accion, fulguraba para ellos como un lenguaje sagrado. Aplicad esta palabra á la política entera, y tendreis el secreto del poder futuro de Europa sobre Oriente. ¿De qué se trata despues de todo? De probar á Asia que el espíritu de Dios se ha hecho carne; para esto no encuentro otro medio que mostrarle pensamientos divinos en acciones humanas. ¿Dudareis vencer al Oriente de que la sabiduría de lo alto se ha encarnado diez y ocho siglos ha? Haced más

todavía; probadle que esta sabiduría, este amor, este paráclito esperado, se encarna hoy mismo en el mundo bajo la forma de la sociedad europea. Cada época dice el Coran, tienesu libro: mostradle, no con disertaciones sino con actos, que el nuevo libro se escribe diariamente en la vida social. Extended, abrid la Francia en el desierto como un gran libro, cada una de cuyas líneas se realice en un hecho, en una justicia más alta, en una obra más potente, en una gloria más espléndida, en una política más santa. Ese medio es el único que puede hacer palidecer á la larga las letras centelleantes del Coran. Los cruzados no buscaban sino la tumba de Cristo, los musulmanes quedando dueños del sepulcro, pensaron quedar dueños de Dios. Demostradles que para nada necesita la tumba, puesto que ha resucitado y que vuelve á sentarse en espíritu á la entrada del desierto.

En la otra extremidad del Oriente, Inglaterra pesa á su vez sobre el islamismo. Por una fatalidad extraordinaria, á medida que crece en poder, siente escapársele su presa. Los niños ingleses nacidos en territorio indio, (1) mueren casi sin excepcion ántes de alcanzar la edad madura. Aquella tierra los devora. De aquí resulta que

(1) *La India bajo la dominacion inglesa*, por el baron Barchou de Penhoen, pág. 178.—*Informacion de la cámara de los Loores*. Véase págs. 54-55.

empieze á considerarse como imposible una India verdaderamente inglesa. Ocupada Inglaterra en arrancar á la India su tesoro, como otras veces España á América, no puede ni aun soñar en mostrar el espíritu cristiano al Oriente. Debemos decir lo mismo de Rusia, que no obra sino por la fuerza física ó por la codicia sobre el mahometismo de Constantinopla. En estas circunstancias, Francia únicamente parece llamada á una conquista más bien intelectual que material. Da, no recibe; deja la tierra, se ocupa del hombre, y se diría que hasta hoy no ha querido apoderarse sino del alma y el espíritu de los árabes.

Así, en este último choque con el islamismo, es en el corazon Francia donde se prepara la verdadera cruzada. En vano opondremos á una religion estraña, una masa de soldados intrépidos, es necesario que el islamismo sienta detrás de las filas la accion continua del alma de un gran pueblo. No creais que los desiertos son sordos, oyen lo que decimos, saben si nuestro pensamiento está bien ó mal templado en nuestro seno. Africa oye el rumor mismo de los delirios de nuestro pueblo.

Ese resto del poder musulman procede de que se han encerrado en la idea de Dios como en una ciudadela inexpugnable; el Occidente se ha detenido con demasiada frecuencia al nivel del sacerdote. Apresurémonos á subir más alto. Todo Arabe es sacerdote de la guerra; todo europeo

debe ser sacerdote de la alianza.

¿Quién sabe cuántos años son necesarios ántes que nuestra Francia musulmana pueda bastirse á sí misma? Durante este intervalo es menester que Francia sea caritativa con Africa; posicion puramente moral para con los pueblos de Mahoma. Hélos colocados bajo nuestra tutela, y estamos en la obligacion de nutrir la conquista con nuestro pan y nuestra alma. Los buques franceses llevan á Africa el trigo de nuestra tierra, pero los pensamientos, el puro trabajo del espíritu, llegarán por vías más rápidas.

Sigamos, pues, elevándonos para dominar las guerras sagradas. Acabemos juntos el trabajo comenzado de la nueva vida, que debe no tan sólo fortalecer á Francia, sino comunicarse, tarde ó temprano, al génio extinguido de las razas del desierto. Si en el fondo de esas ruinas, de esos pueblos, de esas religiones caídas queda aun la menor chispa moral, Francia tiene la mision de hacerla brillar. Es necesario que tengamos bastante vida para resistir dos veces á la muerte, en Roma y en la Meca.

CONFERENCIA IX.

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

Advertencias á la Iglesia: el cisma griego; la diplomacia introducida en el dogma.—El Renacimiento; reconciliacion de Grecia é Italia por la intervencion no de la Iglesia sino del arte.—Los albigenses.—Santo Domingo.—La inquisicion española: pensamiento del Coran bajo una forma cristiana.—La Reforma entre los poetas del Mediodía; entre los doctores.—El Papa y el concilio se desautorizan mutuamente.—Aparece una nueva autoridad: Juan Huss.—La IMITACION DE JESUCRISTO, libro de alianza entre protestantes y católicos.—Abre una nueva era.—Dios y el hombre conversan sin el sacerdote.—Último aviso.—Juana d' Arc; al poder del alma se le llama sortilegio.—Legitimidad de la Reforma.

Las épocas de que nos resta que hablar se aproximan á la nuestra; el suelo se caldea cada vez más bajo nuestros pasos. No encontraremos ya un solo acontecimiento en el mundo del espíritu que no nos ataña; mantengámonos, pues, en la region elevada en que vemos formarse las ideas de los pueblos, su génio, sus destinos y sus tempestades. Buscamos la verdad, la belleza, la libertad moral. ¡Qué nos importa lo de-

debe ser sacerdote de la alianza.

¿Quién sabe cuántos años son necesarios ántes que nuestra Francia musulmana pueda bastirse á sí misma? Durante este intervalo es menester que Francia sea caritativa con Africa; posicion puramente moral para con los pueblos de Mahoma. Hélos colocados bajo nuestra tutela, y estamos en la obligacion de nutrir la conquista con nuestro pan y nuestra alma. Los buques franceses llevan á Africa el trigo de nuestra tierra, pero los pensamientos, el puro trabajo del espíritu, llegarán por vías más rápidas.

Sigamos, pues, elevándonos para dominar las guerras sagradas. Acabemos juntos el trabajo comenzado de la nueva vida, que debe no tan sólo fortalecer á Francia, sino comunicarse, tarde ó temprano, al génio extinguido de las razas del desierto. Si en el fondo de esas ruinas, de esos pueblos, de esas religiones caidas queda aun la menor chispa moral, Francia tiene la mision de hacerla brillar. Es necesario que tengamos bastante vida para resistir dos veces á la muerte, en Roma y en la Meca.

CONFERENCIA IX.

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

Advertencias á la Iglesia: el cisma griego; la diplomacia introducida en el dogma.—El Renacimiento; reconciliacion de Grecia é Italia por la intervencion no de la Iglesia sino del arte.—Los albigenses.—Santo Domingo.—La inquisicion española: pensamiento del Coran bajo una forma cristiana.—La Reforma entre los poetas del Mediodía; entre los doctores.—El Papa y el concilio se desautorizan mutuamente.—Aparece una nueva autoridad: Juan Huss.—La IMITACION DE JESUCRISTO, libro de alianza entre protestantes y católicos.—Abre una nueva era.—Dios y el hombre conversan sin el sacerdote.—Último aviso.—Juana d' Arc; al poder del alma se le llama sortilegio.—Legitimidad de la Reforma.

Las épocas de que nos resta que hablar se aproximan á la nuestra; el suelo se caldea cada vez más bajo nuestros pasos. No encontraremos ya un solo acontecimiento en el mundo del espíritu que no nos ataña; mantengámonos, pues, en la region elevada en que vemos formarse las ideas de los pueblos, su génio, sus destinos y sus tempestades. Buscamos la verdad, la belleza, la libertad moral. ¡Qué nos importa lo de-

más! Pensemos tan sólo en permanecer conformes con nosotros mismos. En medio de tantas épocas como atravesamos, de tantos hombres, de tantos libros, la unidad inflexible de nuestro espíritu debe servir de base á la unidad de nuestro objeto.

Nada prueba mejor la inestabilidad del hombre que las revoluciones religiosas; parece que en su corazon tornadizo, Dios mismo muda y se cambia como él.

Hasta aquí hemos visto á la Iglesia católica y romana absorber á la cristiandad; fáltanos ver como, por un movimiento contrario, la ola cede y se retira. Anteriormente, las caidas mismas de la Santa Sede atestiguaban su fuerza; al fin de todo acontecimiento se entreveía á Gregorio VII: en adelante, el triunfo mismo envuelve un peligro; al extremo de todo se entrevé á Lutero. Quisiera averiguar donde está el primer presagio de la reforma; pero como la obediencia es antigua, la protesta lo es tambien. Apenas se han terminado las catedrales, cuando una fuerza desconocida comienza á minar sus fundamentos.

Si algun poder ha sido advertido anticipadamente de que una revolucion se preparaba, crecia, se aproximaba, es la Iglesia. Antes de que aquella estalle en el Norte, se anuncia lentamente en el Mediodía, pasa al pié del Vaticano, se oculta á sí misma bajo mil formas, ensaya todos los lenguajes, oracion, amenaza, poesía, ciencia,

heroismo, martirio. No hay nadie en el siglo XV que no sienta la necesidad de la reforma, nadie, excepto el que puede consumarla. Reúnense concilios de toda la cristiandad para elegir al papa innovador: nombran al que parece más ávido de porvenir. He ahí ya en la Santa Sede al hombre que con una palabra destruirá el cisma, previniéndolo; pero apénas entra en el Vaticano, todo cambia de color á sus ojos: el peligro desaparece para él, aprueba lo que condenaba. Se le ha elegido para que realice la revolucion, y abdica; su juramento fué solemne, lo olvida; ningun ruego puede conducirle á su cumplimiento; el reformador se convierte incontinenti en conservador.

Hablais de la ceguedad de los reyes, cuyas monarquías Dios quiere perder, de Luis XV á quien los presagios de la revolucion francesa no impiden dormir; pero ¡que diré del sacerdote de los sacerdotes, cuando su propio Dios le distrae, le encadena y le lleva adormecido al anatema de Lutero! Tal es el espectáculo á que hoy debemos asistir. La primera advertencia dada á la Iglesia romana es notable; llámase el cisma griego. Desde el siglo noveno es preciso renunciar á la unidad prometida; porque no se trata de una revolucion oscura; es toda una civilizacion, la hermana primogénita de Italia, Grecia entera con su fama quien se niega á reconocer la primacia del obispo romano. Grecia é Italia habían formado una misma unidad religiosa en la anti-

gitud, se separan en la época de alianza; el Panteon pagano las habia conciliado, el Vaticano católico las divide.

Si penetrais en el fondo de ese cisma, encontráis por parte de los griegos el pensamiento obstinado de que han trabajado más que nadie en constituir el dogma, y que no quieren deferir á otro la plena autoridad acerca de lo que es en gran parte obra suya; ¡revolucion del orgullo tanto al ménos como de la conciencia! Es cierto que toda la tierra de Grecia se sublevaba á la idea de que su génio, su lengua, desaparecerian ante la palabra y autoridad de Italia. Atenas, apesar de hallarse completamente convertida, no pudo descender á tanta humildad; las ciudades de Homero que habian nutrido tantos mártires, no se sometieron á flagelarse en su gloria pasada.

Lo confieso sinceramente, cuanto más considero ese famoso cisma del siglo noveno, ménos encuentro en él la explosion de un pensamiento impetuoso, de una conviccion espontánea que se produce y precipita sin cálculo. Me parece que Grecia busca la ocasion de la ruptura, que ensaya durante muchos siglos, con raro espíritu de política, el tema con motivo del cual podrá romper con los latinos sin comprometerse con el cielo; al fin triunfa, pero estos cismas voluntarios en que la diplomacia entra por mitad, crean doctores, no mártires; Focios, no Luteros.

De este espíritu de cálculo llevado al dogma en vez de la inspiracion espontánea, no me sería

difícil deducir todos los destinos de la Iglesia griega. ¡Cuántas veces recorriendo la Morea, el Atica, las Cicladas, me he obstinado vanamente en hallar la Grecia moderna! ¿Dónde estaba? ¿Qué ha hecho durante cinco siglos? Cuando Dante escribía en Italia. ¿qué poema habia compuesto? ¿Dónde hallar sus basílicas, sus monumentos escritos? La perseguía de valle en valle, y la quimera de la Grecia bizantina huía de mí á cada paso. En Mesina, Corinto, Argos, Atenas, encontraba algunas capillas ruinosas, formadas de trozos paganos, verdaderos plagios de mármol al pié de los templos de Júpiter panhelenico. Cristo parecía el vencido, Júpiter el vencedor. ¿Dónde resonaba el eco de S. Basilio y de S. Crisóstomo? Siglos hacía que sólo las cigarras llenaban con su canto la Iglesia abandonada.

No conociendo la causa de esta pobreza, acusaba á la naturaleza de demasiado sensual, al mar de demasiado pagano. Más tarde he comprendido la verdadera causa de lo que entonces únicamente era para mí motivo de asombro. Grecia llevo á cabo un cisma, no tuvo la audacia de hacer una revolucion; fué bastante atrevida para separarse, pero no lo necesario para crear una época nueva. Su ejemplo debe servir de enseñanza á toda la tierra; quiso romper con Roma sin tener un pensamiento más vasto que el de Roma. Contenta con vivir en el aislamiento, no pensando sino en sí, creyó que el bastaba separarse, del resto del mundo, que este era un proyecto

bastante levantado, que necesitaba crear un foco de vida para los demás. Llevó á la religion el egoismo político, y hé aquí lo que la perdió; después de haber dado el primer paso, le faltó valor para proseguir; se encerró en sus murallas ilustres, y su prudencia se volvió contra el la.

Constantinopla cayó el día en que, separándose de Roma, no tuvo la ambicion de convertirse á su vez en la capital y el alma del universo cristiano. En este momento se vió que su destino se habia cumplido, lo sintió ella misma. ¡A qué esa inmensa ciudad cuyo corazon es tan pequeño! Se repliega, se retira, se calla; no volvereis á oír hablar de ella, sino para saber su ruina.

Si Grecia ha permanecido inerte, todos los esfuerzos de la Iglesia romana para atraérsela han sido tambien inútiles. El sentimiento de esta impotencia desesperaba á Gregorio VII, lo declara en sus cartas. A mediados del siglo quince se intentó la última prueba en el concilio de Florencia, he dicho ya que fracasó. Hé aquí, pues, á Grecia y á Italia divorciadas sin ninguna esperanza de reconciliacion. Pero lo que fué imposible á la Iglesia y á los sacerdotes, lo consuma el arte. No son los sacerdotes quienes resuelven la cuestion de alianza planteada por el concilio, son los artistas. En estas pocas palabras está toda la explicacion del génio del renacimiento.

La obra, que era superior á las fuerzas del papa y del concilio, la cumplen Miguel Angel y

Rafael, quienes unen el alma de Atenas al alma de Roma cristiana. No distinguireis la una de la otra en esos milagros del arte nuevo. Sí, Grecia é Italia que una teologia inferior dividia aún, empiezan á reconciliarse en un arte más elevado: viven, respiran juntas, no se separaran jamás en los monumentos de esos grandes hombres. Las figuras que trazan en los muros del Vaticano no son caprichos de la imaginacion; emblemas de la alianza futura, esas formas dan un cuerpo al sueño que el papado tenia ya por imposible. Tal es el primer acto del cisma. La Iglesia romana no hace caso; pero pronto empieza otra advertencia, parte de la Provenza y de los Alpes.

Nada ménos semejante á la excision de Grecia; ni los doctores ni las doctrinas sábias entran para nada en este suceso. Pueblos miserables, nombres nuevos, los Vodenses, los Albigenses, oraciones en las montañas, el culto vuelto, se dice, á la cruz de los bosques, vagos lamentos salidos del corazon, hé aquí todo lo que se sabe de esa iglesia nueva. Sin duda será fácil abogarla, y en efecto, el catolicismo desencadena contra los Albigenses la cólera que acababa de arrebatarse al Coran. Santo Domingo lleva consigo la palabra de España; esta palabra no tarda en convertirse en muerte y exterminio. ¿Qué es la Inquisicion sino el espíritu de guerra, el génio musulman envolviéndose en apariencias cristianas? Ocultar la cimitarra árabe bajo el Evangelio, hé aquí el

secreto del Santo Oficio de España y de los hermanos predicadores. Bajo esta nueva forma, el catolicismo y el islamismo se unen para ahogar en los Albigenses á los oscuros precursores de la reforma. No se necesitaba tanto. Anonádase el génio precoz de la Provenza; se arranca su idioma á esta sociedad; hácese un rápido auto de fé de una civilizacion muy atrevida. Todo desaparece, su génio, su gloria prematura; su heregía, y su pecado son aún un misterio.

Parece que no podía hacerse más para disipar este primer gérmen de independendencia, y sin embargo, algo se olvidó: porque oíd lo que sucede. Aquella sociedad tenia multitud de poetas; la mayor parte protestan contra la violencia de la Iglesia, hablan con energía nunca vista, de suerte que la poesía moderna nace en lo que se llama la heregía. La voz de estos hombres es penetrante; atraviesa los Alpes y cosa digna de asombro! su acento de reproche, de invectiva, será en ménos de un siglo el tono dominante de los poetas de Italia, quienes se encargan de los funerales de la Provenza.

¡Extraños papistas el Dante, Petrarca, Boccaccio! ¡No hay ultraje que no dirijan á la Iglesia! En la grave España, uno de los monumentos más antiguos de su poesía es el del arcipreste de Hita, una parodia del culto y de las órdenes católicas. ¡Qué es esto sino la misma reforma, mostrándose, agitándose, anunciándose bajo las formas del arte? Pero no se la reconoce todavía.

Secree que los poetas se divierten en imaginar quimeras. La Iglesia se burla de los signos; sentada á su festin de Baltasar, no se inquieta de lo que se escribe en la pared: entonces el peligro avanza un paso, y la advertencia no puede ser más clara.

Los poetas no han sido oídos, los doctores van á hablar. Lo que decían en el lenguaje de la inspiracion los Dantes, los Petrarcas, será repetido, explicado, en forma lógica, por los maestros de la ciencia: los Pedro de Ailly, los Cle-mangis, los Gerson. Demuestran estos que, siguiendo por el camino en que ha entrado, va la Iglesia á su ruina; sírvense de un lenguaje rigoroso para probar científicamente la degradacion moral del órden del clero: la inminencia del peligro hace que nadie piense en disimular el mal; léjos de esto, admitiré, si se quiere, que el temor lo exajera.

Por lo demás, el signo distintivo de esos procesos de los notables de la cristiandad en el siglo quince es la tristeza, la falta de esperanza, la fatalidad que cubre al porvenir. Por primera vez ois pronunciar la palabra *Reforma*: repítienla á cada momento, pero no comprenden su sentido sino á medias, y no engendra en ellos la esperanza de un nuevo órden de cosas. Quisieran volver á entrar, á enclaustrarse en el pasado; el presente es insoportable, el porvenir les espanta. Ultimos testigos de la edad-media, sufren con todos los sufrimientos de los precursores, no pu-

diendo decirse claramente á sí mismos, ni lo que rechazan, ni lo que desean, ni lo que esperan.

Mientras que estos espíritus son por sus mismos sufrimientos el signo más visible del peligro, ¿qué hace el papado? Hemos hablado imparcialmente de su época de grandeza; tenemos derecho á hablar de lo que es en su decadencia. Figúraos á esa reina de la unidad convirtiéndose, por ironía de lo alto, en la figura de la division. Con frecuencia hay tres papas, cada uno tiene su cónclave, sus concilios, su santa sede, su cristiandad; persíguense, excomúlganse, anatematizanse mutuamente; no pueden aniquilarse, renacen unos de otros como la serpiente del Apocalipsis, por manera que la institucion establecida para representar la unidad inmutable, representa la anarquía imposible, monstruosa; un mismo cuerpo armado de tres cabezas que se devoran.

Dicho espectáculo no dura sólo un momento; presencialo toda Europa durante setenta años. Faltó poco para que no se eternizase esta figura apocalíptica del desórden, porque el vértigo del papado fué contagioso, se comunicó á la sociedad temporal. No hablo únicamente de Carllos VI, de Wenceslao, de esos locos coronados que llevan al trono el espíritu de desórden de la Santa Sede.

Es cierto que todas las naciones de la cristiandad, ganadas á su vez por la locura, se des-

garran á sí mismas á imitacion (1) del papado. Cada pueblo se dá muchas cabezas. Hay á la vez cinco reyes de Aragon, tres de Nápoles, dos de Francia, dos de Inglaterra, dos emperadores de Alemania.

Si del órden político se pasa al moral, se vé que en el fondo del corazon todos los hombres, al principio del siglo quince, están tan divididos como la jefatura de la Iglesia. El tipo de anarquía que entronizan los papas con escándalo, se realiza fielmente en el alma más oscura. Era necesario. Para que el papado pudiera ser legítimamente combatido en el siglo XVI, era menester, de una parte, que fuese sordo á las advertencias más claras, y de otra, que él mismo creáse en el fondo de los espíritus el principio que debía herirle.

Pero aún no bastaba; ese resto monstruoso del papado puede defenderse; el nombre de Gregorio VII cubre sus girones. Es hora de que la Iglesia misma principie á arruinarle, mostrando un poder superior al de la Santa Sede. (2)

(1) Estos hechos habian ya llamado la atencion, en tiempo de Felipe II, de un historiador de gran sentido, de Zurita: «En lugar del único pastor universal, habia tres, y el poderío temporal de él nunca pasó tanto peligro, ect.» Véase *Anales de la Corona de Aragon*, Tomo II, pág. 458.

(2) Tal fué la obra de los concilios de Pisa y de Costanza.

Vióse entonces claramente cuan profunda era la herida de la Iglesia, puesto que apenas se osaba tocar á ella. Estas Asambleas se tomaron un gran trabajo para demostrarse que la fuente de la autoridad, la soberanía plena, procedía de ellas, que el papa era sólo su delegado. Lo traen á su barra, y destituyéndole, decapitan al catolicismo. Sin duda vá á terminarse obra tan audazmente iniciada. Pero nó, apenas el concilio se ha probado á sí mismo su poder, se espanta. Su responsabilidad le abrumba, no piensa más que en abdicar. Cuando el mundo espera una constitucion nueva de la religion, apenas si traza apresuradamente algunos artículos sin vida. Todos los individuos, impacientes por acabar, piden la *paz*, la *pax*; triste consigna del Concilio de Constanza. Pero este pánico del espíritu sólo produce una tregua. No se curan los males que no se miran de frente.

¿Qué apercibió, pues, el concilio para ser presa de tal terror? Ve en su presencia dos hombres, Juan Huss y Gerónimo de Praga, que desconciertan todas sus combinaciones. Ambos acusados son para el concilio, bajo muchas relaciones, los mensajeros del porvenir.

No creais, en efecto, que Juan Huss haya sido quemado vivo por una idea particular, no; su causa era más grande. Tenia las mismas creencias que el Concilio; desechaba, aprobaba las mismas doctrinas, y sin embargo, fué quemado vivo; ¿porque? Hélo aquí: no se exigia de él sino una

cosa, abandonarse á la Asamblea, es decir, reconocer en ella la entera y plena infalibilidad. Una palabra hubiera podido salvarle, y no quiso pronunciarla: prefirió morir. Y es que lo poco que se le pedia, implicaba la abdicacion de su conciencia individual; la abjuracion del porvenir. Se creia haber hecho mucho trasladando la sede de la infalibilidad, del Papa al Concilio; y he aquí que un desconocido, Juan Huss, representando un nuevo poder, el advenimiento de la conciencia individual, no reconoce la dictadura de uno ni de otro. El Concilio que se nombraba soberano despues de destronar al Papa, se encuentra el mismo destronado por la simple palabra de un hombre que le niega: no se podia dejarle vivir. (1)

Entre la Asamblea y Juan Huss hay una cuestion de poder, de soberanía. ¿Abdicará, desaparecerá el individuo ante el Concilio, como desaparecia ante el papa? ¿Quiére el mundo un cambio de forma en la dictadura, ó más bien la conclusion de la dictadura en el reino del espíritu? ¿Es una reforma ó una revolucion lo que se prepara?

El heroismo de Juan Huss mostró lo que apenas se sospechaba; que habia nacido en el mundo un poder invencible al Papa y al Concilio. La Asamblea sintió que se habia roto para

(1) Era necesario que muriese, dice Lutero. *Ipsum perire necesse erat.*

siempre contra una nueva autoridad. Juan Huss le arrebató el poder de que ella había privado al Papa. No quedó realmente en pie sino el derecho y la conciencia del hombre que se iba á entregar á la hoguera.

Desde este momento los Concilios perdieron todo instinto novador. Habían creído ser muy atrevidos, y veían que empezaba una revolución, donde ellos sólo querían una transacción. Antes de separarse arrojan al Rin las cenizas de Juan Huss y de Jerónimo de Praga; el Rin las devuelve á la orilla, y de este limo nace Lutero.

Así la Iglesia antigua se despedaza á sí misma; pero la explosión no estalla aún. ¡Momento indecible de dolor y de esperanza! El alma humana queda al descubierto. De todos estos sentimientos se forma en silencio un libro único en el mundo, la *Imitación de Jesucristo*, la única de las obras de la edad-media que habla igualmente al corazón del católico y al corazón del protestante. Porque cuando el Papa y el Concilio están, por decirlo así, ausentes, el alma se aprovecha de ello para abrir su corazón y hablar sin intermediario con el Dios cristiano; es una conversación privada, íntima, en los confines de dos mundos, entre el Dios y el creyente del Evangelio. El sacerdocio, la tradición, la ciencia acumulada de los Doctores, todo lo que los siglos habían reunido se hunde en el abismo; desaparece una época; queda en lo infinito un corazón que se abre y clama.

En el fondo, la historia de la religión se divide en tres épocas: en la primera, el pueblo no se atreve á oír la palabra de Dios; quiere que le sea transmitida por un intérprete. Recordad cuando los judíos dicen á Jehová; «habla á Moisés, no nos hables á nosotros, no muramos al estruendo de tu voz.» En el catolicismo de la edad-media apodérase de los pueblos el mismo pavor, y es la Iglesia quien se interpone entre su conciencia y el discurso de lo alto. Los pueblos siervos no osan abrir sus ojos al lenguaje del cielo, tienen miedo de oír una voz de tempestad que los aniquile; el sacerdote se encarga de transmitir su eco debilitado: la grandeza del libro de la *Imitación de Jesucristo* consiste en poner término á estas épocas.

Ni Moisés, ni la Iglesia, ni los santos, ni los profetas se interponen ya para servir de mediadores. Emancípase el alma humana. ¿Qué necesidad tiene de encargarse su oración á un sacerdote ó un doctor? Álzala, llévala por sí misma directamente, sin la protección de las gerarquías celestes. No es este el monólogo de Allah que no sufre interrupción; es un diálogo seguido entre el Creador y la criatura, que vuelven á encontrarse frente á frente en las ruinas de la Iglesia. De un lado, Cristo de la edad-media baja de su Cruz ensangrentada y se inclina hacia la tierra; de otro, levántase del polvo el alma solitaria, el corazón del pueblo: Dios y el hombre dan cada uno un paso; no se conocían ya, no se ha-

blaban sino por medio de embajadores; siempre surgía entre ellos una tercera persona. Ahora, por el contrario, se encuentran de nuevo en la intimidad del Edén; el hombre cargado de años, de dolores, refiere su larga vida á aquel que no ha entrevisto desde las escenas del Génesis. Reanúdase al cabo de seis mil años, á las puertas de la Iglesia, la antigua conversacion bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal. Soledad, efusiones, confianzas rápidas, cuando retirándose el sacerdote, deja á Dios y al hombre tocarse, penetrarse, explicarse sin testigos.

¿Quién no vé que el encanto penetrante del libro mencionado nace de esta intimidad misma, despues de tantas palabras oficiales puestas en lábios de la Iglesia? El hombre es sacerdote de sí mismo. Su Dios que es al mismo tiempo su doctor, su director, su confesor, le enseña, le bautiza, le ordena en la vida nueva. ¿No sentís que se oculta en ese libro toda una revolucion? Por mi parte, no puedo ménos de reconocer en él el soplo precursor de una era nueva. El génio de la reforma, en su fuente más pura, mézclase en él á la antigua creencia. ¿Qué más dirá el protestantismo contra el culto exterior, las imágenes, el yugo estéril de la tradicion? ¿Qué más hará para celebrar los ritos del corazon? ¿No es extraordinario que haya en el mundo un libro que haga gustar al católico el espíritu de la reforma sin la protesta, y al protestante el espíritu del catolicismo sin la servidumbre? Une es-

te libro á los que otros separan; todos ven en él su rito y su Iglesia; es el libro de alianza en medio de la guerra.

He buscado largo tiempo á mi vez quien es su autor; habria sentido descubrirlo, porque me parece que hay algun sentido en este misterio. En el siglo quince, cuando Europa vá á desgarrarse en multitud de sectas, arrójase al mundo un libro religioso; no se sabe de dónde procede, pero todos pretenden haberlo escrito. Francia, Alemania, Italia, reconocen tan bien en él el fondo de su pensamiento que todas declaran ser su autor. Estos pueblos van á pelear encarnizadamente durante dos siglos por Iglesias diferentes; entre tanto, cada uno se atribuye la composicion del mismo libro, es decir, el mismo ideal; en cierto modo, protestan con esto contra sus propios furoros. ¿Puede patentizarse más la identidad de la conciencia moderna? Ese libro es una promesa de reconciliacion hecha en la víspera de la batalla.

En las épocas anteriores, los libros sagrados llevaban el nombre de un hombre y el sello de una Iglesia; pero la obra sagrada que inicia la edad moderna, no pertenece á nadie en particular. No lleva el sello de ningun profeta, de ningun sacerdote, ni siquiera el de un pueblo. No ha recibido su autoridad de ningun clero. Pertenece á todos. No busqueis á su autor. No es la obra de Gerson, ni de A' Kempis, de la Iglesia de Roma ni de la de Byzancio; es el fruto misterioso

de las entrañas de la nueva humanidad.

Así, hé aquí un signo que se agrega á los anteriores. El monumento cristiano más visiblemente inspirado desde el Evangelio, el que corona la tradición, se termina á espaldas de la Iglesia. No puede esta decir quien lo ha recibido, que hombre, que pueblo; todo esto queda para ella completamente extraño. Esa conversacion divina entre su Dios y el desconocido tiene lugar bajo su sombra, y ella no ha oido una palabra; hasta ignora de que se la quiere hablar: (1) sabe precisamente á que hombre, á que tiempo debe atribuir los Proverbios de Salomon, el Apocalipsis, la más insignificante de las Epístolas; pero respecto de esa palabra aún tibia del cristianismo viviente, no le preguntéis nada, no está en el secreto. Todo lo que puede decir es que cierto día hallóse un libro santo, pero que no lo ha escrito, que no pasó por sus manos. Y ¿qué más hemos de decir nosotros cuando pretendemos que ha cesado de ser la intérprete y la confidente única del Dios vivo?

Falta hacerle sufrir una última prueba, la más grande de todas, á fin de saber si al perder la huella de los libros santos, la Iglesia ha perdido también el sentido de las acciones inspiradas. La historia de Juana D' Arc servirá para esta prueba. La Iglesia volverá á ver la maravilla de los

(1) Es verdad que no le es difícil clasificar las revelaciones de los muertos.

Apóstoles, y no la reconocerá. Encontrará en la vida lo que celebra con erudicion en los libros, y lo maldecirá. Una palabra que trasfigura á una pastora, como otras veces á los pescadores de Galilea, los milagros del alma vueltos á hallar, la fuerza que atraía á los discípulos, la impotencia trasformada en poder invencible, todo un nuevo capítulo del Evangelio, se muestra á la Iglesia, en carne, en verdad, y en estos prodigios del espíritu que superan á la naturaleza, no vé más que magia. No puede creer que el alma baste para embotar las espadas. Lo que glorifica en sus ceremonias, en los salmos, en el tratado de los Macabeos, aparece de pronto, vivo y presente á su vista, y lo llama vision, alucinacion, sortilegio. Cuando se encienden los tizones, cuando el espíritu vá á ser nuevamente crucificado, no exhala un grito, no desgarrá su velo; por el contrario, ayuda al verdugo. En el nuevo calvario de esta nueva pasion no vé más que hechicería. Entonces terminan las pruebas; decídese que la Iglesia debe ser condenada, que Francia y el mundo no le pertenecerán exclusivamente en adelante.

Ya veis cuanta paciencia se tuvo con la Iglesia; la tormenta no descargó de improviso. Antes de abandonarla, el espíritu de vida llamó muchas veces á su puerta, y la puerta no se abrió. Habiendo intentado el alma en vano todas las puertas para penetrar en el recinto de la ortodoxia romana, era absolutamente inevitable

un cambio que no podia partir de ninguna de las autoridades constituidas del catolicismo. ¿Cómo habria procedido del papa, él, que durante setenta años habia representado la anarquía en vez de la unidad, y que habia sido desautorizado por el Concilio? ¿Cómo la reforma habria venido del Concilio, él que nada osó, apresurándose á anonadarse en la sombra de papa que acababa de crear? Habiéndose desposeido mutuamente el Concilio y el Papa, ¿qué quedada? La necesidad de una revolucion.

La antigua autoridad se ha destruido á sí misma; el trono visible de Dios está vacío; ¿quién vendrá á ocuparlo? Un poder nuevo, no gastado aún por ninguna concesion, el que mostró Juan Huss, la conciencia del hombre sustituida á la conciencia del clero; y no será esto una usurpacion, porque la Iglesia, al herirse, parecia entrar ella misma en el complot.

Si la reforma hubiera estallado ántes, habria podido llamársela rebeldía, heregía, porque las plazas estaban tomadas y ocupadas por el Papa ó el Concilio; pero á la hora en que llega, ámbos, destrozándose mutuamente, tienen necesidad de un heredero. El papa habia sido desposeido ántes de que sobreviniera Lutero; tratábase de proveer, no de usurpar, la Sede del espíritu. Hé aquí lo que legitima á la vez la Reforma religiosa y la Revolucion francesa.

¡Para qué han servido tantas hogueras, las de Juan Huss, de Jerónimo de Praga, de Savo-

narola, de Juana D'Arc, sino para encender la pura llama del porvenir! Al arrojar estas cenizas al viento se sembraba un siglo nuevo.

Nos quejamos hoy si por casualidad los hombres del pasado tratan de abrir alguna profunda herida en nuestro corazon; nos quejamos, y deberíamos regocijarnos porque es por la violencia de este último asalto del pasado por lo que debemos medir el vuelo del porvenir. El siglo quince engendra con dolor la Reforma. ¿Y creeremos nosotros que no debe brotar nada de esta noche en que se quisiera volvernos á sumir? ¡Noche sin sombras! No nos entristezcamos si toda Europa fermenta. Es preciso que ningun pueblo, que ninguna ciudad, que ninguna cabaña permanezcan extraños á la concepcion de la vida universal. ¡Pero este es un espectáculo triste, vergonzoso para la razon humana! ¿Y desde cuándo hemos dado un paso sin pagarlo con una pena? ¿Se verificará hoy sin angustia el nacimiento de un mundo nuevo? Nó, no puede ser; no escaparemos á la ley de los tiempos precursores. A medida que los hombres se obstinan en que retrocedamos, con mayor ímpetu somos impelidos hácia adelante por una fuerza superior. Nuestro dolor dará paz y ventura á los que vengan detrás de nosotros.

CONFERENCIA X.

LA REFORMA.

Lutero quebranta la Iglesia comparándola á su ideal. —Como se concilian en los reformadores el espíritu de servidumbre y el espíritu de la libertad.—¿La reforma es sólo negativa?—Primera piedra de la fundación del mundo moderno.—Un nuevo grado en el mundo del alma.—Causa de la tristeza del protestantismo.—El hombre no puede acusar ya á nadie sino á sí mismo.—La reforma y la revolución francesa.—Condición actual del protestantismo.—¿Sobrevendría el fin de las cosas si la Biblia fuese arrebatada al hombre?

La reforma suscita frecuentemente en contra suya á los creyentes y á los excépticos; unos la acusan de revolucionaria, otros de tímida. Cuando los filósofos quieren darse por un momento el placer de la ortodoxia, condenan á su vez el cisma que ha roto la unidad del mundo moderno. No los imitaré, y para que nadie interprete torcidamente mis palabras, diré ante todo que no soy protestante, ni supongo á nuestro país llamado á serlo.

Nada más imprevisto en la historia que la

manera como la Iglesia se vé herida en el siglo diez y seis: se construye su monumento de triunfo en San Pedro, se adorna anticipadamente para un jubileo. ¿Cuál es, pues, la fiesta que se prepara? Los mejores artistas del mundo trabajan sin descanso para este día. Con serenidad sublime decora Rafael las salas del Vaticano para estas nupcias eternas. Miguel Angel, en la casa de San Pedro, pone la tiara sobre la frente de la Iglesia visible. Todo está presto. ¿Qué habrían hecho aquellos hombres si alguien les hubiese dicho «abandonad esa pompa; la Iglesia á quien acabais de adornar para un siglo de fiestas va á ser desgarrada; la mitad del mundo va á emanciparse de su poder; un pobre monje le quitará muchos pueblos en pocos días; la pintais triunfante, cuando sería necesario vestirla de luto?» Sin duda se habrían burlado de estas palabras; pero sus obras debían quedar y sonreír eternamente como una sublime ironía de la Providencia.

Propiamente hablando, la Iglesia no careció nunca de reformadores. De siglo en siglo aparecen hombres que, sorprendidos por la decadencia del espíritu, crean sociedades nuevas que sirvan de modelo á la antigua. San Benito, San Bernardo, San Francisco, Santo Domingo, fundando distintas órdenes é instituciones, trabajan para reparar la vida á medida que amenaza desaparecer. Durante cierto tiempo, cada una de estas órdenes dá su impulso al catoli-

cismo; pero despues, contagiadas del mal que combaten, se detienen, degeneran; ya no son conocidas; es menester reemplazarlas con otras. Como nada cambian en el fondo de las cosas, recaen inevitablemente en la misma decadencia y perecen por el mismo vicio. Muestra lo ineficaz del remedio la necesidad de reiterarlo. Las órdenes, aglomerándose unas sobre otras en su rápida declinacion, comprimen cada vez más el vuelo del espíritu. Por manera que cada una de esas instituciones, despues de dar un momento de vida á la Iglesia, sólo sirve para embarazarla con su muerte; tentativas que alcanzando exclusivamente á la superficie, y adulterándose prontamente ellas mismas, aumentan el peligro. La reforma de ayer es la corrupcion de hoy.

¡Fatalidad extraña! De siglo en siglo los reformadores, para sustraerse á los ataques del tiempo, á las exigencias del mundo, se ocultan cada vez más en la soledad. Levantan en torno de los monasterios altas y gruesas murallas; no dejan sino una puerta para comunicarse con la Iglesia, y despues de algun tiempo y sin que se sepa como, véense invadidas por todo lo que querian alejar, el mundo, la rutina, la inercia del alma.

¿Qué habia de hacerse, pues, si el espíritu debía ser renovado? Ya que se habia apelado sin éxito á la soledad, al retiro; ya que las altas murallas de nada habian servido, faltaba ensayar una cosa, y era el romper las comunicaciones con

la Iglesia visible, renunciar por un momento á toda la tradicion, morir á todo el pasado, no conservar en este naufragio voluntario más que un libro, despojarse, no del manto ni de las sandalias como las órdenes mendicantes, sino de quince centurias de recuerdos. Ya que la corrupcion se adhería fatalmente á las reformas intentadas en lo interior de la Iglesia, era necesario que el espíritu se hallase sólo consigo mismo, al descubierto; en esto consistía la salvacion de la vida moral. De un lado, el cuerpo material de la Iglesia en su casa de piedra; de otro, el alma sola, surgiendo del sepulcro que se rompe; separacion que se asemeja á la muerte, pero á la muerte que engendra el porvenir.

¿Cual és, en la cristiandad, el pueblo que entrará primeramente en este aislamiento? Las naciones del Mediodia han obligado frecuentemente á la Iglesia á conmoverse; pero se siente en su cólera misma un fondo inmutable de obediencia; se irritan, acusan, perdonan adoran lo que han combatido, y cuando Roma cristiana ha sido vencida, siguen atadas al recuerdo de la Roma pagana. Para marcar bien la grandeza y la novedad de la revolucion religiosa, dará la señal una raza nueva. Vereis desde el principio que la escision es irrevocable, que el génio, la lengua, el temperamento, el destino de una nueva familia de hombres se levantará entre la vieja y la nueva Iglesia para impedir que la reconciliacion se verifique demasiado pronto. Cuando la

Providencia quiere que un pensamiento entre en el mundo para no volver á salir de él, le hace el alma de una nueva raza humana, deposita previamente su gérmen en los instintos más antiguos. Si quereis suprimir la reforma, romped ántes el molde en que han sido vaciados desde su origen los pueblos germánicos. No va á manifestarse en el mundo el capricho de un hombre, sino el pensamiento del Creador.

Hay quien se asombra de las inconsecuencias de Lutero, siendo así que constituyen la mayor parte de su poder. En el cisma de los griegos, todos sabian, al comenzar, donde se detendrían. Lutero nada sabe; se precipita con la cabeza baja, y en su fogosidad, en que se confunden éxtasis, injurias, terrores súbitos, violencias sublimes y vulgares, mezcla el cielo y la tierra; es una fuerza que no quiere conocerse. Siéntese en él la naturaleza del viejo germano que se despierta; desde que se divide contra Roma, lanza el antiguo grito de guerra de los Bárbaros; la venganza aplazada desde los tiempos de Alarico, renace de sí misma.

Únese á esta especie de furor un fondo de paz que procede de la seguridad de la victoria: está sólo contra el pasado, pero ¡con cuántos aliados invisibles cuenta! Toda la tierra de Alemania conspira á su favor; el señor, la gleba. Al principio cree que sólo ataca el tráfico del alma, bajo el nombre de indulgencias; un poder superior le impulsa; no se detendrá tan

pronto. Poco despues ya está en guerra con el papa-do que le excomulga, y este anatema le arrastra á otros. A cada anillo que rompe se obstina en romper el siguiente. La vieja Iglesia edificada tan lentamente de siglo en siglo, desaparece de año en año. Con lógica inexorable, cultos, celibato del clero, órdenes religiosas, todo lo que formaba el cristianismo visible cae por sí mismo.

Porque no se trata de un reformador vulgar; en su deseandamiento guarda una razon suprema. Compara la religion agobiada bajo las obras de piedra, al Evangelio en su fuerza primitiva. Tiene en su mano un libro que es para él el libro del juicio, ante el cual hace comparecer á la Iglesia moribunda; pécala en esta balanza como en la mano de Dios; confronta cada cosa con su original, y es indudable que con este principio absoluto, no podia hallar gracia ninguno de los cambios traídos por el tiempo. La creación misma debería destruirse si se la comparase á lo que pudiera ser en el pensamiento del creador.

Pero marchando de ruina en ruina ¿no parará el terrible destructor ántes de llegar al fondo del abismo? Se detendrá ante el libro que le ha servido para condenar y destruir todo lo demás. Juzgadas la Iglesia y la naturaleza en nombre del ideal, el pasado está vencido, la cólera cesa, el Lutero rebelde desaparece. Sale de este cáos un alma conmovida, subyugada, arrodillada sobre las ruinas del tiempo, delante de un libro abierto.

Lutero no se inquieta del vacío que hace; un mundo nuevo renacerá sobre el fundamento del Evangelio; una página escrita le separa del abismo, y esto basta para quitarle el vértigo. Pero ¡gran doctor! si el viento del abismo arrastra, por casualidad, esta página, si despues dé haber destruido la Edad-media en nombre de la Biblia, os es arrebatada alguna vez por el espíritu que vos mismo habeis desencadenado, ¿que sucederá? ¿Sobrevendrá el fin de las cosas? Habeis remontado el mundo cristiano á su ideal. En esta cumbre hay dos pendientes: ¿qué sería, si uando pensais conducir la tierra á San Pablo la impulsáseis en realidad hácia Mirabeau y el *vicario saboyano*?

Todo el mundo ha visto en Lutero dos géneos diferentes; uno que rompe los lazos del pasado; otro que niega la libertad del hombre. ¿Cómo han podido alternar en el mismo espíritu dos principios tan opuestos, la emancipacion y la servidumbre? ¿Débese esto á un singular capricho, á la casualidad? No; es una idea comun á todos los reformadores desde Wicklef hasta Calvino: he indicado yá en que se tocan esos dos sistemas contradictorios y por que manera el hombre, al salir de la Iglesia romana, habia llegado al extremo de tener que pasar por la servidumbre para gozar nuevamente de la libertad. El verdadero medio, en efecto, de zapar por su base la vieja Iglesia consistia en afirmar que la multitud de sus obras de nada sirve, que Dios

solo obra, que nada deja por hacer al sacerdote.
P. ¿A qué la intervencion del clero, sus ceremonias,
sus sacramentos, si está demostrado que todo lo
que procede de la tierra es incapaz de mérito?
¿Para qué sirve el sacrificio de la misa, si se demue-
stra que todo está predestinado y encerrado
en el primer sacrificio del Gólgota? Con una sola
palabra destruye el poder de la Iglesia. Consi-
derad que para arrancar al hombre á ese resto
de autoridad, fué necesario un esfuerzo extraor-
dinario. Lutero y Calvino lo precipitan en Dios
y en él desaparece: sin voluntad, sin libertad,
anegado en ese mar sin fondo, no ofrece ningun
punto por donde la Iglesia se apodere nueva-
mente de él.

¿Quién creará que haya sido preciso, en cier-
to modo, sepultar vivo al espíritu humano para
sustraerlo al sacerdocio del pasado? Sin embar-
go, tal es la verdad.

Los reformadores para despojar al sacerdote,
despojan al hombre, es decir, dan directamente
á Cristo todo lo que la Iglesia se atribuía. Si la
reforma se hubiera cumplido en nombre de la
libertad humana, nadie duda que la Iglesia la
hubiera abrumado inmediatamente en nombre
del espíritu evangélico. Pero ¿qué responder á
una revolución que desde el primer momento toma
toda su fuerza en el exceso mismo de la humil-
dad cristiana? ¿En dónde se había visto cumplir-
se una revolución á *la sombra de la voluntad
divina*, como dice Calvino? Se emancipaba al hom-

bre de la Iglesia, pero la libertad conquistada
se entregaba en el acto á Dios: de modo que en
este gran asunto, el hombre no tenía, por decir-
lo así, ningun interés directo. El debate se ven-
tilaba entre el cielo y la tierra: tratábase solo de
reintegrar al uno de las usurpaciones de la otra:
la voluntad humana se guarecía en la plena so-
beranía de Cristo, como en política la libertad
de todos en la soberanía absoluta del rey.

¿Es verdad que Lutero no haya hecho nada sino
destruir y negar? De cada hombre hace un papa
y un concilio; fortalece la autoridad del indivi-
duo, y con esto realiza uno de los principios vi-
tales del cristianismo. Antes, contentábanse con
decir que cada alma humana era de inestimable
valor, que ocuparía su rango en el cielo, que
pesaría entonces tanto como el mundo, pero se
aplazaba para despues de la muerte el reconoci-
miento de este poder.

Queríase que, en tanto durase la vida terres-
tre, estuviese el alma encadenada por la sociedad
como por la naturaleza. ¿Qué eran en presencia
de la comunión de los siglos un pensamiento,
una opinion, una voluntad privada? Del mis-
mo modo que el cuerpo debía ser macerado
bajo el peso de la naturaleza, el alma debía ser
macerada bajo el peso de la sociedad pasada y
presente. El género humano era como el sepul-
cro, en el cual se necesitaba que el pensamiento
de cada hombre muriese á toda idea particular.

Lutero emancipa al individuo de esta pasión,

le liberta de esta cruz, le dá en la tierra la libertad, la autoridad, el valor íntimo que la Iglesia sólo reconocia en los muertos; ó más bien, hace de todo hombre una Iglesia inviolable: resurreccion anticipada del hombre en el mundo. Aunque tuviera, dice, en contra mia mil San Agustines, mil San Ciprianos, ¿qué importa? ¿Es esto dudar? Nó, es afirmar la vida en su foco más íntimo.

Trabajamos hoy por desembarazarnos del peso del universo material, armamos á la naturaleza contra la naturaleza; pero antes habia otro fardo que levantar, más pesado que el del mundo visible. Figúrese á cada una de las almas abrumada por la autoridad de todas las otras. Tal era la constitucion del viejo mundo moral. No bastaba borrar la autoridad de los siglos con un discurso, un teorema; necesitábase un hecho, una accion viviente, mostrar como el derecho de cada hombre, de cada instante, es en sí tan imprescriptible como el derecho del género humano y de toda la eternidad: hé aquí la obra de Lutero. Acude á la dieta de Worms, ante lo que la tradicion tenia de más temible, el Emperador y el Papa. ¿Qué opone á esas dos potencias que resúmen todas las fuerzas del pasado? Poca cosa, y no obstante lo que hay de ménos negativo, de más real en el mundo, dígase lo que se quiera ¡un gran corazon! El pasado se rompe contra esta fuerza; el poder temporal y el poder espiritual se reunen para asistir á su derrota; vuelve á entrar el al-

ma en la sociedad moderna, y el derecho del individuo se establece con tanta solemnidad que en adelante no se podrá pensar en destruirlo. Está puesta la primera piedra del mundo moderno.

¿Cómo no se vé que si la reforma ha quebrantado á la tierra, ha fortalecido al hombre? Preparó las tempestades, pero dando á todos el medio de sobrevivir á ellas. Antes que estallasen las revoluciones modernas era necesario que todos sintiesen que llevaban en sí mismos un mundo indestructible, y queaunque la vieja sociedad pereciese, sobrevivirian al desastre. Dejemos, pues, esas quejas afeminadas acerca de la caida de la unidad, acerca de la division de Europa que estaba ya dividida, acerca del divorcio del Norte y del Mediodía que estaban ya separados. Sin duda es sensible que la catedral de Colonia no siguiera engrandeciéndose; pero es aún más necesario que el hombre se termine y edifique hasta la cúpula. Habeis perdido el sendero de las leyendas, el recuerdo y el hilo de la Edad-media, la corona del César de Roma, es verdad, pero ¿no es nada haberos encontrado á vosotros mismos? La pretendida unidad del mundo en la Edad-media, era un símbolo, un boceto; es preciso que la sombra pase, que el boceto se borre para que la obra se acabe; preférese la promesa anticipada al cumplimiento laborioso? Hé aquí toda la cuestion entre la Iglesia de la Edad-media y el mundo moderno.

La reforma no se limitaba á constituir al in-

dividuo, le obligaba á dar un nuevo paso en el mundo interior. Porque lo que entorpecía sobre todo la mision de los reformadores en la Iglesia de la Edad-media, era el pensamiento de que el sacerdote podia, en cierto modo, ligar á Dios á un objeto exterior, á una hostia expuesta. Veian en esa autoridad del sacerdote una especie de incautacion de la materia. Ellos, por el contrario, hacian surgir la presencia divina del fondo de la creencia, todo se cumplia en el alma. El misterio no ofrecia ningun punto visible: el espíritu se comunicaba con el espíritu: la naturaleza y el sacerdote se retiraban, y mientras la Iglesia de la Edad-media buscaba cada vez con más empeño á su Dios en lo exterior, la Iglesia nueva le buscaba cada vez más en lo interior: sólo ésto señalaba un nuevo grado en el mundo del alma.

Si el génio de Lutero hubiera sido sólo á verifcar la reforma, se habria podido creer que el movimiento se disiparía por su misma violencia. Es necesario que encuentre por barrera un espíritu opuesto que, conteniéndole, le impulse á sus últimas consecuencias. Dudo que Calvino hubiese comenzado la reforma, pero tenia todas las cualidades indispensables para dar un cuerpo á lo que parecia incapaz de revestir ninguno. El espíritu metódico de Francia termina la empresa de Alemania. Hallais en las más insignificantes palabras de este hombre un no sé que de inexorable, como la fatalidad de lo alto. En medio de la mayor borrasca, de una especie de

tempestad del Espíritu divino, no carece de grandeza la obra de poner á esta fúria límites que no traspasará durante tres siglos, detener y helar el torrente. En las violencias apasionadas de Lutero veis aun al antiguo hijo de la Iglesia: sepárase de ella con el corazon conmovido y la voz temblorosa: antiguos recuerdos le persiguen durante el sueño. Pero en Calvino no reaparece nunca el hombre del pasado: cierra con mano firme la puerta de la Iglesia, y sentís que una vez cerrada por él no ha de abrirse nuevamente.

¡Amarga decepcion de las cosas humanas! La reforma ha triunfado en cuanto ha querido. Han sido suprimidos quince siglos: ya no hay obstáculos para que renazca la Iglesia primitiva. Hé aquí, como en la primera hora del cristianismo, al hombre aislado en presencia del Evangelio. Puede creerse, si quiere, en el dia siguiente á la muerte de Jesús. Creereis que en esa hora nueva va á exhalar un canto de alegría de la Iglesia rejuvenecida; léjos de esto, el distintivo extraordinario de la reforma es comenzar por una queja que á veces linda con la desesperacion. ¡Oh, cuántas cosas enseña la historia en un momento! ¿Porqué no vuelven los antiguos dias? No falta ninguna condicion necesaria. Háse encontrado otra vez el libro por excelencia, el Evangelio: se ha soplado sobre el polvo de los siglos que le cubría: hélo ya en su magestad, en su simplicidad primitiva. Mas ¡ay! para retroce-

der á los primeros dias sólo falta una cosa; el hombre. El ideal es el mismo; pero él ¡cuánto ha cambiado!

En dónde están las aspiraciones, la ingenuidad de los discípulos? ¿En dónde la esperanza, la alegría? Al lado del libro inmortal y rejuvenecido, el hombre se siente doblemente viejo; busca en su corazón el cielo puro de los apóstoles, y no encuentra sino tempestades, inquietud, enojo. ¿Quién impide que se reproduzcan los maravillosos dias de la antigüedad cristiana, que los pensamientos de los primeros Padres no desciendan de nuevo sobre la tierra reparada? ¿Quién lo impide! ¡El sólo! Porque la Iglesia de la Edad-media que lo separaba de la edad de oro del Evangelio, ha sido destruida por él, y se manifiesta patente su impotencia para volver al siglo feliz. Oh tristeza! ¡Oh miseria! no poder acusarse sino á sí mismo.

He aquí el sentido más profundo de la reforma; nada más lúgubre que ese repentino encuentro de la humanidad moderna con su ideal. De aquí la misantropía amarga que revelan las palabras de Lutero, el fin de su vida, de Calvino, de Melanchton, de Bucer y que constituye el fondo de los puritanos, de Cromwel y el alma de la revolución de Inglaterra.

¿Porqué pasarse de la melancolía de sus cánticos? Diríase que eran voces resucitadas que gemían sin albergue entre el cielo y la tierra. La levadura de dolor fermenta en el fondo de

sus poetas desde Milton hasta Klopstock, porque han hecho para tornar á los primeros dias, á la sinceridad, á la alegría virgen de la primera época, el esfuerzo más extraordinario que pueda imaginarse, borrándolo todo sobre la tierra, excepto el día de los Apóstoles. Se han retirado á la gruta de Pátmos, á la casa de San Pablo, aspirando siempre á un pasado más remoto, y cuando sólo les faltaba dar un paso para penetrar en el recinto del siglo venturoso, no han podido hacerlo, detiéndoles una fuerza inexorable. No han podido resucitar ni disfrutar la dicha de que, al parecer, nada les separaba. Desnudos el espíritu y el alma, han ido á golpear, como recién-nacidos á las puertas del Eden. A todas partes llevaron consigo mismos el hombre y el peso del siglo XVI, ¿no es suficiente esto para crearse por siempre un culto de tristeza y de duelo?

Huyendo siempre los tiempos de los Apóstoles, los contemporáneos de Lutero trataron algunas veces de buscarlos en las reformas sociales, pero esos ensayos que traspasaban los límites del espíritu protestante, carecían de verdadera fuerza. Levántanse los campesinos de Alemania, piden que el ideal de justicia que se ha hecho brillar ante sus ojos descienda realmente sobre sus surcos; ese ideal para ser provechoso, debe germinar durante mayor número de años. No se tiene al presente sino un anuncio lejano. Lo que estos no hagan, otros lo harán, dice Lutero, y en efecto, tres siglos despues catorce

ejércitos de campesinos llegan á Francia para cumplir las profecías de Lutero.

El pueblo habla tambien de ese gran utopista, el caballero Franz de Sickingen, el Cid protestante, que á la cabeza de la liga de las ciudades protestantes, trata de aprovecharse del espíritu de la reforma para cambiar el derecho público y social, derribar á los príncipes, impulsar la Alemania á la unidad. Perece en esta obra prematura, y la imaginacion alemana le pinta al pié de los castillos feudales, con la lanza en la mano, soñando y cabalgando en la muerte. Su caballo tropieza en los cráneos y reptiles de los cementerios; pero nada basta á despertarle de su sueño político. (1) Sus largas guerras fueron inútiles: pero en vez de este caballero misterioso, vendrá más tarde otro caballero, que cabalgando de Wagram á Jena, cumplirá á la letra el sueño del primero, mermando, equilibrando las monarquías, abatiendo las viejas murallas, aproximando no sólo las ciudades sino que tambien los pueblos. Napoleon realiza en la vida detalle por detalle, engrandeciéndolo el sueño de Franz de Sickingen en la muerte, y la Revolucion Francesa cumple así lo que en la reforma era una utopía.

A través del cambio de los tiempos ¿en qué se ha convertido el fuego de la reforma? ¿Qué hace

(1) Seguirá soñando en Alemania hasta su resurreccion.

hoy? Ha resucitado en el mundo el ideal primitivo; gran cosa ciertamente, pero ¿quién se contentará con ello? Como el catolicismo revolucionario que la precedió en un siglo, se espanta de sí misma; porque á fuerza de contemplar el Evangelio, de profundizarle, sucede, ¡oh dolor! que borra ella misma su libro.

Y hasta tal punto se ha encarnizado en él, ha examinado tan de cerca cada sílaba, que ha, por decirlo así, gastado el texto, y le queda algunas veces entre las manos, ¿osaré decirlo? una página en blanco.

¡Cuántos hombres se ocupan desde háce dos siglos en el pais de Lutero, sin ódio, sin cólera, en borrar algunas líneas del Antiguo y del Nuevo Testamento! ¡Desde Lessin y hasta Strauss cuantas páginas arrancadas y caidas en el abismo! En vista de esa destruccion de la letra la reforma se espanta, quisiera retroceder; Inglaterra se indigna de la audacia de Alemania, no se sabe á donde huir. ¿Cómo salvar el libro sagrado de los ataques del espíritu por ella misma evocado? Se quisiera encerrarlo de nuevo en el santuario católico; pero hay una fuerza superior á todas las lamentaciones. Los mismos que retroceden hasta el dintel del papado están decididos á no franquearles; más en cambio, niégase la reforma á toda innovacion, se petrifica, cierra los ojos ante la tormenta, ó más bien, engañañase con fórmulas, llegado á este punto el protestantismo encuentra tambien su jesuitismo.

¿Y porqué? Porque la reforma habia prometido no reconocer, no adorar sino al espíritu, y hé aquí que no puede mantener su palabra. Espántase á la noticia de que un nuevo crítico, un Wette, un Strauss, un Schleiermacher, acaba de arrebatár una nueva sílaba al Evangelio. ¿Qué sucedería si todos los libros santos desapareciesen de la tierra? ¿Sería preciso creer que el espíritu de Dios se habia desvanecido?

¡Se ha prescindido de la Iglesia para que no haya barreras entre el hombre y Dios! Y ¿quién sabe si algun día no querrá Dios que el mismo libro desaparezca, para que su palabra, el pensamiento, el alma vivan, sin la prision de la letra? Cuando el niño sabe su leccion, el maestro le hace cerrar el libro. Hace diez y ocho siglos el hombre deletrea su ley en el Evangelio abierto: ¿quién sabe si el maestro no desea que la repita en el fondo de su alma sin el auxilio material de las Escrituras? Hace diez y ocho siglos que el hombre se contenta con leer el Evangelio; es necesario que en adelante lo escriba en la superficie de la tierra, en la frente de los pueblos, en la arena, en el bronce, en las instituciones, en los nuevos Códigos. Cuando el libro esté en todas partes, no ya en páginas percederas, sino en obras vivas, nadie se preguntará todas las mañanas al despertarse si algun sábio habrá destruido durante la noche un versículo ó un capítulo. La humanidad estará tranquila respecto del libro santo,

cuando lo haya grabado, impreso en caracteres permanentes en la superficie del mundo: ni el viento ni la crítica le arrancarán más hojas.

Con el rostro pálido y consternado os inquietais por San Márcos y San Lúcas; velais y temeis que al suprimirlos no se os olvide como á un erudito la historia de Dios. Tranquilizaos. ¿Qué teneis que temer? Todo pueblo cristiano debe ser un evangelista inmortal.

Así la reforma pierde sus fuerzas el día en que le infunde miedo el espíritu por ella lanzado al mundo: sin confesárselo, algunas veces conspira contra él con su antigua enemiga.

¿Dónde está hoy el alma de Lutero? En el siglo, más bien que en la Iglesia reformada. Sigue-se de esto que catolicismo, protestantismo, todas las Iglesias particulares se funden yá á pesar suyo en una sociedad más vasta. Hemos visto que la potencia espiritual, el terrorismo de Gregorio VII ha pasado á la Convencion, ¿pero Lutero mismo, con su génio rebelde no ha ejercido ninguna influencia en la revolucion francesa? ¿quién lo puede creer? hé aquí los dos principios contrarios. Gregorio VII y Lutero, que fermentan en los mismos corazones, en las mismas asambleas, en la misma revolucion; signo palpable de que el porvenir, elevándose, puede conciliar lo que todo el pasado separó.

¿En dónde se efectuará la reunion? El protestantismo señala la época de los apóstoles, pero ha mostrado por espacio de tres siglos que es

incapaz de resucitarla: el catolicismo, señala la Iglesia de la Edad-media, pero el mundo no quiere retroceder hasta allí. Planteada así la cuestión las conferencias son inútiles. No es en el pasado, sino en el porvenir donde debe verificarse la alianza.

El católico en nuestros días no tolera ni aún la idea de que el protestante, después de su muerte, yazga en el mismo polvo que él; si esto sucede por equivocación, desentierra y lanza lejos sus cenizas. El último término de la barbarie se da aquí la mano con el último término de la impiedad, puesto que no se quiere ni aún la fraternidad del grano de arena y se pone un empeño obstinado en desesperar de la eternidad. ¡Estáis separados en un instante del tiempo; guardad al menos los siglos de los siglos para reconciliaros!

¡Hoy el catolicismo no hace la guerra á la reforma! la cree medio vencida y triunfa anticipadamente. Sin embargo, debe reflexionar. Lutero envejecido puede espantarse de su obra: Melancton agotado puede llorar; pero el género humano es por sí mismo un inmortal reformador. Si llora como Melancton, no son lágrimas de desfallecimiento ó de pavora.

CONFERENCIA XI.

AMÉRICA Y LA REFORMA

Dáse el nuevo mundo á un espíritu nuevo.—Cristóbal Colon, misionero é innovador.—Su heregía más verdadera que la antigua ortodoxia.—La Iglesia de la Edad-media en América queda inferior á la religion y al ideal de Colon.—Lucha del catolicismo y de la reforma en el antiguo y nuevo mundo.—La monarquía española, expresion política del catolicismo moderno.—El Escorial.—¿Porqué la Inquisicion ha sido una institucion peculiar de España?—Como ha comprendido la Península la union de Cristo y de Mahoma en la religion y en la política.—Santa Teresa, acento de los pueblos del Mediodía.—El protestantismo se defiende con instituciones en el Norte.—La revolucion de Inglaterra.—El alma de la reforma en una sociedad feudal.—¿En dónde está el ideal de la constitucion inglesa?—El principio social del protestantismo acaba de realizarse en la democracia de los Estados-Unidos.—El Catolicismo en la América meridional.—Principio de contradiccion en las Repúblicas del Sur.—De la unidad moral que buscaba Colon.

La reforma largo tiempo preparada se ha cumplido, y acontece á la vez que un nuevo mundo surge del fondo de los mares, como si el Creador, extendiendo su obra, hubiera querido mostrar al hombre que era llegada la hora de extender y renovar su espíritu. Porque no tan sólo

incapaz de resucitarla: el catolicismo, señala la Iglesia de la Edad-media, pero el mundo no quiere retroceder hasta allí. Planteada así la cuestión las conferencias son inútiles. No es en el pasado, sino en el porvenir donde debe verificarse la alianza.

El católico en nuestros días no tolera ni aún la idea de que el protestante, después de su muerte, yazga en el mismo polvo que él; si esto sucede por equivocación, desentierra y lanza lejos sus cenizas. El último término de la barbarie se da aquí la mano con el último término de la impiedad, puesto que no se quiere ni aún la fraternidad del grano de arena y se pone un empeño obstinado en desesperar de la eternidad. ¡Estáis separados en un instante del tiempo; guardad al menos los siglos de los siglos para reconciliaros!

¡Hoy el catolicismo no hace la guerra á la reforma! la cree medio vencida y triunfa anticipadamente. Sin embargo, debe reflexionar. Lutero envejecido puede espantarse de su obra: Melancton agotado puede llorar; pero el género humano es por sí mismo un inmortal reformador. Si llora como Melancton, no son lágrimas de desfallecimiento ó de pavora.

CONFERENCIA XI.

AMÉRICA Y LA REFORMA

Dáse el nuevo mundo á un espíritu nuevo.—Cristóbal Colon, misionero é innovador.—Su heregía más verdadera que la antigua ortodoxia.—La Iglesia de la Edad-media en América queda inferior á la religion y al ideal de Colon.—Lucha del catolicismo y de la reforma en el antiguo y nuevo mundo.—La monarquía española, expresion política del catolicismo moderno.—El Escorial.—¿Porqué la Inquisicion ha sido una institucion peculiar de España?—Como ha comprendido la Península la union de Cristo y de Mahoma en la religion y en la política.—Santa Teresa, acento de los pueblos del Mediodía.—El protestantismo se defiende con instituciones en el Norte.—La revolucion de Inglaterra.—El alma de la reforma en una sociedad feudal.—¿En dónde está el ideal de la constitucion inglesa?—El principio social del protestantismo acaba de realizarse en la democracia de los Estados-Unidos.—El Catolicismo en la América meridional.—Principio de contradiccion en las Repúblicas del Sur.—De la unidad moral que buscaba Colon.

La reforma largo tiempo preparada se ha cumplido, y acontece á la vez que un nuevo mundo surge del fondo de los mares, como si el Creador, extendiendo su obra, hubiera querido mostrar al hombre que era llegada la hora de extender y renovar su espíritu. Porque no tan sólo

es una combinacion científica lo que guia á Colon en el camino de América, es con ella una nueva idea religiosa. El hastío del antiguo mundo le abruma, no respira á su placer en los límites conocidos, aspira á lo que sus ojos no ven, arde en deseos de unir lo que está separado, de comprender el universo entero en un círculo de caridad. Ese navegante es, en lo espiritual, el más grande de los misioneros; el mundo moral que lleva en sí es tan nuevo como el mundo físico que va á descubrir.

¿A qué distancia no estaba la vieja Iglesia del hombre que reunia las profecias de los cristianos, de los mahometanos, de los judios, de los paganos en una misma palabra de vida, y que de la creencia religiosa del género humano se elevaba á la vista clara de los destinos del globo? (1) Hay en él algo de Juana d' Arc y de Galileo, es el primero de los cruzados del mundo moderno. Arrastrado mas allá de los mares por la inspiracion de todas las Iglesias, atraviesa la inmensidad sobre los grifones alados de Isaias y de Ezequiel. Ortodoxia nueva que mezcla (2) lo que el catolicismo adora y lo que maldice, el Evangelio, el Talmud, el

(1) «Digo que el Espíritu Santo obra en los Cristianos, los Judios, los Moros y todas las demás sectas. Para la ejecucion de la empresa de las yadias ni las matemáticas ni los mapa-mundis me bastaron, pero la palabra de Isaias se cumplió, etc.»

(2) Ben Ismael, Séneca y Joaquin de Floro.

Coran. El Espíritu, ántes de partir, reconcentra sus fuerzas, abre, extiende sus alas en toda su extension para atravesar el abismo. Nadie habia desplegado todavia en su interior una creencia tan vasta y por decirlo así, un tan gran véla-men. El pensamiento de un pueblo, de una raza de hombres, de una secta, de una comunion particular, desaparece en Cristóbal Colon ante la humanidad; franquea el mismo cristianismo. Desde lo alto de todas las Iglesias acumuladas apercibe con los ojos del alma como desde lo alto de una torre, el nuevo mundo á través de los mares. Unidad, solidaridad, indivisibilidad moral del universo, este sentimiento respira en la más insinificante de sus palabras. Diríais que invade su espíritu un pensamiento cosmogónico, una idea de la grande alma del universo; y para que se liberte con más facilidad de los límites del pasado, ese revelador recibe su educacion sin mancha en medio de los mares, como Moisés en el desierto: su corazon se abre y se dilata en lo infinito.

Hé aquí al espíritu nuevo á quien fué concedido el nuevo mundo; todo parecia decir á la antigua Iglesia: representais al creador con los rasgos de la vejez ó inmóvil en su cruz, no sentís germinar la vida en lo que á cada paso se os manifiesta á la vista, y porque vuestra alma languidece, pensais que el libro de la naturaleza y de la vida se han cerrado para siempre; á fin de sacaros de vuestro estupor voy á hacer que surja un

nuevo universo. Todo llamará allí la atención con su carácter ingenuo y desconocido; los senderos del Eden no habrán sido ménos hollados que los de esa tierra en que todo será virgen. Allí te esperan hermanos, desnudos de cuerpo y de espíritu. Los vestirás, los calentarás, los nutrirás con tu propia sustancia. Este nuevo progreso de la creación señalará un nuevo progreso en la humanidad: trasportada á un segundo Génesis, la Iglesia de la Edad-media entrará en una segunda época. El contacto de tantas maravillas le volverá el don de las maravillas, el amor, la inocencia, la fecundidad del mundo naciente con la sabiduría del mundo antiguo. En esas inmensas soledades el árbol de la ciencia del bien y del mal no ha desplegado aún sus hojas sobre nadie; la Iglesia es dueña de renovarse á su sombra puede en un día purificarse de todo el pasado en las fuentes del nuevo universo.

Al arribar á América la Iglesia de la Edad-media, estas palabras se leían en todos los objetos, pero nadie las escuchaba.

En vez de la grande alma de Cristóbal Colon que parecia salir de las entrañas del Universo ¿sabeis qué espíritu llevó allí el catolicismo? Hernan-Cortés estimaba que los sacerdotes españoles eran muy inferiores á los sacerdotes mejicanos: comprendo que sea esto una exageracion del vencedor, pero es incontestable que una creación entera surge del fondo del océano, y que

esta maravilla de las maravillas no dice, no inspira nada á la Iglesia. El Papa Borgia se contenta con trazar con su dedo el meridiano que separa los dominios españoles de los dominios portugueses. Hélo aquí todo. No se celebra siquiera con un cántico la última jornada del Creador. Los abismos se entreabren los dias de Génesis reaparecen; nadie se apercibe de ello: el rumor de la política de los pequeños príncipes de Italia cubre el murmullo del universo naciente.

¿Qué vienen á ser los vastos pensamientos que habian sostenido á Cristóbal Colon, la idea de encontrar en América el desenlace de la política sagrada, de que este mundo sirviera para la alianza y la unidad del mundo moral, de bautizar la nueva tierra en un nuevo amor? Estos pensamientos han brillado tambien en nuestros dias, pero no habiéndolos comprendido la Iglesia en el instante del descubrimiento, el hecho más religioso del mundo moderno pierde enseguida su significacion. Queda de los designios del Creador la imágen de una tierra en que el oro se mezcla á todo, el Eden espiritual donde el género humano debia encontrar el cumplimiento de las Escrituras no es mas que un Elderado. Si seguís á los conquistadores os apercibireis á cada paso de que la Iglesia no ha comprendido el carácter divino de esa revelacion de un mundo á otro, penetra en sus islas, á través de sus bosques, en aquel *Paraiso* (1) sin ningun entu-

(1) Es la palabra de Colon.

siasmo: ve tan sólo una provincia mas que añadir á sus provincias. Cuando hubiérase necesitado una caridad inmensa para abrazar ambos continentes y adaptarse á la creacion engrandecida, en vez de dilatarse, se cierra; se forja un Cristo con los *brazos cruzados*, que ahoga y rompe sobre su pecho el universo demasiado vasto. El bautismo de amor de Cristóbal Colon se convierte en un bautismo de sangre. No viendo ningun signo de porvenir en la ocupacion de un continente nuevo, el entusiasmo que el descubrimiento no habia podido menos de excitar, se consagró á esprimirlo extrayendo de él el oro que contenia.

En lo que deberia ser una comunicacion entre Europa y América, los españoles no hallaron sino la ocasion de despojar en una noche á todo un universo. Parecia que el nuevo continente iba á recaer en su antiguo abismo; hasta tal punto se apresuraban á conducir léjos de él su más pura sustancia; de grado ó por fuerza los sacerdotes se apoderaban del alma, los soldados del oro. En vez de celebrar la nueva creacion, sólo se ocupaban en agotar sus fuentes.

Si algo hay evidente para mí, es que la Iglesia de la Edad-media faltó, al descubrirse América, á la mision más grande de los tiempos modernos. Maldijo la tierra inocente, tan limpia de mancilla como el rocío del Eden; persiguió mortalmente á razas que salian del abismo, no pidiendo otra cosa que el bautismo del

porvenir, y cuando todo llamaba por boca de los indígenas en el fondo de sus bosques al *Gran Espiritu*, no llevó consigo sino el más pequeño de los espíritus del pasado. Casó un alma gastada con una naturaleza virgen, y todo lo esterilizó.

«Es preciso que España haya cometido en el nuevo mundo algun gran atentado para ser castigada tan duramente por su propia conquista.» Esta confesion constituye la principal belleza poética de la Araucana de Ercilla; aún hoy manan sangre y claman contra los *godos* las piedras de Chile. Si preguntais á España desde cuando está inculto tal campo ó despoblado tal valle, casi siempre se remonta su origen á la conquista de América. El oro arrancado por la violencia, arruinó á los depredadores. Surge del nuevo mundo defraudado en sus esperanzas un anatema contra los conquistadores. ¡Extraña compensacion, América vencida ha robado á España y á Portugal sus habitantes y su fortuna!

En el punto de la Península de donde partian los buques para las Indias Orientales y Occidentales, elévase todavía un monumento del siglo XVI. Se llama el convento de Belen (1) y refleja todo el génio aventurero de esta época: grandes mástiles de piedra sirven

(1) Los arcos del convento de Belen están cerrados.

de columnas al templo: cuerdas y cables de mármol se anudan al rededor del edificio: la Iglesia es un bajel que se apareja para levar anclas. Los ornamentos de escultura son sirenas que nadan en las olas: loros, frutos de la India, cuadrumanos que se mecen en bejucos, escudos, hachas, casi por todas partes el globo envuelto en una corona. Algo más léjos una gran torre mira al mar: sus fundamentos se apoyan en cuatro grandes hipopótamos de piedra que indican el génio anfíbio de la Península. Nada más triste ahora que esos aprestos, nada revela mejor la especie de condenacion de que anteriormente hablaba; ese bajel tan bien empavesado para toda la eternidad no tiene pasageros; esos hipopótamos de granito no avanzan ya hácia el mar.

Lo que no pudo hacer el prodigio de una creacion nueva, lo consiguió la reforma, despertando al catolicismo de su letargo. La obra de Dios no conmovió á nadie; la revolucion de los hombres resucita á la Iglesia. Es hermoso ver como ese gran cuerpo que parecia caido para siempre, se hiergue y despliega fuerzas que no estaban sino adormecidas. En este momento de sorpresa la Iglesia es salvada por el mundo, el papado por la monarquía. Se encuentra en la extremidad del Mediodia un hombre, Felipe II, que siendo opuesto en un todo á Lutero, abate su furor ántes que nadie. Nunca el ódio al porvenir estuvo mejor y más na-

turalmente representado. La fisonomía misma de Felipe II tiene la rigidez inexorable de la muerte; reina invisible como desde el fondo de un sepulcro; en torno suyo se extiende el silencio de los cementerios. En su ódio á la vida petrifica su inmenso imperio; si hubiera podido, habria helado con su mirada el resplandor del sol de España.

Quien no haya visto el Escorial no se figurará nunca la fortaleza en que se encastilló el espíritu del pasado, desafiando al porvenir; sus muros de granito de aspecto egipcio, sus torreones, sus cláustros, sus castillos, su palacio lleno de celdas, todo está dedicado á la muerte. ¿Cómo podría franquear su recinto una sola idea del mundo moderno? Vése en cada una de sus piedras que ha invadido el mismo terror á la Iglesia y á la monarquía; refúgiase una en otra; estréchase una contra otra, como en un temblor de tierra. La Iglesia se defiende con el palacio, el palacio con la Iglesia; en medio de la sombra más profunda el pálido espectro de Felipe II está arrodillado ante el altar. De recinto en recinto, de palacio en palacio, de cláustro en cláustro llegais por fin á la habitacion, centro y fundamento del edificio; esa habitacion sólo encierra tumbas como una pirámide de Egipto. Todo el Escorial parece una inmensa tumba en que se apoyan España y el génio de la Europa meridional en el siglo XVI.

En efecto, colócase España alrededor de esa necrópolis para sostener su lucha con el protestantismo. Esta misión le corresponde de derecho; acostumbrada á la guerra santa con el islamismo, no necesita sino cambiar de frente para encontrarse completamente armada contra la reforma. En América donde habria sido preciso atraerse un mundo por medio de la caridad, fracasó; pero desde que se trata de aborrecer, de combatir, de continuar la guerra santa, se manifiesta su génio. Dos milicias particulares se forman en su seno, la inquisición y el jesuitismo. (1) La primera es propiedad exclusiva suya. Ese fondo de violencia musulmana cubierta con la mansedumbre de los apóstoles, esa espada de fuego de Mahoma en la mano helada de Felipe II, ese ardor del desierto, ese secreto del Escorial, esos dos génios del Corán y del Evangelio asociados tan sólo en una alianza de cólera y de ódio, todo esto hace del santo oficio una institución que no podia desenvolverse sino en España.

Hay quien no comprende aún cómo semejante combinación pudo ser popular; pero es que no ha sido estudiada sino muy superficialmente. La

(1) En lo que concierne á la compañía de Jesús y al Concilio de Trento, véase el libro *Los Jesuitas y El Ultramontanismo*.

misma mezcla que se ha formado en todas partes, en España, entre el mahometismo y el cristianismo, en la lengua, la arquitectura, los romances, la poesía, las letras, se cumple en esa legislación increíble del santo oficio. Mahoma inspira el principio, el exterminio; el cristianismo une á él las apariencias de una dulzura inagotable; la monarquía añade el silencio, las tinieblas. De ahí la facilidad con que era obedecida una institución que renacia de todas las cosas. Alah exterminador y Cristo doliente de la Edad-media, se identificaban y vivían en el alma del inquisidor. Dos religiones mortalmente enemigas, asociándose y reuniendo sus terrores para engendrar un mónstruo de cólera, he aquí lo que ha asombrado y helado al resto del mundo.

De esa mezcla prodigiosa proceden á la vez la violencia inexorable en los castigos y la ternura, la conmiseración en las palabras; el contraste entre la tortura implacable y la misericordia de los interrogatorios oficiales. Que se desnaturalice cuanto se quiera el cristianismo, nunca se podrá constituir la Inquisición; necesitase para llegar á ella hacer entrar en el Evangelio el fermento de otro culto. Francia, Italia, en el paroxismo de su cólera, rechazan este arma, sienten en el fondo de dicha institución un germen extraño, el alma de los desiertos de África, que las espanta, porque les es imposible darse cuenta de ella por las tradiciones cristianas.

España ha sellado el contrato de Cristo y de Mahoma en la venganza: ha aplastado á sus enemigos entre dos religiones, como si no hubiera tenido bastante fé en el poder de ódio del cristianismo. En el pórtico de la inquisicion se leian estas palabras!: «*jeste lugar es terrible! Terribilis est iste locus!*» En efecto, el que entraba allí, encontrábase torturado en sentidos opuestos por la violencia de Mahoma y por la mansedumbre de Cristo, sentíase precipitado en una region donde en cada palabra del Evangelio fulguraba un relámpago del Coran. Las palabras más usuales perdian su sentido, el hombre no podia decir nada al hombre, la paz significaba la guerra. La palabra más dulce del Evangelio destilaba la sangre de las cimitarras.

Acúsase al catolicismo de haber producido la inquisicion; acabamos de absolverle á medias. Entregado á sí sólo, jamás habria concebido tal prodigio de ódio; fué necesario para ello no sólo reunir dos infiernos, sino atizar el uno con el otro.

A la vez que esa milicia disfrazada defendia la entrada de España y del Mediodía, la sociedad de Jesus trasponía los Pirineos. Hay tres razones para que no haya sido nunca popular en España el jesuitismo: su espíritu cosmopolita y su instinto político. La flexibilidad del jesuitismo se aviene mal con la rigidez de España: tantas precauciones, tantos ambages y miramientos, se concilian mal con un país que no discutía, sino

que quemaba á los hereges, no transigiendo con ellos hasta convertirlos. Los inquisidores debian naturalmente prevalecer sobre las demás órdenes.

Por lo demás, ni Felipe II, ni la inquisicion, ni los jesuitas, habrian impedido, que la vida nueva se extendiese, si un poder más real no hubiese combatido por ellos. Detrás de esos ejércitos espirituales que se mueven para aplastar al Norte, oigo una voz que puede considerarse como la del corazon mismo de todos los pueblos del Mediodía; es la de Santa Teresa. ¡Escuchadla! ella explica porque se detiene la reforma. El protestantismo tiene doctores, héroes; es audaz, agrada al espíritu, lo subyuga, y sin embargo, algo le falta cuando no se ha elevado nunca al nivel del corazon de Santa Teresa. Hay un alma que se siente mortalmente herida del golpe que recibe Cristo en la excision de su Iglesia; llora con Cristo á la noticia del triunfo de los luteranos, y establece una orden para combatir, pero sólo con las lágrimas, el silencio, el dolor, el amor. En medio de la lucha del Norte y del Mediodía de Europa, la voz de Santa Teresa es la oracion de la tierra estremecida: «¡Qué es esto, exclama, señor y Dios mio! La tierra se abrasa: ó poned fin al mundo, ó dad remedio para tan grandes males, que no hay corazon que pueda soportarlos.» En este grito de Santa Teresa hay un estremecimiento maternal, como en el grito de María al pié de la cruz. No se habia oido en

la tierra igual gemido ni visto desgarrarse un corazón de tal manera desde el descendimiento del Gólgota.

La reforma ha opuesto sus doctores á los doctores de Roma, sus ejércitos á otros ejércitos, Gustavo Adolfo á Wallenstein: pero ¿cómo no ha vencido nunca ese grito de angustia partido del Gólgota del siglo XVI? En donde ha mostrado más fuego interior, más amor inextinguible que la Santa española? Ese sólo corazón que no puede superar, muestra anticipadamente que su victoria no será nunca completa. Porque el grito de ese alma herida con flechas de fuego (1), es el grito de la tierra y del cielo del Mediodía, es el grito de la pasión, del hambre de amor que constituye en el fondo el génio de la Europa meridional y que, elevándose á su más pura potencia, lanzaba al protestantismo el desafío de igualarle. Cuando todo propendia á la cólera, inquisidores, dominicos, jesuitas, una mujer se adhiere obstinadamente á una visión de amor divino: con esta constante aspiración en que la reforma la sigue con trabajo, hace tanto como los ejércitos.

Entre el Norte y el Mediodía, la cuestión era el saber quien tenía más caridad, más amor. Santa Teresa echó sola en la balanza mayor cantidad de oro puro que juntos todos los doctores de la Santa Sede.

¿Pregúntase, qué haría hoy la mujer que tu-

(1) Como si viniese una saeta de fuego.

viera el génio divino de la Española? ¿Qué empleo deja la sociedad moderna á esos sublimes caracteres? Nos inclinamos á pensar que no es esta época oportuna para ellos: no sabemos como un santo pensamiento radia á lo lejos, aun permaneciendo oculto, como la lámpara del hogar, por caminos desconocidos. No creemos más que en los efectos inmediatos. Y sin embargo, ¿quién sabe lo que una nueva Santa Teresa encontraría en estos novísimos tiempos de disputa; qué grito no podría exhalar, qué piedad maternal no se apoderaría de ella! Aunque se recogiese en una celda más retirada que la del monasterio de Avila, su alma acabaría por atravesar las murallas; sentiríase su influencia, sin saber de donde procedía.

Hé aquí, pues, la respuesta del catolicismo á la reforma en el país más dispuesto á combatirla: se le creía abatido, y reaparece en su energía primitiva. Italia resiste con el anatema. La confesión de Ausburgo se estrella en el Concilio de Trento, las visiones de Santa Teresa en la lógica de Calvino, el jesuitismo en el puritanismo; ya sólo resta abandonar su discusión y precipitarse en las espantosas guerras de Francia y Alemania.

El que no mire en medio de ese caos más que las disputas teológicas, las matanzas, las hogueras, debe pensar que la reforma asaltada con violencia imprevista vá á desaparecer. Cesa la discusión por la palabra; no se reprodu-

cen los brillantes monumentos de la primera época de los reformadores; hay un instante de silencio en el protestantismo, como si fuese á anegarse en su sangre. Pero ese silencio es el grano que germina en una tierra poderosa. El catolicismo cae entonces en una ilusión irremediable: aglomera libros sobre libros, refutaciones sobre refutaciones; cree que ha vencido, y lo cree precisamente en el momento en que vé revestirse al protestantismo de instituciones inespugnables, en que sus libros son revoluciones. La república de Holanda, la de Ginebra, la revolución de Inglaterra, la Constitución de los Estados-Unidos, todas estas instituciones que informa en su espíritu, son una co-razza en que se embotan las armas de la Iglesia de la Edad-media: élévase á una forma de gobierno más cristiano en el ideal católico, y subiendo un grado más arriba en la escala de la política de Dios, se ríe de los anatemas del Concilio de Trento.

En efecto, como hemos mostrado en *El Ultramontanismo*, la constitución de la Iglesia católica establecida por este Concilio es el ideal del poder absoluto. Sobre este modelo se han formado y desenvuelto las monarquías católicas del Mediodía desde hace tres siglos. ¿Qué son, por el contrario, esas formas nuevas aplicadas en Europa, Ginebra, Holanda, la revolución inglesa, sino el protestantismo mismo que llega á ser el alma del poder temporal? Los doctores

católicos disputan contra individuos; afirman que si hubieran quemado tal libro, refutado tal página, destruido la fama de tal autor, habrían conseguido la desaparición de la reforma; no ven que esa reforma entraba de tal suerte en los designios de la Providencia que, para preservarla de su cólera, la hizo el alma y el fundamento de nuevas sociedades.

No hay más que un medio de destruir el protestantismo, y es el de luchar con él, no por la controversia, no con sermones, sino con obras vivientes que dan la medida del espíritu que las crea.

Quereis refutar la reforma, está bien, es mas, no creo que sea ella la última palabra de las cosas. Dejad en paz á Lutero, á Calvino, levantad en cualquier parte una sociedad más libre que Inglaterra, más francamente democrática que los Estados-Unidos, más universal que la Francia de la revolución: hé aquí á lo que estais obligados: los libros reformistas del siglo diez y seis están escritos hoy en caracteres vivientes. ¿Pensais borrarlos con tinta? Bossuet es elocuente, pero la revolución de Inglaterra es aún más elocuente que él.

¿Quién no reconoce, en efecto, en las instituciones salidas de esa revolución el alma del protestantismo en el seno de una sociedad feudal? ¿No es la carta la Biblia política ánte la cual se detiene la discusión? Ese espíritu de rebeldía que parece querer trastornarlo todo y que no

va sino á inclinarse ante el libro de la ley, esa apariencia de rebelion que hace resalte más la obediencia, esa consagracion de los derechos del individuo, ese hogar doméstico respetado de igual manera que el templo, esa predestinacion de felicidad y de desgracia que concilia la desigualdad con la libertad, esas garantías de la libertad de la prensa que no son sino la consecuencia del derecho de exámen; en fin, la monarquía truncada, decapitada como el papado, no son estos, detalle por detalle, los dogmas de los primeros reformadores?

Montesquieu penetra en los bosques de los gérmanos, para encontrar la explicacion de la Constitucion de Iglaterra; pero es indudable que este misterio se halla escrito en el ideal de la Iglesia anglicana. La revolucion de Inglaterra, como la reforma, parece tender ménos hácia el porvenir que á un pasado inaccesible; los ingleses buscan la libertad, como la religion, remontándose á su cuna, no anticipando el mañana, y con arreglo al espíritu de Calvino, su religion ofrece el carácter particular de que los más exaltados se proponen ménos plantear un órden desconocido que restaurar una felicidad olvidada en la *vieja Inglaterra*.

Añadamos esta observacion importante: la reforma habia disminuido la solidaridad entre los hombres; las obras, los méritos de uno no servian para otro; cada uno estaba encargado, por decirlo así, del cuidado de sí mismo. Este ca-

rácter se encuentra íntegro en la revolucion británica. En medio del mayor fervor de los partidos, nadie piensa extender la vida nueva á los pueblos extraños. El volcan se apaga en el océano: no comunica su fuego al resto del mundo. Parece un cisma político en la humanidad; todo lo contrario de la revolucion universal y verdaderamente católica (1) de Francia.

Por otra parte, para juzgar la lucha del catolicismo moderno y del protestantismo es necesario salir de Europa. Aquí, los establecimientos antiguos, las costumbres, embarazaban á ámbos en sus movimientos. La Providencia los llama á un campo cerrado mucho más vasto, en el que rodeado cada uno de sus obras, no será juzgado sino por ellas. La Iglesia de la Edad-media y la reforma hallaron en América un mundo entero en que medir sus fuerzas. ¡Duelo que tiene á la tierra y al cielo por testigos! Algunos hombres arriban aisladamente á la playa de la América del Norte, pobres, sin nombre, sin pasado, sólo llevan consigo un libro, la Biblia, le abren en la ribera y comienzan inmediatamente á edificar la ciudad nueva sobre el plan del libro restituido por Lutero.

El principio protestante se realiza con lógica maravillosa; y es verdaderamente extraño que muchos de los escritores que, entre nosotros, han tratado de la democracia en América, no ha-

(1) En el sentido literal.

yan visto en sus instituciones sino la influencia vaga de la religion en general. Esas instituciones llevan exclusivamente el sello de la reforma. Cada uno de sus fundadores penetra solo, aislado en el fondo de las selvas; es allí, por decirlo así, el rey de un mundo; no depende más que de sí mismo en el universo físico y en el moral; envuelvenlo la naturaleza y la Biblia. En esa inmensidad es él mismo una Iglesia; artesano, rey y sacerdote á la vez, bautiza á sus hijos, bendice su casamiento; poco á poco otros soberanos se acercan, sin saberlo, á sus dominios; las lagunas se llenan; la cabaña se convierte en aldea, la aldea en ciudad; fórmase la sociedad sin que el individuo ceda nada de su poder: espectáculo que no se ha visto dos veces en el mundo. El Evangelio es el contrato primitivo que hace de esos solitarios los ciudadanos de una República de iguales; la autoridad que todos se atribuyen acerca de la creencia conduce necesariamente á la soberanía del pueblo en materia política. ¿Cómo el que es soberano en el dogma no lo sería en el gobierno? Todos tienen su voto en la ciudad de Dios y en la ciudad del hombre; esa libertad que engendra las sectas, tiene por forma necesaria la confederacion.

Así la sociedad de los Estados-Unidos encierra en su seno la fuerza que da la lógica absoluta de un principio. Los europeos que no poseen el secreto de esa organizacion y desconocen su base sagrada, deciden de todo con arreglo á

las fórmulas antiguas. Al menor movimiento que les choca, repiten el antiguo adagio de que la forma republicana no es posible sino en pueblos de mediana extension, y á seguida profetizan que mañana ó pasado mañana los Estados-Unidos recaerán en la antigua monarquía. Pero sin curarse de estas advertencias, la América del Norte siente que no está edificada sobre arena ni descansa en una convencion vaga y arbitraria; que el gérmen de ese gran árbol social que en ella echó sus raices y se desenvuelve libremente, es un principio positivo, el protestantismo, y que en tanto no se le extirpe ó reemplace con la gerarquía católica, la vida republicana puede dilatarse y crecer sin límites.

¡Observad al mismo tiempo la calma y la audacia de esos hombres! En su imperio naciente se encuentra á la vez la fogosidad de Luter y la frialdad de Calvino. ¡Qué intrepidez para lanzarse en ese infinito visible, en alejar cada vez más los límites, en domar las hidras de los bosques! ¡Trabajo de Hércules cumplido por espíritus cristianos! ¡Santidad del trabajo del hombre ocupado en domar un hemisferio! Todo un imperio se hace artesano; el taller es un nuevo universo; los instrumentos son los rios; Cristo vuelve á ser carpintero.

Escuchad el ruido de su hacha; abate la encina primitiva en medio del bosque nunca hollado. El sudor inunda su frente. Todo el mundo cree que sólo está ocupado con el cartabon y el

compás. Construye con gran trabajo cerca del torrente una cabaña desconocida: apenas si el viajero se digna volver la cabeza hácia esa humilde morada, en que el ruido del hacha y del martillo se confunde con el canto de un salmo. Pero si algunos años despues pasa por el mismo sitio, vé alzarse allí en lugar de la cabaña un poderoso imperio por una especie de milagro social. El carpintero se ha convertido en el fundador de un mundo.

En esa América del Norte que tan material se nos pinta, veo al escritor mas idealista de nuestros tiempos. Comparad las fórmulas frecuentemente alejandrinas de la filosofía alemana, con la inspiracion, el vuelo moral de Emerson. Una filosofía virgen debia nacer en esos bosques vírgenes, y ya comienza á dibujarse. El hombre á quien acabo de nombrar, basta para demostrar que atrevidos *gastadores* se empeñan en América en la investigacion de lo verdadero en el mundo moral. Lo que publicamos aquí desde lo alto de las ruinas del pasado frecuentemente lo publican ellos en la soledad de la naturaleza. ¿Qué quieren decir esas voces que se conciertan sin conocerse á través del océano? Al dejar el pasado no nos hemos extraviado ni unos ni otros en una isla desierta. Hé aquí sobre la arena no hollada del nuevo mundo, los pasos de un hombre que se dirige al porvenir por el mismo camino que nosotros.

En esa gran liza abierta entre dos religiones,

el catolicismo del Concilio de Trento recibió para desenvolverse la América del Sur. Los fundadores no son aquí individuos aislados; son, por el contrario, segun el principio católico, asociaciones formadas anteriormente, un imperio poderoso que armado de todas armas, toma posesion del suelo. España con su Iglesia, con su autoridad, con sus ejércitos, se establece en América: para que el ejemplo sea mas elocuente, por una parte, el pueblo que ocupa ese teatro es el brazo derecho del catolicismo; por otra, la comarca que se le concede es la más favorecida por el Creador. Valles, llanuras inmensas parecen llamar la vida que debe hacer germinar imperios poderosos. A fin de que la experiencia sea más decisiva, no se permitirá la aproximacion á esas riberas sino al catolicismo; (1) la civilizacion de los indígenas le hubiera quizás contrariado; desaparece.

Queda sólo una naturaleza potente que en su soledad invita al hombre á coronarla de vastos pensamientos, de proyectos, de innovaciones, de sociedades, de monarquías gigantescas como ella; pero el hombre permanece inmóvil, una fuerza invisible ata sus brazos.

Su pensamiento no se eleva, no se engrande-

(1) Segun el censo de 1796, de los seis millones de Indios del Perú cinco millones y medio habian sido destruidos: hoy el catolicismo tiende á la conservacion de los indígenas.

ce en ese molde nuevo que se abre para recibirle. Tres siglos pasan, y todo enmudece en torno suyo. En medio de las selvas vírgenes ni un pensamiento brilla en una institucion, en una obra, ni siquiera en un libro. (1) La brisa matinal del universo refresca la frente del hombre, y no puede reanimar á ese anciano. ¿Qué son esas cunas de Imperios, Méjico, Rio-Janeiro, Buenos-Aires, Lima, (2) que desde el primer día ostentan las arrugas de Byzancio? Solo Chile (3) parece guardar aún el alma de los antiguos arau-

(1) Estaba prohibido imprimir cualquier libro, incluso los de devocion. (Lastarria, pág. 42.)

(2) En 1706 una ordenanza de Lima prohibió á los negros, á los mulatos, á los mestizos y á los indios comerciar, traficar, vender en las calles por la consideracion de que «no sería decoroso que esa clase de gentes se igualase á los que han elegido dichas profesiones, siendo necesario reducirles á las ocupaciones mecánicas puesto que no son propios para otras.»

(3) Tengo á la vista un párrafo lleno de elevacion y de lógica sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado en Chile, del folleto *Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao. Es verdad que dicho folleto ha sido condenado como herético por los Tribunales de Chile. Esas pocas páginas bastan por sí solas para mostrar que, apesar de todas las trabas, se empieza á pensar con vigor al otro lado de las cordilleras; *el bautismo de la palabra nueva*, he aquí una frase que ha debido sorprender en un escrito publicado en los confines de las Pampas.

canos del poema de Ercilla. ¿Qué significa ese prodigio de esterilidad en un mundo nuevo, sino que la idea implantada en él habia dado ya todos sus frutos en otra parte; que el catolicismo esencialmente conservador desde hace tres siglos habia dejado de resistir la fuerza impulsiva del espíritu de creacion, que era incapaz de difundir en adelante en los vastos océanos el verbo que engendra un nuevo mundo social, que su alma prisionera en las catedrales de la Edad-media carecia de la fuerza de su tempestad divina, para purificar el cáos y bautizar los continentes?

¿Qué no habia hecho en su juventud en los abruptos bosques de Germania, de las Galias, de Bretaña! ¿Qué catedrales no habia sabido extraer de las montañas! ¿Qué gritos, qué palabras no habia arrancado á las piedras! ¿Cómo no habia plegado esta naturaleza á su imágen! Y héle aquí ahora trasportado á una naturaleza sin mancha que recordaba los primeros eremitas, los S. Pablo, los S. Antonio, los S. Atanasio de los primeros tiempos. Ve este mundo immaculado y y no lo comprende. Siéntase inmóvil á la orilla de los grandes rios, teniendo solo recuerdos en un mundo que carece de pasado, no sabiendo como asociarse á tanta juventud, renunciando bien pronto á ella, rehaciendo al pié de las cordilleras lo que hiciera en otro tiempo con los merovingios, sin que el coro de adoracion que emana de tantas criaturas nuevas añada un

acento, una forma, una nota á su liturgia, y pareciendo repetir á cada palabra: es tarde, es muy tarde para amar, celebrar, abrazar las obras salidas ayer puras y vivas de las manos del Dios siempre vivo.

¿Quereis averiguar la causa del mal extraño que devoran las instituciones de la América del Sur? Pues, segun lo que acabo de decir, no es difícil descubrirlo. Ese mal es la contradiccion. De un lado, la religion del Estado, el catolicismo del Concilio de Trento, hace gravitar sobre esos pueblos el ideal del gobierno absoluto de Felipe II. De otro, el soplo de la América del Norte y de Francia ha llegado hasta ellos, atormentándolos con un deseo inextinguible de libertad. ¿Qué resulta del choque de estas fuerzas opuestas? Que esos pueblos se agitan con un movimiento desesperado; que hagan lo que quieran, acaban por realizar inevitablemente en la política el ideal escrito en la religion del Estado, es decir, el poder absoluto. Todo lo que pueden conseguir es cambiar de dictadores. Vése que las Repúblicas no logran mas que agravar su servidumbre. ¡Suplicio nuevo! La América del Sur, echada á la sombra de un vasto manzanillo, recibe la letárgica influencia de este árbol, cuyo tronco y raices son para ella invisibles, porque están en otro continente.

Sin embargo, ¿quién osará decir que esas dos religiones, el catolicismo y la reforma, no han sido puestas una enfrente de otra sino por vano

espectáculo? Si cada una ha recibido todo un mundo, ¿no será este un signo de que ninguna vencerá en absoluto y que el destino de ámbas es fundirse en una unidad más alta, en que el entusiasmo de Santa Teresa se concilie con el razonamiento de Calvino, en que el corazón y la cabeza se entiendan nuevamente? El ideal de Cristóbal Colon reunia los dos polos del pensamiento humano, la rectitud de los geómetras, el fuego interior de los profetas, y la libertad de los espíritus disidentes, y del mismo modo que en el pasado los misioneros comunicaban su espíritu particular á la comarca á donde eran enviados, que Orfeo legaba su alma de artista á Grecia, San Pablo su espíritu de discusion á la Iglesia de Asia, San Pedro su espíritu de autoridad á la Iglesia romana, ¿no es dable pensar que la gran alma de Cristóbal Colon, que contenía á la vez á Roma y Ginebra, la ortodoxia y la heregía, el Norte y el Mediodía, será tarde ó temprano el principio vital de la Iglesia del Nuevo mundo? La heregía de Cristóbal Colon, más verdadera que la antigua ortodoxia, es el grano de vida sembrado en el surco del porvenir: tarde ó temprano, la sociedad, dilatándose, se asemejará á su gérmen.

No se ha alcanzado todavía la unidad moral que Cristóbal Colon buscaba en su carabela, pero desde entonces no ha cesado de aproximarse la ribera de la alianza. El mundo social flota hoy impaciente por tocar la playa en que los presen-

timientos deben realizarse. Algunos gritan ya, ¡Tierra!, y frecuentemente es una nube. Entonces la multitud desespera; pide volver al pasado, á los dominios de la antigua Iglesia. Otros perciben pájaros viajeros, yerbas marinas y quisieran desviarse á cada uno de estos signos; pero un soplo inexorable hincha las velas del navío que no puede retroceder; el corazón más insignificante que late lo precipita tanto como un golpe de remo; marcha, abre su surco, avanza, Dios le guía al puerto.

CONFERENCIA XII.

LA IGLESIA GALICANA Y LA IGLESIA DEL PORVENIR

La Iglesia derriba á la Iglesia.—Francia católica desconfía del catolicismo.—Política sagrada de Bossuet: la Carta del poder absoluto.—¿Cuál es el signo de un gobierno legítimo y cristiano?—Una Eucaristía social.—Las libertades galicanas y el futuro Concilio; una servidumbre disimulada.—El papado da al siglo diez y ocho la señal de toda negación.—La bula *Unigénitus*.—El Cristianismo negado por la Santa Sede.—La guerra civil en la Iglesia: Bossuet y Fenelon.—Necesidad de otro ideal.—¿Es católica la literatura francesa?—Su comparación con la española.—La filosofía legitimada por la Iglesia.—Falsa pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho.

En esa crisis que divide al mundo entre el catolicismo y la reforma, cuando cada uno hace su elección, y se vé á Francia decidirse por la Iglesia de la Edad-media despues de algunas vacilaciones, adherirse á ella con furor en la liga, con reflexión en el siglo diez y siete, se debe temer que este país no se cierre para siempre las puertas del progreso. Encerrándose en el círculo de España y de Italia ¿no se condena inevitable-

timientos deben realizarse. Algunos gritan ya, ¡Tierra!, y frecuentemente es una nube. Entonces la multitud desespera; pide volver al pasado, á los dominios de la antigua Iglesia. Otros perciben pájaros viajeros, yerbas marinas y quisieran desviarse á cada uno de estos signos; pero un soplo inexorable hincha las velas del navío que no puede retroceder; el corazón más insignificante que late lo precipita tanto como un golpe de remo; marcha, abre su surco, avanza, Dios le guía al puerto.

CONFERENCIA XII.

LA IGLESIA GALICANA Y LA IGLESIA DEL PORVENIR

La Iglesia derriba á la Iglesia.—Francia católica desconfía del catolicismo.—Política sagrada de Bossuet: la Carta del poder absoluto.—¿Cuál es el signo de un gobierno legítimo y cristiano?—Una Eucaristía social.—Las libertades galicanas y el futuro Concilio; una servidumbre disimulada.—El papado da al siglo diez y ocho la señal de toda negación.—La bula *Unigénitus*.—El Cristianismo negado por la Santa Sede.—La guerra civil en la Iglesia: Bossuet y Fenelon.—Necesidad de otro ideal.—¿Es católica la literatura francesa?—Su comparación con la española.—La filosofía legitimada por la Iglesia.—Falsa pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho.

En esa crisis que divide al mundo entre el catolicismo y la reforma, cuando cada uno hace su elección, y se vé á Francia decidirse por la Iglesia de la Edad-media despues de algunas vacilaciones, adherirse á ella con furor en la liga, con reflexión en el siglo diez y siete, se debe temer que este país no se cierre para siempre las puertas del progreso. Encerrándose en el círculo de España y de Italia ¿no se condena inevitable-

mente á la misma decadencia? ¿Cómo presentir que de la noche de San Bartolomé se pueda pasar nunca al despertar de la Constituyente, y que un pueblo tenga el capricho de conservar todas las trabas para romperlas todas á la vez? La imaginacion no puede ir tan léjos. Al ver su encarnizamiento contra las innovaciones del siglo diez y seis, parece evidente que Francia se somete al pasado de la raza latina, que se impone las mismas cadenas que los pueblos del Mediodía, que consiente en continuar siendo una provincia conquistada de la Roma espiritual. Francia sigue á la Galia en su derrota, rehusa emanciparse; el papa conserva sobre ella la mitad de los derechos del César; todo esto parece irrevocable

Además, para que se sepa á lo que se obliga, manteniendo su alianza con la Iglesia de la Edad-media, sucede que el escritor á quien se llama con razon el último de los Padres, Bossuet, se encarga de redactar la constitucion política (1), que es la condicion de este pacto.

Con candor incomparable que sólo pertenece al génio, Bossuet deduce del catolicismo moderno la constitucion ideal del Estado. Seguramente, nunca se ha puesto tanta lógica, buena fé y moderacion en trazar la teoría del poder absolu-

(1) *Política deducida de la Escritura*, por Bossuet. Véase también la *Política de Dios*, por Quevedo, que es uno de los libros más hermosos de la España del siglo diez y siete.

to. La monarquía sin más límite que ella misma, sin cortapisa en la tierra, contenido el Estado en el rey, suprimida en absoluto la autoridad del pueblo, todos los derechos de un lado, todos los deberes de otro encerrados en la obediencia ciega, brotan espontáneamente de la pluma de Bossuet; jamás le asalta el menor escrúpulo al escribir esa sorprendente constitucion de la servidumbre. Se la creería nacida en el pensamiento mismo de Luis XIV.

El Obispo de Meaux da á su príncipe la misma autoridad que Maquiavelo; pero al par que en el publicista florentino se goza al menos con las angustias del tirano, se experimenta una especie de espanto al ver al rey de Bossuet hacerse déspota por escrúpulo de conciencia. Lo usurpa todo, lo absorbe todo para mejor imitar al Dios de la ortodoxia en su política sagrada. Esa línea no interrumpida de monarcas absolutos que Bossuet evoca á nuestra vista, á contar desde los patriarcas y los reyes de Judea, esa tradicion de la esclavitud que hace remontar á los tiempos anteriores al diluvio, no deja ningún resquicio por donde pueda respirarse. No hay en esa serie solucion de continuidad; toda libertad parece heregía, y la servidumbre política que va aglomerándose y consagrándose de siglo en siglo como la misma ortodoxia, ahoga al espíritu mejor que la violencia y el hierro de Maquiavelo.

Porque observad que en esa Carta católica se quita toda esperanza al que pretenda evadirse.

La red envuelve al porvenir lo mismo que al pasado; ningun crimen, ningun perjurio del rey puede emancipar á los súbditos; ninguna obligacion le sujeta; nada ha prometido ni jurado. Todo pasa entre Dios y él; él es sagrado; el pueblo no tiene poder alguno sobre la corona de ese nuevo Cristo. De lo que resulta que toda revolucion es en sí ilegítima é impía. Las representaciones en voz baja, y sino son escuchadas, los suspiros, los gemidos, hasta aquí llega no mas el derecho de los pueblos. Habiendo tenido siempre por principio el catolicismo ver el derecho en donde está el hecho, el espíritu en el signo, el Evangelio en el sacerdote, la legitimidad en el príncipe, turbar el orden de las monarquías equivale para él á turbar el orden interior del mismo Dios.

Es decir, que la Iglesia al retener á Francia en las cadenas espirituales del pasado, la priva por boca de Bossuet de todo mañana político. Eternizar la monarquía de Luis XIV, tal es la última palabra de este profeta; la revolucion avanza, lánzale preventivamente su anatema. Ese gran hombre, cegado por su Iglesia, no quiere ver nada, presentir nada de lo que se prepara; todo su génio no le sirve sino para hacerse desmentir un siglo despues por el rey, por el pueblo y hasta por el mismo papa: pronuncia la oracion fúnebre del porvenir en el momento en que el porvenir se levanta.

Hé aquí, pues, á Francia agarrotada física

y moralmente por el más grande de sus sacerdotes. Es necesario, sin embargo, que ántes de pocos años esas ligaduras tan apretadas se rompan unas despues de otras, que esas tradiciones de muerte conduzcan á la vida de la Constituyente, Luis XIV á Napoleon, la soberanía del rey á la soberanía del pueblo, y que la política de Bossuet sea corregida por otra más sagrada. ¿Cómo podrá realizarse estó? Revolucion espiritual que es preciso seguir ántes de llegar á la revolucion política.

Ante todo, me preguntais en qué signo conozco si un gobierno es verdaderamente cristiano; y respondo que en vano he buscado su distintivo en los escritores eclesiásticos; pero despues de meditar mucho sobre ello, pienso que un soberano es cristiano en el verdadero sentido de la palabra, no si protege á la Iglesia, no si presta el consabido juramento de *exterminar á los hereges*; sino si, á imitacion de Jesucristo, dá su espíritu y su alma en pasto á su pueblo. (1) Un gobierno legitimo y cristiano es una especie de Eucaristía social, en la que el soberano nutre á un país, á una nacion, de su propia sustancia moral. Si el jefe de un Estado se nutre de su pueblo y lo devora, hace lo contrario de lo que previene Cristo; cualesquiera que sean las apariencias, su política es la opuesta á la del Dios de los modernos.

(1) Véase Quevedo, *Política de Dios*.

Juzgad con arreglo á este principio la accion de los príncipes y de los pueblos en la política universal, muchas cosas se os presentarán con claridad inesperada. Los gobiernos de Felipe II, de Luis XIV en sus postrimerias, de Luis XV, aunque apoyados en la Iglesia y en los confesores, absorbiendo toda la sustancia de sus súbditos, partiéndolos como se parte el pan, eran monarquías anti-cristianas. Por el contrario, el pueblo francés sublevado en un momento de furor contra la iglesia visible, pero distribuyéndose, por decirlo así, á toda la tierra y diciendo á los demás pueblos al difundir su espíritu, este es mi cuerpo, esta es mi sangre; era más cristiano, en medio de su blasfemia, que aquello que derribaba.

Durante dos siglos se han desgarrado la Europa del Norte y la Meridional por la cuestion de la Eucaristía y de la presencia real de Dios. El católico no pudo forzar al calvinista á creer que Dios estaba encarnado en una hostia; el calvinista no consiguió que el católico creyera que el misterio de vida se reduce á la conmemoracion de una escena histórica ocurrida hace diez y ocho siglos. La Tierra se obstina en repetir á unos que Dios sustenta hoy á las almas como las sustentaba ántes en la cena de Emaús; á otros, que no está adherido á un objeto con independencia del Espíritu. El mundo comienza á entrever que no comulga con el cielo solamente por medio de la hostia ó de los vasos sagrados. Un pensamiento de

lo alto que fortalece vuestro corazon como el vino, una palabra interior que le alimenta como el pan ¿no son tambien una hostia sin mancha? El entusiasmo desinteresado por la causa del universo ¿no es también el sustento de los ángeles? Por mi parte, estimo que toda la Francia comulgó el día del Juramento del Juego de Pelota. ¿Y quién me asegurará que los continentes que ya se aproximan, no comulgarán al fin, á la misma hora, en otro juramento repetido por todos los miembros de la Asamblea del género humano?

Desde este punto de vista es fácil demostrar la mision del siglo diez y ocho, y por que manera destruyendo la vieja sociedad todos los dias uno de sus principios, no deja al fin sino un cadáver que la revolucion pulverizará á su vez. Una sola cosa limitaba la monarquía de Luis XIV: era la autoridad de la Iglesia que pesaba sobre el rey. Esa sombra lejana se le hace insoportable; el semi-Dios de Versalles no puede tolerar el verse cohibido por el semi-Dios del Vaticano. El clero de Francia emancipa á la monarquía de ese resto de dependencia espiritual con la declaracion de 1682. El Estado político se desliga por completo del Estado religioso; rómpese el nudo gordiano; el trono se separa del altar, estimándose bastante poderoso para no apoyarse sino en sí mismo.

Todo el mundo cree entónces en Versalles que la monarquía absoluta, libre de la sujecion

de Roma, no tiene nada que temer; y por el contrario, se halla que esa pretendida emancipacion es la ruina de la monarquía limitada. Las libertades de la Iglesia galicana proclamadas en beneficio de Luis XIV, constituyen, en el fondo, el primer acto de la Revolucion Francesa. ¿Porqué? Voy á decirlo, y es extraño que no se haya hecho aun esta observacion.

La monarquía absoluta de Luis XIV tenia por condicion la monarquía absoluta del catolicismo romano. Ambas eran inseparables. Querer emanciparse de Roma, era en realidad para Luis XIV y sus sucesores despojarse de su principio y prescindir de su fundamento. Si soy creyente, debo someterme al poder absoluto; pero á condicion de que se me demuestre que ese poder es una consecuencia de mi creencia, de que no puedo discutir el primero sin quebrantar la segunda. Esa monarquía envuelta en los misterios del catolicismo, se convierte al cabo en un artículo de fe: me veo acosado por todas partes, y me arrodillo ante una autoridad que cubre al rey con el sacerdote, al sacerdote con el rey.

Pero si esa monarquía, permaneciendo absoluta, no quiere ser limitada por su principio, si pone su empeño en separarse del santuario, en descender á la plaza pública, en no apoyarse sino en sí misma, entónces su orgullo la pierde; porque la sorprende en su

aislamiento y en su desnudez. Todo ese fausto no me impide ver el vacio que se ha hecho bajo su planta. Para ser dueña más absoluta, ha rechazado la autoridad que la sostenía; no le queda más recurso que caer. Conservar la forma absoluta de la monarquía de España y prescindir de su sancion, es imposible. Destruyendo el lazo que le sugetaba al catolicismo romano, Luis XIV destruía el principio mismo de su autoridad; creía subir al trono de Carlo-Magno, cuando en realidad empezaba á bajar la escala de Luis XVI. Esa separacion de lo espiritual y temporal que constituye el fondo de la Iglesia galicana, encierra en sí un singular preságio. Cada pueblo sigue con confianza el ideal de su creencia; España se identifica con el catolicismo, Inglaterra con el protestantismo; sólo Francia declara en diferentes ocasiones que separa sus destinos del destino de su Iglesia. Francia consiente en no cambiar de religion, pero toma preventivamente la precaucion de no someter su fortuna á la del catolicismo; no tolera otro culto, pero se niega á aceptar el suyo como ideal de su vida política.

¡Qué reserva tan extraña! ó más bien, ¡que precoz desconfianza en lo que se llama libertades de la Iglesia galicana! En el instante mismo en que su fé es más viva, Francia no dá al catolicismo sino la mitad de sí misma, como si presintiese ya que esa creencia no es en la que debe detenerse. La Iglesia de un lado, la

Francia de otro; si la primera languidece, no así la segunda, que se conserva en medio del pasado, reservándose el derecho de no oír. Extraña convencion, llena de sospechas, y que por sí sola explica cómo nuestro país sin entregarse al protestantismo, ha podido escapar á lo que Saint-Simon llamaba el *cáncer roedor de Roma*. Los Estados del Mediodia no han experimentado ni un instante de duda; se han embarcado en el bajel del catolicismo para sobrenadar ó perecer con él. Se han confiado á él, sin limitacion, ingénuamente, sin curarse del desenlace, y hélos hoy efectivamente que sucumben sin saber de que modo regenerarse.

Si las libertades galicanas han permitido no comprometerlo todo, cielo y tierra, creencias, pátria, en una sola jugada, ved por otro lado las contradicciones en que han lanzado á la Iglesia; las observareis fácilmente. ¿En qué descansan esas libertades? Consisten en último termino en apelar del papa al *futuro concilio*; pero dónde está esa Asamblea que debe restablecer todos los derechos del espíritu? ¿Quién ha oído hablar de ella? Hace tres siglos que el cristianismo la espera; ¿no se teme, en verdad, que la paciencia falte, que el derecho sucumba, y que entretanto Cristo muera nuevamente de sed sobre la cruz.

Repítese aún en nuestros dias que la Iglesia galicana es libre, porque no admite otro soberano que el poder de las Asambleas ecuménicas.

¿Qué diriais de un Estado que se creyera independiente, porque interiormente llevase con paciencia su servidumbre, recreándose en el fantasma de una pretendida Asamblea constitucional, que nunca se realizaría, que nadie pensaría en convocar y que todos temieran igualmente? Si los siglos trascurrieran y ese mismo pueblo siguiera en la esclavitud, aplazando el mañana, proclamándose libre porque se satisfacía con esa añagaza de deliberacion futura, no haciendo nada para provocar su cumplimiento; si su vida se consumiese de ese modo, engañándose complacientemente á sí mismo, ¿no sería una ilusion insoportable, puesto que daría á los siervos la infatuacion de hombres libres? Ahora bien, en esta condicion doblemente ficticia, estriba la Iglesia galicana, ó más bien, es ese engaño lo que la ha conducido á la nada profunda en que hoy la veis y de que es imposible levantarla.

El ultramontanismo es todavía un sistema; el galicanismo es sólo una quimera, porque el mundo desengañado, fatigado de esperar la reunion de esa Asamblea que se aplaza para la consumacion de los siglos, ha convocado por sí mismo la Constituyente, la Legislativa, la Convencion. ¿Era este el futuro concilio de la Iglesia galicana? A ella le toca responder. Mas que al ménos se nos diga cuantos siglos es necesario esperar aún.

Para acabar, añadiré que ese sueño, decapitando al papado, lo reemplaza con otra servidum-

bre. Aún cuando esa ilusión de futuro sínodo se cumpliera para nuestros descendientes, la servidumbre variaría exclusivamente de forma, puesto que en esas pretendidas libertades sólo se olvida una cosa, el derecho sagrado del individuo, la autoridad inviolable en adelante de la conciencia privada, el Dios interior oculto en cada uno de nosotros.

Convocad hoy á los obispos y arzobispos de toda la tierra, y que esa asamblea pretenda [decidir como dueña absoluta del mundo interior; su tiranía me parecerá tan insoportable como la del obispo de Roma. ¿Quién podría abdicar hoy de su pensamiento, de su derecho moral, de la evidencia interior, ante una reunion del clero, por numerosa que fuese? En la nueva constitucion del espíritu, cada uno debe representarse á sí mismo; no hay diputados ni mandatos; nadie puede ceder á otro el derecho de votar en lugar suyo en las cuestiones eternas,

El catolicismo sabe muy bien que el Concilio se ha cerrado para siempre, que no debe abrirse nuevamente, que si fuera necesario llamar á su barra á los Juan Huss, á los Jerónimos de Praga, á los Luteros, á todos los disidentes de nuestra época, se expondría á tener que juzgar al mundo entero. Ha perdido la mayoría en la tierra ¿y se quiere que someta su destino al antiguo voto por naciones? ¿Cómo exijírselo? Dictadura por dictadura, la más lógica prevalece siempre por la fuerza de las cosas. La ortodoxia católica debe

confundirse cada vez más con el ultramontanismo; esta es su tendencia y su necesidad: la gran ventaja que descubro en ello, es que entre la Iglesia de la Edad-media y el espíritu viviente no habrá en adelante falsos mediadores. La extincion de las libertades galicanas que acabo de desenmascarar, despeja la situacion del mundo. En adelante, el pasado y el porvenir están frente á frente, sin que nadie pueda engañarse ni acerca del uno ni respecto del otro.

Si se desea ver como estaba condenada la vieja sociedad francesa mucho tiempo ántes de que la revolucion sobreviniese, basta considerar el primer monumento de la Santa Sede en el siglo diez y ocho: apercíbese en él que la vieja sociedad está herida en la cabeza, que el vértigo se apodera del papado.

En efecto, vé por primera vez el peligro que le rodea. El jansenismo, impulsado por el camino de los reformadores, tendia como ellos á disminuir la autoridad de los sacerdotes, abandonándose á Dios: el riesgo era real para la antigua Iglesia; apesar de los juramentos de obediencia, nadie podia decir, entrando en ese camino, donde se detendria. *Port-Royal* arruinado, se reedificaba en las almas. La misma humildad de Lutero y de Calvino, presagio de la revolucion, reaparecía bajo otra forma en la Iglesia católica. Se sentía la amenaza del fantasma de la reforma hasta en el santuario. ¿Qué acontece entónces? La cosa más extraordinaria del mundo, en la que no

me canso de pensar. El papa, á fin de inutilizar las armas espirituales que sus adversarios pedian á las Santas Escrituras, imaginó borrar de una vez y de un modo solemne el espíritu y la letra del Evangelio. Me explicaré. La Santa Sede publica en 1712 su bula Unigenitus, monumento increíble en la historia del cristianismo. Apodérase un verdadero estupor de los creyentes más fervorosos: Francia se ve desgarrada durante medio siglo; y por mi parte, declaro que, leyendo y releendo dicha bula, participo del estupor de aquellas generaciones; no puedo creer á mis ojos.

El papado niega en un día todo lo que ha afirmado en diez y ocho siglos, excepto su poder; negacion universal que pega á la frente del siglo diez y ocho que acaba de nacer. Esos increíbles anatemas hablaran por sí mismos.

Anatema á esta maxima: *Dios no está, la religion no está donde no está la caridad.* (1) De donde resulta que Dios, la religion y la caridad van cada cada uno por su lado.

Anatema á esta otra: *No hay buena obra sin el amor de Dios.* (2) De donde resulta que despues de prescindir de la caridad para con los hombres, puede prescindirse del amor hácia Dios. Despues de esto ¿qué queda? El Papa.

Maldicion sobre estas palabras: *la fé justi-*

(1) Nec Deus est, nec religio ubi non est caritas.

(2) Ut nullum peccatum est sine amore nostri, ita nullum est opus bonum sine amore Dei.

fica cuando obra, pero no obra sino por la caridad. (1) Esto reza con San Pablo, la excomunion cae sobre el apóstol desde lo más alto del Vaticano.

Condenacion y maldicion sobre estas palabras: *Se separan del pueblo de los elegidos, cuya figura fué el pueblo judío y la cabeza es Jesucristo, los que no viven segun el Evangelio ó no creen en el Evangelio.* (2) De donde se sigue que para pertenecer al pueblo de los elegidos no hay necesidad ni de vivir segun el Evangelio, ni de creer en él. ¿Qué mas dice Voltaire?

Anatema, condenacion, maldicion, sobre estas: *nada más vasto que la Iglesia de Dios, porque la componen todos los elejidos y justos de todos los siglos.* (3) Lo que quiere decir

(1) Fide justificat, cuando operatur; sed ipsa non operatur, nisi per caritatem.

(2) Separatur quis á populo electo, cujus figura fuit populus judaicus, et caput es Jesus Christus, tamen vivendum secundum Evangelium, quam non credendo Evangelio.

(3) Nihil spatiosus Ecclesia Dei, quia omne selecti, et justii omnium sæculorum illam componunt.

El anatema alcanza tambien á esta máxima: *el día del domingo debe ser santificado con lecturas de piedad y sobre todo de las Santas Escrituras: es pecaminoso querer apartar al cristiano de estas lecturas.* Hombre de buena fé que lees este anatema, dime lo que quieres que yo piense de él

que la Iglesia, tal como la entiende Roma, no es lo más vasto que hay. Esta opinion es tambien la nuestra, y el papado, negándose á sí mismo, concluye aquí, como los Césares, por un pomposo suicidio.

Para mayor seguridad, se condenan, anatematizan atropelladamente, á la ventura, como otras tantas blasfemias, los textos más brillantes de San Pablo, á veces las mismas palabras de Jesus, las máximas de los santos, de los mártires, de los Padres, es decir, todo, la tradicion y el Evangelio. Esa dictadura debia llegar hasta aquí y cegarse en su propio fulgor. Era imposible que el poder absoluto no concluyese en lo espiritual por un dia de vértigo. Los extravíos sensuales del papado, al salir de la Edad-media, precedieron al protestantismo; era preciso que un extravío más profundo, el del espíritu, anunciase una reforma más vasta. A decir verdad, el papa, en la bula *Unigénitus*, para desembarazarse de las heregías, no solo hiere al cristianismo, sino á la idea misma de la religion y de Dios. Y notad bien el ensañamiento de los antiguos poderes en aniquilarse por sus propias manos. La monarquía de Luis XIV, queriendo excederse, destruye su principio; solo queda el rey. El papa, para no tener rival, borra el Evangelio, solo queda el Sacerdote. Es decir, que á un lado veis un rey sin pueblo, al otro un sacerdote sin Evangelio, y en ámbos un Estado sin ideal, un catolicismo sin cristianismo, un

mundo sin fundamento. ¿Os pasmareis ya de que este se hunda ántes de que se le combata?

No se diga que los filósofos han quebrantado la fé. Esta iniciativa pertenece á una autoridad muy anterior á la suya. El siglo diez y ocho comienza con más solemnidad que se nos refiere. En sus primeros años, un papa, desde lo alto del Vaticano, en nombre de la vieja Iglesia, en toda la magestad de su autoridad infalible, lanza el Evangelio al abismo. Para no dejar á sus adversarios otro refugio que él mismo, pone á Cristo en entredicho. Hé aquí el primer acto del siglo diez y ocho.

Esta bula es el signo de una era nueva, y pertenecía de derecho al antiguo soberano espiritual la gloria que pudiera llevar consigo el dar ántes que nadie la señal del trastorno del antiguo mundo social y religioso. Ni Voltaire ni Rousseau tenian autoridad suficiente para ir los primeros. Antes que el mundo ensayase nada nuevo, era preciso que el sacerdote entregara á su mismo Dios, que cerrará el antiguo libro, y que saliera de los lábios mismos de la Iglesia la confesion de que *todo estaba consumado*.

Ahora nada de esto falta á ese decreto del papado que es el último, cuyo murmullo se ha dejado sentir en toda la tierra. En medio de las fiestas de la Regencia, ese eco resuena como los golpes del martillo del sacerdote en los clavos de la cruz. Señal para la tierra detemblar, para

el antiguo velo de desgarrarse! Maldiciendo, anatematizando los fundamentos místicos de la vieja sociedad francesa, el papa legitimaba anticipadamente los esfuerzos que el mundo iba á hacer por establecer otros sobre la base de la pura razon. Jamás la lógica divina, cuyas consecuencias hemos seguido desde el advenimiento de Cristo, se ha ostentado con más fuerza que en estos momentos. El papa derriba la Iglesia del Espíritu; la Revolucion Francesa á su advenimiento sólo tiene que derribar una Iglesia de piedra.

Es verdad que esas ruinas poseen aun dos hombres, Bossuet y Fenelon: por desgracia, ámbos pasan su vida disputando entre sí para saber donde está la ortodoxia. La palabra del uno desautoriza la del otro, y su teología se niega reciprocamente, en vez de fortalecerse y confirmarse, como acontecía á los primeros. Padres de la Iglesia. Bossuet condena á Fenelon, que á su vez condena á Saint-Cyran. Los santos se anatematizan y acusan mutuamente como en todas las grandes causas políticas. Jesuitismo contra Jansenismo, Iglesia romana contra Iglesia galicana: la guerra civil estalla en el Santo de los santos. La vieja Iglesia se hunde; y para que la ironía celeste se muestre en esta obra, el papado quiere dar á la Iglesia francesa del siglo diez y ocho un gefe digno de ella; y tanto trabaja que descubre en el fondo de la sociedad, en no sé que orgía de la Regencia, al

hombre más notoriamente vicioso, más universalmente deshonorado de la época, al abate Dubois, haciendo de él su cardenal. Cubre las espaldas de aquel apóstol de las plazuelas con la púrpura, símbolo de la sangre de los mártires: el piadoso Masillon necesita solemnizar esta parodia de la antigüedad cristiana. ¡Venid, pues, apresuraos santas cóleras del cielo! Angeles y Arcángeles, que curais las llagas por el fuego, si no sois una ilusion del justo, descended de vuestras nubes! La Iglesia misma invoca su castigo: impeled delante de vosotros, precipitad como un carro de guerra la revolucion que se aproxima con el fin del siglo. Traed si es preciso, el cáliz de los dias crueles: los santos lo aceptarán para purificarse de pecados tan atroces. Semiseparada de su Iglesia, Francia debió buscar pronto otro ideal en las letras y la filosofía. De esta situacion nació el carácter eminentemente social de la dominacion literaria de los siglos diez y siete y diez y ocho. Esa universalidad de nuestros escritores que se explica generalmente por consideraciones deducidas del génio particular de la época de Luis XIV, obedece á causas más profundas. Anteriormente habia habido grandes poetas en Francia, ninguno de ellos pudo ganarse fácilmente la admiracion del resto del mundo; por el contrario, una fábula de La Fontaine, una comedia de Moliere, el *Telémaco* de Fenelon, el *Cinna* de Corneille son adoptados al mismo tiempo en Madrid, en Londres, en Pe-

tersburgo, en Berlin, como obras de compatriotas. ¿Sabéis á qué se debe este prodigio? Procede de que la literatura de Francia ha permanecido, como el mismo Estado, independiente de su Iglesia, (1) de suerte que no está encerrada en el ideal de ninguna secta, católica ni protestante; pertenece á un ideal más universal, y esta es la causa de que haya sido admitida por pueblos de comuniones diferentes.

Después de las largas guerras religiosas fué para el mundo un día de fiesta la aparición de todas esas obras del siglo diez y siete, por las cuales podían los pueblos comulgar en un ideal más grande que el que los había dividido. El protestante de Alemania, el ultramontano de España, el cismático griego de Rusia, sentíanse reconciliados entre sí por mediadores que dominaban las antiguas querellas. En una palabra, la literatura francesa abandonando el espíritu de secta, deja de ser católica para ser universal. Cuando Fenelon, sin pensar en Roma, escribe el *Telémaco*, pertenece al mundo; cuando escribe inspirado por la Iglesia es el orador de un partido. ¿Necesitamos dar nuevas pruebas de este hecho? Desde hace tres siglos la literatura ortodoxa por excelencia, la que ha sido escrita bajo la vigilancia directa de la Iglesia es la española:

(1) Tan cierto es esto que el legislador de esa literatura, Boileau, creía que el catolicismo era inconciliable con la poesía.

ha carecido siempre de universalidad. Las obras dramáticas de Lope, de Calderon, están vaciadas en el molde exclusivo del génio católico. Es imposible adaptarse mas á él. Poesía, inspiración, nada falta á estas obras; y sin embargo ¿quién las conoce en Europa? Todos los esfuerzos que se hacen para difundirlas son inútiles. El sello de la ortodoxia les dá un carácter exótico en medio del espíritu europeo; siéntese en ellas el alma de una gran secta, no el alma viviente del género humano. El catolicismo trasladado así con todos sus rencores y sus límites á la poesía de los autos sacramentales, parece un cisma en el arte moderno.

Solo el hecho de que la Iglesia ha destruido á la Iglesia, cambia todo el aspecto del siglo diez y ocho. En primer lugar, viendo á la sociedad precipitada desde lo más alto, se comprende la inexplicable impetuosidad de su caída. En segundo lugar, aparecen á luz clara y viva la fácil victoria de la filosofía y la actitud pasiva del clero. Voltaire, Rosseau, Montesquieu, Diderot entran con la cabeza alta en una plaza desalojada de antemano, no tienen necesidad de combatir; avanzan sobre cenizas. Todo lo que se toman el trabajo de tocar se desploma por sí mismo. Hé aquí la razón de que se lleve á cabo la destrucción más terrible sin que se oiga ni un grito de dolor. Al ver la poca piedad de los vencedores, sentís que no hieren sino á muertos; los golpes mismos son frecuentemente ligeros como dirigidos contra

sombras. A la bula *Unigénitus* se contesta con las *Cartas persas*. Apodérase de este siglo ardiente alegría al ver cuán fácil es su victoria.

Por otra parte, el clero que se ha despojado del Evangelio, no sabe en donde guarecerse; cede en todas partes sin defensa. Apenas se contesta oscuramente en algunas cuestiones de erudición á Voltaire; pero por los demás, ni inspiración, ni lágrimas, ni entrañas. Cuando en medio de risas y burlas le ofrecen de todos lados á su Iglesia hiel y vinagre, parece que debieran exhalar de nuevo los gritos del Gólgota: *Padre mío, ¿porqué me abandonas?* Mas no se escapa entonces á la conciencia del mundo cristiano ningún ¡ay! de angustia profunda. No claman las piedras de las catedrales; los ojos permanecen secos. No veo ni mujeres llorando, ni discípulos atónitos al pié de la cruz del siglo diez y ocho. ¿Porqué? ¿No lo adivináis?

Es que la pretendida pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho es un simulacro de pasión. La Iglesia había despojado á la cruz de su espíritu, y nadie se apasiona ni llora en la tierra por un pedazo de madera muerta. El clero quiso sustituirse en las tinieblas al Dios del Evangelio; creyó por un momento que el mundo sería víctima de esta farsa; sentóse en un Gólgota de plata y oro; tendió sus dos brazos al placer, á la avaricia, y por esta imitación, y después de haber tirado el Evan-

gelio, estimó que la tierra le tomaría por el *Crucificado*.

Pero no fué así, vino la luz con el día; todo el mundo sorprendió el fraude; todo el siglo diez y ocho, pueblo y nobleza, escritores y artesanos, se pasó entre burlas y sarcasmos al pié de aquella parodia de Cristo, diciendo de mil manera al sacerdote que quería sustituirse á Dios; «yo te saludo, rey de los judíos,» y el sacerdote sobrecogido no tuvo ni un suspiro para quejarse de que la usurpación hubiera sido descubierta. Se calló. La tierra lejos de hendirse se estremeció de alegría, porque en el momento en que se representaba esta fingida pasión, el espíritu de Cristo viviente estaba en otra parte; la máscara desaparecía, la verdad quedaba.

En medio de estas ruinas, el hombre mostraba (1) radiante alegría, sentía en el fondo del corazón que Dios permanecería con él para rehacer el mundo.

(1) Véase el *Ultramontanismo*, sobre la filosofía del siglo diez y ocho, pág. 171.

CONFERENCIA XIII.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE Y LA CONVENCION.

La revolucion representada por el catolicismo como un infierno.—Poemas de Monti.—Dificultad peculiar á Francia.—Revolucion política y social sin revolucion religiosa.—Tentativa vana de la Constituyente para conciliar la Democracia y el catolicismo.—Alianza natural, la Iglesia y la Vendée.—Como reaparece bajo las formas revolucionarias el temperamento del catolicismo.—El culto del Ser Supremo, una bula de la Convencion.—El Terror.—Las armas de la Iglesia de la Edad-media vueltas contra ella.—Infalibilidad que se atribuye la Convencion.—Espiritualismo de la Revolucion.—Fichte y Saint-Just.—Testamento de un pueblo.—Respuesta de la Iglesia á la Convencion.—M. de Maistre.

El dia en que se enarboló la bandera de la Revolucion en Roma, el enviado de Francia, Basseville, fué asesinado por el pueblo á la puerta de la embajada. Un gran poeta italiano se apodera de este acontecimiento para manifestar la primera impresion que en la Europa meridional y católica produce la Revolucion Francesa; Monti compone bajo el punto de vista romano la epopeya de la Constituyente y

de la Convencion. Imagina que el alma de Basseville, desprendida de su cuerpo (1), es condenada á flotar sobre la superficie de Francia, en los limbos de la revolucion, como en el vestíbulo del infierno. Un ángel de venganza que parte del Vaticano, la acompaña; los dos espíritus azotados por la tempestad, muestran llenos de terror, con el dedo, el horizonte de Francia; penetran en él, y de círculo en círculo llegan á París (2), la *citta dolente*, la *sentina* del mundo. Encuentran en las nubes el alma sangrienta de Luis XVI que sube al cielo, al mismo tiempo que legiones de ángeles descienden y se precipitan sobre la ciudad condenada.

La Revolucion Francesa aparece á través del lago de sangre de la *Divina Comedia*; desde Dante no se habia oido en Italia el lenguaje de los espectros. Lo único que falta á la sinceridad de este infierno terrestre, es el pensamiento del cristianismo. En vez de los personajes y las realidades de la fé, no se ven en él más que abstracciones. (3) Las lágrimas, los cuidados, la discordia,

(1) Basoilliana.

(2) El cardenal Pacca, en sus Memorias (1813), lanza un grito parecido á la vista de París: «Apenas ví aparecer esta ciudad inmensa cuando sentí una especie de estremecimiento y de horror.» etc.

(3) Sul primo entrar della citta dolente
Stanno il Pianto, le Cure e la Follia, etc.

Basoilliana. C. II.

la locura, guardan sus puertas. Pregúntase uno, como el poeta que quiere castigar á Francia por su impiedad, sólo le opone la mitología alejandrina. Pretende juzgar en nombre de la humanidad cristiana, y no encuentra en su corazón sino los anatemas del paganismo. En vez del Cristo juez, veo al Júpiter de Homero; para vengar la fé nada falta á Monti más que ser creyente. El sentimiento verdadero que sobrenada, que ningun sistema ha podido falsear y que constituye el alma de los poemas de Monti, es el terror. Cuando al nombre de Robespierre se erizan y tiemblan en medio de la tempestad los cabellos (1) de los espíritus inmortales, el autor desaparece; respirais el espanto de la Iglesia. En ese poema del pasado, el catolicismo escribe sobre la frente de la Revolucion Francesa el estigma del infierno.

Trascurrido ya medio siglo en el cual el mundo ha podido reponerse de su terror, si volvemos á hacer hoy el viaje de los espíritus desencadenados por Monti, si nos elevamos como ellos á la altura en que todo se entrevé al mismo tiempo, si deseamos no atizar el incendio sino conversar con el alma misma de la revolucion, hé

(1) Un Robespiero!
taque; e al nome crudel su l'auree teste.
Si solleva le chiome agl' immortali
Frementi in suon di membi e di tempeste.

(Mascheroniana. C. III.)

aquí uno de los primeros principios que apercibimos y que comienza á iluminar el cáos. Francia es la única de las naciones modernas que ha hecho una revolucion política y social antes de hacer una revolucion religiosa. Seguid esta idea, y os explicareis lo que hay de original y monstruoso, de gigantesco y de implacable en estos hechos. Una sociedad que al principio quiere conciliar la Iglesia y el Estado, reformando la una por el otro, y que despues renunciando á su proyecto los destruye á ámbos; hombres que no son creyentes y que conservan el temperamento de su creencia, violentos en la sospecha y la intolerancia política como ántes lo eran en la intolerancia religiosa; el catolicismo y el cristianismo desterrados en apariencia y permaneciendo en el fondo de todas las cosas, el uno por el espíritu de igualdad y de fraternidad, el otro por el principio de unidad y de centralizacion; es decir, la esencia misma de la religion antigua, realizándose en el mundo en el momento en que el mundo rompe su forma, tal es la epopeya no apercibida por Monti.

Profunda alegría me anima al ver brillar en los actos más expontáneos de la Constituyente los principios que he deducido de lo pasado. No debe creerse que ésta desafie arrogantemente á la antigua Iglesia. Nada hubiera sido ménos conforme á la naturaleza de dicha Asamblea, demasiado creyente para tratar con ligereza la fé del pasado, y que además no parecia presentar la

dificultad inextricable con que tropezaría por esta parte. Despues que se ha reunido, cuando ha brotado en medio de los representantes la palabra pública, parecen estos convencidos de que el alma que traen al mundo va á reanimar en un dia á la vieja Iglesia: lejos de temerla, piensan apoyarse en ella. El entusiasmo presta á Mirabeau un acento religioso: él es quien, al principio, en un discurso escrito y meditado, traza el porvenir de la Revolucion con estas palabras sacramentales que pesan tanto como un mundo. «Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son las bases inseparables de la verdadera religion, y el fundamento eterno del estado más perfecto del género humano.»

Por otra parte, están tan lejos de enorgullecerse por su victoria sobre el catolicismo, que el protestante Rabaut-Saint-Etienne no quiere tomar en la Asamblea sino la actitud *de un suplicante*. Desde el juramento del juego de pelota y la reunion de los órdenes en la sesion de la Iglesia de San Luis, la filosofía es ante todo religiosa. Próxima á engendrar un mundo nuevo, repite en la Tribuna el versículo de alegría de la Virgen que siente estremarse á Dios; *ha elevado á los humildes y destronado á los poderosos*. (1)

Están persuadidos de que va á consumarse la

(1) Discurso de M. Lameth.

reconciliacion con el clero. Pero cuando la efusion es mayor, una sola palabra coloca á cada uno en su verdadera situacion. Despues de un discurso del filósofo Garat, el obispo de Nancy pide que la religion católica, apostólica, romana se declare la religion del Estado. La Asamblea se despierta sobresaltada. Pedíasele que atara la revolucion naciente con las trabas del catolicismo, que emancipase á Francia y le pusiese una venda sobre los ojos; no obstante, sea imprevision, sea temor de romper demasiado pronto, la revolucion no evita aun sino por una estratagemma el ligarse las manos. Ve el peligro; finge no reconocerlo. No osa aun confesar que es libre. Audaz ante la monarquía, la Asamblea constituyente vacila ante el catolicismo; emancipada ya en el fondo del corazon, no lo declara todavía. Al fin encuentra un subterfugio, y este subterfugio es una derrota. No se someterá al catolicismo, por la razon sutil de que no nombrándolo se le honra más. ¡Unico equívoco á que se resignó aquella Asamblea!

El clero exige una sumision más explícita. Entónces se levanta Mirabeau; aproximase á la ventana de la terraza de los Fuldenses, y muestra con el dedo el palacio de *donde partió la señal de la Saint-Bartelemy*: todo el mundo se calla; todos sienten que Francia acaba de dar un gran paso.

Es cierto que los constituyentes tropezaban con una dificultad inherente á Francia; todo

tendía por sí mismo á la democracia y la libertad; ningun obstáculo resistía. La monarquía se eclipsaba tan velozmente que Mirabeau pensaba ya en defenderla; pero en medio de la sociedad restaurada, se erguía el ideal inmutable del poder absoluto bajo la figura de la Iglesia católica. ¿Era posible dejar subsistente la contradicion de la libertad en los hechos y de la servidumbre en la ley de las leyes? ¿Qué serian entónces los vastos proyectos de regeneracion de todos los pueblos por uno solo? Precisaba armonizar la religion nacional y la Revolucion, y para esto arrastrar la primera en el movimiento y progreso de la segunda. La sociedad láica se sintió con un exceso de vida moral, y creyó poder traspasárselo á la Iglesia. Devolverle la libertad perdida, restablecer la forma electiva, renovarla en el alma y el entusiasmo de un gran pueblo, fortificarla en sus orígenes, salvarla despues de ser salvada por ella, ¿no era este un beneficio que compensaba sobradamente la pérdida de sus bienes materiales? Con su gran voz, la Asamblea llama á la resurreccion á la gleba del bajo clero. Invócase la cruz de madera en lugar de la cruz de oro. ¿Qué era la nueva constitucion del clero sino la democracia implantada en la Iglesia? Francia revolucionaria ofrece su alianza al catolicismo, á condicion de que se deje penetrar por el sopro de vida. Parecia muy hermoso asociar el entusiasmo de la Iglesia primitiva al entusiasmo de una nacion rejuvene-

cida, la primitiva era cristiana y la nueva, el principio y el fin.

Mas ya se sabe lo que sucedió. Libertad, eleccion de los sacerdotes devuelta al pueblo, todo este aparato de cristianismo democrático se consideró como una heregía. La Revolucion se habia engañado creyendo que reanimaría con su vida á los sepulcros; despreciase su alianza; en premio de sus sueños, la Asamblea constituyente es herida por el anatema.

Decídese en Roma que el proyecto de reconciliar la Religion y la Revolucion es imposible ó impio, que la antigua servidumbre es lo único ortodoxo; mientras Francia se democratiza de dia en dia, su Iglesia se apega cada vez más á la forma contraria, de suerte que á cada momento se ven más separadas; hagan lo que quieran, ya es tarde, la excision ha comenzado.

La Iglesia entónces forma un solo cuerpo con la nobleza, vota como ella el principio de la desigualdad, es decir, se cambia, se invierte la situacion: el abate Maury, el orador del clero, aboga contra los apóstoles y á favor del espíritu pagano de la aristocracia; el marqués de Lafayette, por la fraternidad del Evangelio. Desde el comienzo, el catolicismo rechaza el tratado de alianza que la Revolucion le ofrece; quiere la guerra, la hace, la paz es para él la apostasia.

Ya aparece aquí la diferencia entre la revolucion inglesa y la de Francia. La primera se apoya en la Iglesia nacional; presbiterianos, purita-

nos, independientes, niveladores, todos los partidos tienen á la Reforma por aliada, descansan en una base conocida. En Francia, la Constituyente desea tambien firmar un pacto con la religion establecida; pero la religion la rechaza, no por la malicia de los individuos, sino por la incompatibilidad de los principios. Constituyentes, Girondinos, Montañeses, se suceden; la enemistad entre el antiguo poder espiritual y el nuevo aumenta incesantemente. Entre tantas facciones democráticas no hay ninguna que recuerde que en otras ocasiones hubo predicadores católicos que difundiesen, en la liga, las máximas populares. Las grandezas de la época son causa de que los amigos como los enemigos de la revolucion adopten una posicion franca. A esa luz de la passion sincera no hay lugar para la hipocresía religiosa y política; cada cual se precipita á su bandera: Francia hácia la libertad; su Iglesia hácia el poder absoluto. En ese duelo encarnizado, hónranse unos y otros en combatir á cielo abierto; el catolicismo no blasona de demócrata, ni el Estado de católico. Se aborrecen, se destrozan; no se dan el beso de Judas. El jesuitismo desaparece de la tierra por un momento.

La alianza de la Iglesia con la Vendée era, por el contrario, resultado inevitable de la naturaleza de las cosas. ¿Porqué Francia se enorgullece de este heroismo que estuvo á punto de hacerle perecer? Porque en el fondo de esta guerra civil hay manifiesta sinceridad, porque cada

uno se afilia á su verdadera bandera, porque se trata de un combate de principios, no de personas ó de azar. Era necesario, por otra parte, que esa guerra estallase en Francia. La vieja Iglesia y la vieja monarquía debían encontrarse y aliarse. La *política sagrada* de Bossuet y la política del derecho nuevo debían chocar algún día en un campo de batalla francés, entre franceses, á fin de que sostenidas heroicamente por ámbas partes, siendo el mismo el valor, el entusiasmo, el corazón, el alma de ámbos lados, Dios sólo pudiese decidir, cual sería su causa en adelante.

Para que nadie pueda equivocarse, el ejército de la Vendée se llama el ejército *católico* y *real*. Como era inevitable, el catolicismo conduce la nobleza al asalto de la revolución; todo el pasado, despertándose con sobresalto, dá la señal de alarma. La guerra de la Vendée es en sí una guerra entre dos religiones; y la verdad es que la Francia nueva nada puede contra el antiguo catolicismo mientras esgrime sus viejas armas, su intolerancia, el poder de maldecir, la hoguera trocada en cadalso. En los surcos de la Vendée germinan los héroes como el trigo. Es necesario para concluir que aparezca la gran figura de Hoche, noble como los reyes cabelludos, intrépido como los caballeros, más clemente que los cruzados, más humano que los sacerdotes, más cristiano que el catolicismo de la Edad-media. Hé aquí el

misionero que va á cerrar con la clemencia la guerra religiosa, enseñando á la Vendée algo más grande que lo que adoraba; no la destruye, la convierte á la Francia nueva. Si la Constituyente ofreció la paz, la legislativa acepta la guerra. Al advenimiento de los Girondinos se ha perdido toda esperanza de atravesarse el concurso de la Iglesia. Solo se conserva el deseo de no herir la libertad prometida á todos los cultos. A la noticia de la insurrección de la Vendée, la Asamblea delibera dos meses, se irrita, amenaza; su cólera pende de un hilo, el fondo de todos los discursos de los Girondinos es el mismo; ¿corresponde, pues, á los ex-sacerdotes negar el Evangelio civil? ¿No; reconocen el espíritu de las Escrituras implantado en la ley? ¡Cómo! la declaración de los derechos del hombre establece, de acuerdo con el Evangelio, la igualdad, la fraternidad, es decir: realizase en la tierra la voluntad de Dios, y son ellos quienes protestan! ¡Se les emancipa, y se sublevan! Al fin se dicta un decreto que impone á los sacerdotes refractarios el juramento obligatorio. El rey vacila por primera vez en sancionar una disposición de la Asamblea; mientras no se modificase la vieja Iglesia, la vuelta al pasado le parecía posible. Se insiste; rehusa. La cuestión religiosa provoca la insurrección de 20 de Junio, que enseña al pueblo el camino al interior de las Tullerías. No se necesita sino otra jornada parecida para derribar la monarquía.

Levántase entre el pueblo y el rey la Iglesia del pasado, y los separa para siempre. Desde que Luis XVI identifica su causa con el Clero, se siente que ningun poder es capaz de salvarle. Se encierra en el pasado; empieza su prision.

En tanto que solo gritó el hambre física en el camino de Versalles, la reconciliacion fué posible. Las mujeres fueron á buscar á su palacio al *panadero* real. Pero en la jornada del 20 de Junio, el pueblo no pide el pan del cuerpo; tiene hambre de una idea. Pide obstinada, ciegamente el pan nuevo del espíritu; y como el rey no puede darle este alimento del porvenir, la enemistad se declara. El hambre del alma se convierte en furor; tómate por una negativa lo que es un imposible; comienza otra época; la Convencion sucede á la Legislativa.

Es extraordinario ver como, por un último esfuerzo, el Consejo ejecutivo escribe á Roma, para demostrar á la Santa Sede la identidad del cristianismo y de la revolucion francesa. (1) ¿Qué pensaría el papado oyendo la teoría de la Convencion? ¿Qué podia haber de comun entre dos poderes de los cuales el uno sólo reconocia el espíritu donde estaban las formas, y el otro, rompiendo todas las formas, pretendia volver á encontrar desnuda, palpitante el alma misma de

(1) «Los principios evangélicos que respiran la más pura democracia, la igualdad más perfecta.» *Carta del Consejo Ejecutivo á Roma.* (1793.)

la cristiandad? Obstinarsen en alabar su alianza con el Dios del Evangelio en el momento en que se cerraban las puertas de la Iglesia de la Edad-media, pareció á Roma el colmo del delirio del espíritu humano. Todo lo que hizo fué admitir que la revolucion era una segunda bajada de Jesus á los infiernos. Ausente de la tierra, habia ido á pasar los tres dias de tinieblas en el reino de la muerte. Sentíase á la tierra temblar, y era sin duda el esfuerzo y las convulsiones de Dios para arrancarse á la esclavitud de la noche.

Por su parte, la Convencion procura guardar su palabra. En medio del terror, consagra todavía una vez más, por un decreto, ¡cosa ilusoria! la libertad de cultos; trata de que este principio sobrenade á pesar de las crueldades que lo desmienten. Quiere aún ser presidida un momento por un obispo en su trage eclesiástico. Los sacerdotes, cediendo al miedo, van un dia pomposamente á deponer el Crucifijo en la barra. Disgustada de esta apostasia, al dia siguiente condena á muerte á estos hombres, para castigarlos por haber tenido miedo á la muerte. Enfrente de esos renegados, cuando la situación era más terrible, el abate Gregoire hace abiertamente en la Tribuna de la Convencion su profesion de fé católica; no hubo en aquella época un acto de igual valor, aunque hubo ocasion de que se mostrara éste bajo todas sus formas. La Convencion cede en su cólera

ante el desafío de un cristiano; Roma conserva su rencor contra el que había querido ser mártir; el abate Gregoire, perdonado por los clubs que desafia, es excomulgado por Roma á quien defiende.

Cuando despues de todas estas tentativas se decide que el divorcio entre el catolicismo y la revolucion está consumado, se descubre con asombro que ese pueblo, á quien se creía excéptico, no puede pasar una hora sin culto nacional; trabaja en forjarse otro. Apenas cerradas las Iglesias, los espíritus se atormentan, buscan otros ritos.

Representaos, al amanecer, en las ruinas de la Bastilla, rodeado de una muchedumbre innumerable, al Presidente de la Convencion, bebiendo en la copa antigua de la igualdad y pasandola despues á los labios de los representantes de los ochenta y siete departamentos de Francia. ¿No era esto una gigantesca comunión, en la que se mezclaba al ruido de los cañones, ecos de Fleurus y de Maguncia, el recuerdo de Esparta y de Nazareth? Llamad á esto extravío, vértigo de entusiasmo; pero creed que ha habido por un instante una chispa de fé en el estremecimiento de esa multitud que, destruida su Iglesia, se imagina poder levantar otra de un soplo, y hacer brotar á un solo latido de su corazon un Verbo, un Dios nuevo!

Lo grave fué la pretension de rehacer otro catolicismo, con sus imágenes, sus pompas ex-

teriores, sus signos. Creyose que se podría inventar en una hora, por un milagro de entusiasmo, ese conjunto de ritos que la vieja Iglesia había tardado diez y ocho siglos en componer. Desgraciadamente cuando se pensaba ser más revolucionarios, se recaía bajo la sombra de la Iglesia que se acababa de repudiar. Las abstracciones sustituidas á los santos, las estaciones, las virtudes en lugar de las fiestas eclesiásticas, ¿no era todo esto una imitación constante del catolicismo? El mismo deseo de impresionar los sentidos, la misma fé en las imágenes, en las apariencias.

La Convencion rechazaba á más no poder el culto de la razon, inaugurado por la Commune, comprendiendo que esta mitología viviente era simplemente una degeneración de la mitología muda de la Edad-media; su pensamiento, es menester confesarlo, era más alto: y sin embargo, ¿qué pudo verse en la concepción del culto del Ser Supremo sino una Asamblea que creyendo dar un paso de Titan hácia el porvenir, recae, por el contrario, en los lazos y el molde de la sociedad que ha destruido?

¿Dónde se halla, en efecto, el nudo de la dificultad? Hélo aquí: la idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma, verdadera como es, está encarnada en la conciencia de cada uno; sustituyéndose á esta autoridad, trayendo á su barra por una ley al mundo interior, la Convencion usurpa un poder que no tiene, se remonta

á la época de los Concilios, rehace una religion de Estado. Robespierre es mas que un dictador, es un papa. El decreto es una bula. Lo que quiere decir que si las cosas continúan así, la figura del catolicismo cambia, pero su espíritu permanece. Leerase mañana en el fondo del alma; el Estado escudriñará los corazones. ¿Porqué fué enviado al cadalso el partido de Danton, sino porque se le acusaba de poco creyente? Ser epicureo era ya un crimen de herejía.

Solicitado por el entusiasmo y el terror, pudo un pueblo dar su vida, su sangre; pero el comité de salvacion pública le pide más, el abandono del sentimiento íntimo, del secreto entre el hombre y Dios, del cielo interior. Esa porcion del individuo que se escapa á todas las miradas, se habia emancipado del papa hacia tres siglos; ¿se someterá á Robespierre? No. El rey del Terror se ve moralmente destrozado el dia en que se convierte en Pontífice de una religion de Estado. Su sangrienta aureola palidece; ha exigido lo que los hombres modernos no pueden entregar. El cadalso le recibe á su vez, adornado aun con el traje de la fiesta del Ser Supremo; las crisis más grandes de la Revolucion Francesa son hasta este momento, políticas y religiosas á la vez.

Entreveis así el misterio del Terror. Hay en aquellos años un prodigio que no se reproducirá en ninguna parte. De un lado, un ideal supremo de felicidad y de justicia, una edad de oro escrita en el frontispicio; de otro, para realizarlo, una

implacable Némesis. Diríase que para inculcar estas ideas en el mundo, el siglo diez y ocho se sirve del brazo del siglo diez y seis. Coexisten dos épocas monstruosamente unidas. La lógica sentimental de Rousseau toma por instrumento el hacha de la Saint-Barthelemy.

Nacidas del protestantismo la revolucion de Inglaterra y la de los Estados-Unidos, no han engendrado nada parecido, por la razon de que Francia se vió obligada á partir del catolicismo, es decir, del fondo de la Edad-media para lanzarse de un salto á la vida nueva. Su educacion de intolerancia, nunca interrumpida, no pudo desaparecer en un momento. A medida que la revolucion descendió á las masas, encontró en ellas el génio exclusivo depositado en su corazon durante siglos; el catolicismo las habia retenido en la Edad-media y con la violencia de la Edad-media se precipitan en el porvenir. Esa justicia terrible que procede de lo alto, quiso entónces que la intolerancia del pasado fuese expiada por otra intolerancia, las dragonadas de los Cevennes por las dragonadas de los Marseilles, la hoguera por la guillotina, la Saint-Barthelemy por el 2 de Setiembre. La filosofía aun no encarnada en las costumbres, toma para defenderse las armas ya prestas para el combate que encuentra; desde el primer motin el pueblo busca en los arsenales las picas y los fureros de la liga. (1)

(1) Haremos uso de la táctica europea y de los

No arraigado por ninguna revolucion religiosa el espíritu de exámen, de discusion, resulta que el menor disentiimiento se considera como un cisma inexpiable. Vése á las Asambleas erigidas en concilios; todos los partidos se atribuyen exclusivamente la ortodoxia política, fuera de la cual no hay salvacion. Poco á poco la Iglesia política llega á ser tan ineficaz como lo era anteriormente la Iglesia religiosa. ¿Dónde hay papa más intolerante que Saint-Just? ¿Sus *censores*, que presentes en todas partes deben leer hasta en el fondo de las almas, no se asemejan bajo muchos puntos de vista á los antiguos inquisidores? La ortodoxia política se hace cada vez más intransigente; reaparece en las calles; separa á Danton y Robespierre la guerra entre Rousseau y Voltaire. Como cada cual está convencido de que la infalibilidad se halla de su parte y el extravio en la contraria, se anatematizan mutuamente por la misma causa; y el anatema es la muerte. Al redactar la ley de los sospechosos, declara Merlin de Duay que no necesita sino trascribir íntegra la ordenanza jesuítica de las dragonadas; en una palabra, en la Francia católica despertada sin preparacion á la libertad, veis conservar, en parte, á la Revolucion el temperamento exclusivo de la Iglesia á quien reemplaza.

medios espontáneos de la rebelion católica (discurso de Anacarsis Clotz, 1790.)

Pero, por otra parte, no se debe creer que todo sea malo en esa herencia, puesto que no hay ninguna gran cualidad en el catolicismo, que no pase íntegra al alma de la Revolucion. ¿De dónde procede sino esa tendencia á la universalidad sino de que quiere realizar lo que la Iglesia nacional se contentaba con prometer? ¿De dónde ese instinto de proselitismo que la impulsa desde el nacimiento de la Constituyente? ¿No hay en el grito de la *Marsellesa* un eco del *Dios lo quiere* de los cruzados? ¡Sí; la convencion se arroga la autoridad espiritual del Vaticano, hace de París la nueva Roma; de suerte que abrumando al catolicismo, halla medio de arrebatarle su génio absoluto.

Los habitantes de las islas Sandwich creen que la fuerza de un enemigo trasmigra á su vencedor; de igual modo la fuerza del catolicismo, unidad, centralizacion, penetra en el corazon de la Revolucion Francesa. Para triunfar mas fácilmente de él, le sustituye.

En virtud del mismo principio de infalibilidad y de omnipotencia, la Convencion decreta que tal poblacion será tomada, obtenida tal dia una victoria. Dumuriez que no sabe de que principio parte, exclama: «*la Convencion se cree capaz de todo porque todo lo ignora.*» No ve que aquella Asamblea, en su grandeza, siente agitarse en su seno un Dios de cólera. Es menester que imponga su voluntad al universo; vive de milagros.

Danton sería capaz, en caso necesario, de mandar al Sol que se detuviese, como Josué. Hé aquí también, porque el culto de la Razon y de la Naturaleza no satisfacen á la Convencion; elévase en su fé tanto sobre la segunda como sobre la primera que se desconcierta. Pide prodigios á sus generales. Convencida de que les comunica la fuerza de poderlo todo, da el nombre de traicion á lo que los demás llaman imposibilidad.

Sublévase un ejército de 40.000 hombres; quiere marchar sobre París. La Convencion elige para reducirle á la obediencia á uno de sus miembros, á Levasseur que nunca tocara un arma. Profundamente oscuro, sin historia, sin prestigio personal, Levasseur alega su impotencia. No se le atiende; la Asamblea se obstina en su eleccion. Parte al fin y ántes de pronunciar una sola palabra, con una mirada nada más, se impone á los cuarenta mil furiosos que caen á sus piés. El *fuera de la ley* produce en las masas el mismo terror que el entredicho de Gregorio VII en la Edad-media. No se habia visto nada semejante desde las bulas del siglo oncenno.

Pero si la Revolucion Francesa conserva en el Terror el temperamento del catolicismo, por otra parte, es incontestablemente más idealista que este lo fué jamás, porque su génio consiste en suprimir el tiempo. No deja nada para el mañana, á la accion de los años: no se dá ni áun los siete dias para hacer un mundo. Con la impetuosidad fulminante que hemos recono-

cido en el islamismo, apenas se dibuja un pensamiento en la cabeza colosal de la Convencion, pretende realizarlo incontinenti.

No me sorprende que el filósofo más espiritualista de Alemania, Fichte, escribiera dos volúmenes para demostrar que el comité de Salvacion Pública le habia usurpado su sistema. Si la idea pura sobrevive, ella repoblará la tierra; tal es el fondo de la política de Saint-Just; tal es también toda la metafísica de Fichte.

En la antigüedad bíblica, cuando el exterminio marca con una señal las puertas de los condenados, difúndese un silencio de muerte, contiénense la respiracion y el pensamiento. Por el contrario, la grandeza de Francia estriba en seguir pensando, creyendo, inventando en las gradas mismas del cadalso, y aún hacer todo esto con fuerza que parece redoblar la percepcion de la eternidad. La muerte pesa igualmente sobre todo el mundo. «Si Bruto no mata á los otros. Bruto se matará» dice Saint-Just. «No habeis visto todavía más que las rosas,» añade Danton; y á este tenor un pueblo entero dicta su testamento. Cada cual, como si únicamente le quedase un minuto de vida, se apresura á concentrarla en un punto brillante é indestructible: el diputado en un informe, el voluntario en una accion, el general en una victoria, el naturalista en un descubrimiento. Andrés Chenier, Hoche, Geoffroy Saint-Hilaire, todos estos hombres, jóvenes por la edad, han

madurado en la muerte; su primera estrofa, su primera victoria, su primer descubrimiento, llevan ya el sello de una vida larga y experimentada.

Observábase en la prision de Luxemburgo, que Danton en medio de su desprecio por el patíbulo, daba á sus palabras un relieve que pudiera hacerlas durar y pasar de boca en boca. Lo mismo acontecía á Francia revolucionaria; condenada por el resto del mundo, se afanaba por dejar en cada cosa un recuerdo inmortal; ó más bien, en el fondo tenía la certidumbre de vencer y destruir el aguijon de la muerte.

Entre tantas cosas extraordinarias, la más pasmosa, sin duda, es la de ver un pueblo sitiado, que despues de haber perdido la mitad de su territorio, y conservado la otra mitad como por un milagro y no dejándose más refugio que la muerte, concibe mil proyectos para la humanidad, delibera acerca de teorías enciclopédicas de educacion, administracion, ciencias, pesos y medidas, calendario, como si viviese en inmutable paz. Arquímedes, durante el sitio de Siracusa, no elejía para meditar el campo de batalla.

Bossuet ha mostrado á todos los pueblos de la antigüedad gravitando hácia un solo punto, confluyendo al fin al pié de la Cruz. Podría igualmente establecerse que toda la historia moderna, de edad en edad, tiende á la consumacion de la Revolucion Francesa; hereda esta de cuanto la ha precedido, y encierra el espíritu de todos

los pueblos en una especie de Panteon viviente. Rousseau que es su legislador, vierte en ella el alma del protestantismo: está representado en su seno el gérmen de las revoluciones anteriores: la reforma, por la soberanía del pueblo; el catolicismo por la unidad; la filosofía por la abstraccion y el alma, que á todo se une. Sin que de ello se dé razon el voluntario que parte á la frontera, sabe que tiene á su cargo, no solo la salvacion de su cabaña, de su aldea ó de su pueblo, sino la salvacion del mundo. Concéntrase en su creencia cuanto queda de vivo en las creencias é Iglesias del género humano: está desnudo, sediento, hambriento, pero su fé le calma la sed y el hambre.

La division del general Serrurier desfallece acosada por el hambre, se acaba de recibir pan, va á ser distribuido; pero en esta operacion se perderán dos horas: el general comunica su temor á las tropas: «partamos sin comer» gritan unánimemente los soldados; y llegan á tiempo. Si veintidos años despues el mariscal Grouchy se hubiera acordado de que los franceses pueden nutrirse y reponer sus fuerzas sin beber y sin comer (1), no se hubiera detenido en Gembloux

(1) «Eran más de las seis; los soldados hacian su sopa: el mariscal Grouchy estimó que al otro día seria aún tiempo de seguir al enemigo, que de este modo pudo ganar tres horas sobre él. Esta funesta resolucion es la causa primera de la pérdida de la batalla de Waterlloo,» Napoleon, Campaña de 1815, pág. 93-96.

y, adelantándose tres horas, Wartelóo habria sido una victoria.

A medida que esta fé se aviva, la vieja Iglesia nacional la considera como la fé del Infierno. Los nuevos Cruzados, Marceau, Hoche, Jessaix, Douthert, pasan ante ella y no los reconoce. Su unidad, su solidaridad nada le dicen; ciégala una fuerza sobrehumana, y no le ocurre la idea de que expia el pasado: en donde podria renovarse, se endurece.

Por el contagio de la violencia, el teólogo M. de Maistre se convierte en idea en el Robespierre del clero; opone en teoría el terrorismo de la Iglesia al terrorismo de la Convencion; su Dios inexorable, asistido del verdugo, (1) Cristo de un Comité permanente de salvacion pública, es el ideal del 93, pero de un 93 eternizado contra la revolucion. En nombre de la Iglesia admite del sistema de la Montaña, el terror, el cadalso, del que hace un *altar, la tierra continuamente embebida en sangre*; (2) todo menos la igualdad, la fraternidad prometida. En esa teología, que en realidad pone

(1) *Consideraciones sobre Francia y las Veladas de San Petersburgo.*

(2) «La tierra entera continuamente embebida en sangre, no es sino un altar inmenso en que todo debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin interrupcion, hasta la consumacion de las cosas, hasta la extincion del mal, hasta la muerte de la muerte.» (*Veladas de San Petersburgo*)

la muerte á la órden del dia, queda en el fondo el absolutismo de la Convencion, sin la esperanza de la emancipacion antes del último dia del globo, Robespierre sin Rousseau, el medio sin el fin. Tan grande es entónces el ódio del catolicismo á la revolucion, que para matarla en la cuna arrebátale en idea sus propias armas. Se le disputa su infierno; no se desecha mas que su gloria.

CONFERENCIA XIV.

NAPOLEON. (1)

Napoleon en el plan de la historia universal: señala la alianza de Francia y del espíritu de la Europa meridional.—Influencia de Córcega, de Italia en el destino de Bonaparte.—Su educación por Italia y Egipto.—El Concordato, una falsa tregua.—¿Quién operaba milagros bajo el Consulado?—EL GÉNIO DEL CRISTIANISMO, una herejía.—La consagración.—Napoleon se entrega al ideal del catolicismo y del Mediodía.—Vuelta al pasado; imitación de Carlo-Magno.—Causa de la esterilidad de las instituciones del Imperio.—Como el emperador representaba la democracia.—Carácter de las proclamas.—La Santa-Alianza; las invaciones.—Waterlío.

Si la Iglesia se llama romana y católica, la revolución puede legítimamente llamarse francesa y universal, porque el pueblo que la ha hecho no es el que más se ha aprovechado de ella.

(1) Es este el único capítulo en que desearia introducir algunas modificaciones; hoy dejaría la leyenda; me atendería á la historia. Nota del autor en la última edición revisada por él.

A medida que se desenvuelve, cada partido concibe un ideal en que quiere encerrarla; más el plan de la Providencia deja atrás los planes de los partidos. Diríase al principio que la Constituyente soñaba con una Francia libre, sin ambición, sin conquistas, modestamente sentada á sus hogares, y ante esta prudencia deseariais más audacia. Cuando la Montaña atemorizó al mundo y la frontera se vió libre de enemigos, muéstrase la fatiga, y parece que es ya tiempo de reposar: hácia los últimos dias de la Convencion la libertad se ha adquirido, sólo falta gozar de ella, empiezan las fiestas del Directorio, pero bien pronto el pueblo francés acomete un nuevo trabajo.

La Revolucion habia prometido dar la vuelta al globo; coje un soldado, lo pone sobre el paves, y corre á despertar á los demás pueblos. Esta marcha de capital en capital es el símbolo de su futuro triunfo á través de los siglos.

Para arrastrar al universo no bastaba hablar desde lo alto de la tribuna, ni enseñar una cabeza desde lo alto del cadalso. El eco de las palabras y el mismo terror se debilita con la distancia; era preciso que Europa tocase el monstruo de mas cerca. De aquí la necesidad de franquear la frontera, de ir á llamar, á excitar en sus hogares á los que continuaban dormidos: la tierra debia conmoverse como Francia.

Patentízase entonces el carácter universal de la Revolucion; el hombre que adopta para

que la guíe, es extranjero. Sale de la isla á que J. J. Rousseau predijera tan brillantes destinos; por su origen, Napoleon es toscano, es decir, que Francia elige su gefe fuera de sí misma, en el país del Dante y de Miguel-Angel, mostrando que su causa es, como lo habia ofrecido, no la de un pueblo, la de una raza, sino la del globo. Los partidos reprochaban á Napoleon ser un extranjero, un Corso; no comprendían que era punto de honor para Francia no encerrar su corazon en sus fronteras. Para coronar á la democracia llama al hombre más grande que vé á su alrededor; importa poco que tenga otra pátria, otra lengua, otro origen; esta misma diferencia será causa de que brille con más intensidad el nuevo principio. Se comenzó por erigir en la Constitucion los derechos del *hombre*, y es al hombre á quien se busca en Bonaparte, no al franco ó al galo. Roma extrajo su César de su seno y su accion fué puramente romana; Francia buscó al suyo en una cuna lejana y su génio fué cosmopolita. Ensancha sus límites por la adopcion del Desconocido; y el corazon de la Revolucion que se anunciará en la Constituyente aparece aqui por completo. Ha destruido el derecho de primogenitura, los celos, las desigualdades entre los hermanos, y para que nadie dude de ello, el natural de Ajaccio, el último hijo de la familia francesa, que ayer no le pertenecía, que hoy sólo le pertenece por adopcion, será preferido á los

primogénitos de todas las antiguas provincias de Francia.

En realidad, Napoleon es de la misma familia que Cristóbal Colon, el hombre del género humano. Separa violentamente al mundo de la antigua ribera. Sin saber con claridad á donde va, creyendo al fin abordar en el pasado, conduce el bajel hácia un nuevo mundo social.

Ved como desde el principio se consuma la alianza de la Revolucion y de Napoleon; el secreto de todos los sucesos posteriores está en la cuna de éste. ¿Qué era Napoleon en el antiguo régimen? Un niño, un corso que no vé nada más allá de su isla. Apasionado por ella, le sacrificaría el resto del mundo. Paoli, errante en la montaña, es su héroe. En los primeros dias de la Constituyente, por el contrario, se opera un gran cambio en su espíritu. Francia se ha anunciado, se ha aparecido en medio de la tempestad; la Revolucion y Francia se le aparecen á la vez; la primera le revela la segunda. El niño se convierte en hombre, el corso en francés, el insular en cosmopolita en un instante; es el relámpago en el camino de Damasco. Desde el fondo de su isla, Napoleon descubre por primera vez el mundo, al ruido que Francia produce; esa tierra que le enseña el universo, será para él una tierra de revelacion, el continente de los continentes, lo que llama el *suelo sagrado*, el gran pueblo.

Por otra parte, ¿cuando Francia oye hablar

de él por vez primera? El 13 vendimiario. La Convencion en su agonía va á perecer con lo que queda de viviente y de audaz en los espíritus. Bonaparte la salva; se alía íntimamente con ella, pero salvándola, la destrona; porque ha mostrado en su angustia que el terror ha gastado al terror. Es necesario, ó pararse y contenerse ya, ó que la Revolucion continúe bajo otra forma: aun no ha llegado la hora de descansar. El espíritu de autoridad que poseyera la Convencion será la herencia de aquel que la defendió en vendimiario; para consumir de una vez el fondo absoluto que quince siglos de catolicismo depositaran en todo un pueblo, la dictadura de ana Asamblea será reemplazada por la dictadura de uno solo; el advenimiento de la libertad se aplaza todavía; pero la igualdad surge ya.

Sin embargo, la estrella no aparece hasta las campañas de Italia; Napoleon confiesa que no la vió en el cielo sino despues de Arcole y Lodi. ¿Cómo no habia de sentirse predestinado entonces? Cualquiera que sea la rapidez de su pensamiento, es como innato en los que deben ejecutarlo; los hombres y las cosas adivinan sus mandatos, de suerte que si el general ha sido preparado de antemano para semejantes soldados, éstos han sido hechos preventivamente para semejante general. Desde la primera jornada se entienden sin hablarse.

En la batalla de Castiglione sale un soldado de las filas: «General, dice, hé aquí lo que se

debería hacer.» «Cállate desgraciado» responde Bonaparte. «Era precisamente la orden que iba á dar.»

La tierra á que fué enviado debió parecerle elejida por favor providencial; no era como las comarcas del Norte, en que el ejército de Sambre-et-Meuse se veía obligado á invernar [gran parte del año. Bonaparte aparecía desde luego bajo su cielo, en medio de los pueblos de su raza. Allí no le detiene la naturaleza; batalla en invierno y en estío, sin cansarse y solo, mientras que el ejército del Rhin inmóvil en los hielos, se asombra con Desaix de este milagro continuo.

Por último, en tiempos en que la sociedad entera se regulaba sobre la antigüedad romana, fué una fortuna incomparable tener que combatir en la vecindad de Roma. Parece que las victorias alcanzaban antes la inmortalidad en los campos de batalla clásicos. El recuerdo de los hombres de Plutarco envejecía mil años, en un día, al joven general; destacábase sobre el fondo de la antigüedad. Las victorias de la república francesa bajo el cielo de la república romana hablaban de otra manera á las imaginaciones que las demás. Desde el primer día, Lodi, Arcole, Rívoli se han elevado ante los contemporáneos sobre un pedestal de mármol y de granito. He visto á la entrada del puente de Arcole, en la soledad de los pantanos, una pequeña pirámide que se conserva en pié; en sus frentes

se ven esculpidas hachas, armas, haces de Lictores, trofeos antiguos. ¿Quién ha pasado por allí? ¿Es Escipion? ¿Es César?

La expedición á Egipto no mostró sólo la Revolución Francesa al Oriente, mostró á Bonaparte lo que envolvía aun en sí mismo, Napoleon. ¿Cómo semejante espíritu habria estado en contacto con el génio oriental sin asimilárselo en parte? Transportado lejos del foco de la revolución, en los confines del Africa y del Asia, respira algo de este nuevo génio. Clásicos en Italia, sus proyectos son gigantescos en Egipto. Falta poco para que vaya á la India, por el mismo camino que Alejandro; envia yá sus oficiales á Persia. Su instinto de mando sobre todo acaba de declararse en aquella tierra de obediencia; viéndose en las fuentes de las sociedades antiguas, es imposible que no piense en los medios de conservar las nuevas; lee constantemente la Biblia y el Coran; y si Arcole le enseña al capitán, el Sinaí le descubre al legislador. En el silencio del desierto, en la cuna de las instituciones, medita rehacer el orden social: Italia habia dado á Francia un general: el Oriente le envia al autor del Código civil, del Concordato, un legislador, un dueño. Vuelve, y con el acento del Asia dice el 18 brumario. «¡Cree en mí; yo soy el Dios de la guerra!» En Oriente, Napoleon habia visto todo un mundo establecido sobre la armonía de la religion y de las instituciones civiles; su primer pensamiento, en el consulado, fué hacer la paz,

reconciliando la Revolucion y el Catolicismo. Hubo de sorprenderle en este asunto que prevaleció, por ámbas partes un pensamiento político, y que el entusiasmo no se mostró en ninguna. Francia recibe ese bautismo de Sicambro como una necesidad; el papa lo administra ante el temor de perderlo todo. De ámbos lados, el cansancio moral reemplaza á la esperanza. La religion católica sólo se atribuía á medias estas conversiones inesperadas; casi estaba asombrada de su nueva conquista. Cuando sobrevenia alguna dificultad sobre el Concordato con el legado del papa, Napoleon decia: «Cardenal Caprara, habeis conservado el don de los milagros? Hacedlos, pues, y me obligareis, sino dejadme obrar.» Restauracion sin entusiasmo, sin poder, obra de prudencia y de razon, que la Iglesia aceptaba casi sin concurrir á ella. La Revolucion, al detenerse, confesaba que no habia podido hacer dar un solo paso á su Iglesia, por el camino del porvenir; el Catolicismo reconocia que habia sido impotente contra la revolucion. Cada uno consentia en vivir al lado del otro sin tratar en adelante de convertirse. El vivo se ataba al muerto; y á esto queria llamarse paz. Era, sin embargo, una tregua sin persuasion, puramente negativa, sin triunfos, sin prodigios, sin vida moral; la alianza de dos mundos á los piés del mediador. El Catolicismo y la Revolucion paralizaban su obra complacientemente; he aquí lo que explica el vacío prodigioso que se hace don-

de quiera que se encuentra el primer Cónsul. Para no turbar esta falsa tregua, Francia cesa de pensar.

Ese pretendido acuerdo entre lo espiritual y lo temporal no era sino aparente. «Los sacerdotes, decia Bonaparte, quisieran apoderarse del alma y arrojarme el cadáver» pero es él quien abandona á los sacerdotes el exterior, el cuerpo, las ceremonias, los ritos, y se reserva el fuego sagrado, el privilegio divino del entusiasmo, el don de nutrir las almas, de magnetizarlas con una mirada, es decir, de operar prodigios.

En ese acuerdo regido por el Concordato, veis á los sacerdotes hábiles, prudentes, circunspectos: á los cardenales Pacca, Caprara, Fesch, al abate Bernier, contemporizando, insinuándose: recobran poco á poco el poder del hábito; vuelven á entrar silenciosa, diplomáticamente en la Iglesia inmutable. Por otra parte, veis á un hombre que recuerda la leyenda; con una mirada consuela á los pestíferos; á su aproximacion, los heridos, los amputados marchan y van del ante de él; cualquiera que toque sus vestidos corre con alegría á una muerte rápida. Una palabra suya comunica la esperanza á las muchedumbres. En ese acuerdo, pues; ¿de qué lado está la potencia moral, espiritual, el imperio del alma, el signo de Dios? ¿Quién opera los milagros? ¿Es la Iglesia del Concordato ó el Consul de Marengo?

Un libro ilustre desde que vió la luz pública,

El Génio del Cristianismo, mostraba en el papado un poder rejuvenecido. Chateaubriand habia intentado renovar el exterior del culto con los colores vírgenes de las selvas de América; sobre todo, hallaba en los recuerdos y la angustia de la emigracion un sentimiento de dolor que purificaba á la Iglesia. Anegaba en sus lágrimas á la gran Magdalena pecadora del siglo diez y ocho; aunque con esta obra se condenase á la Revolucion, al ménos dejaba entrever que el catolicismo habia aprendido alguna cosa en el destierro. No era ya la maldicion feudal de M. de Maistre ó de M. Bonald, imponiendo el catolicismo como una corvea á la tierra conquistada, sino una doliente súplica al gran pueblo de Francia.

Y la súplica fué oída, y Francia abrió su corazon; pero inmediatamente, para que el engaño no durase largo tiempo, el libro que obrará esta maravilla fué condenado por el papa. Roma estaba de tal modo acostumbrada á pronunciar palabras inanimadas, que el génio elocuente le pareció una herejía. Dícese que Austria por el temor al ruido no permite á sus escritores que la elogien con demasiado entusiasmo; la Iglesia habia llegado á la misma situacion. El primer Cónsul cree complacer á la Santa Sede enviando á M. de Chateaubriand á la embajada de Roma: se engañaba. El hombre que poseía los secretos del papado, M. Cacault, el embajador, escribe en el acto que es necesario recoger las

credenciales; un herege, un escéptico serán más simpáticos á Roma que el autor del *Génio del Cristianismo*. El despacho es preciso. ¿Quién lo hubiera esperado?

Del Concordato á la Revolucion sólo van dos años, pero entre uno y otro acontecimiento empieza el abismo. Cuando se ve al papa venir á París, como atraído por una fuerza sobrehumana, y consagrar al ungido de la Revolucion, créese uno en presencia del testimonio más auténtico del triunfo de Napoleon. El cardenal Pacca, recordando este dia, ocho años despues, repite la maldicion de Job: «*que este dia sea cambiado en tinieblas.*» Pero meditándolo bien, se comprende que el triunfo era para el papa, no para el emperador; porque en cada uno de los símbolos de la fiesta de Nuestra Señora se ha podido distinguir un presagio de derrota. En el Te-Deum que resuena, hay voces discordantes que anuncian á Santa Elena. ¿Qué podía fundar de eterno esa ceremonia sin creencia, ese catolicismo sin hostia, esa convencion de diplomáticos firmada al pié de la cruz por el Emperador y el Papa? ¿Qué necesidad tenia del sello del pasado el ungido por los ritos vivientes de los pueblos? El papa borraba de su frente la aureola de la Revolucion, reemplazándola con la aureola de la muerte.

Nadie puede jugar impunemente con los símbolos. Napoleon cree escapar á todos los presagios, porque contrariamente á los hábitos del

pasado, toma la corona del altar y la coloca el mismo sobre su frente. ¡Sutileza de conquistador! Ha aceptado, en realidad, de otro más poderoso que él, una corona invisible, cargada con el fardo de mil años; y por grande que sea, se dobla por vez primera bajo su peso. Porque esa corona que el papa le ha otorgado y que se adherirá á su frente hasta hundirla, es el ideal de la Edad-media. Aunque sus ojos sean penetrantes, en adelante lo verá todo á través de un velo ficticio. ¡Asombrosa justicia! Se ha sometido un instante, ante el mundo entero, á un poder moral, en que no cree; y Él, el señor del universo, vá á ser, á pesar suyo, en sus más grandes proyectos, vasallo de dicho poder, en el momento mismo en que piensa quebrantarlo. Se ha entregado, sin creerlo, á la religion de la Edad-media; vá á rehacer, sin creerlo, el imperio de la Edad-media.

La fascinacion contribuye á este fenómeno. Desde que se entregara al pasado, para no ser ya Bonaparte, se empeña en ser Carlo-Magno. El anciano de Roma consagra la Revolucion; todo recae en la forma antigua. Massena, Lannes, Augereau no son ya los compañeros de un Cónsul romano, sino los doce Pares de un Arthus feudal. Toda esta sociedad que avanzaba á paso de carga al porvenir, se detiene y gira hácia el pasado. Obsediado por el falso ideal del catolicismo, Napoleon concibe Concilios imposibles; el más original de los hombres, solo crea insti-

tuciones añejas, y como indefectiblemente habia de suceder, acaba por castigar, lo que era imposible en su sistema, al papa, que debiera haber sido su sosten. No queria á éste sino como un instrumento, y se indigna de haberse dado un dueño; tan pronto como se apercibe de ello, lo aprisiona. Pero es él quien queda cautivo en el círculo trazado en torno suyo por el catolicismo.

Por una parte la excomunion, por otra la prision de Fontainebleau: hé aquí en lo que debia concluir la paz ficticia firmada en Nuestra Señora. Y aunque sea esta la página peor de la historia de Napoleon, era necesario, sin duda, que por el hombre más grande y emprendedor de los tiempos modernos se intentase el último ensayo de organizacion social, á fin de que viendo sus instituciones heladas y muertas, al nacer, al soplo del pasado, caer ó desplomarse por sí mismo todo lo que se habia fundado de acuerdo con el papa, nobleza, monarquía, baronías, herencia carlovingia, su tumba de Saint-Denis trasportada á Santa Elena, y subsistir sólo en medio de las ruinas, el Código civil rechazado por el papa, nadie pidiese jamás la consagracion y uncion del porvenir por la religion de la Edad-media.

Apesar de este cambio, el pueblo se reconocia aun en el emperador; el capote gris hacía perdonar la corona de Carlo-Magno. En su edad heróica, la democracia pedia ante todo á su jefe, no la

libertad, sino el heroísmo. Hacer reyes á su capricho era aun un atributo de soberano. No habiendo podido derribar de un soplo á la vieja Europa, se esperaba desafiarla dando á quien se quería la dignidad de los siglos; además de esto, los franceses dispensaban á su héroe que lo fuera todo entre ellos, porque con él esperaban serlo todo entre los otros.

Otra cosa sirvió para conservar á Napoleon hasta el fin el corazon de las masas. Nunca le ocurrió la idea de dividir al país en ricos y pobres, de confiar en los unos, de recelar de los otros. Aplicando á la sociedad su principio de táctica, hizo de todos los hijos de Francia una sola masa, la gran nacion, el gran ejército, que respiraba, es verdad, bajo la metralla, pero que no tenia más que un hogar, una bandera, un alma. ¿Habia país legal y país ilegal, ciudadanos y proletarios en Marengo, en Austerlitz, en Jena? No, habia hombres que conquistaban todos á la vez para sí y sus descendientes el derecho de ciudad.

A despecho de todos los disfraces, el principio de la democracia brillaba, relampagueaba la víspera de la batalla. En estas ocasiones, el Emperador se veia obligado á valerse de su verdadera fuerza y la desplegaba como un estandarte en sus proclamas en cuyas palabras de fuego se halla toda el alma del imperio. Es preciso confesar que nunca se ha visto nada semejante, ni á la democracia triunfar tan francamente. ¿Qué Em-

perador es ese que promete su trono al hijo del más digno? ¿Qué general el que al entrar en campaña confia al más insignificante de sus soldados, su proyecto, su plan de maniobras, algunas veces, su idea y su pensamiento político? Al granadero que está en la orilla del Elba ó del Oder, le anuncia que quiere llegar á la India; á Pondichery, al cabo de Buena Esperanza. Otras veces, en las nieves de Eylau declara que es necesario ganar allí para el mundo la libertad de los mares. ¡Y con esta causa general, universal, con estos secretos de Estado, esta alta política del globo apasiona á los subalternos y á la masa del ejército!

¡Qué fé en la inteligencia y el corazón de aquellos hombres! ¡Qué igualdad, que familiaridad de génio entre el gefe y la multitud!; por que esas proclamas contienen las ideas más elevadas y como la filosofía política del Emperador. Confíandolas á los suyos en el abandono de un día de comun peligro, hacia de ellos otros tantos confidentes de su pensamiento, otros tantos representantes de la civilización del universo. El granadero de la guardia que oía en el vivac palabras tan inmensas media exactamente su valor; pero hacia más que esto, se asimilaba su espíritu, sentia con fuerza eléctrica que era el brazo que debia remover el mundo. Para mostrar que habia comprendido, decia á su gefe en Austerlitz: «estáte tranquilo, no tendrás que combatir mas que con los ojos.»

A medida que Napoleon lo absorbe todo, es menos dueño de su fortuna. Cuando parece que obra más arbitrariamente, es el instrumento casi pasivo de un plan providencial. Cuanto más absoluto, es ménos libre. General en Italia, cónsul, hace exactamente lo que se propone; emperador casi omnipotente, va casi siempre más allá de sus proyectos; sus actos tienen resonancia donde no se esperaba. Quiero aducir un ejemplo.

La guerra de España es la más injusta que hizo; pero lo maravilloso es que el golpe que abrumba á España, emancipa á América. Europa sólo se preocupa de la violencia ejercida en Madrid, pero todo el Nuevo Mundo aplaude esta guerra que el antiguo condena. A cada batalla librada en Castilla, en Búrgos, en Somosierra contra España, surge una República al otro lado del océano, en Chile, en el Perú, en Méjico. Brilla aquí una justicia superior, porque eran necesarias tres cosas: primera, que España fuese castigada de su dureza para con América: segunda, que este castigo la regenerase: tercera, que sus colonias esclavas se convirtiesen en Estados libres. Ahora todo esto se cumple por la misma mano, en la empresa que se considera con razon como la más infcua del Imperio.

Hé aquí porque el nombre de Napoleon hizo latir el corazon de todos los pueblos; detrás de él se creyó percibir á la Providencia. Es fácil ver que el más poderoso de los hombres era el instrumento de algo más poderoso que él, que

la paz no estuvo nunca en sus manos, que Dios le impulsaba sin cesar, que casi todo el universo era su cómplice. Si el general de Italia se hubiese detenido en Marengo, habria representado en el porvenir á la democracia francesa; pero á los ojos de los extranjeros, el que fué al Cairo, á Viena, á Madrid, á Berlin, á Varsovia, á Moscou, es el precursor de la democracia universal: nosotros amamos al Cónsul, ellos saludan al Emperador.

Llegó la hora en que el mundo no necesitaba del desbordamiento de Francia, pero aun fué necesario esperar á que penetrase en la ciudad santa, en Moscou. Entónces toda la Europa continental habia sido visitada. Cada raza, cada pueblo recibió su fermento de porvenir. Dióse providencialmente la señal de retirada; la nieve de Rusia cubre al gran ejército; algunos hombres pliegan la bandera á la cintura. Nadie ataca ya á la Revolucion por el manifiesto feudal de Brunswick; se la combate por el espíritu que ella misma ha creado. Los reyes han aprendido al fin las palabras sagradas de la Constituyente, *la libertad y el Evangelio*; y las emplean contra el país que primero las pronunciara. En la campaña de Sajonia, dos franceses, Bernadotte y Moreau, matan á Francia, revelando al extranjero el secreto de la gran táctica; por manera que de ámbos lados se vé combatido nuestro país por la fuerza misma que difundiera en el universo; y lo que no he dicho

todavía, no se consuma la derrota de un pueblo por todos los demás, sino á condicion de adoptar sus principios y su fé.

Así empieza á esplicarse la dictadura de Napoleón. Como todos los grandes inventores, Francia debia dar la Revolucion al mundo y pagar su beneficio con un día de muerte; Prometeo comunica á la tierra el fuego del cielo, y es encadenado á una roca; Cristóbal Colón muestra á la vieja Europa un nuevo universo, y es arrancado con hierros en los pies de en medio de su conquista. Si el día de angustia hubiese llegado para Francia bajo el Directorio, la invasion se habria consumado á nombre del pasado por Suwarow, armado con el Knout. Pero trascurren quince años de sol brillante para que madure el grano sembrado con la tempestad. Entónces, pueblos, reyes, todos los que se levantan contra la Revolucion se confiesan convertidos á ella. Ficción ó verdad, el Emperador Alejandro tiene en los labios la palabra de Mirabeau.

¿Qué es la Santa-Alianza, sino la declaracion de los derechos del hombre profesada durante un día, y la bandera de la Revolucion desplegada por los reyes? ¡Poco importa que se haya querido engañar al mundo con este disfraz! La túnica sangrienta del espíritu que han vestido por un momento, se ha adherido á sus huesos, y tarde ó temprano les abrasará. aunque tuvieran la fuerza física del Hércules pagano.

Fascinada por esa sombra, ese eco, ese fan-

asma de su espíritu que se levanta por todas partes, desde Crimea hasta el Rhin, Francia se ofusca; además fáltale sangre en las venas. En el interior se le grita, libertad. En el exterior el mundo ha aprendido la consigna; repitiéndola en voz alta, los pueblos traspasan sus fronteras; cae, pero su pensamiento triunfa.

Bastantes sofismas se han forjado á propósito de la invasion, ora para olvidarla, ora para glorificarla, siempre para engañarse acerca de ella. No debe desearse que los pueblos olviden demasiado pronto. Se han ideado mil pretextos para no ver la llaga; aceptemos el dolor si queremos curarlo. En aquel momento de angustia ¿dónde estaba el alma, el santuario del territorio sagrado? ¿Estaba con la Iglesia del Concordato? No; ésta incendiaba la Vendée. ¿Con el papa? formaba alianza con los cismáticos. ¿Con el sistema del doctrinarismo naciente? Stael decia que era preciso consolarse de la invasion por la ventaja de estudiar las costumbres inglesas y la literatura alemana. La verdadera vida, la filosofía real se habia refugiado en el corazón de los hombres de instinto que con Carnot sostenian aún la bandera, no viendo en la hora suprema más que al héroe en el Emperador. El alma de Juana d'Arc no se ostentaba en las flores de lis, sino en Champagne, con la bandera tricolor. ¡Quién no ha visto á esos hombres entrar, al fin, uno á uno, en sus cabañas, mudos, estupefactos, no sabe hasta donde pueden llegar la dignidad y la profun-

dad del dolor en un pueblo cristiano! ¡No pedían como M. de Stael, consolarse con libros; se nutrían de un recuerdo único y buscaban siempre la estrella!

En el silencio obstinado, en las miradas que profundizaban un misterio, en un suspiro escapado de aquellos pechos de bronce, había más alma, más religion que en los Te-Deum con que por espacio de treinta años ha celebrado la Iglesia su victoria.

¡Waterlloo! es necesario mirar de frente esta otra herida. Se nos dice que aquel combate fué solo una batalla entre las ideas y que, medítandolo bien, podía parecernos una fiesta. ¿De qué sirven las sofismas sino para enervar los corazones? No juguemos aún con semejantes palabras. Si hemos sido heridos, sintamos al menos el golpe. He recorrido aquel campo de cólera, creo conocer sus menores detalles. Durante la noche, he oído, hácia la Bella-Alianza, las voces de los muertos. No son abstracciones que gritan, sino hombres que quieren ser sepultados en un recuerdo glorioso.

He visto en el Gólgota del Monte-San-Juan un inmenso cáliz, lleno con las lágrimas y la sangre de un gran pueblo: bebámoslo despacio, sin apartar los ojos, hasta la hez. Por que es evidente que fué providencial el golpe que recibimos. Los tres ejércitos que se suceden, cuando el anterior está cansado, el de Wellington, el de Bulow, el de Blücher, y el último saliendo

del bosque como una exhalacion, sin haber sido apercibido, todo esto indica una estrategia sobre-humana. ¿Porqué hemos sido castigados allí por segunda vez? ¿Cuál era el nuevo crimen? ¿Porqué la Vestal fué enterrada viva? Aparentemente por haber dejado amortiguarse el fuego sagrado. Si en esto consistia el mal, en esto hallaremos el remedio. Es preciso volver á encender la lámpara. ¡Ah! ¿quién sabe si esa muerte en que nos agitamos hace treinta años no nos fué impuesta para renovarnos? Yá en 1830 nos hemos arrodillado en el sepulcro. Creciendo en su interior, acabaremos por romper con la cabeza y el corazon la pesada piedra que el universo lanzó sobre nosotros.

Gran signo es el ver que con Napoleon cautivo en Santa Elena la Revolucion es prisionera de guerra bajo la Restauracion. Se borran las insignias del nuevo espíritu; el pueblo está cautivo como su jefe. Pero en la muerte viviente de Santa Elena, el alma de Napoleon se engrandece, ve cosas que no apercibia en su mayor apogeo; sobre todo, confiesa magnánimamente sus faltas. Sin su incurable dolor, el mundo no le habria conocido sino á medias; bebe gota á gota el cáliz de Waterlloo, y cuando lo ha agotado, se despierta en la paz de la inmortalidad, reconciliado con los pueblos que le han maldecido. ¿No será esta la última fase en que deba entrar la democracia por él representada? Despues de haber tenido su encierro de Santa Elena, ¿no ha de tener tambien

la emancipacion, no en el mármol y el bronce, sino en la conciencia de un nuevo órden social?

En el fondo, la Constituyente, la Convencion, Napoleon, señalan diferentes épocas de un mismo principio. No creamos que todo se ha perdido cuando cualquiera de esas épocas desaparece, porque es para abrir paso á otra nueva. El ideal del porvenir que se desenvolverá por espacio de siglos debe encerrar y reconciliar á la vez la alteza moral de la Constituyente sin sus ilusiones, la energía de la Convencion sin la crueldad, el esplendor de Napoleon sin el despotismo. Hé aquí las ramas del nuevo árbol social. No sepultemos nuestro pensamiento en ninguno de esos momentos, porque los sucesos que los llenan no son tan grandes sino porque nadie puede reproducirlos. Su grandeza misma nos advierte que es ya hora de imaginar otros nuevos.

CONFERENCIA XV.

IDEAL DE LA DEMOCRACIA.

Por qué no es él catolicismo el alma de Francia.—Resultados de la Revolucion de 1830.—Una gran secta.—Nuevas teorías sociales comparadas á las de Campanella.—Porvenir de la democracia.—De la educacion del pueblo.—Conciencia de lo divino en el hombre; fuentes de la nueva legislacion.—¿Reemplaza el Estado á la Iglesia?—Un santuario superior al Estado.—La reforma de la reforma.—La Revolucion restituye la fé en lo imposible.—Causa de un divorcio de espíritu entre los hombres y las mujeres.—Como juzgar si una idea está en el plan de la Revolucion Francesa.—Conclusion.

Despues de Warteló, Byron canta los funerales de Francia. Se suprimen en su pasado los treinta años que más ha vivido, como se arranca á un cadáver en la autopsia el corazon y las entrañas. Entiérranse su bandera, sus armas, sus colores; nadie puede decir cual será su porvenir. Distribúyese su fortuna como un botin. La bandera blanca sirve de mortaja. Para pesar sobre el cadáver y tranquilizar al mundo,

la emancipacion, no en el mármol y el bronce, sino en la conciencia de un nuevo órden social?

En el fondo, la Constituyente, la Convencion, Napoleon, señalan diferentes épocas de un mismo principio. No creamos que todo se ha perdido cuando cualquiera de esas épocas desaparece, porque es para abrir paso á otra nueva. El ideal del porvenir que se desenvolverá por espacio de siglos debe encerrar y reconciliar á la vez la alteza moral de la Constituyente sin sus ilusiones, la energía de la Convencion sin la crueldad, el esplendor de Napoleon sin el despotismo. Hé aquí las ramas del nuevo árbol social. No sepultemos nuestro pensamiento en ninguno de esos momentos, porque los sucesos que los llenan no son tan grandes sino porque nadie puede reproducirlos. Su grandeza misma nos advierte que es ya hora de imaginar otros nuevos.

CONFERENCIA XV.

IDEAL DE LA DEMOCRACIA.

Por qué no es él catolicismo el alma de Francia.—Resultados de la Revolucion de 1830.—Una gran secta.—Nuevas teorías sociales comparadas á las de Campanella.—Porvenir de la democracia.—De la educacion del pueblo.—Conciencia de lo divino en el hombre; fuentes de la nueva legislacion.—¿Reemplaza el Estado á la Iglesia?—Un santuario superior al Estado.—La reforma de la reforma.—La Revolucion restituye la fé en lo imposible.—Causa de un divorcio de espíritu entre los hombres y las mujeres.—Como juzgar si una idea está en el plan de la Revolucion Francesa.—Conclusion.

Despues de Warteló, Byron canta los funerales de Francia. *Se suprimen en su pasado los treinta años que más ha vivido, como se arranca á un cadáver en la autopsia el corazon y las entrañas. Entiérranse su bandera, sus armas, sus colores; nadie puede decir cual será su porvenir. Distribúyese su fortuna como un botin. La bandera blanca sirve de mortaja. Para pesar sobre el cadáver y tranquilizar al mundo,

siéntanse á los pies y la cabeza la vieja monarquía y la vieja Iglesia; despues de lo cual, la antigua Europa escucha atentamente, y no percibiendo ningun hálito de vida, se aleja; sus soldados repasan uno á uno la frontera sin volver la cabeza.

¿De dónde vendrá el socorro en esa hora de agonía? ¿Quién reanimará al gran herido? Si el catolicismo es aun bajo un concepto cualquiera la religion de Francia, ha llegado el momento de mostrarlo: hará causa comun con ella en su angustia; será el primero á vivificarla nuevamente. Pero acontece lo contrario. A cada esfuerzo que hace el país para cerrar sus heridas, la Iglesia lo rechaza; lo desposa, por el derecho divino, con una dinastía muerta. Nunca se vió lucha semejante: de un lado, una sociedad desfallecida que intenta sobrenadar; de otro, su Iglesia que trabaja por hundirla en el abismo. Ha habido momentos en que esos grandes esfuerzos para revivir, han escitado la piedad de Europa; la Iglesia no se ha conmovido. Ha sido hasta el último instante la aliada, la sombra inseparable del extranjero. En las cabañas un pedazo de bandera, un viejo uniforme, una escapapela oculta, eran las reliquias que mantenían la fé; pero la Iglesia no encontró en toda su liturgia ni un acento con que asociarse á ese dolor, á esa pasion de un pueblo; no supo más que empeorar su estado y si hubiera podido eternizarlo, lo hubiera hecho. No orando ya la Iglesia por la gran nacion difunta, fué necesario que un hombre,

que une la sonrisa á las lágrimas, desempeñase el oficio de cura de campaña; Beranger restituye la esperanza bajo cada techo con el *Dios de las buenas gentes*.

¿Habeis oido decir nunca que la Iglesia de Francia estuviera de luto, que repitiera dia y noche la liturgia de los agonizantes cuando el enemigo invadió el territorio sagrado? ¿Ha oido alguien el ruido de sus campanas, cuando los caballeros heréticos de Crimea y de Prusia vivaqueaban en el pórtico de Nuestra Señora? ¿Quién sabe, sin embargo, lo que habría podido producir el gemido solemne de una Iglesia realmente nacional; qué conmocion hubiera experimentado la tierra invadida y lo que quedaba de este pueblo guerrero! ¡Ah! si siquiera hubiera intentado este milagro, por mi parte se lo perdonaría todo. ¡Pero nó! vió agonizar al país con los ojos enjutos, vió á los cismáticos de Rusia y de Inglaterra extenderse como un mar por las ciudades y las aldeas de su hija primogénita, y en esos días terribles en que el cálculo desaparece, en que sólo el instinto se manifiesta, léjos de golpearse el pecho, se regocijó. Por el contrario, más tarde, cuando brillaron para Francia tres dias de reparacion, ¿fué la primera en adornarse de flores para la fiesta? Nó, se entristeció como de una derrota.

¿Qué prodigio, pues, es ese de una Iglesia que se dice nacional, y que siempre celebra lo que nos desespera y se desespera con lo que ce-

lebramos? Si perecemos, se levanta: si nos levantamos, perece. Cuando pasada aquella angustia, el pueblo se ha salvado á despecho suyo, ¿basta hoy ó mañana un libro, un sermón, una pastoral, para reanudar su alianza con el país? ¡No! La elocuencia y penitencias de San Bernardo no bastarian si fuera posible volverlas á encontrar; porque algo más elocuente que todas las palabras del mundo brilló en aquellos días solemnes en que la vida y la muerte estaban en juego.

A la claridad fúnebre de las invasiones se pudo ver donde se albergaban la esperanza, la vida, la redención. El sacerdote pasó junto al pueblo herido por la espada de todos los pueblos: dejó anegarse en su sangre al gran samaritano; se unió á los agresores. ¡Con M. de Bonald y los demás probó seca, doctamente, que el herido hacia mal en quejarse: con M. de Maistre dijo que quizás sería necesaria la sangre y la muerte de más de cuatro millones de franceses para calmar la sed de su Dios implacable! ¡Y se piensa aun, se imagina que Francia puede olvidar lo que sufrió en sus horas de agonía, cuando lo había perdido todo, hasta el sentimiento de sí misma! Nunca: si los hombres perdieran la memoria, las cosas la conservarían.

Cesad, por tanto, de repetir que la Revolución de 1830 destronó violentamente al Catolicismo despojándole de su autoridad de religion del Estado. Dicha destitucion fué, efectivamente, el resultado capital de la Revolución; pero

no fué ella su autora, á lo más declaró un hecho consumado. El catolicismo mismo, separándose de Francia en su dolor, estableció en todo el universo que no era ya el foco moral, la conciencia, la religion nacional de nuestro país, es decir, su corazón ni sus entrañas. Por manera que la justificación de la Revolución es haber escrito en las leyes lo que se había cumplido en los hechos por obra de sus mismos adversarios. Pasarán siglos de siglos. Todo el espíritu de las jornadas de 1830 está aquí, y es por ello por lo que son tambien irrevocables. El catolicismo con su consecuencia necesaria, el derecho divino infundado en una dinastía, se replegará bajo mil formas. Se ofrecerá á todos los partidos. Ensayará lo que más repugna á su carácter, renovarse en el nuevo espíritu, ó seguirá, sin dilatarse, inmutable testigo de un pasado que se aleja por momentos. Apesar de todas sus faltas, sea que pruebe á regenerarse, sea que se contente con ser el Brahmanismo ó el Buddhismo de Occidente, los espíritus cansados se refugiarán en sus ruinas. Será una gran secta; pero cualquiera que sean los caprichos del destino, no volverá á ser el alma y la religion de Francia. ¿Porqué? Porque él lo ha querido así. Se ha visto de que remotas fuentes procede la Revolución Francesa: no cae tan solo de manos del siglo diez y ocho, baja de las alturas de todo el pasado. Así, apesar de las apariencias, no se ha detenido un instante desde hace medio siglo. Cuando en-

cuentra un obstáculo, socava la tierra y reaparece algo más allá. Bajo la Restauracion, los escritores, los filósofos doctrinarios, decian que el peligro habia pasado, que con un poco de prudencia podia asegurarse que la democracia habia vaciado su copa. Pero con el instinto de propia conservacion, la monarquía absoluta sentia hervir y temblar el suelo bajo sus pies. Nada podia tranquilizarla. El sentimiento del peligro le decia mas que toda la ciencia de los publicistas. En 1830, todo el mundo vió surgir el rio de debajo de la tierra; aunque es verdad que estaba muy cambiado. Del abismo á donde habia sido precipitado, traia una cuestion que nadie conocía: la guerra de clases, la enemistad de la clase media y del pueblo.

Rigorosamente hablando, el espíritu de la Revolucion Francesa es identificarse con el principio del cristianismo. En medio del vértigo de las pasiones, esta idea reaparece desde Mirabeau hasta Danton; llega á ser la herencia de todos los partidos; es el iris de alianza que brilla en la lluvia de sangre.

Despues de diez y ocho siglos. empezamos, por fin, á declarar que Dios se ha encarnado en el hombre; la conciencia refleja de la presencia del Espíritu crea un nuevo Código de derechos y de deberes. Desde su origen, la Revolucion promete ser religiosa y universal; de aquí en primer lugar que su espíritu rechace cuanto puede disminuir la dignidad interior del género humano.

Guardaos, pues, de abatir el nivel moral, creyendo facilitar el advenimiento de la democracia; haríais precisamente lo contrario de lo que deseais hacer. Tengo miedo, lo confieso, de esa ligereza en las costumbres que se erige en teoría sublime. Quereis ser superiores á la clase media; no empezeis por imitarla en sus vicios. Todo estaria perdido, si por no sé que especie de fascinacion la miseria moral de los ricos se convirtiese en objeto de codicia para los pobres.

No penseis que el hombre, el género humano, consienta á ningun precio en decaer del bello ideal que ha entrevisto. No basta que del fondo del abismo grite un gran pueblo: «tengo hambre, tengo sed.» Dios le echará el alimento del cuerpo, pero le retirará la magistratura del mundo. El advenimiento de la democracia no puede ser sino un nuevo progreso del espíritu, de la civilizacion, del orden universal. O será todo esto, ó nunca será nada; lo que es impío suponer.

¿Qué se necesita para apresurar el porvenir? Que estalle una contradiccion manifiesta entre la dignidad interior de un pueblo y su condicion real, que esa oposicion vaya siempre en aumento, hasta que por la fuerza misma de las cosas no pueda subsistir; de tal suerte que el espíritu emancipe forzosamente al cuerpo, porque es así como se han cumplido todas las emancipaciones durables que el mundo conoce.

No se trata de una instruccion científica, de

un tejido de teoremas, de una biblioteca abierta á gentes que apenas disponen del tiempo necesario para vivir. No, no pido mas que una chispa, pero tomada en el foco más puro de la vida moral. Este pueblo se halla habituado á comprender fácilmente las palabras caídas de lo alto. La Constituyente, la Convencion, Napoleon le han dado, al pasar, esa educacion de rey; es preciso completarla.

Quereis emanciparle de la gleba; elevad, pues, sin cesar su espíritu á la altura del nuevo cielo moral. ¿Qué son esas teorías que nos dispensarán tarde ó temprano del ejercicio de todas las virtudes? El hombre decís hará todo lo que le agrade, nunca lo que de él exija algun esfuerzo. ¡Ah! ¿no veis que destruis hasta el último resorte del alma? Por mi parte, preferiría cien veces esta otra máxima: *haz siempre lo que tengas miedo de hacer*. Por que sé que en ese asalto interior, en ese trabajo heróico el alma se eleva, adquiere su fuerza, su punto de apoyo, crea, levanta un mundo; el hombre enjendra lo sobrehumano.

Si la soberania del pueblo no es la más falsa de las ideas, debemos educar un alma real, no tan solo un artesano para el taller, un labrador para el surco. No quiero únicamente que la democracia tenga su pan cotidiano; con el espíritu de mi siglo quiero tambien que reine; hé aquí por que exijo de ella virtudes soberanas.

Durante los tres dias de Julio se alzó á las nubes. El recuerdo de su clemencia en el com-

bate, la fé del voluntario del 92, el heroismo caballeresco de un Latour d' Aubergne, la inquebrantable constancia de un Carnot, el cristianismo espartano de Mme Roland, el entusiasmo del juramento del juego de pelota, el alma de bronce de la Guardia en los dias de angustia, hé ahí la corona ideal que debe flotar sobre su frente, la diadema que Dios ha preparado para la consagracion de la democracia moderna. Entre tantos partidos y clases como existen me preguntais cual triunfará; y yo os respondo que el poder, la autoridad, la legitimidad, serán del que permaneciendo fiel á este ideal se aproxime más á él.

Se dirá que soy muy exigente, que elevo hasta el cielo el ideal de la democracia; es verdad, pero considerad que es preciso colocarlo muy alto, puesto que debe ser visto, como un faro, del globo entero.

Observad un fenómeno extraño. El destino de Francia es encerrar en su seno á la vez la Revolucion más nueva y la Iglesia más antigua, y es lo más prodigioso que el porvenir nace de esta contradiccion. Luis XVI dirime la dificultad por el *veto*, el comité de Salvacion pública con el culto del Ser Supremo, Napoleon con la consagracion, Carlos X con las ordenanzas; todos estos gobiernos han caído por la misma cuestion, que aun no está resuelta. ¿Cómo no ver que el Catolicismo cumple entre nosotros hace medio siglo una mision extraordinaria? Tan pronto co-

mo Francia quiere reposar, el espíritu del pasado se despierta, se levanta, la provoca, la hostiga, hasta que para huir de él, se lanza en lo desconocido.

Por lo demás, no recaigamos en otra idolatría. Por grande que sea la Revolución no pretendo que la convirtais en un ídolo; si se hubiese identificado con el ideal religioso, si lo hubiese absorbido por completo, solo restaría volverla á empezar eternamente. Del oro puro que hay en el fondo de esos tiempos de dolor y de gloria, no pido que fabriqueis un becerro de oro.

Sería muy cómodo creer que somos los más piadosos, los más religiosos de los hombres, porque exigimos que el cristianismo se realice en nuestro provecho. Error extraño sería figurarse que para ser apóstoles del espíritu nuevo, bastaba divinizar nuestro interés. No nos finjamos la tarea demasiado fácil, porque no la llenaremos. ¿Creeré á ese filósofo alemán que me enseña que, después de todo, el verdadero bautismo es un baño para la salud del cuerpo, la verdadera comunión una comida espléndida? ¿Ajar el alma es emanciparla? Hablamos casi exclusivamente de realizar el Evangelio social para gozar de él. ¿Espera alguien llegar á la edad de oro de la fraternidad universal sin pasar por la abnegación, por el sacrificio, por el trabajo interior, quizás por la muerte? Pues si alguno lo espera, se equivoca; caerá en el colmo de la miseria, porque perdiendo el tesoro del alma, perderá tam-

bien la esperanza de atesorar para el cuerpo.

En cualquier momento que considere la historia de la Revolución, no hay ninguno cuyo espíritu pretenda eternizar, porque ninguno contiene y realiza en sí el ideal de verdad que necesita; ha tendido por un esfuerzo sublime á lo divino, se ha acercado á él en instantes supremos; pero no es todavía la justicia, el Evangelio eterno, la Religión absoluta. No me alistaré ciegamente en ninguno de sus partidos, no retrocederé al molde del pasado. No iré con los ojos bajos, sobre las huellas de ninguna de las facciones que han tenido por un día la conciencia de la salvación de Francia. Hombres nuevos, hagamosnos un mundo nuevo. ¿Creeré que el Imperio puede renacer porque he recorrido los campos de batalla de Napoleón? ¿Forjaré un ídolo de la Constituyente, cuyo puro entusiasmo me seduce? ¿Adoraré como un judío, al pie del monte Sinaí, la montaña del Terror? ¿Crearé un culto de espanto? Uno de los convencionales, amigo de Saint-Just, que estuvo frecuentemente en distintas misiones con él, uno de los hombres que más abusaron del Terror, me decía hace pocos años: «Los que hoy hablan del cadalso, no lo conocen; *es un resorte gastado*.» Puesto que la muerte está gastada en opinión de los mismos que la daban, ¿qué es lo que no lo está? La vida del alma, la conciencia insaciable de verdad y de justicia, el espíritu de creación que desciende perpétuamente entre vosotros para renovaros;

tal es el resorte que no se romperá nunca. El que lo tiene en sus manos, lo temple sin cesar en las fuentes de donde extrajo el universo.

De todo lo que he establecido resulta, que el ideal de la Revolución está hoy más cerca del cristianismo que el ideal de la Iglesia. ¿Diremos, sin embargo, que la Religión y el Estado son una misma cosa? ¿Haremos un fética de las leyes políticas y civiles? Nó, nos perderíamos irremisiblemente. ¿Tomaremos el Código Civil por la palabra santa, las Cámaras constitucionales por nuestros concilios? ¿Creeremos que con este abuso de las palabras nos acercaremos más á Dios, cuya conversacion no puede ni debe faltar nunca al hombre? ¿Qué sería esto verdaderamente, sino la parodia de nuestro pensamiento?

Habrá siempre un santuario inaccesible al Estado y sus ejércitos, y ese santuario ideal, colocado fuera del alcance de los gobiernos y las instituciones humanas, ese templo donde nunca penetrará la fuerza, ese recinto, esa Iglesia que no puede *reglamentarse* por ningún poder temporal, es la conciencia religiosa del hombre en comercio con lo infinito. Se busca siempre muy lejos ese poder espiritual independiente de la tierra. Le habeis colocado en Roma, en el Vaticano, despues en los libros del siglo diez y ocho, más tarde en las Asambleas, en los consejos de la Revolución, siempre en lo exterior. ¿Cuánto tiempo será necesario para declarar que ese poder, que ata y que desata, ha-

bita cerca de vosotros, en vosotros mismos, en vuestro pecho? El Estado nada puede contra esa Iglesia, y esa Iglesia domina al Estado; porque le juzga, le absuelve, le condena; sus decretos acaban siempre por ser ejecutados.

El hombre, creciendo interiormente, duplicando en sí, por un esfuerzo sublime, la vida moral, opera, sin saberlo, una revolución en el género humano, que tarde ó temprano está obligado á ponerse á su nivel. Diré de buen grado que todos llevamos en nuestra conciencia la cadena de diamante que sostiene el universo moral; á medida que nos elevamos, obligamos al mundo á elevarse con nosotros. Lo que ha de constituir la fuerza de nuestros tiempos, empieza por obstruirnos el camino. Nos vemos embarazados y abrumados por las potencias que nos acaba de dar Naturaleza. Esas fuerzas nuevas é incalculables, esas máquinas desconocidas en que fermenta la energía del globo, esperan la idea que debe dominarlas. ¿De quién será la victoria: de la gota de vapor condensada en la caldera, ó del pensamiento divino depositado en el corazón del hombre? Hé aquí el combate que presenciarnos. La naturaleza se manifiesta en todo su poder para desafiar al hombre en un duelo supremo. Si no queremos ser vencidos en este honroso combate, reunamos, pues, nuevas energías morales. Cuando en el siglo XVI se descubrió la imprenta, el Espíritu produjo la Reforma. Hoy los descubrimientos del mundo físico agui-

jan de nuevo al alma; para no ser aplastada por la rueda, debe ésta alzarse hasta Dios.

En los sistemas generosos que se producen hace veinte años y que atestiguan la esperanza que llena la tierra, casi siempre se imagina cambiar el orden social sin tocar á la religion. ¡Como si un nuevo mundo pudiera insinuarse en silencio y aparecer sin turbar el reposo de las Iglesias antiguas ó apoyándose en ellas! ¿Expondré mi pensamiento? Nuestros utopistas no me parecen bastante atrevidos. No bastaría que todas sus promesas se realizasen. Pediria aun la reforma de la reforma, es decir, la renovacion no sólo de las cosas, sino del hombre interior, del Espíritu, de la Iglesia viviente.

La Revolucion Francesa en su desenvolvimiento prometió ser universal, de lo que resulta que debe contener y conciliar el principio social de todas las Iglesias y sobre todo del catolicismo y del protestantismo. Con esta sencilla idea es fácil ver si una teoría, una utopía, un sueño, están dentro del plan, en el génio de la Francia moderna.

A fines del siglo XVI, un monge italiano, Campanella, imagina una nueva humanidad en el fondo de una prision. La comunidad de bienes, (1) la abolicion de la familia, del hogar doméstico, de la patria, de la nacionalidad, la agri-

(1) Omnium comunitas. etc. (*De Civitate solis.*)

cultura ejercida en comun, la gerarquía de alto abajo, la distribucion de las riquezas en proporcion de la capacidad y el trabajo de cada uno, el papado en la cumbre; tal es la utopía católica en su expresion más ingénua. Vese en su fondo el monasterio. Campanella mismo declara que se ha inspirado en la Iglesia (1) para realizar la *monarquía de Cristo*, (2) é implora el brazo secular de España. La gran idea que resalta en esta república ideal, es el principio de asociacion, el alma del catolicismo; pero, ¿y el individuo? No existe.

Por el contrario, hé ahí en una isla desierta á un hombre, Robinson, arrojado por el naufragio encima de una roca. Desnudo. sin defensa, sólo le queda la Biblia, está sólo; lo saca todo de sí mismo y del libro sagrado: es la utopía del protestantismo. El mundo busca su camino entre ámbos sueños.

Cuando el Saint-Simonismo importó á Francia el ideal del monje de Calabria, muchas personas creyeron haber dado un paso irrevocable hácia el porvenir, y sin embargo, es evidente que prosiguiendo sin interrupcion el ideal de la

(1) Sed ego dico finem monarchiarum jam advenisse, et quod in eo jam ævo simus quo omnia Sanctis et Ecclesiae subijci debent. (*Mon, hisp. p. 22.*)

(2) Monarchia Messiae. Atheismus triumphatus. (*De Monarchia hispánica.*)

Edad-media, suprimian toda la individualidad del hombre moderno. Durante algun tiempo estuvieron unidas en ese letargo maravilloso, mas al fin encontraron en sí mismas al hombre moderno que exhaló un grito, grito que las despertó. Sin saberlo habian soñado con el porvenir á la sombra poderosa de la Iglesia de la Edad-media.

Entre los dos principios contradictorios que la Revolucion Francesa debe conciliar al fin, la asociacion y el derecho del individuo, nos inclinamos naturalmente á demorar el advenimiento del segundo. La educacion católica que hemos recibido por espacio de diez y siete siglos, ha dejado en nosotros huéllas de absolutismo que no siempre distinguimos. De ahí la singular facilidad con que permitimos que se vele la libertad, aunque sin renunciar á ella. Cada partido se promete á sí mismo una hora de despotismo, un 18 brumario, para asegurar la independencia de los otros. Parece siempre un tanto sorprendidos al hacer uso del derecho de discusion y exámen. Nuestro primer movimiento es fortalecer al Estado, sólo por reflexion pensamos en el individuo, en la persona. Uno de los fenómenos que asombran al mundo es ver que despues, de tantos trastornos, la institucion por excelencia, la familia, se rige exclusivamente entre nosotros por el derecho eclesiástico. El matrimonio sigue siendo el sacramento indisoluble de la Iglesia romana. Nuestra ley civil considera el divorcio como una

heregía. Parece increíble que apesar de la libertad de cultos, impongamos á todos, á los creyentes como á los que no lo son, el dogma católico en el fuero más íntimo de la vida privada. ¡De cuántas perturbaciones interiores ha sido causa esta contradiccion! Tal ha sido la de buscar léjos una teoría trascendente, para lo que bastaba reclamar la lógica del sentido comun.

Tendencias, aspiraciones á un mundo mejor que el terrestre; tal es el génio de nuestro siglo: la sacudida que la Revolucion ha impreso á la tierra es tan grande, tales cosas se han visto, tantas montañas se han allanado, tantos precipicios se han colmado, que no hay milagro social que no parezca posible. Antes, el género humano encorvado sobre la gleba, sentía por intervalos resbalar un soplo por su frente, como el fresco hálito de los siglos futuros; se entretenia en imaginar una edad de oro; despues, pasado un instante se preguntaba, ¿es un sueño? Hoy, por el contrario, contemplando el edificio de las nubes, las ciudades atmosféricas que se dibujan en el horizonte en la púrpura y el oro del sol, se llega á pensar que ese sueño del cielo podrá descender mañana sobre la tierra y ser de su dominio. ¡Cosa estraña, grande en sí, presagio del porvenir! Hay hombres que ya se imaginan abrazar su ideal. Lo que otras veces se llamaba delirio, utupia, se denomina ahora teoría. No desprecie-mos los sueños. Para quien sabe interpretarlos, contienen sin duda restos y principios de ver-

dad. Ese gran tripode del porvenir de que Napoleón hablaba en Santa Elena, y que según él descansa en tres grandes pueblos, produce palabras extrañas, frecuentemente difíciles de entender: esas palabras sibilíticas ensordecen los oídos. Unos las aceptan, la mayor parte las rechazan, pero es evidente para todos que la Revolución Francesa ha restituido á la tierra la fé en lo imposible.

Y en efecto, no solamente es posible con los siglos, sino inevitable y sin cesar inminente, todo lo que debe aumentar la dignidad íntima del hombre. No hay nada impracticable, sino el acto de renunciar á la belleza moral y el trastorno del alma humana. En la embriaguez de las teorías, dejadme, pues, siempre el sacrificio, la intimidad, la fidelidad del corazón, la santidad del juramento, la persona moral, la piedra del hogar, la familia, la patria; fuera de esto no hay más que confusión y desesperación. Se ha observado con justicia que existe hoy un divorcio de espíritu entre el hombre y la mujer. No alienta estas á los innovadores; vuelven á entrar una á una y desaparecen en la *fé caduca* (1) de la antigua Iglesia. ¿A que obedece este fenómeno? A muchas causas: hé aquí tal vez la más importante.

Las mujeres son el corazón del género humano, y el corazón ha sido herido. Esas almas

(1) Calvino. II Inst. chrét.

nutridas de sacrificios, de abnegación, insaciables de un ideal de pureza, no han sabido que hacer en medio de sistemas que despreciaban todo esto. De un lado, el sacerdote murmuraba á su oído las palabras eternamente poderosas, abnegación, llanto, inmolación, belleza, santidad del alma; de otro, escuchaban casi exclusivamente las de restauración de la materia, aumento de los salarios, vanidad del sacrificio, locura de las lágrimas interiores. ¿Es, pues, maravilla que casi todas estén de parte de quien guarda al menos las apariencias de las cosas invisibles? De donde desaparezca el sacrificio, debe desaparecer el corazón de la mujer.

Peró este es un contrasentido que no puede durar largo tiempo; porque á despecho de todas nuestras fanfarronadas de príncipes, después de habernos coronado de mirto, no podemos ni aún en el trono del porvenir, privarnos de lágrimas, de crucifixión, de inmolación, de santidad moral. Hombre, género humano, gran rey, advenedizo, que tienes ya el vértigo, no te emanciparás de la cuna, ni de la muerte, ni de la sed de lo invisible, de lo eternamente bello, de lo puro sin mancha ni alteración. Para todo esto necesitas lágrimas; ¡no sabes cuentas verterás aún! Tal es la razón porque la mujer volverá al lado de los innovadores. ¡También aquí hay lágrimas! ¿Qué pretendéis hacer sin vuestras madres y sin vuestras hermanas? ¿Será menester que las antiguas virtudes nos hagan

lugar y desaparezcan para abrirnos paso? Sería locura imaginarlo. Elevemos, pues, nuestro pensamiento: queremos merecer simpatías sin las cuales no es posible la victoria; tan verdad es que el medio de apoderarse irrevocablemente del porvenir, no consiste en abatir el nivel para que bajo él fácilmente quepan las almas vulgares, sino en colocarlo en el ideal eterno de amor, de santidad, de heroísmo.

La Revolución Francesa no es tan laboriosa sino porque, teniendo que conciliar muchos principios, no quiere encerrarse en ninguno con exclusión de los demás. No creamos haber adelantado gran cosa en la constitución de la sociedad futura, cuando á fin de presentarnos la tarea más fácil, suprimamos un miembro vivo. Algunas veces veo palidecer en nuestras teorías á Francia, á la patria, en provecho del género humano. No os abandoneis á esta pendiente. Si se buscara el origen de dicha tendencia, se vería que nació bajo la Restauración, en la noche de la invasión, cuando Francia perdiera la conciencia de sí misma. El sistema de renunciar á la nacionalidad, ha nacido en la tumba de un pueblo. Pero el muerto ha resucitado. Francia ha recuperado el sentimiento de sí misma, dejemos, pues, allí los pensamientos del sepulcro.

Por otra parte, ¿no sentís que este país, esta tierra que menospreciáis es necesaria al mundo? M. de Maistre dice que Francia está investida de una verdadera magistratura en el universo.

¿Cuándo sus enemigos hablan así, serán sus hijos los que sostengan lo contrario? ¿No verán los ciegos que la magistratura continúa con la necesidad de la función, que el pueblo que ha hecho la revolución es necesario para dirigirla, explicarla y desenvolverla? ¿Quién dirá al mundo el sentido, las consecuencias, el espíritu de la nueva era, sino es el pueblo que la ha creado ó inaugurado? ¿No es menester que el obrero subsista para velar por su obra y repararla? Además, ¿dónde está el poder, dónde la nación que sustituya á Francia en la magistratura y en los peligros que ésta lleva consigo? ¿Dónde el pueblo que ha planteado con más franqueza la cuestión entre la clase media y el proletariado, que encierra un mundo desconocido? Basta con pasar la frontera, para aprender mucho respecto de este particular. Por todas partes oireis decir á las naciones tranquilas, sentadas á su hogar, que Francia va en busca de peligros desconocidos, que se fatiga por conseguir un bien que nunca llega, que se consume en vez de gozar. Sí, en efecto, se consume, pero es por la gloria del mundo, por los otros tanto como por sí misma, por un ideal aun no alcanzado de humanidad y de civilización. Amad, pues, á este país, no como una abstracción doctrinaria, sino como una tierra consagrada. Cuando los metafísicos os propongan emigrar sin simpatías, sin recuerdos, por la superficie del globo, recordad aquella frase que salvó á la Revolución: «Lle-

varé mi patria en la suela de mis zapatos.»

Ha terminado la larga peregrinación que juntos emprendimos. Al llegar al fin, se abren otros horizontes, pero por ahora es preciso detenerse. Entre tantos sucesos y siglos diferentes, me he impuesto la tarea de no aventurar nada que no haya aprendido en los monumentos inmutables y en las fuentes. He comparecido ante vosotros como ante mi conciencia, he buscado, he invocado la verdad; y la he expuesto sin arte, en la forma que la he visto. He hablado con el sentimiento de la grandeza de nuestro siglo sería una falta: para con él, pecar por falta de libertad y de franqueza.

Si el año ha sido rudo para nosotros, no ha sido inútil. En la fraternidad de pensamientos que desde hace veinte años nos une á M. Michelet y á mí, hemos sentido germinar nuestras palabras en corazones amigos. ¡Pueda extenderse esta fraternidad con nuestras palabras!

Hemos deplorado no ver en la lucha á ese envidado del destierro, (1) que consolando á la emigración polaca, mostraba la alianza de Francia y del mundo eslavo.

Debo dar gracias á la prensa que siempre que se ha suscitado alguna dificultad en contra nuestra, ha reivindicado inmediatamente los derechos del libre exámen: ha visto en nosotros hombres que colocados fuera de los partidos, no

(1) M. Mickiévicz.

tienen otra causa que el honor de Francia y la dignidad del espíritu humano.

En cuanto á vosotros ¿qué os diré? Nos conoceremos en adelante; no tenemos necesidad de mútuas explicaciones. Francia sabe que se educa una generación que trae un nuevo ideal, nadie puede decir que forma revestirá la vida moral que aquí habeis mostrado. Pero es evidente que no se extinguirá por completo, y que influirá algo en la historia de nuestro tiempo. Nos habeis rodeado, y nuestros enemigos no han podido llegar hasta nosotros: nos habeis abrumado con testimonios nacidos del corazón, y Dios sabe que no los he atribuido á mi persona. Os he dado lo mejor que habia en mí; me habeis entregado en cambio la chispa sagrada que toda alma joven trae al mundo. Conservemos el foco que se ha formado aquí con lo más puro de nosotros, y sea esta nuestra ofrenda al Dios del pasado y del porvenir. Separándonos, seguiremos unidos. Pensaré lejos de vosotros en estas horas de entusiasmo, también vosotros os acordareis de mí alguna vez.

No olvideis que en este último instante nuestros enemigos velan todavía. Retiraos tranquilamente. Adios, señores, sois ¡la primavera del año y la esperanza de Francia.

FIN

APÉNDICE



CARTA

AL

SR. DIRECTOR DEL «DIARIO DE LOS DEBATES»

MUY SEÑOR MIO: No nos ha sido difícil á M. Michelet y á mí renunciar á dar contestacion á las acusaciones que se nos han dirigido en las Cámaras de los Pares. Despues de haberlas examinado, no nos tomaremos la pena de refutarlas. Pero la misma benevolencia que V. ha mostrado para con ausentes, me obliga á manifestarle mi agradecimiento, y á dirigirle algunas observaciones acerca de la reserva que muestra respecto de mí.

Piensa V. que si me he separado del programa de mi curso, algunas prudentes advertencias bastarán para que me limite á él: palabras tan moderadas como esas, no pueden ménos de causar impresion, aún á mis propios amigos, y si pudiese

APÉNDICE



CARTA

AL

SR. DIRECTOR DEL «DIARIO DE LOS DEBATES»

MUY SEÑOR MIO: No nos ha sido difícil á M. Michelet y á mí renunciar á dar contestacion á las acusaciones que se nos han dirigido en las Cámaras de los Pares. Despues de haberlas examinado, no nos tomaremos la pena de refutarlas. Pero la misma benevolencia que V. ha mostrado para con ausentes, me obliga á manifestarle mi agradecimiento, y á dirigirle algunas observaciones acerca de la reserva que muestra respecto de mí.

Piensa V. que si me he separado del programa de mi curso, algunas prudentes advertencias bastarán para que me limite á él: palabras tan moderadas como esas, no pueden ménos de causar impresion, aún á mis propios amigos, y si pudiese

ceder en algo, seguramente sería á un consejo tan ilustrado como el de V.; pero no puedo ni debo, y hé aquí las razones.

Supone V. que, sorprendido bruscamente por una polémica violenta, he cambiado el carácter de mi enseñanza, que las pasiones que han venido á provocarme, han encendido en mí un deseo repentino de venganza, y que desde entónces he abandonado las condiciones ordinarias de mis estudios. No es así, sin embargo; y lo que me tiene tranquilo en estos debates, es que estoy donde he estado siempre. Cuando hace ocho años comencé mi enseñanza, principié estudiando las relaciones de la literatura y las instituciones religiosas. La opinion pública se encontraba á la sazón muy apartada de estas cuestiones; podia considerarme como aislado y solo en dicha empresa. Desde entónces, por el contrario, la atención general se inclina á ellas. No soy yo quien ha provocado este fenómeno. No he renunciado al plan expuesto cuando podia creer que estaría sólo; ¿debo renunciar á él porque el espíritu público quiera intervenir? No temí al aislamiento: ¿temeré á la multitud?

Hace siete años, el ministro actual de Instrucción Pública se dignó asistir á una de mis lecciones, y conservo el testimonio de la aprobación que le mereció. Entraba entónces en el camino por el que no he cesado de marchar. Mostraba las relaciones del Evangelio de San Juan con la Religion de los Persas. El resultado de es-

te curso fué resumido en un volúmen que intitulé *El Génio de las Religiones*. Nadie pensó entónces que fuese extraño á las letras mostrar la fuente de los grandes poetas en las creencias y los cultos.

Llamado al colegio de Francia, llevé al estudio de las literaturas meridionales el mismo espíritu que 'habia presidido anteriormente á mi enseñanza. Sin duda me hubiera sido infinitamente más cómodo traducir para mi auditorio algun autor español ó italiano; pero estimé que en ese noble colegio de Francia podia dar á la crítica una tendencia más elevada y filosófica. Traté en una série de lecciones, que pronto serán publicadas, de Dante, del Petrarca, de Maquiavelo, de Bocaccio, de Barros, de Calderon, de los filósofos italianos del siglo diez y seis, etc., pero no bastaba hablar aisladamente de esos hombres, era preciso mostrar el lazo que los une, la sociedad en que vivia cada uno. Ahora, dicho lazo es la religion. Quitadme el Cristianismo; todo mi objeto desaparece. ¿Hay quien comprenda que yo hable seriamente de Italia sin Roma, de España, de los Arabes sin el Islamismo?

Tome V. si quiere todos los prosistas del Mediodia, no me deje más que un poeta; elija usted, ¿á Petrarca? me conformo; basta para suscitar toda la dificultad. Abro sus obras al azar, y leo este tratado: *Del Derecho del Estado y de la iniquidad de la Santa-Sede*. ¡Henos aquí de

nuevo enfrente de las más graves cuestiones! Cerraré el libro.

¡Imagine V. una enseñanza sobre Homero, Píndaro, Sófocles, y que el profesor nada pueda decir ni de los Dioses ni de la religión griega! Más valdria cerrar esta Cátedra. Prescinda usted en la literatura francesa de Bossuet, Fenelon, Masillon y Port-Royal, si quiere usted que las letras no se relacionen con la Iglesia; y aún esto no sería bastante; el profesor encontraria á la Iglesia en una tragedia, en una comedia, en Atalia, en un verso de Moliere. ¿Dónde detenerse en este camino? Para ser lógicos, debiera decirse á cada profesor de literatura: no hables de moral, pertenece al sacerdote; deja la historia, es del historiografo; las instituciones, del jurisconsulto; los monumentos, del arquitecto; la naturaleza, del naturalista; la tierra, del geólogo; el cielo, del astrónomo! Cumplido este trabajo, una cátedra de literatura sería, en efecto, poco temible; careceria de sentido.

Además, nada se habria adelantado sino se aplicase el mismo sistema á las ciencias: el literato podria, en justa reciprocidad, decir al fisico, no te está permitido tocar á la química; al geólogo, te vedo el diluvio; al anatómico, te prohibo toda comparacion con la escala inferior de los seres; porque esto falsea el concepto que tengo de los primeros capítulos del Génesis. Cuando el venerable M. Ampere coronó su carrera con sus trabajos sobre la enciclopedia de

las ciencias, hubiera sido preciso cerrarle la boca, recordándole que estaba allí para rehacer todos los años cierto número de experiencias físicas y no para crear una filosofía de la naturaleza.

¿Qué sería de todas las ciencias si se redujesen á este aislamiento? Moririan. De las letras quedaria una vana retórica. Y es esto tanto más evidente cuanto no hay una cátedra que se pueda librar de pretestos como los que se me oponen. No hay ningun profesor que no haya sentido la vida de la enseñanza en el estudio de las relaciones. En 1828, M. Villamain era profesor de literatura francesa. Sin que la Restauracion se lo impidiese, dió un curso justamente célebre sobre el Parlamento inglés, sobre los oradores ingleses, sobre la política inglesa, sobre Lord Chatam, Pitt, Sheridan. Todo el mundo comprendió que el eminente crítico, engrandecía, fecundaba su asunto, mas que no lo abandonaba; y apesar de las pasiones que se mezclaban entónces á los debates políticos más insignificantes, la Cámara de los Pares no pensó siquiera encerrarle en la Retórica de Le Batteux. En el Colegio de Francia, mi amigo y colega, M. J. J. Ampere, ha fundado muy sábiamente, en mi concepto, su curso de literatura francesa en el cristianismo de los Padres y la Teología de la Edad-media. Ha tratado sin oposicion del Pelagianismo y del Agustinianismo, de la naturaleza y de la gracia. Tal era su derecho y su deber, puesto que estas cuestiones reaparecen en

el siglo de Luis XIV. Recuerdo, es verdad, que varios periódicos y folletos dirigieron vivos ataques al sábio M. Letronne, cuando trató del Diluvio; pero no recuerdo que ninguna de las dos Cámaras adoptase ninguna resolución para proscribir este asunto, que en el estado actual de la ciencia, está aun abierto á la discusion.

Respecto de lo que más particularmente me concierne, si abro los comentaristas del Dante en la Edad-media, veo que tratan muy libremente de teología, de política, de derecho, de la Iglesia, del papado; estos comentarios son verdaderas enciclopedias, y me pregunto: ¿como renunciaré en el siglo diez y nueve el derecho que Boccaccio tenía en el siglo catorce? Landini en el quince. No lo comprendo de ningun modo.

Es verdad, que las personas que solo desean un pretexto, se detienen en el título de mi curso, EL CRISTIANISMO Y LA REVOLUCION FRANCESA: ¿qué relacion puede tener esto con el Mediodía? A los que como V. buscan la verdad y no un pretexto, contestaré que el programa de mi curso comprende las literaturas meridionales en su relacion con las instituciones; que al publicar el volúmen de mis lecciones, tengo sin duda el derecho de darle el título más preciso, señalando así el movimiento del espíritu humano entre dos épocas.

¿Se dirá que el Cristianismo no influye para nada en el Mediodía, y la Revolucion francesa tampoco; que esta no ha sido apercibida por

Italia y España, por Montí, que encuentra el infierno del Dante en la Convencion, por Alfieri, Manzoni y la nueva escuela española?

Esta carta es muy larga, señor mio, y sin embargo, me ha parecido indispensable para explicar como no puedo deferir á las benévolas observaciones que V. me dirige. Tengo la conciencia de que cediendo hoy sobre un punto, mañana me vería obligado á ceder en otro: y para que mi vida fuera más cómoda, sólo tendría que renunciar á la libertad y dignidad de la enseñanza. Las vivas enemistades que se suscitan contra nosotros, presto se extenderían á los demás si tálásemos á nuestra mision. Más vale asumir las todas.

En medio de estas contiendas, tengo la satisfaccion de no aborrecer á nadie: las dificultades no proceden de nuestros adversarios; están en la misma situacion. No habiendo buscado el combate, tampoco lo evitaré; y puesto que palabras tan moderadas como las de V. no han podido persuadirme á renunciar á lo que considero como el derecho y la vida misma de la enseñanza pública, no creo que nadie me convenza fácilmente.

Reciba V., señor, mio la expresion de mi consideracion más distinguida.

París, 21 de Abril de 1845.

E. QUINET.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Advertencia.	V
A. M. J. Michelet.	VII
CONFERENCIA I.—Introduccion.	XV
» II.—De la táctica parlamentaria en materia de religion y filo- sofia.	33
» III.—La Iglesia en el espíritu de Jesucristo.	55
» IV.—El Cristianismo sin Roma.	73
» V.—De la ciudad de Dios y de la ciudad del hombre.	95
» VI.—El Papa.	115
» VII.—El Mahometismo.	139
» VIII.—El Coran y el Evangelio.	169
» IX.—Los precursores de la Re- forma.	187
» X.—La Reforma.	209
» XI.—América y la Reforma.	229
» XII.—La Iglesia galicana y la Iglesia del porvenir.	257

PÁGINAS

CONFERENCIA XIII.—La Asamblea constituyente y la Convencion.	281
» XIV.—Napoleon.	307
« XV.—El ideal de la democracia.	329
APÉNDICE.—Carta al Sr. Director del Diario de LOS DEBATES.	353

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA

CONDICIONES DE SUSCRICION.

- 1.^a Esta Biblioteca publica cada mes un tomo en cuarto menor de 300 á 600 páginas, alternando sus dos secciones; pero sin que se interrumpa nunca la obra comenzada.
- 2.^a El precio de suscripcion es de 30 reales en toda España por trimestres adelantados; en Ultramar de 240 por un año.
- 3.^a Las suscripciones se admiten en la Administracion de esta Biblioteca, Lereña, 8.

OBRAS PUBLICADAS

FLORES DE INVIERNO.—Cuentos, Leyendas y Costumbres populares, Artículos, por Federico de Castro, Ex-Rector y Catedrático de la Universidad de Sevilla.—Un tomo, 14 rs.

Todas estas composiciones admiran tanto por la belleza y gallardía de la forma, como por el pensamiento moral y filosófico que desarrollan dramáticamente.

EL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA, por J. D. Pasavant, Director del Museo de Francfort, tradu-

PÁGINAS

CONFERENCIA XIII.—La Asamblea constituyente y la Convencion.	281
» XIV.—Napoleon.	307
« XV.—El ideal de la democracia.	329
APÉNDICE.—Carta al Sr. Director del Diario de LOS DEBATES.	353

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA

CONDICIONES DE SUSCRICION.

- 1.^a Esta Biblioteca publica cada mes un tomo en cuarto menor de 300 á 600 páginas, alternando sus dos secciones; pero sin que se interrumpa nunca la obra comenzada.
- 2.^a El precio de suscripcion es de 30 reales en toda España por trimestres adelantados; en Ultramar de 240 por un año.
- 3.^a Las suscripciones se admiten en la Administracion de esta Biblioteca, Lereña, 8.

OBRAS PUBLICADAS

FLORES DE INVIERNO.—Cuentos, Leyendas y Costumbres populares, Artículos, por Federico de Castro, Ex-Rector y Catedrático de la Universidad de Sevilla.—Un tomo, 14 rs.

Todas estas composiciones admiran tanto por la belleza y gallardía de la forma, como por el pensamiento moral y filosófico que desarrollan dramáticamente.

EL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA, por J. D. Pasavant, Director del Museo de Francfort, tradu-

cido del Aleman y anotado por Cláudio Boute-
lou, Ex-Director y Catedrático de la Escuela de
Bellas-Artes de Sevilla.—Un tomo, 14 rs.

Este libro es indispensable á toda persona
que desee poseer alguna instruccion acerca de
las Bellas Artes en nuestro país; en él se tra-
za con claridad, inteligencia y copia de datos
el hermoso cuadro de la marcha del arte pátrio,
notando los caracteres propios que constituyen
nuestra originalidad, y señalando la presencia
en España, yá del arte del Norte, yá del Italiano.

FILOSOFÍA DE LA MUERTE.—Estudio hecho so-
bre manuscritos de don Julian Sanz del Rio, por
Manuel Sales y Ferré.—Un tomo, 14 rs.

Trata este libro todas las cuestiones com-
prendidas en el pavoroso problema de la muer-
te, y las resuelve á la luz de la Filosofía, seña-
lando los límites eternos de nuestro conoci-
miento en lo que á la otra vida se refiere.

LA PINTURA EN EL SIGLO XIX, por Cláudio Bou-
telou.—Un tomo, 14 rs.

«Despues de consagrar algunas páginas, dice
el autor de este libro, á expresar nuestras ideas
respecto al Arte en general y á la Pintura en
particular, nos ocupamos en la primera seccion
en trazar la marcha de esta última desde fines
del siglo XVIII hasta la época presente, desti-
nando las otras dos á tomar nota de los medios
empleados en el siglo XIX, en bien de sus pró-
gresos, y á reseñar su estado actual en cada uno
de los géneros que comprende, cuidando de in-
dicar las tendencias que se descubren.»

**HISTORIA DE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES HAS-
TA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORA-
VIDES (711-1110),** por R. Dozy, traducida y ano-
tada por Federico de Castro, Ex-Catedrático de
Historia de España en la Universidad de Sevilla.
—4 tomos, 64 rs.

Esta obra, que ahora se traduce al Castella-
no por primera vez, há tiempo que goza entre
nosotros de grande y merecida celebridad. Fru-
to de un trabajo de veinte años, durante los que
su autor ha consultado todos los manuscritos
relativos á la historia de los árabes que se con-
servan en Europa, es de aquellas que están lla-
madas á formar época en este género de estu-
dios; hoy es considerada justamente como la
mejor, y lo será siempre como una de las clási-
cas en esta materia.

**HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA Y DE LOS DESCUBRI-
MIENTOS GEOGRÁFICOS,** por Vivien de Saint-Mar-
tin, traducida y anotada por Manuel Sales y
Ferré, Catedrático de Geografía-Histórica en la
Universidad de Sevilla.—2 tomos, con mapas in-
tercalados en el texto. 40 reales.

Este libro que expone el curso y desarrollo
del conocimiento geográfico desde los tiempos
más remotos hasta nuestros dias, sin omitir
ninguna obra ni descubrimiento importantes,
además de ser el único que se ha escrito de este
asunto, tiene el mérito de instruir y deleitar á
la vez, por su exposicion ordenada y bella, por
la proporcion de sus dimensiones y por abarcar
toda la materia. Publicado en Francia el año
1873, el traductor lo ha continuado hasta nues-

tros días, narrando, entre otros, los importantísimos viajes de Nachtigal, de Cameron y de Stanley al interior de Africa; los de Warburton y de Forrest al interior de Australia; el de Payer y Weyprecht encima de Nueva Zembla, y el del inglés Nares á la region polar por el estrecho de Smith.

ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES, por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Cláudio Boute-
lou.—Un tomo, 14 rs.

Este libro de Herbert Spencer, uno de los más grandes pensadores de nuestra época, es la introducción al vasto monumento filosófico que ha levantado para sintetizar el conjunto de la ciencia filosófica fundada en las ideas modernas. El autor estudia la Ley y Causa del Progreso; examina el estado actual de la legislación en todos los pueblos modernos; expone un organismo social conforme á los principios de la ciencia, y termina por un estudio de las maneras y las modas, proponiendo los medios de corregirlas. Como en todos sus libros, aduce el autor en éste tal riqueza de hechos y de observaciones en comprobación de sus ideas, que proporcionan vasta instrucción al lector, á la vez que le dan la prueba de los principios que se sustentan.

LIBRO DE AGRICULTURA, por el árabe Abu-Zacaría, seguido del Catecismo de Agricultura por Victor Van-Den-Broeck y de las Conferencias agrícolas sobre los abonos químicos por M. Georges Ville. Arreglado por Cláudio Boute-
lou, dos tomos, 32 rs.

Este libro es una verdadera enciclopedia, que ofrece al agricultor español todos los conocimientos que necesita para la labranza. Por una

parte, el tratado de Abu-Zacaría le enseña lo que ha sido hasta aquí la agricultura patria; por otra, el Catecismo de Broek y las Conferencias de Ville le presentan los últimos adelantos que ha hecho la agricultura á la luz de las ciencias naturales. Le precede, además, una Introducción escrita por el Ingeniero Sr. Boute-
ou, en que se traza á grandes rasgos la historia de la agricultura española desde la dominación romana hasta nuestros días.

INVESTIGACIONES ACERCA DE LA HISTORIA Y LITERATURA DE ESPAÑA DURANTE LA EDAD-MEDIA, por R. Dozy, traducidas de la segunda edición y anotadas por Antonio Machado y Alvarez.—Dos tomos, 32 rs.

Esta preciosa é inestimable obra, necesaria para todo el que se proponga hacer un estudio profundo de nuestra historia en los siglos medios, contiene puntos tan interesantes como las *Indagaciones acerca de la historia del reino de Asturias y Leon*; las *Observaciones geográficas sobre algunas antiguas localidades de Andalucía con la expedición á ésta de Alfonso I el Batallador*, y *El Cid segun los nuevos documentos*.

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO, por John Stuart Mill, traducido del inglés con notas y observaciones por Siro García del Mazo, jefe de Trabajos Estadísticos de esta provincia.—Un tomo, 18 reales.

Fruto de más de veinte años de meditación, este libro estudia y resuelve todos los problemas referentes á la organización de los Poderes

públicos y á la Administracion del Estado, no solo en pura teoría, sino principalmente en la práctica y en la vida. Lleva por apéndice la Ley electoral vigente, por hallarse inspiradas algunas de sus reformas en los principios que sustenta el filósofo inglés.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Compendio razonado de Historia general, por D. Fernando de Castro. Continuado por Manuel Sales y Ferré.—Cuatro tomos, 80 rs.

Resúmen de Historia general, por D. Fernando de Castro. Duodécima edicion, aumentada por Manuel Sales y Ferré.—Un tomo, 20 rs.

Resúmen de Historia de España, por don Fernando de Castro. Duodécima edicion, aumentada con la Edad-antigua, por Manuel Sales y Ferré.—Un tomo, 12 rs.

Discurso acerca de los caracteres históricos de la Iglesia española, por D. Fernando de Castro.—4 rs.

Comentarios á «La Historia natural del Hombre» de Quatrefages, por Manuel Sales y Ferré.—Primer cuaderno, 4 rs.

El Quijote para Todos, abreviado y anotado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las Escuelas Normales de Maestros.—10 rs. en rústica y 12 en holandesa.

El Quijote de los Niños, abreviado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las escuelas.—Tercera edicion, á 8 rs. en holandesa.

SEVILLA.—Imp. de Salvador Acuña y C.^ª,
Colon, 25.

OBRAS DE VENTA EN LA MISMA-LIBRERIA.

Los precios indicados en primer término son para Madrid, y los en segundo para provincias, francas de porte.

COMPENDIO DE HISTORIA DEL DERECHO ROMANO, POR ENRIQUE AHRENS,

traducido directamente del alemán con notas por los profesores de la Institucion libre de enseñanza, Sres. D. Francisco Giner, D. Gumersindo Azcárate y D. A. G. Linares. Madrid 1878; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.

En este compendio encontrará el jurista y el estudiante la historia interna y externa del Derecho romano, con los adelantos hasta el día, por las numerosas notas con que vá ilustrado.

Agrimensura (Tratado de), por el Ilmo. Sr. D. Isidro Giol y Soldevilla, profesor de Matemáticas, Arquitectura, Dibujo y Comercio, etc., etc., catedrático libre de Acotaciones y Topografía en el Instituto de San Isidro de Madrid; un tomo, 4.º, con láminas, 40 y 44 rs.

Album poético español, con composiciones inéditas de los Sres. Marqués de Molins, Hartzbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Madrid, 1874; un tomo, 4.º mayor, de gran lujo, 32 y 36 rs.

Album de la mujer. Coleccion de bellísimos trabajos de las principales escritoras españolas y de D. Juan Tomás Salvany, dedicado al bello sexo; un tomo, 8.º mayor, 6 y 8 rs.

Amores de un torero (Los), por Teófilo Gautier; un tomo, 8.º, 6 rs.

Anales de la Inquisicion desde que fué instituido aquel Tribunal hasta su total extincion en el año 1834. Obra escrita con presencia de datos auténticos procedentes

del archivo de aquel Tribunal, por don G. del Valle; un tomo, 4.º con 510 páginas y treinta y tantas láminas aparte del texto, 32 y 36 rs.

Anales del reinado de doña Isabel II. Obra póstuma del Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Búrgos; 6 tomos, 4.º, con 20 retratos aparte del texto, 400 y 440 rs.

La misma, sin retratos, 80 rs.

Anales histórico-políticos de la medicina, cirugía y farmacia. Veinte diálogos familiares que comprenden las cuatro épocas políticas más memorables de estas tres facultades en cuanto á su origen, antigüedad, ejercicios, según sus categorías, clases y honores, privilegios y distinciones entre sus profesores, desde la más remota antigüedad hasta la época presente. Su autor, el doctor don Manuel Fernandez de Gregorio; un tomo, 4.º, 20 rs.

Andar y ver. Excursion á las provincias del Norte y Mediodía de Francia, por Felipe, con un vocabulario castellano-vascuence; 4 rs.

Antiguo Madrid (El). Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa, por D. Ramon Mesonero Romanos; un tomo, 4.º, edicion de lujo, con grabados y bellísimas láminas aparte del texto, 34 y 40 rs.

Antigüedades romanas, por Adam; 4 tomos, 4.º, 60 y 70 rs.

Apología de los asnos, compuesta en renglones así como versos, por un análogo aprendiz de poeta; segunda edicion; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.

Apuntes para un libro de historia y arte militar, extractados de las mejores obras que tratan del mismo asunto, por D. Cándido Varona y Olarte, teniente de infantería; 20 reales.

Aránzazu: leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, por S. Manteli, con un preliminar de R. Becerro de Bengoa; un tomo, 4.º, 12 y 14 rs.

Arquitectura (Ensayo histórico sobre los diversos géneros de), empleados en España desde la dominacion romana hasta nuestros dias, por D. José Caveda (publicado de real orden); un tomo, 4.º mayor, 30 y 36 rs.

Arte de ser desgraciado (El). Leyenda por J. T. de Saint Germain, traducido de la quinta edicion, por D. Manuel Climent; un tomo, 4 rs.

Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el conde de

las Casas, traducido, corregido y aumentado por un español americano. París, 1826; un tomo marquilla, con 35 mapas, 200 y 240 rs.

Este Atlas es una Historia universal que abraza la série de los siglos y clasifica todos los hechos importantes, ofrece por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografía y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las sinuosidades, etcétera, del universo.

Atlas de cartas geográficas de los países de la América meridional en que estuvieron situadas las más importantes misiones de los jesuitas, como tambien de los territorios sobre cuya posicion versaron allí las principales cuestiones entre España y Portugal; acompañado de varios documentos sobre estas últimas y precedido de una introduccion histórica, por D. Francisco Javier Brabo; 24 y 26 rs.

Autobiografía de D. Francisco Javier Brabo, y noticia de su coleccion de documentos relativos á América; un tomo, 8.º, con el retrato del autor, 8 rs.

Aventuras de Robinson Crusoe; 5 tomos, 20 rs.

Bacon. Ensayo de moral y de política, traducido por Arcadio Roda y Rivas; un tomo, 4.º, 12 rs.

Biblioteca de la risa, ó el libro de los cuentos. Coleccion de anécdotas, cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, dichos agudos, réplicas ingeniosas, pensamientos profundos, sentencias, máximas, sales cómicas, retruécanos, equívocos, símiles, adivinanzas, bolas, sandeces y exajeraciones: almacen de gracias y chistes; obra capaz de hacer reir á una estatua de piedra; 3 tomos, 8.º, 36 reales.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

Flores de invierno: cuentos, leyendas y costumbres populares, artículos, por Federico Castro; un tomo, 8.º, 44 reales.

Arte cristiano (El) en España, por J. D. Passavant, director del Museo de Francfort, traducido directamente del alemán y anotado por Carlos Boutelou, 44 rs.

Filosofía de la muerte: estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré; 44 reales.

Pintura (La) en el siglo XIX, por Cláudio Boutelou; 44 rs.
Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (744-1140), por don R. Dozy, traducida por D. Fernando de Castro, ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla: 4877 y 4878; 4 tomos, 8.º mayor, 64 rs.

Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de Sant-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla; 2 tomos, 8.º, con mapas, 40 rs.

Estudios políticos y sociales, por Herbert-Spencer, traducidos directamente del inglés por Cláudio Boutelou; 44 rs.

Libro de agricultura, su autor el doctor excelente Abuzacaria Iahia Abenmohamed Ben Ahmed Ebn el Awan, sevillano. Arreglo hecho en vista de la traducción castellana de D. José Banqueri, por D. Cláudio Boutelou, precedido de una introducción escrita por D. Estéban Boutelou, de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y seguido del Catecismo de Agricultura por Víctor Van Den Broeck, y de los abonos químicos, conferencias agrícolas dadas en el campo de Vincennes por M. Georges Ville; 2 tomos, 8.º mayor, 32 rs.

Este libro es una verdadera enciclopedia, que ofrece al agricultor español todos los conocimientos que necesita para la labranza. Por una parte, el Tratado de Abuzacaria le enseña lo que ha sido hasta aquí la agricultura patria: por otra, el Catecismo de Broeck y las Conferencias de Ville le presentan los últimos adelantos que ha hecho la agricultura á la luz de las ciencias naturales. Le precede, además, una introducción escrita por el ingeniero Sr. Boutelou, en que se traza á grandes rasgos la historia de la agricultura española desde la dominación romana hasta nuestros días.

Investigaciones acerca de la historia y de la literatura de España durante la Edad Media, por R. Dozy; traducida de la segunda edición y anotada por D. Antonio Machado y Alvarez, doctor en la facultad de Filosofía y Letras; 2 tomos, 8.º, 32 rs.

Bosquejos (varias poesías), por Juan M. Sanjuan, con un prólogo de D. Ramon de Campoamor, de la Academia Española; 4 rs.

Bosquejo histórico de la política de España, desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días, por D. Francisco Martínez de la Rosa; 2 tomos, 8.º mayor, 24 rs.

Bravo (El).—Precaucion. Por Fernimore Cooper. Estas dos novelas forman un tomo, 4.º, con 42 láminas á dos colores; 20 y 24 rs.

Cancionero de obras de burlas provocantes á risa. Colección de discursos festivos y poesías satíricas de los mejores poetas que florecieron en los siglos XV, XVI y XVII, gran parte inéditas, y recopiladas por el colector de *El Libro Verde*; 12 y 14 rs.

Cancionero (El) de Juan Alfonso de Baena, con notas y comentarios; un tomo, 4.º, de 732 páginas á dos columnas, 80 y 86 rs.

Cantos del gitano: preciosas poesías y cantares, por don Mariano Chacel; un tomo, 8.º, magnífica edición, 8 y 10 rs.

Catecismo de agricultura. Nociones elementales de las ciencias naturales consideradas en sus relaciones con la agricultura. Obra destinada especialmente á las escuelas rurales, por Víctor Van Den Broeck, traducido por M. Sales y Ferré; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.

Caton político y cuestion pontificia, por Roque Barcia, con un prólogo de D. E. Castelar; un tomo, 4.º, 15 rs.

Clave del Derecho (La), ó síntesis del Derecho romano, conforme á los antiguos textos conocidos y los recientemente descubiertos, por M. Ortolan, traducida al castellano por el doctor D. Fermín de la Puente y Apecechea, catedrático de Jurisprudencia en la Universidad de Sevilla: 1843; un tomo, 8.º, 8 y 9 rs.

Colección de documentos relativos á la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Carlos III, con introducción y notas, por don Francisco Javier Brabo; un tomo, 4.º, con la autobiografía y retrato del autor, 32 y 36 rs.

Colonización en la Historia (La), por Rafael M. de Labra, profesor de Derecho internacional de la Institución libre de enseñanza de Madrid; 2 tomos, 8.º, 24 y 28 rs.

Comentarios á la Ley de Enjuiciamiento civil, por D. Vicente Hernandez de la Rúa, doctor de la Universidad de Salamanca, teniente fiscal del Tribunal Supremo de Justicia. Madrid, 1856; 5 tomos, 60 y 70 rs.

Compendio enciclopédico teórico-práctico, civil y crimi-

nal de España, en lo que tiene relacion con todas las materias que constituyen los Reglamentos oficiales de exámenes de aspirantes á procuradores, secretarios y suplentes de Juzgados municipales, por D. Antonio Campins; dos tomos, 4.º, 24 y 28 rs.

Compendio del Derecho romano, ó aforismos y decisiones sacados del Digesto y del Código, con su traduccion, por D. Luis Roquer, abogado; 8 rs.

Compendio histórico de las Repúblicas antiguas y modernas, donde se hace ver su origen, duracion y causa de su decadencia, escrito en francés por el ciudadano Budad; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Compendio de moral ó catecismo de los deberes del hombre para uso de la juventud, por D. Cayetano Cortés; un tomo, 8.º mayor, 40 rs.

Complemento á la Enciclopedia moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de P. Mellado; 3 tomos, 4.º, 60 rs.

Esta obra es de necesidad á todo el que tiene la Enciclopedia.

Comuneros de París (Los) Historia de la revolucion federal de Francia en 1871, por Ramon de Cala, diputado republicano de las Contituyentes; 2 tomos, 4.º, con láminas y planos, 30 y 36 rs.

Conferencias libre-cambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid por los principales oradores españoles; un tomo, 4.º, 20 rs.

Constitucion inglesa (La) y la política del continente, por Gumersindo de Azcárate, presidente de la seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, vicepresidente 4.º de la Academia de Legislacion y Jurisprudencia, profesor de la Institucion libre de enseñanza; un tomo, 8.º, 42 y 44 rs.

Cristo y la civilizacion. Lecciones pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid, por D. Federico Torralva, precedida de un juicio crítico de monsieur Anselmo Dubois, misionero francés; 6 rs.

Criterio legal (El) en los delitos políticos, por D. Manuel de Rivera Delgado, abogado del ilustre Colegio de Madrid, etc.; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Cruz (La) y la golondrina: novela original, por D. Manuel Ibo Alfaro; un tomo, 8.º, 4 rs.

Cuentos, de Cárlos Rubio; un tomo, 8.º mayor, 40 rs.

Cuestiones selectas del Derecho penal vigente, por D. Vicente Hernandez de la Rúa. Madrid, 1853; un tomo, 4.º, 20 rs.

Cuestion universitaria. Documentos coleccionados, por M. Ruiz de Quevedo, referentes á los profesores dimisionarios y suspensos.

Gonzalez de Linares.—Calderon (D. Laureano).—Giner (D. Francisco).—Salmeron.—Azcárate.—Andrés Montalvo.—Castelar.—Montero Rios.—Figuerola.—Moret.—Val.—Mesias.—Muro.—Varela de la Iglesia.—Calderon (don Salvador).—Soler (D. Eduardo).—Giner (D. Herenegildo). Madrid, 1876; un tomo, 8 y 10 rs.

Cuevas de Monserrat ó sea historia y descripcion de las más admirables de nuestras montañas, de sus vastísimas entrañas ó cuevas tan maravillosas como poco conocidas, y de la perla de los santuarios, etc., con una lámina de la vista del monasterio de Monserrat; 4 y 5 rs.

Curso de Derecho político, segun la historia de Leon y Castilla, por el Doctor D. Manuel Colmeiro. Madrid 1873; un tomo, 4.º, de 630 páginas, 36 y 40 rs.

Curso de Psicología, dado en París bajo los auspicios del Gobierno, por H. Ahrens, traduccion de Gabino Lizarraga; 2 tomos, 8.º mayor, 24 y 28 rs.

Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-21, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo 4.º, 20 y 24 rs.

Defensa de las mujeres, por D. L. De Alemany, escrita en contraposicion de los cuadros ó historia del matrimonio que publicó D. Antonio Flores; 2 rs.

Defensa del juicio por jurados, por D. Fernando Gomez de Salazar; un tomo, 4.º, 8 rs.

Derecho internacional público de Europa, por A.-G. Heffter, traducido por G. Lizarraga; 32 y 36 rs.

Descentraltacion universal ó el Fuero vascongado, aplicado á todas las provincias con un exámen comparativo de las instituciones vascongadas, suizas y americanas, por Julian Arrese; un tomo, 8.º mayor, 8 rs.

Descubrimiento y conquista de la América ó compendio de la historia general del Nuevo Mundo, por D. Juan Corradi; 3 tomos, 8.º, 20 rs.

Descripcion analítica de las combinaciones más importantes de la guerra y de su relacion con la política de los

Estados, para que sirva de introducción al tratado de las grandes operaciones militares, por el Barón de Jomini, general en jefe de todas las Rusias, traducción de Ramonet, con notas; un tomo, 4.º, 16 y 18 rs.

Determinación de las especies minerales por el sistema químico de Mr. F. Robell, profesor de la Universidad de Munich, modificado y ampliado por D. Amalio Maestre, inspector general del Cuerpo de Ingenieros de Minas, con un cuadro sinóptico de los caracteres empleados para la determinación de las especies minerales en el sistema químico. Madrid, 1874; un tomo 4.º, 40 y 42 rs.

Devereux. Novela escrita en inglés por Mr. Eduardo Leyton Bulwer y traducida por D. Nemesio Fernandez Cuesta; 6 tomos, 8.º, 20 rs.

Diálogos filosóficos, por Ernesto Renan, versión castellana de Chaves y Orgaz; 6 rs.

Diccionario jurídico-administrativo, ó compilación general de Leyes, Decretos y Reales órdenes dictadas en todos los ramos de la Administración pública, hecha por una sociedad de abogados y escritores, bajo la dirección de D. Carlos Massa y Sanguinetti; 5 tomos, folio, de 4.500 páginas cada uno, pasta, 700 y 800 rs.

Digesto romano-español, compuesto en latin para uso de los juristas, por D. Juan Sala; traducido al castellano y adicionado con las últimas variantes del Derecho nacional, por los licenciados D. Pedro Lopez Clarós y don Francisco Fábregas del Pilar, abogados del Colegio de Madrid; 2 tomos, 4.º mayor, 60 rs.

Digesto (El) del emperador Justiniano, traducido y publicado en el siglo anterior por el licenciado D. Bartolomé Agustín Rodríguez de Fonseca, del Colegio de abogados de Madrid. Nueva edición aumentada con la traducción de los proemios, completada y revisada con arreglo á los textos más autorizados de las ediciones modernas, por D. Manuel Gomez Marin y D. Pascual Gil y Gomez, licenciados en Derecho civil y canónico y abogados del ilustre Colegio de Madrid, 1873 1875; 3 tomos, folio, de 715 á 864 páginas cada uno, 300 y 320 rs.

Discordia entre la Italia y la Iglesia, por el P. Curci, traducción del italiano por H. Giner; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Doctor Lañuela (El). Episodio sacado de las memorias de un tal Josef por D. Antonio Ros de Olano; un tomo, 4.º, 40 rs.

Documentos internacionales del reinado de D.ª Isabel II desde 1842 á 1868. Colección publicada de órden del señor Ministro de Estado, con un discurso preliminar, por D. Florencio Janer; un tomo, 4.º, 40 rs.

Doctrinas fundamentales reinantes (Las) sobre el delito y la pena en sus interiores contradicciones. Ensayo crítico preparatorio para la renovación del Derecho penal, por Carlos David y Augusto Röder, traducida del alemán, por D. Francisco Giner; un tomo, 8.º, 42 y 44 reales.

Don Mendo de Acuña. Episodio novelesco de la historia de Castilla. *El Castellán de Amposta*. Episodio novelesco de la historia de Aragon, por D. Pio de la Sota; un tomo, 8.º, 6 rs.

Ecos nacionales y cantares, con traducciones al portugués, alemán, inglés, italiano, catalán gallego, polaco y provenzal, por Ventura Ruiz Aguilera. Quinta edición; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Ecos del arpa. Colección de poesías y leyendas, por don Manuel Villar y Macías; un tomo, 4.º, 16 rs.

Economía política, por Aller; 40 y 42 rs.

El Self-government y la monarquía doctrinaria, por Gumerindo de Azcárate, ex-catedrático de la Universidad de Madrid y profesor en la Institución libre de enseñanza; un tomo, 8.º, 44 y 46 rs.

El libro del buen ciudadano. Colección completa de todas las Constituciones españolas, desde 1812 hasta 1869, anotadas y comparadas por D. José María Mañas; un tomo, 4.º, de 2.752 páginas, 80 rs.

El credo de una religión nueva. Bases de un proyecto de reforma social en todas las manifestaciones de la vida, en la religión, en la familia, en la propiedad, en la política, en las instituciones administrativas y en la educación, por Serafín Alvarez; un tomo, 8.º, 40 rs.

El derecho y la fuerza. Poema filosófico, por D. Wenceslao Ayguals de Izco; 4 rs.

El escritor práctico, ó sea manual completo de ortografía y ortología al alcance de todos, por D. Pedro Freixas; un tomo, 4.º, 8 y 10 rs.

El patriarca del Valle. Novela original de D. Patricio de la Escosura; segunda edición; 2 tomos, 4.º, con magníficas láminas, 40 rs.

El libro del pueblo, por D. Manuel Henao y Muñoz, aboga-

do del ilustre Colegio de Cuenca y de Madrid, individuo de las sociedades Económica Matritense y Aragonesa, etc. Obra premiada por el Gobierno. Madrid, 1872; 2 tomos, 4.º, 20 y 24 rs.

El espadín del Guardia de Corps. Cuento de antaño, por Alfredo Gonzalez Pitt; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.

El Derecho al alcance de todos. Jurisprudencia popular, por Francisco Lastres, abogado. Publicados: El matrimonio.—El testamento y la herencia.—El arrendamiento y el desahucio.—La patria potestad.—La tutela y curatela.—El préstamo.—La compra-venta.—Las servidumbres.—El legado, la mejora y la reserva.—Contratos y obligación.—La fianza y la prenda; cada tomo, 4 y 5 rs.

El Garbanzo. Cuadros históricos contemporáneos, por E. de Palacio; 4 y 5 rs.

El Gitanismo. Historia, costumbres y dialecto de los gitanos, por Sales Mayo; 6 rs.

El Hazmereir. Colección de cuentos, epigramas, chascarrillos y dichos agudos, por Lustonó, con caricaturas; 4 reales.

El buey suelto... Cuadros edificantes de la vida de un solteron, por José M. Pereda; un tomo, 8.º, magnífica edición, 16 y 18 rs.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Escenas montañosas; (segunda edición corregida y aumentada) 12 y 14 rs.

Tipos y paisajes; (segunda serie de Escenas montañosas) 12 y 14 rs.

Bocetos al temple; 12 y 14 rs.

Tipos trashumantes; 8 y 10 rs.

Elegías y armonías, rimas varias, con traducciones al francés, italiano, alemán, polaco y gallego, por Ventura Ruiz Aguilera. Tercera edición. Madrid, 1873; un tomo, 4.º, 18 y 20 rs.

En Egipto. Viaje á Oriente, por D. Antonio Bernal de O'Reilly; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Ensayo sobre la práctica del Gobierno parlamentario, por C. H. de Amézaga; un tomo, 8.º mayor, de gran lujo, 10 y 12 rs.

Ensayo de descripción geográfica de la provincia de Teruel, en sus relaciones con la agricultura, por D. Juan

Villanova; un tomo, folio, con 40 láminas, fósiles y cortes intercalados en el texto, 60 y 70 rs.

Ensayo político y literario sobre la Italia, desde el siglo XI hasta nuestros días, por D. Salvador Costanzo; un tomo, 16.º mayor, 4 rs.

Ensayo sobre la opinión pública, escrito por Arcadio Roda y Rivas; un tomo, 4.º, 12 rs.

Ensayos literarios y críticos, por D. Alberto Lista y Aragon, con un prólogo por D. Joaquín de Mora; un tomo, 4.º, 24 rs.

Enseñanza obligatoria (La) por G. Tiberghien. Versión castellana precedida de unas notas biográficas del autor, por Hermenegildo Giner; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

España bajo el reinado de la casa de Borbon, desde 1700 en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788. Escrita en inglés por Guillermo Coxe, traducida al español, con notas, observaciones y un apéndice, por D. Jacinto de Salas y Quiroga; 4 tomos, 8.º, 24 y 32 rs.

Espiritualismo (El). Curso completo de Filosofía, por Nicomedes Mateos; 4 tomos, 4.º, 80 rs.

Estado é Iglesia, por Marco Minghetti: versión castellana de Ramon Valdeolivas, precedida de un prólogo de don Vicente Romero Giron; un tomo, 4.º, 20 y 22 rs.

Estética, por Krause, traducción del alemán por D. Francisco Giner; 14 y 16 rs.

Estudio sobre la defensa activa de las plazas de guerra, por el general de brigada Mr. A. Piquet, traducida del francés por el teniente coronel D. Ambrosio Garcés de Marcilla; un tomo, 4.º, 12 rs.

Estudios sobre la elocuencia política, jurisprudencia, historia y moral, por D. Salustiano de Olózaga: tercera edición; un tomo, 8.º mayor, 14 y 16 rs.

Estudios sobre religión, por G. Tiberghien, traducidos por José Calderon Llanes, con un prólogo de Nicolás Salmeron; un tomo, 8.º mayor, 10 y 12 rs.

Estudios sobre Filosofía. Misión de la Filosofía en nuestra época. Doctrina de Krause. El positivismo y el método del lenguaje, por G. Tiberghien, traducción de A. García Moreno; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Estudios jurídicos y políticos, por Francisco Giner; 12 y 14 rs.

Estudios de literatura y arte, por Francisco Giner: segun-

- da edicion, corregida y considerablemente aumentada de los *Estudios literarios*; un tomo, 8.º mayor, 10 y 12 rs.
- Estudios económicos y sociales**, por Gumersindo de Azcárate; un tomo, 8.º, 40 y 12 rs.
- Estudios filosóficos y políticos**, por D. Gumersindo de Azcárate; un tomo, 8.º, 12 y 14 rs.
- Estudios jurídicos**, por D. José M. Maranges, catedrático que fué de Derecho natural y romano en la Universidad de Madrid, con un prólogo de D. Gumersindo de Azcárate y la biografía del autor, por D. Francisco Giner de los Rios, profesores ambos de la Institucion libre de enseñanza. Madrid, 1878; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.
- Estudios políticos y religiosos**, por Francisco Giner; 42 y 14 rs.
- Estudios sobre sistemas penitenciarios**. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid, por Francisco Lastres. Madrid 1875; un tomo, 16 rs.
- Estudios prácticos administrativos, económicos y políticos**, por D. Ventura Diaz, exconsejero real; 2 tomos, 4.º, 40 rs.
- Estudios sobre los principios de la moral con relacion á la doctrina positivista**, por Urbano Gonzalez Serrano; un tomo, 8.º, 6 rs.
- Estudios sobre la elocuencia política, jurisprudencia, historia y moral**, por D. Salustiano de Olózaga: tercera edicion; un tomo, 8.º mayor, 44 y 16 rs.
- Estrella de la tarde (La)**. Historia muy sencilla, por don Manuel Fernandez y Gonzalez; 2 tomos, 16 rs.
- Exámen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla**; obra premiada por la real Academia Española, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.
- Exposicion elemental teórico-histórica del Derecho político**, por D. Domingo Enrique Allér; un tomo, 8.º mayor, 12 y 14 rs.
- Fé, Esperanza y Caridad**, por Antonio Flores; cuarta edicion ilustrada con láminas; 40 rs.
- Filosofia y arte**, por Hermenegildo Giner, catedrático suspenso del Instituto y profesor de la Institucion libre de enseñanza, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron; un tomo, 8.º, 44 y 16 rs.
- Filosofia de la guerra**, por el marqués de Chambray, traducida de la tercera edicion, por D. Joaquin Perez de Rosas; un tomo, 8.º, 40 rs.

- Formacion de la lengua española**, derivada de la formacion natural, racional é historia del idioma humano, por Roque Bárcia; 8 y 9 rs.
- Foros en Astúrias y Galicia (Los)**: estudio jurídico, por D. Rogelio Jove y Bravo. Oviedo, 1876; un tomo de 103 páginas, 4.º, 8 y 9 rs.
- Fragmentos históricos**: 1688 y 1830, por el príncipe Napoleon Luis Bonaparte, traducidos por R. de Castañeira; un tomo, 4 rs.
- Fragmentos filosóficos**, por D. Ernesto Renan, version castellana de Chaves y Orgaz; un tomo, 8.º, 6 rs.
- Fruto de una apuesta (El)**. Novela original de D. Pascual Riego; un tomo, 4.º, 6 rs.
- Fuente de los rosales (La)**. Novela moral, por D. J. Ortiz Gallardo; 6 rs.
- Fuero y la revolucion (El)**. Defensa de las instituciones vascongadas y comparacion del sistema [descentralizador con el régimen político-administrativo actual, por don Casimiro Jausoro; un tomo, 4.º, 4 rs.
- Fuero Juzgo (El libro de los Jueces)** segun el texto del doctor Alonso de Villadiego, que desde su publicacion se ha seguido comunmente en los juzgados del Reino; enmendadas muchas erratas y cotejado con la edicion moderna de la Academia Española que ha servido para aclarar varios lugares oscuros de las leyes. Precedido de la legislacion en España de los Godos; un tomo, 4.º, pasta, 24 rs.
- Galeria de la literatura española**, por D. A. Ferrer del Rio, con los retratos de Quintana, Lista, Nicasio Gallego, Búrgos, Toreno y Martinez de la Rosa; un tomo, 4.º, 20 reales.
- Garduña de Sevilla (La)** y anzuelo de las bolsas, por don Alonso de Castillo Solorzano; edicion adornada con grabados; un tomo, 4.º, 12 y 14 rs.
- Gaul**. Poema de Ossian: traducciones varias, por Antonio Chocomeli Codina; un tomo, 8.º, 6 rs.
- Gémito de las bestias, ó el mundo de los pájaros**: zoologia pasional, por A. Toussenel. autor de los Indios, reyes de la época, traducido del francés y anotado por M. Garcia Coronado; 3 tomos, 4.º, 40 y 50 rs.
- Geografia universal, física, histórica, política antigua y moderna**, por Malte-Brun (compendio). Precedida de una introduccion histórica, y seguida de una ojeada sobre la

- geografía antigua, por Balbi, Larenaudiere y Huot. Traducida por D. Atanasio Villacampa y D. Manuel Crespo y Peñalver y adicionada en la parte española por D. José María Antequera; 6 tomos, 8.º, 40 y 50 rs.
- Guía del viajero en España**, por D. Francisco P. Mellado, (undécima edición) con el mapa de España y Portugal, 46 rs.; encuadernado á la inglesa, 20 rs.
- Guía general de España**, ó sea descripción geográfica, estadística, política y administrativa, por D. Fernando Fernandez Bobadilla, abogado; un tomo, 4.º, 40 y 42 rs.
- Guía notarial y del registro de la propiedad inmueble**. Libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo, 8.º, 40 rs.
- Guía moral de la juventud en materia penal**, arreglado al Código y especialmente al libro tercero que trata de las faltas, con reflexiones, máximas y ejemplos morales para su más fácil inteligencia, por Martínez Alcubilla: segunda edición, corregida y aumentada; un tomo, 5 y 6 rs.
- Hechicería rubia (La)**. Drama parisien, por Javier de Montepin, traducida al castellano por Orteiza y Barinaga; un tomo, 8.º, 8 y 40 rs.
- Hijo del diablo (El)**. Novela por Paul Feval, traducción de D. Gregorio Urbano Dargallo; 3 tomos, 4.º, 30 y 36 rs.
- Historia de la conquista de Méjico** (compendio); 2 tomos, 46.º, 8 rs.
- Historia del movimiento obrero en Europa y América durante el siglo XIX**, por Joaquin Martin de Oñas.
Contiene: Tomo 1.º, Francia.
Tomo 2.º, Inglaterra, Escocia é Irlanda, Alemania y Austria; Suiza, Bélgica y Holanda; Rusia y Estados Scandinavos y otros países del Norte de Europa; 2 tomos, 8.º, 46 y 20 rs.
- Historia del comercio de todas las Naciones**, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por Mr. Scherer, traducida del francés por los alumnos de la clase de este idioma, establecida en el Ateneo mercantil de Madrid; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.

Los pedidos se dirigirán á **VICTORIANO SUAREZ**, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

ENRIQUE AHRENS.

ENCICLOPEDIA JURÍDICA

Ó EXPOSICION ORGÁNICA

DE LA CIENCIA DEL DERECHO Y EL ESTADO.

VERSION DIRECTA DEL ALEMAN,

aumentada con notas críticas y un estudio sobre la vida y obras del autor

POR

FRANCISCO GINER, GUMERSINDO DE AZCÁRATE

Y

AUGUSTO G. DE LINARES,

Profesores en la Institucion libre de enseñanza.

Este importantísimo libro es uno de los que más alto renombre han dado en toda Europa á su autor, tan estimado entre nosotros y á cuyas obras tanto debe la cultura filosófica y social de nuestro pueblo. Contiene, despues de la *Introduccion*, un compendio de *Filosofía del Derecho*, por demás precioso y completo, en medio de su brevedad; una *Historia general del Derecho*, quizá superior á cuantas hasta hoy se han publicado; una exposicion, modelo acabado en su género, del *Derecho*, especialmente en cuanto á la esfera civil ó privada, y por último, una ojeada á los principales problemas del *Derecho público*.

En el *Estudio* sobre la vida y las obras del ilustre juriconsulto aleman, se exponen en breve resumen sus principales escritos; así como en el gran número de notas críticas que acompañan á la version, se ha procurado completar el texto primitivo, en vista de otros trabajos posteriores, poniéndolo en consonancia con las últimas investi-

geografía antigua, por Balbi, Larenaudiere y Huot. Traducida por D. Atanasio Villacampa y D. Manuel Crespo y Peñalver y adicionada en la parte española por D. José María Antequera; 6 tomos, 8.º, 40 y 50 rs.

Guía del viajero en España, por D. Francisco P. Mellado, (undécima edición) con el mapa de España y Portugal, 46 rs.; encuadernado á la inglesa, 20 rs.

Guía general de España, ó sea descripción geográfica, estadística, política y administrativa, por D. Fernando Fernandez Bobadilla, abogado; un tomo, 4.º, 40 y 42 rs.

Guía notarial y del registro de la propiedad inmueble. Libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo, 8.º, 40 rs.

Guía moral de la juventud en materia penal, arreglado al Código y especialmente al libro tercero que trata de las faltas, con reflexiones, máximas y ejemplos morales para su más fácil inteligencia, por Martínez Alcubilla: segunda edición, corregida y aumentada; un tomo, 5 y 6 rs.

Hechicería rubia (La). Drama parisien, por Javier de Montepin, traducida al castellano por Orteiza y Barinaga; un tomo, 8.º, 8 y 40 rs.

Hijo del diablo (El). Novela por Paul Feval, traducción de D. Gregorio Urbano Dargallo; 3 tomos, 4.º, 30 y 36 rs.

Historia de la conquista de Méjico (compendio); 2 tomos, 46.º, 8 rs.

Historia del movimiento obrero en Europa y América durante el siglo XIX, por Joaquin Martin de Oñas. Contiene: Tomo 1.º, Francia.

Tomo 2.º, Inglaterra, Escocia é Irlanda, Alemania y Austria; Suiza, Bélgica y Holanda; Rusia y Estados Scandinavos y otros países del Norte de Europa; 2 tomos, 8.º, 46 y 20 rs.

Historia del comercio de todas las Naciones, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por Mr. Scherer, traducida del francés por los alumnos de la clase de este idioma, establecida en el Ateneo mercantil de Madrid; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.

Los pedidos se dirigirán á **VICTORIANO SUAREZ**, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

ENRIQUE AHRENS.

ENCICLOPEDIA JURÍDICA

Ó EXPOSICION ORGÁNICA

DE LA CIENCIA DEL DERECHO Y EL ESTADO.

VERSION DIRECTA DEL ALEMAN,

aumentada con notas críticas y un estudio sobre la vida y obras del autor

POR

FRANCISCO GINER, GUMERSINDO DE AZCÁRATE

Y

AUGUSTO G. DE LINARES,

Profesores en la Institucion libre de enseñanza.

Este importantísimo libro es uno de los que más alto renombre han dado en toda Europa á su autor, tan estimado entre nosotros y á cuyas obras tanto debe la cultura filosófica y social de nuestro pueblo. Contiene, despues de la *Introduccion*, un compendio de *Filosofía del Derecho*, por demás precioso y completo, en medio de su brevedad; una *Historia general del Derecho*, quizá superior á cuantas hasta hoy se han publicado; una exposicion, modelo acabado en su género, del *Derecho*, especialmente en cuanto á la esfera civil ó privada, y por último, una ojeada á los principales problemas del *Derecho público*.

En el *Estudio* sobre la vida y las obras del ilustre juriconsulto aleman, se exponen en breve resumen sus principales escritos; así como en el gran número de notas críticas que acompañan á la version, se ha procurado completar el texto primitivo, en vista de otros trabajos posteriores, poniéndolo en consonancia con las últimas investi-

gaciones filosóficas é históricas. Por último, en la parte referente al Derecho civil alemán, no solo se han indicado las principales modificaciones introducidas en éste después de la publicación de la *Enciclopedia*, sino las más importantes diferencias entre aquel y nuestro derecho positivo.

La obra constará de 3 tomos en 4.º

Se han publicado los tomos I y II. El I consta de xxiv-336 páginas, y comprende:

Advertencia de los traductores y anotadores.—Noticia sobre la vida y obras de Ahrens.—Prólogo del autor.—Introducción.

Principios de Filosofía del Derecho.—Fundamentación de la idea del Derecho.—Exposición de sus elementos capitales.—Crítica de los principales sistemas.—Formas del Derecho; fuentes inmediatas y mediatas.—El Estado.—División orgánica del Derecho privado y público, según los fines de la vida.

Historia del Derecho.—Principios filosóficos de esta historia.—Períodos capitales.—El Derecho pre-histórico.—Derecho oriental; ojeada general.—Los indos.—El pueblo zendó.—China.—Egipto.—Los hebreos.—Derecho musulmán.—Apéndices.

El II, que consta de más de 460 páginas, contiene:

Historia del Derecho en Grecia y Roma.—Diferencia entre ambos derechos.—Derecho griego.—Derecho romano.—Juicio histórico y filosófico.

Historia del Derecho en los pueblos cristianos.—Derecho germánico, en sus diversas épocas hasta nuestros días.—Derecho de los pueblos germánicos no alemanes.—Derecho germánico de los pueblos latinos.—Derecho de los pueblos eslavos.—Derecho húngaro.—Juicio filosófico-histórico.

Se hallan de venta en las principales librerías, al precio de 24 rs. Madrid y 28 provincias, cada tomo.

Está en prensa el tomo III, que comprenderá: *Sistema del derecho privado*, sobre bases filosóficas y concertando el derecho romano con el germánico; *Derecho público*; *Metodología jurídica*.

18

CRE
Y LA
8

18